

## **LIBRO TERCERO**

## LA PARTIDA DE BOROMIR

Aragorn subió rápidamente la colina. De vez en cuando se inclinaba hasta el suelo. Los hobbits tienen el paso leve y no dejan huellas fáciles de leer, ni siquiera para un Montaraz, pero no lejos de la cima un manantial cruzaba el sendero y Aragorn vio en la tierra húmeda lo que estaba buscando.

«Interpreto bien los signos», se dijo. «Frodo corrió a lo alto de la colina. ¿Qué habrá visto allí, me pregunto? Pero luego bajó por el mismo camino.»

Aragorn titubeó. Hubiera querido ir él mismo hasta el elevado sitio, esperando ver algo que lo orientase de algún modo, pero el tiempo apremiaba. De pronto dio un salto hacia adelante y corrió a la cima; atravesó las grandes losas y subió por los escalones. Luego, sentándose en el alto sitio, miró alrededor. Pero el sol parecía oscuro y el mundo apagado y lejano. Se volvió desde el Norte y dio una vuelta completa hasta mirar de nuevo al Norte y no vio nada excepto las colinas distantes, aunque allá a lo lejos la forma de un pájaro grande parecido a un águila planeaba en el cielo otra vez y descendía a tierra en círculos amplios y lentos.

Aún mientras observaba alcanzó a oír unos sonidos débiles en el bosque que se extendía allá abajo al oeste del río. Se enderezó. Eran gritos y entre ellos reconoció con horror las voces roncas de los orcos. Un instante después resonó de súbito la llamada profunda y gutural de un corno, y los ecos golpearon las colinas y se extendieron por las hondonadas, elevándose sobre el rugido de las aguas en un poderoso clamor.

-¡El cuerno de Boromir! -gritó Aragorn-. ¡Boromir está en dificultades! -Se lanzó escalones abajo, y se alejó saltando por el sendero.- ¡Ay! Hoy me persigue un destino funesto, y todo lo que hago sale torcido. ¿Dónde está Sam?

Mientras corría los gritos aumentaron, pero la llamada del corno era ahora más débil y más desesperada. Los aullidos de los orcos se alzaron, feroces y agudos y de pronto el corno calló. Aragorn bajó a todo correr la última pendiente, pero antes que llegara al pie de la colina, los sonidos fueron apagándose, y cuando dobló a la izquierda para correr tras ellos, comenzaron a retirarse hasta que al fin ya no pudo oírlos. Sacando la espada brillante y gritando *Elendil! Elendil!* se precipitó entre los árboles.

A una milla quizá de Parth Galen, en un pequeño claro no lejos del lago, encontró a Boromir. Estaba sentado de espaldas contra un árbol grande y parecía descansar. Pero Aragorn vio que estaba atravesado por muchas flechas empenachadas de negro; sostenía aún la espada en la mano, pero se le había roto cerca de la empuñadura. En el suelo y alrededor yacían muchos orcos.

Aragorn se arrodilló junto a él. Boromir abrió los ojos y trató de hablar. Al fin salieron unas palabras, lentamente.

-Traté de sacarle el Anillo a Frodo -dijo-. Lo siento. He pagado. -Echó una ojeada a los enemigos caídos; veinte por lo menos estaban tendidos allí cerca. - Partieron. Los medianos se los llevaron los orcos. Pienso que no están muertos. Los orcos los maniataron.

Hizo una pausa y se le cerraron los ojos, cansados. Al cabo de un momento habló otra vez.

-¡Adiós, Aragorn! ¡Ve a Minas Tirith y salva a mi pueblo! Yo he fracasado.

-¡No! -dijo Aragorn tomándole la mano y besándole la frente-. Has vencido. Pocos hombres pueden reclamar una victoria semejante. ¡Descansa en paz! ¡Minas Tirith no caerá!

Boromir sonrió.

-¿Por dónde fueron? ¿Estaba Frodo allí? -preguntó Aragorn.

Pero Boromir no dijo más.

-¡Ay! -dijo Aragorn-. ¡Así desaparece el heredero de Denethor, Señor de la Torre de la Guardia! Un amargo fin. La Compañía está deshecha. Soy yo quien ha fracasado. Vana fue la confianza que Gandalf puso en mí. ¿Qué haré ahora? Boromir me ha obligado a ir a Minas Tirith y mi corazón así lo desea, ¿pero dónde están el Anillo y el Portador? ¿Cómo encontrarlos e impedir que la Búsqueda termine en un desastre?

Se quedó un momento de rodillas doblado por el llanto, aferrado a la mano de Boromir. Así lo encontraron Legolas y Gimli. Vinieron de las faldas occidentales de la colina, en silencio, arrastrándose entre los árboles como si estuvieran de caza. Gimli esgrimía el hacha y Legolas el largo cuchillo; no les quedaba ninguna flecha. Cuando desembocaron en el claro, se detuvieron con asombro y en seguida se quedaron quietos un momento, cabizbajos, abrumados de dolor, pues veían claramente lo que había ocurrido.

-¡Ay! -dijo Legolas acercándose a Aragorn-. Hemos perseguido y matado a muchos orcos en el bosque, pero aquí hubiésemos sido más útiles. Vinimos cuando oímos el corno... demasiado tarde, parece. Temía que estuvieras mortalmente herido.

-Boromir está muerto -dijo Aragorn-. Yo estoy ileso, pues no me encontraba aquí con él. Cayó defendiendo a los hobbits mientras yo estaba arriba en la colina.

-¡Los hobbits! -gritó Gimli-. ¿Dónde están entonces? ¿Dónde está Frodo?

-No lo sé -respondió Aragorn con cansancio-. Boromir me dijo antes de morir que los orcos se los habían llevado atados; no creía que estuvieran muertos. Yo lo envié a que siguiera a Merry y a Pippin, pero no le pregunté si Frodo o Sam estaban con él: no hasta que fue demasiado tarde. Todo lo que he emprendido hoy ha salido torcido. ¿Qué haremos ahora?

-Primero tenemos que ocuparnos del caído -dijo Legolas-. No podemos dejarlo aquí como carroña entre esos orcos espantosos.

-Pero hay que darse prisa -dijo Gimli-. El no hubiese querido que nos retrasáramos. Tenemos que seguir a los orcos, si hay esperanza de que alguno de la Compañía sea un prisionero vivo.

-Pero no sabemos si el Portador del Anillo está con ellos o no -dijo Aragorn-. ¿Vamos a abandonarlo? ¿No tendríamos que buscarlo primero? ¡La elección que se nos presenta ahora es de veras funesta! -Pues bien, hagamos ante todo lo que es ineludible -dijo Legolas-. No tenemos ni tiempo ni herramientas para dar sepultura adecuada a nuestro amigo. Podemos cubrirlo con piedras.

-La tarea será pesada y larga; las piedras que podrían servirnos están casi a orillas del río.

-Entonces pongámoslo en una barca con las armas de él y las armas de los enemigos vencidos -dijo Aragorn-. Lo enviaremos a los Saltos de Rauros y lo

dejaremos en manos del Anduin. El Río de Gondor cuidará al menos de que ninguna criatura maligna deshonre los huesos de Boromir.

Buscaron de prisa entre los cuerpos de los orcos, juntando en un montón las espadas y los yelmos y escudos hendidos.

-¡Mirad! -exclamó Aragorn-. ¡Hay señales aquí! -De la pila de armas siniestras recogió dos puñales de lámina en forma de hoja, damasquinados de oro y rojo; y buscando un poco más encontró también las vainas, negras, adornadas con pequeñas gemas rojas. ¡Estas no son herramientas de orcos! -dijo-. Las llevaban los hobbits. No hay duda de que fueron despojados por los orcos, pero que tuvieron miedo de conservar los puñales, conociéndolos en lo que eran: obra de Oosterness, cargados de sortilegios para desgracia de Mordor. Bien, aunque estén todavía vivos, nuestros amigos no tienen armas. Tomaré éstas, esperando contra toda esperanza que un día pueda devolvérselas.

-Y yo -dijo Legolas- tomaré las flechas que encuentre, pues mi carcaj está vacío.

Buscó en la pila y en el suelo de alrededor y encontró no pocas intactas, más largas que las flechas comunes entre los orcos. Las examinó de cerca.

Y Aragorn, mirando los muertos, dijo:

-Hay aquí muchos cadáveres que no son de gente de Mordor. Algunos vienen del Norte, de las Montañas Nubladas, si algo sé de orcos y sus congéneres. Y aquí hay otros que nunca he visto. ¡El atavío no es propio de los orcos!

Había cuatro soldados más corpulentos que los orcos, morenos, de ojos oblicuos, piernas gruesas y manos grandes. Estaban armados con espadas cortas de hoja ancha y no con las cimitarras curvas habituales en los orcos, y tenían arcos de tejo, parecidos en tamaño y forma a los arcos de los hombres. En los escudos llevaban un curioso emblema: una manita blanca en el centro de un campo negro; una S rúnica de algún metal blanco había sido montada sobre la visera de los yelmos.

-Nunca vi estos signos -dijo Aragorn-. ¿Qué significan?

-S representa a Sauron, por supuesto -dijo Gimli.

-¡No! -exclamó Legolas-. Sauron no usa las runas élficas.

-Nunca usa además su verdadero nombre y no permite que lo escriban o lo pronuncien -dijo Aragorn-. Y tampoco usa el blanco. El signo de los orcos de Barad-dûr es el Ojo Rojo. -Se quedó pensativo un momento. - La S es de Saruman, me parece -dijo al fin-. Hay mal en Isengard y el Oeste ya no está seguro. Tal como lo temía Gandalf: el traidor Saruman ha sabido de nuestro viaje, por algún medio. Es verosímil también que ya esté enterado de la caída de Gandalf. Entre los que venían persiguiéndonos desde Moria, algunos pudieron haber escapado a la vigilancia de Lórien, o quizá pudieron evitar ese país y llegar a Isengard por otro camino. Los orcos viajan rápido. Pero Saruman tiene muchas maneras de enterarse. ¿Recuerdas los pájaros?

-Bueno, no tenemos tiempo de pensar en acertijos -dijo Gimli-.

¡Llevemos a Boromir!

-Pero luego tendremos que resolver los acertijos, si queremos elegir bien el camino -dijo Aragorn.

-Quizá no haya una buena elección -dijo Gimli.

Tomando el hacha, el enano se puso a cortar unas ramas. Las ataron con cuerdas de arco y extendieron los mantos sobre la armazón. Sobre estas parihuelas rudimentarias llevaron el cuerpo de Boromir hasta la costa, junto con algunos trofeos de la última batalla. No había mucho que caminar pero la tarea no les pareció fácil, pues Boromir era un hombre grande y robusto.

Aragorn se quedó a orillas del agua cuidando de las parihuelas, mientras Legolas y Gimli se apresuraban a volver a Parth Galen. La distancia era de una milla o más y pasó cierto tiempo antes que regresaran remando con rapidez en dos barcas a lo largo de la costa. -¡Ocurre algo extraño! - dijo Legolas-. Había sólo dos barcas en la barranca. No pudimos encontrar ni rastros de la otra.

-¿Había habido orcos allí? -Preguntó Aragorn.

-No vimos ninguna señal -respondió Gimli-. Y los orcos habrían destruido todas las barcas, o se las habrían llevado, junto con el equipaje.

-Examinaré el suelo cuando lleguemos allí -dijo Aragorn.

Extendieron a Boromir en medio de la barca que lo transportaría aguas abajo. Plegaron la capucha gris y la capa élfica y se las pusieron bajo la cabeza. Le peinaron los largos cabellos oscuros y los dispusieron sobre los hombros. El cinturón dorado de Lórien le brillaba en la cintura. Junto a él colocaron el yelmo y sobre el regazo el corno hendido y la empuñadura y los fragmentos de la espada y a sus pies las armas de los enemigos. Luego de haber asegurado la proa a la popa de la otra embarcación, lo llevaron al agua. Remaron tristemente a lo largo de la orilla y entrando en la corriente rápida del Río dejaron atrás los prados verdes de Parth Galen. Los flancos escarpados de Tol Brandir resplandecían: era media tarde. Mientras iban hacia el sur los vapores de Rauros se elevaron en una trémula claridad como una bruma dorada. La furia y el estruendo de las aguas sacudían el aire tranquilo.

Tristemente, soltaron la barca funeraria: allí reposaba Boromir, en paz, deslizándose sobre el seno de las aguas móviles. La corriente lo llevó, mientras ellos retenían su propia barca con los remos. Boromir flotó junto a ellos y luego se fue alejando lentamente, hasta ser sólo un punto negro en la luz dorada, y de pronto desapareció. El rugido del Rauros prosiguió, invariable. El río se había llevado a Boromir hijo de Denethor y ya nadie volvería a verlo en Minas Tirith, de pie en la Torre Blanca por la mañana como era su costumbre. Pero más tarde en Gondor se dijo mucho tiempo que la barca élfica dejó atrás los saltos y las aguas espumosas y que llevó a Boromir a través de Osgiliath y más allá de las numerosas bocas del Anduin y al fin una noche salió a las Grandes Aguas bajo las estrellas.

Los tres compañeros se quedaron un rato en silencio siguiéndolo con los ojos. Luego Aragorn habló:

-Lo buscarán desde la Torre Blanca -dijo-, pero no volverá ni de las montañas ni del océano.

Luego, lentamente, se puso a cantar:

*A través de Rohan por los pantanos y los prados donde crecen las hierbas  
largas*

*el Viento del Oeste se pasea y recorre los muros.*

*«¿Qué noticias del Oeste, oh viento errante, me traes esta noche?*

*¿Has visto a Boromir el Alto a la luz de la luna o las estrellas?»*

*«Lo vi cabalgar sobre siete ríos, sobre aguas anchas y grises;*

*lo vi caminar por tierras desiertas y al fin desapareció*

*en las sombras del Norte y no lo vi más desde entonces.*

*El viento del Norte pudo haber oído el corno del hijo de Denethor.*

*»Oh Boromir. Desde los altos muros miro lejos en el Oeste,*

*pero no vienes de los desiertos donde no hay hombres.»*

Luego Legolas cantó:

*De las bocas del Mar viene el Viento del Sur, de las piedras y de las  
dunas;*

*trae el quejido de las gaviotas, y a las puertas se lamenta.*

*«¿Qué noticias del Sur, oh viento que suspiras, me traes en la noche?*

*¿Dónde está ahora Boromir el Hermoso? Tarda en llegar, y estoy triste.»*

*«No me preguntes dónde habita... Hay allí tantos huesos,*

*en las costas blancas y en las costas oscuras bajo el cielo tormentoso;*

*tantos han descendido las aguas del Río Anduin para encontrar las  
mareas del mar.*

*¡Pídele al Viento Norte las noticias que él mismo me trae!»*

*«¡Oh Boromir! Más allá de la puerta la ruta al mar corre hacia el Sur,*

*pero tú no vienes con las gaviotas que desde la boca del mar gris se  
lamentan.»*

Y Aragorn cantó de nuevo:

*De la Puerta de los Reyes viene el Viento del Norte y pasa por las  
cascadas tumultuosas:*

*y claro y frío alrededor de la torre llama el corno sonoro.*

*«¿Qué noticias del Norte, oh poderoso Viento, hoy me traes?*

*¿Qué noticias de Boromir el Valiente? Pues partió ya hace tiempo.»*

*«Al pie del Amon Hen le he oído gritar. Allí batió a los enemigos.*

*El yelmo hendido, la espada rota, al agua los llevaron.*

*La orgullosa cabeza, el rostro tan hermoso, los miembros, pusieron a  
descansar;*

*y Rauros, los saltos dorados de Rauros, lo transportaron en el seno de las  
aguas.»*

*«¡Oh Boromir! La Torre de la Guardia mirará siempre al norte,*

*a Rauros, los saltos dorados, hasta el fin de los tiempos. »*

Concluyeron así. En seguida se volvieron hacia la barca y la llevaron con la mayor rapidez posible contra la corriente de vuelta a Parth Galen.

-Me dejasteis el Viento del Este -dijo Gimli-, pero de él no diré nada.

Así tiene que ser -dijo Aragorn-. En Minas Tirith soportan el Viento del Este, pero no le piden noticias. Pero ahora Boromir ha tomado su camino y hemos de apresurarnos a elegir el nuestro.

Examinó la hierba verde, de prisa pero con cuidado, inclinándose hasta el suelo.

-Ningún orco ha pisado aquí -dijo-. Ninguna otra cosa puede darse por segura. Ahí están todas nuestras huellas, en idas y venidas. No puedo decir si alguno de los hobbits estuvo aquí, luego de haber salido en busca de Frodo. - Volvió a la barranca, cerca del sitio donde el arroyo del manantial llegaba en hilos al río. - Hay huellas nítidas aquí -dijo Un hobbit *entró en el agua y regresó a tierra, pero no sé cuándo.*

-¿Cómo descifras entonces el acertijo? -preguntó Gimli.

Aragorn no respondió en seguida; caminó de vuelta hasta el sitio del campamento y examinó un rato el equipaje.

-Faltan dos bultos -dijo- y puedo asegurar que uno pertenecía a Sam: era bastante grande y pesado. Esta es entonces la respuesta: Frodo se ha ido en una barca y su sirviente ha ido con él. Frodo pudo haber vuelto mientras todos estábamos buscándolo. Me encontré con Sam subiendo la pendiente y le dije que me siguiera; pero es evidente que no lo hizo. Adivinó las intenciones del amo y regresó antes que Frodo partiera. ¡No le resultó nada fácil dejar atrás a Sam!

-¿Pero por qué tenía que dejarnos a nosotros y sin decir una palabra? -dijo Gimli-. ¡Extraña ocurrencia!

-Y brava ocurrencia -dijo Aragorn-. Sam tenía *razón, pienso*. Frodo no quería llevar a ningún amigo a la muerte en Mordor. Pero sabía que él no podía eludir la tarea. Algo le ocurrió después de dejarnos que acabó con todos sus temores y dudas.

-Quizá lo *sorprendieron unos orcos cazadores* y huyó -dijo Legolas.

-Huyó, ciertamente -dijo Aragorn-, pero no creo que de los orcos.

Qué había provocado según él la repentina resolución y la huida de Frodo, Aragorn no lo dijo. Las últimas palabras de Boromir las guardó en secreto mucho tiempo.

-Bueno, al menos ahora algo es claro -dijo Legolas-. Frodo ya no está de este lado del río: sólo él puede haber llevado la barca. Y Sam lo acompaña: sólo él ha podido llevarse el bulto.

-La alternativa entonces -dijo Gimli- es tomar la barca que queda y seguir a Frodo, o perseguir a los orcos a pie. En cualquier caso hay pocas esperanzas. Hemos perdido ya horas preciosas.

-¡Dejadme pensar! -dijo Aragorn-. ¡Ojalá pueda elegir bien y cambiar la suerte nefasta de *este* desgraciado día! -Se quedó callado un momento. - Seguiré a los orcos -dijo al fin-. Yo hubiera guiado a Frodo a Mordor acompañándolo hasta el fin; pero para buscarlo ahora en las tierras salvajes tendría que abandonar los prisioneros a los tormentos y a la muerte. Mi corazón habla al fin con claridad: el destino del Portador ya no está en mis manos. Pero no podemos olvidar a nuestros compañeros mientras nos queden fuerzas. ¡Vamos! Partiremos en seguida. ¡Dejad aquí todo lo que no nos sea indispensable! ¡Marcharemos sin detenernos de día y de noche!

Arrastraron la última barca hasta los árboles. Pusieron debajo todo lo que no necesitaban y no podían llevar y dejaron Parth Galen. El sol ya declinaba cuando regresaron al claro donde había caído Boromir. Allí examinaron un rato las huellas de los orcos. No se necesitaba mucha habilidad para encontrarlas.

-Ninguna otra criatura pisotea el suelo de este modo -dijo Legolas-. Parece que se deleitaran en romper y aplastar todo lo que crece, aunque no se encuentre en el camino de ellos.

-Pero no les impide marchar con rapidez -dijo Aragorn- y no se cansan. Y más tarde tendremos que buscar la senda en terrenos desnudos y duros.

-Bueno, ¡vayamos tras ellos! -dijo Gimli-. También los enanos son rápidos y no se cansan antes que los orcos. Pero será una larga cacería: nos llevan mucha ventaja.

-Sí -dijo Aragorn-, a todos nos hará falta la resistencia de los enanos. ¡Pero adelante! Con o sin esperanza, seguiremos las huellas del enemigo. ¡Y ay de ellos, si probamos que somos más rápidos! Haremos una cacería que será el asombro de las Tres Razas emparentadas: Elfos, Enanos y Hombres. ¡Adelante los Tres Cazadores!

Aragorn saltó como un ciervo, precipitándose entre los árboles. Corría siempre delante, guiándolos, infatigable y rápido ahora que ya estaba decidido. Dejaron atrás los bosques junto al lago. Subieron por unas largas pendientes oscuras, que se recortaban contra el cielo enrojecido del crepúsculo. Se alejaron como sombras grises sobre una tierra pedregosa.



## LOS JINETES DE ROHAN

La oscuridad aumentó. La niebla se extendía detrás de ellos en *los bosques de las tierras bajas y se demoraba en las pálidas márgenes del Anduin*, pero el cielo estaba claro. Aparecieron las estrellas. La luna creciente remontaba en el oeste y las sombras de las rocas eran negras. Habían llegado al pie de unas colinas rocosas y marchaban más *lentamente* pues las huellas ya no eran fáciles de seguir. Aquí las tierras montañosas de Eryn Muil corrían de norte a sur en dos largas cadenas de cerros. Las faldas occidentales eran empinadas y de difícil acceso, pero en el lado este había pendientes más suaves, atravesadas por hondonadas y cañadas estrechas. Los tres compañeros se arrastraron durante toda la noche por estas tierras descarnadas, subiendo hasta la cima del primero de los cerros, el más elevado, y descendiendo otra vez a la oscuridad de un valle profundo y serpenteante.

Allí descansaron un rato, en la hora silenciosa y fría que precede al alba. La luna se había puesto ante *ellos mucho tiempo antes y arriba* titilaban las estrellas; la primera luz del día no había asomado aún sobre las colinas oscuras que habían dejado atrás. Por un momento Aragorn se sintió desorientado: el rastro de los orcos había descendido hasta el valle y había desaparecido.

-¿Qué te parece? ¿De qué lado habrán ido? -dijo Legolas-. ¿Hacia el norte buscando un camino que los lleve directamente a Isengard, o a Fangorn, si es ahí a donde van como tú piensas? ¿O hacia el sur para encontrar el Entaguas?

-Vayan a donde vayan, no irán hacia el río -dijo Aragorn-. Y si no hay algo torcido en Rohan y el poder de Saruman no ha crecido mucho, tomarán el camino más corto por los campos de los Rohirrim-. ¡Busquemos en el norte!

El valle corría como un canal pedregoso entre las hileras de los cerros y un arroyo se deslizaba en hilos entre las piedras del fondo. Había un acantilado sombrío a la derecha; a la izquierda se alzaban unas laderas grises, indistintas y oscuras en la noche avanzada. Siguió así durante una milla o más hacia el norte. Inclínándose hacia el suelo, Aragorn buscaba entre las cañadas y repliegues que subían a los cerros del oeste. Legolas iba un poco delante. De pronto el elfo dio un grito y los otros corrieron hacia él.

-Ya hemos alcanzado a algunos de los que perseguíamos -dijo-. ¡Mirad! -Apuntó y descubrieron entonces que las sombras que habían visto al pie de la pendiente no eran peñascos como habían pensado al principio sino unos cuerpos caídos. Cinco orcos muertos yacían allí. Habían sido cruelmente acuchillados y dos no tenían cabeza. El suelo estaba empapado de sangre negruzca.

-¡He aquí otro acertijo! -dijo Gimli-. Pero necesitaríamos la luz del día y no podemos esperar.

-De cualquier modo que lo interpretes, no parece desalentador -dijo Legolas-. Los enemigos de los orcos tienen que ser amigos nuestros. ¿Vive alguna gente en estos montes?

-No -dijo Aragorn-. Los Rohirrim vienen aquí raramente y estamos lejos de Minas Tirith. Pudiera ser que un grupo de hombres estuviese aquí de caza por razones que no conocemos. Sin embargo, se me ocurre que no.

-¿Qué piensas entonces? -preguntó Gimli.

-Pienso que el enemigo trajo consigo a su propio enemigo - respondió Aragorn -. Estos son Oreos del Norte, venidos de muy lejos. Entre esos cadáveres no hay ningún orco corpulento, con esas extraigas insignias. Hubo aquí una pelea, me parece. No es cosa rara entre estas pérfidas criaturas. Quizá discutieron a propósito del camino.

-O a propósito de los cautivos -dijo Gimli-. Esperemos que tampoco los hayan matado a ellos.

Aragorn examinó el terreno en un amplio círculo, pero no pudo encontrar otras huellas de la lucha. Prosiguieron la marcha. El cielo del este ya palidecía; las estrellas se apagaban y una luz gris crecía lentamente. Un poco más al norte llegaron a una cañada donde un arroyuelo diminuto, descendiendo y serpeando, había abierto un sendero pedregoso. En medio crecían algunos arbustos y había matas de hierba a los costados.

-¡Al fin! -dijo Aragorn-. ¡Aquí están las huellas que buscamos! Arroyo arriba, este es el camino por el que fueron los orcos luego de la discusión.

Rápidamente, los perseguidores se volvieron y tomaron el nuevo sendero. Recuperados luego de una noche de descanso, iban saltando de piedra en piedra. Al fin llegaron a la cima del cerro gris y una brisa repentina les sopló en los cabellos y les agitó las capas: el viento helado del alba.

Volviéndose, vieron por encima del río las colinas lejanas envueltas en luz. El día irrumpió en el cielo. El limbo rojo del sol se asomó por encima de las estribaciones oscuras. Ante ellos, hacia el oeste, se extendía el mundo: Silencioso, gris, informe; pero aún mientras miraban, las sombras de la noche se fundieron, la tierra despertó y se coloreó otra vez, el verde fluyó sobre las praderas de Rohan, las nieblas blancas fulguraron en el agua de los valles, y muy lejos a la izquierda, a treinta leguas o más, azules y purpúreas se alzaron las Montañas Blancas en picos de azabache, y la luz incierta de la mañana brilló en las cumbres coronadas de nieve.

-¡Gondor! ¡Gondor! -gritó Aragorn-. ¡Ojalá pueda volver a contemplarte en horas más felices! No es tiempo aún de que vaya hacia el sur en busca de tus claras corrientes.

*¡Gondor, Gondor, entre las Montañas y el Mar!*

*El Viento del Oeste sopla aquí, la luz sobre el Arbol de Plata*

*cae como una lluvia centelleante en los jardines de los Reyes antiguos.*

*¡Oh muros orgullosos! ¡Torres blancas! ¡Oh alada corona y trono de oro!*

*¡Oh Gondor, Gondor! ¿Contemplan los Hombres el Arbol de Plata,  
o el Viento del Oeste soplará de nuevo entre las Montañas y el mar?*

-¡Ahora, en marcha! -dijo apartando los ojos del sur y buscando en el oeste y el norte el camino que habían de seguir.

El monte sobre el que estaban ahora descendía abruptamente ante ellos. Allá abajo, a unas cuarenta yardas, corría una cornisa amplia y escabrosa que concluía bruscamente al borde de un precipicio: el Muro Oriental de Rohan. Así terminaban los Eryn Muil y las llanuras verdes de los Rohirrim se extendían ante ellos hasta perderse de vista.

-¡Mirad! -gritó Legolas, apuntando al cielo pálido-. ¡Ahí está de nuevo el águila! Vuela muy alto. Parece que estuviera alejándose, de vuelta al norte y muy rápidamente. ¡Mirad!

-No, ni siquiera mis ojos pueden verla, mi buen Legolas -dijo Aragorn-. Tiene que estar en verdad muy lejos. Me pregunto en qué andará y si será la misma ave que vimos antes. ¡Pero mirad! Alcanzo a ver algo más cercano y más urgente. ¡Una cosa se mueve en la llanura!

-Muchas cosas -dijo Legolas-. Es una gran compañía a pie, pero no puedo decir más ni ver qué clase de gente es ésa. Están a muchas leguas, doce me parece, aunque es difícil estimar la distancia en esa llanura uniforme.

-Pienso, sin embargo, que ya no necesitamos de ninguna huella que nos diga qué camino hemos de tomar -dijo Gimli-. Encontremos una senda que nos lleve a los llanos tan rápido como sea posible.

-No creo que encuentres un camino más rápido que el de los orcos -dijo Aragorn.

Continuaron la persecución, ahora a la clara luz del día. Parecía como si los orcos hubiesen escapado a marcha forzada. De cuando en cuando los perseguidores encontraban cosas abandonadas o tiradas en el suelo: sacos de comida, cortezas de un pan gris y duro, una capa negra desgarrada, un pesado zapato claveteado roto por las piedras. El rastro llevaba al norte a lo largo del declive escarpado y al fin llegaron a una hondonada profunda cavada en la piedra por un arroyo que descendía ruidosamente. En la cañada estrecha un sendero áspero bajaba a la llanura como una escalera empinada.

Abajo se encontraron de pronto pisando los pastos de Rohan. Llegaban ondeando como un mar verde hasta los mismos pies de Emyr Muil. El arroyo que bajaba de la montaña se perdía en un campo de berros y plantas acuáticas; los compañeros podían oír cómo se alejaba murmurando por túneles verdes, descendiendo poco a poco hacia los pantanos del Valle del Entaguas allá lejos. Parecía que hubieran dejado el invierno aferrado a las montañas de detrás. Aquí el aire era más dulce y tibio y levemente perfumado, como si la primavera ya se hubiera puesto en movimiento y la savia estuviese fluyendo de nuevo en hierbas y hojas. Legolas respiró hondamente, como alguien que toma un largo trago luego de haber tenido mucha sed en lugares estériles.

-¡Ah, el olor a verde! -dijo-. Es mejor que muchas horas de sueño. ¡Corramos!

-Los pies ligeros pueden correr rápidamente aquí -dijo Aragorn-. Más rápido quizá que unos orcos calzados con zapatos de hierro. ¡Esta es nuestra oportunidad de recuperar la ventaja que nos llevan!

Fueron en fila, corriendo como lebreles detrás de un rastro muy nítido, llevando una luz encendida en los ojos. La franja de hierba que señalaba el paso de los orcos iba hacia el oeste: los dulces pastos de Rohan habían sido aplastados y ennegrecidos. De pronto Aragorn dio un grito y se volvió a un lado.

-¡Un momento! -exclamó-. ¡No me sigáis todavía!

Corrió rápidamente a la derecha, alejándose del rastro principal, pues había visto unas huellas que iban en esa dirección, apartándose de las otras; las marcas de unos pies pequeños y descalzos. Estas huellas sin embargo no se alejaban mucho antes de confundirse otra vez con pisadas de orcos, que

venían también desde el rastro principal, de atrás y adelante y luego se volvían en una curva y se perdían de nuevo en las hierbas pisoteadas. En el punto más alejado Aragorn se inclinó y recogió algo del suelo; luego corrió de vuelta.

-Sí -dijo-, son muy claras: las huellas de un hobbit. Pippin, creo. Es más pequeño que el otro. ¡Y mirad!

Aragorn alzó un objeto pequeño que brilló a la luz del sol. Parecía el brote nuevo de una hoja de haya, hermoso y extraño en esa llanura sin árboles.

-¡El broche de una capa élfica! -gritaron juntos Legolas y Gimli.

-Las hojas de Lórien no caen inútilmente -dijo Aragorn-. Esta no fue dejada aquí por casualidad, sino como una señal para quienes vinieran detrás. Pienso que Pippin se desvió de las huellas con ese propósito.

-Entonces al menos él está vivo -dijo Gimli-. Y aún puede usar la cabeza y también las piernas. Esto es alentador. Nuestra persecución no es en vano.

-Esperemos que no haya pagado demasiado cara esa audacia -dijo Legolas-. ¡Vamos! ¡Sigamos adelante! El pensamiento de esos alegres jóvenes llevados como ganado me encoge el corazón.

El sol subió al mediodía y luego bajó lentamente por el cielo. Unas nubes tenues vinieron del mar en el lejano Sur y fueron arrastradas por la brisa. El sol se puso. Unas sombras se alzaron detrás y extendieron unos largos brazos desde el Este. Los cazadores no se detuvieron. Había pasado un día desde la muerte de Boromir y los orcos iban todavía muy adelante. Ya no había señales de orcos en la extensa llanura.

Cuando las sombras de la noche se cerraban sobre ellos, Aragorn se detuvo. En toda la jornada sólo habían descansado dos veces y durante un rato, y ahora los separaban doce leguas del muro del este donde habían estado al alba.

-Nos encontramos ante una difícil elección -dijo Aragorn-. ¿Descansaremos de noche o seguiremos adelante mientras tengamos voluntad y fuerzas?

-A menos que nuestros enemigos también descansen, nos dejarán muy atrás si nos detenemos a dormir -dijo Legolas.

-Supongo que hasta los mismos orcos se toman algún descanso mientras marchan -dijo Gimli.

-Los orcos viajan raras veces por terreno descubierta y a la luz del sol, como parece ser el caso -dijo Legolas -. Ciertamente no descansarán durante la noche.

-Pero si marchamos de noche, no podremos seguir las huellas -dijo Gimli.

-El rastro es recto, y no se desvía ni a la izquierda ni a la derecha hasta donde alcanzo a ver -dijo Legolas.

-Quizás yo pudiera guiarnos en la oscuridad y sin perder el rumbo -dijo Aragorn-, pero si nos extraviásemos o ellos se desviarán, cuando volviese la luz nos retrasaríamos mucho mientras encontramos de nuevo el rastro.

-Hay algo más -dijo Gimli-. Sólo de día podemos ver si alguna huella se separa de las otras. Si un prisionero escapa y si se llevan a uno, al este digamos, al Río Grande, hacia Mordor, podemos pasar junto a alguna señal y no enterarnos nunca.

-Eso es cierto -dijo Aragorn-. Pero si hasta ahora no he interpretado mal los signos, los Orcos de la Mano Blanca son los más numerosos y toda la

compañía se encamina a Isengard. El rumbo actual corrobora mis presunciones.

-Sin embargo, no convendría fiarse de las intenciones de los orcos -dijo Gimli-. ¿Y una huida? En la oscuridad quizá no hubiéramos visto las huellas que te llevaron al broche.

-Los orcos habrán doblado las guardias desde entonces, y los prisioneros, estarán cada vez más cansados -dijo Legolas-. No habrá ninguna otra huida, no sin nuestra ayuda. No se me ocurre ahora cómo podremos hacerlo, pero primero hay que darles alcance.

-Y sin embargo yo mismo, enano de muchos viajes, y no el menos resistente, no podría ir corriendo hasta Isengard sin hacer una pausa -dijo Gimli-. A mí también se me encoge el corazón y preferiría partir cuanto antes, pero ahora tengo que descansar un poco para correr mejor. Y si decidimos descansar, la noche es el tiempo adecuado.

-Dije que era una elección difícil -dijo Aragorn-. ¿Cómo concluiremos este debate?

-Tú eres nuestro guía -dijo Gimli- y el cazador experto. Tienes que elegir.

-El corazón me incita a que sigamos -dijo Legolas-. Pero tenemos que mantenernos juntos. Seguiré tu consejo.

-Habéis elegido un mal árbitro -dijo Aragorn-. Desde que cruzamos el Argonath todas mis decisiones han salido mal. -Hizo una pausa, mirando al norte y al oeste en la noche creciente.- No marcharemos de noche -dijo al fin-. El peligro de no ver las huellas o alguna señal de otras idas y venidas me parece el más grave. Si la luna diera bastante luz, podríamos aprovecharla, pero ay, se pone temprano y es aún pálida y joven.

-Y esta noche está amortajada además -murmuró Gimli-. ¡Ojalá la Dama nos hubiera dado una luz, como el regalo que le dio a Frodo!

-La necesitará más aquel a quien le fue destinada -dijo Aragorn-. Es él quien lleva adelante la verdadera Búsqueda. La nuestra es sólo un asunto menor entre los grandes acontecimientos de la época. Una persecución vana, quizá, que ninguna elección mía podría estropear o corregir. Bueno, he elegido. ¡De modo que aprovechemos el tiempo como mejor podamos!

Aragorn se echó al suelo y cayó en seguida en un sueño profundo, pues no dormía desde que pasaran la noche a la sombra del Tol Brandir. Despertó y se levantó antes que el alba asomara en el cielo. Gimli estaba aún profundamente dormido, pero Legolas, de Pie, miraba hacia el norte en la oscuridad, pensativo y silencioso, como un árbol joven en la noche sin viento.

-Están de veras muy lejos -dijo tristemente volviéndose a Aragorn-. El corazón me dice que no han descansado esta noche. Ahora sólo un águila podría alcanzarlos.

-De todos modos tenemos que seguirlos, como nos sea posible -dijo Aragorn. Inclínándose despertó al enano-. ¡Arriba! Hay que partir -dijo-. El rastro está enfriándose.

-Pero todavía es de noche -dijo Gimli-. Ni siquiera Legolas subido a una loma podría verlos, no hasta que salga el sol.

-Temo que ya no estén al alcance de mis ojos, ni desde una loma o en la llanura, a la luz de la luna o a la luz del sol -dijo Legolas.

-Donde la vista falla la tierra puede traernos algún rumor -dijo Aragorn-. La tierra ha de quejarse bajo esas patas odiosas.

Aragorn se tendió en el suelo con la oreja apretada contra la hierba. Allí se quedó, muy quieto, tanto tiempo que Gimli se preguntó si no se habría desmayado o se habría quedado dormido otra vez. El alba llegó con una luz temblorosa y una luz gris creció lentamente alrededor. Al fin Aragorn se incorporó y los otros pudieron verle la cara: pálida, enjuta, de ojos turbados.

-El rumor de la tierra es débil y confuso -dijo-. No hay nadie que camine por aquí, en un radio de muchas millas. Las pisadas de nuestros enemigos se oyen apagadas y distantes. Pero hay un rumor claro y distinto de cascos de caballo. Se me ocurre que ya antes los oí, aún mientras dormía tendido en la hierba, y que perturbaron mis sueños: caballos que galopaban en el oeste. Pero ahora se alejan más de nosotros, hacia el norte. ¡Me pregunto qué ocurre en este país!

-¡Partamos! -dijo Legolas.

Así comenzó el tercer día de persecución. Durante todas esas largas horas de nubes y sol caprichosos, apenas hicieron una pausa, ya caminando, ya corriendo, como si ninguna fatiga pudiera consumir el fuego que los animaba. Hablaban poco. Cruzaron aquellas amplias soledades y las capas élficas se confundieron con el gris verdoso de los campos; aun al sol frío del mediodía pocos ojos que no fuesen ojos élficos hubiesen podido verlos. A menudo agradecían de corazón a la Dama de Lórien por las *lembas* que les había regalado, pues comían un poco y recobraban en seguida las fuerzas sin necesidad de dejar de correr.

Durante todo el día la huella de los enemigos se alejó en línea recta hacia el noreste, sin interrumpirse ni desviarse una sola vez. Cuando el día declinó una vez más, llegaron a unas largas pendientes sin árboles donde el suelo se elevaba hacia una línea de lomas bajas. El rastro de los orcos se hizo más borroso a medida que doblaba hacia el norte acercándose a las lomas, pues el suelo era allí más duro y la hierba más escasa. Lejos a la izquierda, el río Entaguas serpeaba como un hilo de plata en un suelo verde. Nada más se movía. Aragorn se asombraba a menudo de que no vieran ninguna señal de bestias o de hombres. Las moradas de los Rohirrim se alzaban casi todas en el Sur, a muchas leguas de allí, en las estribaciones boscosas de las Montañas Blancas, ahora ocultas entre nieblas y nubes; sin embargo, los Señores de los Cabellos habían tenido en otro tiempo muchas tropillas y establos en Estemnet, esta región oriental del reino, y los jinetes la habían recorrido entonces a menudo, de un extremo a otro, viviendo en campamentos y tiendas, aun en los meses invernales. Pero ahora toda la tierra estaba desierta y había un silencio que no parecía ser la quietud de la paz.

Al crepúsculo se detuvieron de nuevo. Ahora ya habían recorrido dos veces doce leguas por las llanuras de Rohan y los muros de Eryn Muil se perdían en las sombras del este. La luna brillaba confusamente en un cielo nublado, aunque daba un poco de luz y las estrellas estaban veladas.

-Ahora me permitiría menos que nunca un tiempo de descanso o una pausa en la caza -dijo Legolas-. Los orcos han corrido ante nosotros como perseguidos por los látigos del mismísimo Sauron. Temo que hayan llegado al bosque y las colinas oscuras y que ya estén a la sombra de los árboles.

Los dientes de Gimli rechinaron.

-¡Amargo fin de nuestras esperanzas y todos nuestros afanes! -dijo.

-De las esperanzas quizá, pero no de los afanes -dijo Aragorn-. No volveremos atrás. Sin embargo me siento cansado. -Se volvió a mirar el camino por donde habían venido hacia la noche, que ahora se apretaba en el este. - Hay algo extraño en esta región. No me fío del silencio. No me fío ni siquiera de la luna pálida. Las estrellas son débiles; y me siento cansado como pocas veces antes. Cansado como nunca lo está ningún Montaraz, si tiene una pista clara que seguir. Hay alguna voluntad que da rapidez a nuestros enemigos y levanta ante nosotros una barrera invisible: un cansancio del corazón más que de los miembros.

-¡Cierto! -dijo Legolas-. Lo he sabido desde que bajamos de Eryn Muil. Pues esa voluntad no está detrás de nosotros, sino delante.

Apuntó por encima de las tierras de Rohan hacia el Oeste oscuro bajo la luna creciente.

-¡Saruman! - murmuró Aragorn -. ¡Pero no nos hará volver! Nos detendremos una vez más, eso sí, pues mirad: la luna misma está hundiéndose en nubes. Hacia el norte, entre las lomas y los pantanos, irá nuestra ruta, cuando vuelva el día.

Como otras veces Legolas fue el primero en despertar, si en verdad había dormido.

-¡Despertad! ¡Despertad! -gritó-. Es un amanecer rojo. Cosas extrañas nos esperan en los lindes del bosque. Buenas o malas, no lo sé, pero nos llaman. ¡Despertad!

Los otros se incorporaron de un salto y casi en seguida se pusieron de nuevo en marcha. Poco a poco las lomas fueron acercándose. Faltaba aún una hora para el mediodía cuando las alcanzaron: unas elevaciones verdes de cimas desnudas que corrían en línea recta hacia el norte. Al pie de estos cerros el suelo era duro y la hierba corta; pero una larga franja de tierra inundada, de unas diez millas de ancho, los separaba del río que se paseaba entre macizos indistintos de cañas y juncos. Justo al oeste de la pendiente más meridional había un anillo amplio donde la hierba había sido arrancada y pisoteada por muchos pies. Desde allí la pista de los orcos iba otra vez hacia el norte a lo largo de las faldas reseca de las lomas. Aragorn se detuvo y examinó las huellas de cerca.

-Descansaron aquí un rato -dijo-, pero aun las huellas que van al norte son viejas. Temo que el corazón te haya dicho la verdad, Legolas: han pasado tres veces doce horas, creo, desde que los orcos estuvieron aquí. Si siguen a ese paso, mañana a la caída del sol llegarán a los lindes de Fangorn.

-No veo nada al norte y al oeste; sólo unos pastos entre la niebla -dijo Gimli-. ¿Podríamos ver el bosque, si subimos a las colinas?

-Está lejos aún -dijo Aragorn-. Si recuerdo bien, estas lomas corren ocho leguas o más hacia el norte, y luego al noroeste se extienden otras tierras hasta la desembocadura del Entaguas; otras quince leguas quizá.

-Pues bien, partamos -dijo Gimli -. Mis piernas tienen que ignorar las millas. Así estarán más dispuestas, si el corazón me pesa menos.

El sol se ponía cuando empezaron a acercarse al extremo norte de las lomas. Habían marchado muchas horas sin tomarse descanso. Iban

lentamente ahora y Gimli se inclinaba hacia adelante. Los enanos son duros como piedras para el trabajo o los viajes, pero esta cacería interminable comenzaba a abrumarlo, más aún porque ya no alimentaba ninguna esperanza. Aragorn abrió la marcha, ceñudo y silencioso, agachándose de cuando en cuando a observar una marca o señal en el suelo. Sólo Legolas caminaba con la ligereza de siempre apoyándose apenas en la hierba, no dejando ninguna huella detrás; pero en el pan del camino de los elfos, encontraba toda la sustancia que podía necesitar, y era capaz de dormir, si eso podía llamarse dormir, descansando la mente en los extraños senderos de los sueños élficos, aun caminando con los ojos abiertos a la luz del mundo.

-¡Subamos por esta colina verde! -dijo.

Lo siguieron trabajosamente, trepando por una pendiente larga, hasta que llegaron a la cima. Era una colina redonda, lisa y desnuda, que se alzaba separada de las otras en el extremo septentrional de la cadena. El sol se puso y las sombras de la noche cayeron como una cortina. Estaban solos en un mundo gris e informe sin medidas ni marcas. Sólo muy lejos al noroeste la oscuridad era más densa, sobre un fondo de luz moribunda: las Montañas Nubladas y los bosques próximos.

-Nada se ve que pueda guiarnos - dijo Gimli-. Bueno, tenemos que detenernos otra vez y pasar la noche. ¡Está haciendo frío!

-El viento viene de las nieves del norte -dijo Aragorn.

-Y antes que amanezca cambiará al este -dijo Legolas-. Pero descansad, si tenéis que hacerlo. Mas no abandonéis toda esperanza. Del día de mañana nada sabemos aún. La solución se encuentra a menudo a la salida del sol.

-En esta cacería ya hemos visto subir tres soles y no nos trajeron ninguna solución -dijo Gimli.

La noche era más y más fría. Aragorn y Gimli dormían a los saltos y cada vez que despertaban veían a Legolas de pie junto a ellos, o caminando de aquí para allá, canturreando en su propia lengua; y mientras cantaba, las estrellas blancas se abrieron en la dura bóveda negra de allá arriba. Así pasó la noche. Juntos observaron el alba que crecía lentamente en el cielo, ahora desnudo y sin nubes, hasta que al fin asomó el sol, pálido y claro. El viento soplaba del este y había arrastrado todas las nieblas; unos campos vastos y desiertos se extendían alrededor de la luz huraña.

Adelante y al este vieron las tierras altas y ventosas de las Mesetas de Rohan, que habían vislumbrado días antes desde el Río Grande. Al noroeste se adelantaba el bosque oscuro de Fangorn; los lindes sombríos estaban aún a diez leguas de distancia y más allá unas pendientes montañosas se perdían en el azul de la lejanía. En el horizonte, como flotando sobre una nube gris, brillaba la cabeza blanca del majestuoso Methedras, el último pico de las Montañas Nubladas. El Entaguas salía del bosque e iba al encuentro de las montañas, corriendo ahora por un cauce estrecho, entre barrancas profundas. Las huellas de los orcos dejaron las lomas y se encaminaron al río.

Siguiendo con ojos penetrantes el rastro que llevaba al río y luego el curso del río hasta el bosque, Aragorn vio una sombra en el verde distante, una mancha oscura que se movía rápidamente. Se arrojó al suelo y escuchó otra vez con atención. Pero Legolas, de pie junto a él, protegiéndose los brillantes ojos élficos con una mano larga y delgada, no vio una sombra, ni una mancha,



sino las figuras pequeñas de unos jinetes, muchos jinetes, y en las puntas de las lanzas el reflejo matinal, como el centelleo de unas estrellas diminutas que los ojos no alcanzaban a ver. Lejos detrás de ellos un humo oscuro se elevaba en delgadas volutas.

El silencio reinaba en los campos desiertos de alrededor y Gimli podía oír el aire que se movía en las hierbas.

-¡Jinetes! -exclamó Aragorn incorporándose bruscamente ¡Muchos jinetes montados en corceles rápidos vienen hacia aquí!

-Sí -dijo Legolas-, son ciento cinco. Los cabellos son rubios y las espadas brillantes. El jefe es muy alto.

Aragorn sonrió.

-Penetrantes son los ojos de los elfos -dijo.

-No. Los jinetes están a poco más de cinco leguas -dijo Legolas. -Cinco leguas o una -dijo Gimli-, no podemos escapar en esta tierra desnuda. ¿Los esperaremos aquí o seguiremos adelante?

-Esperaremos -dijo Aragorn-. Estoy cansado y la cacería ya no tiene sentido. Al menos otros se nos adelantaron, pues esos jinetes vienen cabalgando por la pista de los orcos. Quizá nos den alguna noticia.

-O lanzas -dijo Gimli.

-Hay tres monturas vacías, pero no veo ningún hobbit -dijo Legolas.

-No hablé de buenas noticias -dijo Aragorn-, pero buenas o malas las esperaremos aquí.

Los tres compañeros dejaron la cima de la loma, donde podían ser un fácil blanco contra el cielo claro y bajaron lentamente por la ladera norte. Un poco antes de llegar a los pies de la loma y envolviéndose en las capas, se sentaron juntos en las hierbas marchitas. El tiempo pasó lenta y pesadamente. Había un viento leve, que no dejaba de soplar. Gimli no estaba tranquilo.

-¿Qué sabes de esos hombres a caballo, Aragorn? -dijo-. ¿Nos quedaremos aquí sentados esperando una muerte súbita?

-He estado entre ellos -respondió Aragorn-. Son orgullosos y porfiados, pero sinceros de corazón, generosos en pensamiento y actos, audaces pero no crueles; sabios pero poco doctos, no escriben libros pero cantan muchas canciones parecidas a las que cantaban los niños de los Hombres antes de los Años Oscuros. Mas no sé qué ha ocurrido aquí en los últimos tiempos y en qué andan ahora los Rohirrim, acorralados quizás entre el traidor Saruman y la amenaza de Sauron. Han sido mucho tiempo amigos de la gente de Gondor, aunque no son parientes. Eorl el joven los trajo del Norte en años ya olvidados y están emparentados sobre todo con los Bárbidos del Valle y los Beórnicas del Bosque, entre quienes pueden verse aún muchos hombres altos y hermosos, como los Jinetes de Rohan. Al menos no son amigos de los Orcos.

-Pero Gandalf oyó el rumor de que rinden tributo a Mordor -dijo Gimli.

-Lo creo no más que Boromir -le respondió Aragorn.

-Pronto sabréis la verdad -dijo Legolas-. Ya están cerca.

Ahora aun Gimli podía escuchar el ruido lejano de los caballos al galope. Los jinetes, siguiendo la huella, se habían apartado del río y estaban acercándose a las lomas. Cabalgaban como el viento.

Unos gritos claros y fuertes resonaron en los campos. De pronto los Jinetes llegaron con un ruido de trueno y el que iba delante se desvió, pasando

al pie de la colina y conduciendo a la tropa hacia el sur a lo largo de las laderas occidentales. Los otros lo siguieron: una larga fila de hombres en cota de malla, rápidos, resplandecientes, terribles y hermosos.

Los caballos eran de gran alzada, fuertes y de miembros ágiles; los pelajes grises relucían, las largas colas flotaban al viento, las melenas habían sido trenzadas sobre los pescuezos altivos. Los hombres que los cabalgaban armonizaban con ellos: grandes, de piernas largas; los cabellos rubios como el lino asomaban bajo los cascos ligeros y les caían en largas trenzas por la espalda; las caras eran serias y fuertes. Venían esgrimiendo unas altas lanzas de fresno y unos escudos pintados les colgaban sobre las espaldas; en los cinturones llevaban unas espadas largas y las lustrosas camisas de malla les llegaban a las rodillas.

Galopaban en parejas y aunque de cuando en cuando uno de ellos se alzaba en los estribos y miraba adelante y a los costados, no parecieron advertir la presencia de los tres extraños que estaban sentados en silencio y los observaban. La tropa casi había pasado cuando Aragorn se incorporó de pronto y llamó en voz alta:

-¿Qué noticias hay del Norte, jinetes de Rohan?

Con una rapidez y una habilidad asombrosas, los jinetes refrenaron los caballos, dieron media vuelta, y regresaron a la carrera. Pronto los tres compañeros se encontraron dentro de un anillo de jinetes que se movían en círculos, subiendo y bajando por la falda de la colina, y acercándose cada vez más. Aragorn esperaba de pie, en silencio, y los otros estaban sentados sin moverse, preguntándose qué resultaría de todo esto.

Sin una palabra o un grito, de súbito, los jinetes se detuvieron. Un muro de lanzas apuntaba hacia los extraños, y algunos de los hombres esgrimían arcos tendidos, con las flechas en las cuerdas. Luego uno de ellos se adelantó, un hombre alto, más alto que el resto; sobre el yelmo le flotaba como una cresta una cola de caballo blanca. El hombre avanzó hasta que la punta de la lanza tocó casi el pecho de Aragorn. Aragorn no se movió.

-¿Quién eres y qué haces en esta tierra? -dijo el jinete hablando en la Lengua Común del Oeste y con una entonación y de una manera que recordaba a Boromir, Hombre de Gondor.

-Me llaman Trancos -dijo Aragorn-. Vengo del Norte. Estoy cazando orcos.

El jinete se apeó. Le dio la lanza a otro que se acercó a caballo y desmontó junto a él, sacó la espada y se quedó mirando de frente a Aragorn, atentamente y no sin asombro. Al fin habló de nuevo.

-En un principio pensé que vosotros mismos erais orcos -dijo-, *pero veo* ahora que no es así. En verdad *conocéis poco de orcos si* esperáis cazarlos de esta manera. Eran rápidos y muy numerosos, e iban bien armados. Si los hubieseis alcanzado, los cazadores se habrían convertido pronto en presas. Pero hay algo raro en ti, Trancos. -Dos ojos claros y brillantes se clavaron de nuevo en el Montaraz.- No es nombre de hombres el que tú me dices. Y esas ropas vuestras también son raras. ¿Salisteis de la hierba? ¿Cómo escapasteis a nuestra vista? ¿Sois elfos?

-No -dijo Aragorn-. Sólo uno de nosotros es un elfo, Legolas del Reino de los Bosques en el distante Bosque Negro. Pero pasamos por Lothlórien y nos acompañan los dones y favores de la Dama.

El jinete los miró con renovado asombro, pero los ojos se le endurecieron.

-¡Entonces hay una Dama en el Bosque Dorado *como dicen las viejas historias!* -exclamó-. Pocos escapan a las redes de esa mujer, dicen. ¡Extraños días! Pero si ella os protege, entonces quizá seáis también echadores de redes y hechiceros. -Miró de pronto fríamente a Legolas y a Gimli.- ¿Por qué estáis tan callados? -preguntó.

Gimli se incorporó y se plantó firmemente en el suelo, *con los pies separados* y una mano en el mango del hacha. Le brillaban los ojos oscuros, coléricos.

-Dame tu nombre, señor de caballos, y te daré el mío y también algo más -dijo.

-En cuanto a eso -dijo el jinete observando desde arriba al enano el extraño tiene que darse a conocer primero. No obstante te diré que me llamo Eomer hijo de Eomund y soy Tercer Mariscal de la Marca de los jinetes.

-Entonces Eomer hijo de Eomund, Tercer Mariscal de la Marca de los Jinetes, permite que Gimli el Enano hijo de Glóin te advierta que no digas necedades. Habla mal de lo que es hermoso más allá de tus posibilidades de comprensión y sólo el poco entendimiento podría excusarte.

Los ojos de Eomer relampaguearon y los Hombres de Rohan murmuraron airadamente y cerraron el círculo, adelantando las lanzas.

-Te rebanaría la cabeza. Señor enano, si se alzara un poco más del suelo -dijo Eomer.

-El enano no está solo -dijo Legolas poniendo una flecha y tendiendo el arco con unas manos tan rápidas que la vista no podía seguir las-. Morirías antes que alcanzaras a golpear.

Eomer levantó la espada y las cosas pudieron haber ido mal, pero Aragorn saltó entre ellos alzando la mano.

-¡Perdón, Eomer! -gritó -. Cuando sepas más, entenderás por qué has molestado a mis compañeros. No queremos ningún mal para Rohan, ni para ninguno de los que ahí habitan, sean hombres o caballos. ¿No oirás nuestra historia antes de atacarnos?

-La oiré -dijo Eomer, bajando la hoja-. Pero sería prudente que quienes andan de un lado a otro por la Marca de los jinetes fueran menos orgullosos en estos días de incertidumbre. Primero dime tu verdadero nombre.

-Primero dime a quién sirves -replicó Aragorn-. ¿Eres amigo o enemigo de Sauron, el Señor Oscuro de Mordor?

-Sólo sirvo al Señor de la Marca, el Rey Théoden hijo de Thengel -respondió Eomer-. No servimos al Poder del lejano País Negro, pero tampoco estamos en guerra con él, y si estás huyendo de Sauron será mejor que dejes estas regiones. Hay dificultades ahora en todas nuestras fronteras y estamos amenazados; pero sólo deseamos ser libres y vivir como hemos vivido hasta ahora, conservando lo que es nuestro y no sirviendo a ningún señor extraño, bueno o malo. En épocas mejores agasajábamos a quienes venían a vernos, pero en este tiempo los extraños que no han sido invitados nos encuentran dispuestos a todo. ¡Vamos! ¿Quién eres tú? ¿A quién sirves tú? ¿En nombre de quién estás cazando orcos en nuestras tierras?

-No sirvo a ningún hombre -dijo Aragorn-, pero persigo a los sirvientes de Sauron en cualquier sitio que se encuentren. Pocos hay entre los hombres mortales que sepan más de orcos y no los cazo de este modo porque lo haya querido así. Los orcos a quienes perseguimos tomaron prisioneros a dos de

mis amigos. En semejantes circunstancias el hombre que no tiene caballo irá a pie y no pedirá permiso para seguir el rastro. Ni contará las cabezas del enemigo salvo con la espada. No estoy desarmado.

Aragorn echó atrás la capa. La vaina élfica centelleó y la hoja brillante de Andúril resplandeció con una llama súbita.

-¡Elendil! -gritó-. Soy Aragorn hijo de Arathorn y me llaman Elessar, Piedra de Elfo, Dúnadan, heredero del hijo de Isildur, hijo de Elendil de Gondor. ¡He aquí la Espada que estuvo rota una vez y fue forjada de nuevo! ¿Me ayudarás o te opondrás a mí? ¡Escoge rápido!

Gimli y Legolas miraron asombrados a Aragorn, pues nunca lo habían visto así antes. Parecía haber crecido en estatura y en cambio a Eomer se le veía más pequeño. En la cara animada de Aragorn asomó brevemente el poder y la majestad de los reyes de piedra. Durante un momento Legolas creyó ver una llama blanca que ardía sobre la frente de Aragorn como una corona viviente.

Eomer dio un paso atrás con una expresión de temor reverente en la cara. Bajó los ojos.

-Días muy extraños son estos en verdad -murmuró-. Sueños y leyendas brotan de las hierbas mismas.

»Dime, Señor -dijo-, ¿qué te trae aquí? ¿Qué significado tienen esas palabras oscuras? Hace ya tiempo Boromir hijo de Denethor fue en busca de una respuesta y el caballo que le prestamos volvió sin jinete. ¿Qué destino nos traes del Norte?

-El destino de una elección -dijo Aragorn-. Puedes decirle esto a Théoden hijo de Thengel: le espera una guerra declarada, con Sauron o contra él. Nadie podrá vivir ahora como vivió antes y pocos conservarán lo que tienen. Pero de estos importantes asuntos hablaremos más tarde. Si la suerte lo permite, yo mismo iré a ver al rey. Ahora me encuentro en un grave apuro y pido ayuda, o por lo menos alguna noticia. Ya oís te que perseguimos a una tropa de orcos que se llevaron a nuestros amigos. ¿Qué puedes decirnos?

-Que no necesitas continuar persiguiéndolos -dijo Eomer-. Los orcos fueron destruidos.

-¿Y nuestros amigos?

-No encontrarnos sino orcos.

-Eso es raro en verdad -dijo Aragorn-. ¿Buscaste entre los muertos? ¿No había otros cadáveres aparte de los orcos? Eran gente pequeña, quizá sólo unos niños a tus ojos, descalzos, pero vestidos de gris.

-No había enanos ni niños -dijo Eomer-. Contamos todas las víctimas y las despojamos de armas y suministros. Luego las apilamos y las quemamos en una hoguera, como es nuestra costumbre. Las cenizas humean aún.

-No hablamos de enanos o de niños -dijo Gimli-. Nuestros amigos eran hobbits.

-¿Hobbits? -dijo Eomer-. ¿Qué es eso? Un nombre extraño.

-Un nombre extraño para una gente extraña -dijo Gimli-, pero éstos nos eran muy queridos. Ya habéis oído en Rohan, parece, las palabras que perturbaron a Minas Tirith. Hablaban de un mediano. Estos hobbits son medianos.

-¡Medianos! -rió el jinete que estaba junto a Eomer-. ¡Medianos! Pero son sólo una gentecita que aparece en las viejas canciones y los cuentos infantiles del Norte. ¿Dónde estamos, en el país de las leyendas o en una tierra verde a la luz del sol?

-Un hombre puede estar en ambos sitios -dijo Aragorn-. Pues no nosotros sino otras gentes que vendrán más tarde contarán las leyendas de este tiempo. ¿La tierra verde, dices? ¡Buen asunto para una leyenda aunque te pasees por ella a la luz del día!

-El tiempo apura -dijo el jinete sin prestar oídos a Aragorn-. Tenemos que darnos prisa hacia el sur, señor. Dejemos que estas gentes se ocupen de sus propias fantasías. O atémoslos para llevarlos al rey.

-¡Paz, Eothain! -dijo Eomer en su propia lengua-. Déjame un rato. Dile a los *éoreds* que se junten en el camino y se preparen para cabalgar hasta el Entaguas.

Eothain se retiró murmurando entre dientes y les habló a los otros. La tropa se alejó y dejó solo a Eomer con los tres compañeros.

-Todo lo que cuentas es extraño, Aragorn -dijo-. Sin embargo, dices la verdad, es evidente; los Hombres de la Marca no mienten nunca y por eso mismo no se los engaña con facilidad. Pero no has dicho todo. ¿No hablarás ahora más a fondo de tus propósitos, para que yo pueda decidir?

-Salí de Imladris, como se la llama en los cantos, hace ya muchas semanas -respondió Aragorn-. Conmigo venía Boromir de Minas Tirith. Mi propósito era llegar a esa ciudad con el hijo de Denethor, para ayudar a su gente en la guerra contra Sauron. Pero la Compañía con quien he viajado perseguía otros asuntos. De esto no puedo hablar ahora. Gandalf el Gris era nuestro guía.

-¡Gandalf! -exclamó Eomer-. ¡Gandalf Capagris, como se lo conoce en la Marca! Pero te advierto que el nombre de Gandalf ya no es una contraseña para llegar al rey. Ha sido huésped del reino muchas veces en la memoria de los hombres, yendo y viniendo a su antojo, luego de unos meses, o luego de muchos años. Es siempre el heraldo de acontecimientos extraños; un portador del mal, dicen ahora algunos.

»En verdad desde la última venida de Gandalf todo ha ido para peor. En ese tiempo comenzaron nuestras dificultades con Saruman el Blanco. Hasta entonces contábamos a Saruman entre nuestros amigos, pero Gandalf vino y nos anunció que una guerra súbita estaba preparándose en Isengard. Dijo que él mismo había estado prisionero en Orthanc y que había escapado a duras penas y pedía ayuda. Pero Théoden no quiso escucharlo y Gandalf se fue. ¡No pronuncies el nombre de Gandalf en voz alta si te encuentras con Théoden! Está furioso, pues Gandalf se llevó el caballo que llaman Sombragris, el más precioso de los corceles del rey, jefe de *los Mearas* que sólo el Señor de la Marca puede montar. Pues el padre de esta raza era el gran caballo de Eorl que conocía el lenguaje de los hombres. Sombragris volvió hace siete noches, pero la cólera del rey no se ha apaciguado, pues el caballo es ahora salvaje y no permite que nadie lo monte.

-Entonces Sombragris ha encontrado solo su camino desde el lejano Norte -dijo Aragorn-, pues fue allí donde él y Gandalf se separaron. Pero, ay, Gandalf no volverá a cabalgar. Cayó en las tinieblas de las Minas de Moria y nadie lo vio otra vez.

-Malas nuevas son éstas -dijo Eomer-. Al menos para mí y para muchos; aunque no para todos como descubrirás si ves al rey.

-Nadie podría entender ahora en estos territorios hasta qué extremo son malas nuevas, aunque quizá lo comprueben amargamente antes que el año avance mucho más -dijo Aragorn-. Pero cuando los grandes caen, los pequeños ocupan sus puestos. Mi parte ha sido guiar a la Compañía por el

largo camino que viene de Moría. Viajamos cruzando Lórien (y a este respecto sería bueno que te enteraras de la verdad antes de hablar otra vez), y luego bajarnos por el Río Grande hasta los saltos de Rauros. Allí los orcos que tú destruiste mataron a Boromir.

-¡Tus noticias son todas de desgracias! –exclamó Eomer, consternado-. Esta muerte es una gran pérdida para Minas Tirith y para todos nosotros. Boromir era un hombre digno, todos lo alababan. Pocas veces venía a la Marca, pues estaba siempre en las guerras de las fronteras del Este, pero yo lo conocí. Me recordaba más a los rápidos hijos de Eorl que a los graves Hombres de Gondor, y hubiera sido un gran capitán. Pero nada sabíamos de esta desgracia en Gondor. ¿Cuándo murió?

-Han pasado ya cuatro días -dijo Aragorn- y aquella misma tarde dejamos la sombra del Tol Brandir y hemos venido viajando hasta ahora.

-¿A pie? -exclamó Eomer.

-Sí, así como nos ves.

Eomer parecía estupefacto.

-Trancos es un nombre que no te hace justicia, hijo de Arathorn -dijo-. Yo te llamaría Pies Alados. Esta hazaña de los tres amigos tendría que ser cantada en muchos castillos. ¡No ha concluido el cuarto día y ya habéis recorrido cuarenta y cinco leguas! ¡Fuerte es la raza de Elendil!

»Pero ahora, señor, ¿cómo podría ayudarte? Tendría que volver en seguida a avisar a Théoden. He hablado con cierta prudencia ante mis hombres. Es cierto que aún no estamos en guerra declarada con el País Negro y algunos, próximos a la oreja del rey, dan consejos cobardes, pero la guerra se acerca. No olvidamos nuestra vieja alianza con Gondor y cuando ellos luchan los ayudaremos: así pienso yo y todos aquellos que me acompañan. La Marca del Este está a mi cuidado, el distrito del Tercer Mariscal, y he sacado de aquí todas las manadas y las gentes que las cuidan, dejando sólo unos pocos guardias y centinelas.

-¿Entonces no pagáis tributo a Sauron? -preguntó Gimli.

-Ni ahora ni nunca -dijo Eomer y un relámpago le pasó por los ojos-, aunque he oído hablar de esa mentira. Hace algunos años el Señor del País Negro deseó comprarnos algunos caballos a buen precio, pero nos rehusamos, pues emplean las bestias para malos propósitos. Entonces mandó una tropa de orcos, que saquearon nuestras tierras y se llevaron lo que pudieron, eligiendo siempre los caballos negros: de éstos pocos quedan ahora. Por esa razón nuestra enemistad con los orcos tiene un sabor amargo.

»Pero en este momento nuestra mayor preocupación es Saruman. Se ha declarado señor de todos estos territorios y desde hace varios meses estamos en guerra. Ha reclutado orcos y jinetes de lobos y hombres malignos y nos cerró los caminos de El Paso y así es posible que nos asalten desde el este y el oeste.

-No es bueno toparse con semejante enemigo: un mago a la vez astuto y habilidoso que tiene muchos disfraces. Va de un lado a otro, dicen, encapuchado y envuelto en una capa, muy parecido a Gandalf, como muchos recuerdan ahora. Los espías que tiene a su servicio se escurren por todas partes y sus pájaros de mal agüero recorren el cielo. No sé qué fin nos espera y estoy preocupado, pues tengo la impresión de que sus amigos no son todos de Isengard. Pero si vienes a casa del rey, lo verás por ti mismo. ¿No quieres

venir? ¿Es vana mi esperanza de que hayas sido enviado para ayudarme en estas dudas y aprietos?

-Iré cuando pueda -dijo Aragorn.

-¡Ven ahora! -dijo Eomer-. El Heredero de Elendil sería sin duda un fuerte apoyo para los Hijos de Eorl en estos tiempos aciagos. Ahora mismo se está librando una batalla en Oestemnet y temo que termine mal para nosotros.

»En verdad en este viaje por el norte partí sin autorización del rey y han quedado pocos guardias en la casa. Pero los centinelas me advirtieron que una tropa de orcos bajó de la Muralla del Este hace tres noches y que algunos de ellos llevaban las insignias blancas de Saruman. De modo que sospechando lo que más temo, una alianza entre Orthanc y la Torre Oscura, me puse a la cabeza de mis *éoreds*, hombres de mi propia Casa. Alcanzamos a los orcos a la caída de la noche hace ya dos días, cerca de los lindes del Bosque de Ent. Allí los rodeamos y ayer al alba libramos la batalla. Ay, perdí quince hombres y doce caballos. Pues los orcos eran mucho más numerosos de lo que habíamos creído. Otros se unieron a ellos, viniendo del este a través del Río Grande: se ven claramente las huellas un poco al norte de aquí. Y otros vinieron del bosque. Orcos de gran tamaño que también exhibían la Mano Blanca de Isengard; esta especie es más fuerte y cruel que todos los otros.

»Sin embargo, terminamos con ellos. Pero nos alejamos demasiado. Nos necesitan en el sur y el oeste. ¿No vendrás? Sobran caballos, como ves. Hay trabajo suficiente para la Espada. Sí, y quizá podamos servirnos también del hacha de Gimli y del arco de Legolas, si me perdonan lo que he dicho de la Dama del Bosque. Sólo digo lo que dicen los hombres de mi tierra y me complacería enderezar mi error.

-Te agradezco tus buenas palabras -dijo Aragorn- y en mi corazón desearía acompañarte, pero no puedo abandonar a mis amigos mientras haya alguna esperanza.

-Esperanzas no hay -dijo Eomer-. No encontrarás a tus amigos en las fronteras del Norte.

-Sin embargo, no están detrás de nosotros. No lejos de la Muralla del Este encontramos una prueba clara de que uno de ellos al menos estaba con vida allí. Pero entre la muralla y las lomas no había más señales y no vimos ninguna huella que se desviara a un lado O a otro, si mis talentos no me han abandonado.

-¿Qué fue de ellos entonces?

-No lo sé. Quizá murieron y ardieron junto con los orcos, pero tú me dices que esto no puede ser y yo no lo temo. Quizá los llevaron al bosque antes de la batalla, quizás aún antes de que cercaras a los enemigos. ¿Estás seguro de que nadie escapó a tus redes?

-Puedo jurar que ningún orco escapó, desde el momento que los vimos -dijo Eomer-. Llegamos a los lindes antes que ellos y si alguna criatura rompió después el cerco, entonces no era un orco y tenía algún poder élfico.

-Nuestros amigos estaban vestidos como nosotros -dijo Aragorn- y tú pasaste a nuestro lado sin vernos a la plena luz del día.

-Lo había olvidado -dijo Eomer-. Es difícil estar seguro de algo entre tantas maravillas. Todo en este mundo está teniendo un aire extraño. Elfos y enanos recorren juntas nuestras tierras y hay gente que habla con la Dama del Bosque y continúa con vida, y la Espada vuelve a una guerra que se interrumpió hace

muchos años antes que los padres de nuestros padres cabalgaran en la Marca. ¿Cómo encontrar el camino recto en semejante época?

-Como siempre -dijo Aragorn-. El mal y el bien no han cambiado desde ayer, ni tienen un sentido para los elfos y enanos y otro para los hombres. Corresponde al hombre discernir entre ellos, tanto en el Bosque de Oro como en su propia casa.

-Muy cierto -dijo Eomer-. No dudo de ti, ni de lo que me dicta el corazón. Pero no soy libre de hacer lo que quiero. Está contra la ley permitir que gente extranjera ande a su antojo por nuestras tierras, hasta que el rey mismo les haya dado permiso, y la prohibición es más estricta en estos días peligrosos. Te he pedido que vengas conmigo voluntariamente y te has negado. No seré yo quien inicie una lucha de cien contra tres.

-No creo que tus leyes se apliquen a estas circunstancias -dijo Aragorn- y ciertamente no soy un extranjero, pues he estado antes en estas tierras, más de una vez, y he cabalgado con las tropas de los Rohirrim, aunque con otro nombre y otras ropas. A ti no te he visto antes, pues eres joven, pero he hablado con Eomund, tu padre, y con Théoden hijo de Thengel. En otros tiempos los altos señores de estas tierras nunca hubieran obligado a un hombre a abandonar una búsqueda como la mía. Al menos mi obligación es clara: continuar. Vamos, hijo de Eomund, decídete a elegir. Ayúdanos, o en el peor de los casos déjanos en libertad. O aplica las leyes. Si así lo haces serán menos quienes regresen a tu guerra o a tu rey.

Eomer calló un momento y al fin habló.

-Los dos tenemos prisa -dijo-. Mi compañía está tascando el freno y tus esperanzas se debilitan hora a hora. Esta es mi elección. Te del aré ir y además te prestaré unos caballos. Sólo esto te pido: cuando hayas terminado tu búsqueda, o la hayas abandonado, vuelve con los caballos por el Vado de Ent hasta Meduseld, la alta casa de Edoras donde Théoden reside ahora. Así le probarás que no me he equivocado. En esto quizá me juegue la vida, confiando en tu veracidad. No faltes a tu obligación.

-No lo haré -dijo Aragorn.

Quando Eomer ordenó que los caballos sobrantes fueran prestados a los extranjeros, los demás jinetes se sorprendieron y cambiaron entre ellos miradas sombrías y desconfiadas; pero sólo Eothain se atrevió a hablar francamente.

-Quizás esté bien para este señor que dice ser de la raza de Gondor -comentó-, ¿pero quién ha oído hablar de prestarle a un enano un caballo de la Marca?

-Nadie -dijo Gimli-. Y no te preocupes, nadie lo oirá nunca. Antes prefiero ir a pie que sentarme en el lomo de una bestia tan grande, aunque me la dieran de buena gana.

-Pero tienes que montar o serás una carga para nosotros -dijo Aragorn.

-Vamos, te sentarás detrás de mí, amigo Gimli -dijo Legolas-. Todo estará bien entonces y no tendrás que preocuparse ni por el préstamo ni por el caballo mismo.

Le dieron a Aragorn un caballo grande, de pelaje gris oscuro y él lo montó.

-Se llama Hasufel -dijo Eomer-. ¡Que te lleve bien y hacia una mejor fortuna que la de Gárufl, su último dueño!



A Legolas le trajeron un caballo más pequeño y ligero, pero más arisco y fogoso. Se llamaba Arod. Pero Legolas pidió que le sacaran la montura y las riendas.

-No las necesito -dijo y lo montó ágilmente de un salto y ante el asombro de los otros, Arod se mostró manso y dócil bajo Legolas y bastaba una palabra para que fuera o viniera en seguida de aquí para allá; tal era la manera de los elfos con todas las buenas bestias.

Pusieron a Gimli detrás de Legolas y se aferró al elfo, no mucho más tranquilo que Sam Gamyi en una embarcación.

-¡Adiós y que encuentres lo que buscas! -gritó Eomer-. Vuelve lo más rápido que puedas, ¡y que juntas brillen entonces nuestras espadas!

-Vendré -dijo Aragorn.

-Y yo también vendré -dijo Gimli-. El asunto de la Dama Galadriel no está todavía claro. Aún tengo que enseñarte el lenguaje de la cortesía.

-Ya veremos -dijo Eomer-. Se han visto tantas cosas extrañas que aprender a alabar a una hermosa dama bajo los amables hachazos de un enano no parecerá mucha maravilla. ¡Adiós!

Los caballos de Rohan se alejaron rápidamente. Cuando poco después Gimli volvió la cabeza, la compañía de Eomer era ya una mancha pequeña y distante. Aragorn no miró atrás: observaba las huellas mientras galopaban, con la cabeza pegada al pescuezo de Hasufel. No había pasado mucho tiempo cuando llegaron a los límites del Entaguas y allí encontraron el rastro de que había hablado Eomer y que bajaba de las mesetas del Este.

Aragorn desmontó y examinó el suelo; en seguida, volviendo a montar de un salto, cabalgó un tiempo hacia el este, manteniéndose a un lado y evitando pisar el rastro. Luego se apeó otra vez y escudriñó el terreno adelante y atrás.

-Hay poco que descubrir -dijo al volver-. El rastro principal está todo confundido con las huellas de los jinetes que venían de vuelta; de ida pasaron sin duda más cerca del río. Pero el rastro que va hacia el este es reciente y claro. No hay huellas de pies en la otra dirección, hacia el Anduin. Cabalgaremos ahora más lentamente asegurándonos de que no haya rastros de otras huellas a los lados. Los oreos tienen que haberse dado cuenta aquí de que los seguían; quizás intentaron llevarse lejos a los cautivos antes que les diéramos alcance.

Mientras se adelantaban cabalgando, el día se nubló. Unas nubes grises y bajas vinieron de la Meseta. Una niebla amortajó el sol. Las laderas arboladas de Fangorn se elevaron, oscureciéndose a medida que *el* sol descendía. No vieron signos de ninguna huella a la derecha o a la izquierda, pero de vez en cuando encontraban el cadáver de un orco, que había caído en plena carrera y que ahora yacía con unas flechas de penacho gris clavadas en la espalda o la garganta.

Al fin, cuando el sol declinaba, llegaron a los lindes del bosque y en un claro que se abría entre los primeros árboles encontraron los restos de una gran hoguera: las cenizas estaban todavía calientes y humeaban. Al lado había una gran pila de cascos y cotas de malla, escudos hendidos y espadas rotas, arcos y dardos y otros instrumentos de guerra y sobre la pila una gran cabeza empalada: la *insignia blanca podía verse aún en el casco* destrozado. Más allá, no lejos del río, que fluía saliendo del bosque, había un montículo. Lo

habían levantado recientemente: la tierra desnuda estaba recubierto de terrones con hierba y alrededor habían clavado quince lanzas.

Aragorn y sus compañeros inspeccionaron todos los rincones del campo de batalla, pero la luz disminuía y pronto cayó la noche, oscura y neblinoso. No habían encontrado aún ningún rastro de Merry y Pippin.

-Más no podemos hacer -dijo Gimli tristemente-. Hemos tropezado con muchos enigmas desde que llegamos a Tol Brandir, pero este es el más difícil de descifrar. Apostaría a que los huesos quemados de los hobbits están mezclados con los de los orcos. Malas noticias para Frodo, si llega a *enterarse* un día, y malas *también para el vicio* hobbit que espera en Rivendel. Elrond se oponía a que vinieran.

-Gandalf no -dijo Legolas.

-Pero Gandalf eligió venir él mismo y fue el primero que se perdió -respondió Gimli-. No alcanzó a ver bastante lejos.

-El consejo de Gandalf no se fundaba en la posible seguridad de él mismo o de los otros -intervino Aragorn-. De ciertas empresas podría decirse que es mejor emprenderlas que rechazarlas, aunque el fin se anuncie sombrío. Pero no dejaré todavía este lugar. En todo caso hemos de esperar aquí la luz de la mañana.

Acamparon poco más allá del campo de batalla bajo un árbol frondoso: parecía un castaño y sin embargo tenía aún las hojas anchas y ocres del año anterior, como manos secas que mostraban los largos dedos; murmuraban tristemente en el viento de la noche.

Gimli tuvo un escalofrío. Habían traído sólo una manta para cada uno.

-Encendamos un fuego -dijo-. El peligro ya no me importa. Que los oreos vengan apretados como falenas de verano alrededor de una vela.

-Si esos desgraciados hobbits se han perdido en el bosque quizás este fuego los atraiga.

-Y quizás atraiga también a otras cosas que no serían ni orcos ni hobbits -dijo Aragorn-. Estamos cerca de las montañas del traidor Saruman y también en los lindes mismos de Fangorn y dicen que es peligroso tocar los árboles de ese bosque.

-Pero los Rohirrim hicieron una gran hoguera aquí ayer mismo -dijo Gimli- y derribaron árboles para el fuego, como puede verse. Y sin embargo pasaron aquí la noche sin que nada los molestara, una vez concluido el trabajo.

-Eran muchos -dijo Aragorn- y no prestan atención a la cólera de Fangorn, pues vienen por aquí raras veces y no se internan entre los árboles. Pero es posible que nuestros caminos nos lleven al corazón del bosque. De modo que cuidado. No cortéis ninguna madera viva.

-No es necesario -dijo Gimli-. Los jinetes han dejado muchas ramas cortadas y hay madera muerta de sobra. -Fue a juntar leña y luego se ocupó en preparar y encender un fuego, pero Aragorn se quedó sentado y en silencio, ensimismado, la espalda apoyada contra el tronco corpulento. Mientras, Legolas, de pie en el claro, miraba hacia las sombras profundas del bosque, inclinado hacia adelante, como escuchando unas voces que llamaban desde lejos.

Cuando el enano hubo obtenido una pequeña llamarada brillante, los tres compañeros se sentaron alrededor, ocultando la luz con las formas

encapuchadas. Legolas alzó los ojos hacia las ramas del árbol que se extendían sobre ellos.

-¡Mirad! -dijo-. El árbol está contento con el fuego.

Quizá las sombras danzantes les engañaban los ojos, pero cada uno de los compañeros tuvo la impresión de que las ramas se inclinaban a un lado y a otro poniéndose encima del fuego, mientras que las ramas superiores se doblaban hacia abajo; las hojas pardas estaban tiesas ahora y se frotaban unas contra otras como manos frías y envejecidas que buscaban el consuelo de las llamas.

De pronto hubo un silencio entre ellos, pues el bosque oscuro y *desconocido*, tan al alcance de la mano, era ahora como una gran presencia meditativa, animada por secretos propósitos. Al cabo de un rato, Legolas habló otra vez.

-Celeborn nos advirtió que no nos internásemos demasiado en Fangorn -dijo-. ¿Sabes tú por qué, Aragorn? ¿Qué son esos cuentos del bosque de que hablaba Boromir?

-He oído muchas historias en Gondor y en otras partes -dijo Aragorn-, pero si no fuese por las palabras de Celeborn yo diría que son meras fábulas, que los hombres inventan cuando los recuerdos empiezan a *borrarse*.

»Yo había pensado preguntarte si tú sabías la verdad. Y si un Elfo de los Bosques no lo sabe, ¿qué podrá responder un hombre?

-Tú has viajado más lejos que yo -dijo Legolas-. No he oído nada *parecido* en mi propia tierra, excepto unas canciones que dicen cómo los Onodrin, que los hombres llaman Ents, moraban aquí hace tiempo, pues Fangorn es viejo, muy viejo, aun para las medidas élficas.

-Sí, es viejo, tan viejo como el bosque de las Quebradas de los Túmulos, y mucho más extenso. Elrond dice que están emparentados y son las últimas plazas fuertes de los bosques de los Días Antiguos, cuando los Primeros Nacidos ya iban de un lado a otro, mientras los Hombres dormían aún. Sin embargo Fangorn tiene un secreto propio. Qué secreto es ése, no lo sé.

-Y yo no quiero saberlo -dijo Gimli-. ¡Que mi paso no perturbe a ninguno de los moradores de Fangorn!

Tiraron a suerte los turnos de guardia y la primera velada le tocó a Gimli. Los otros se tendieron en el suelo. Casi en seguida se quedaron dormidos.

-Gimli -dijo Aragorn, soñoliento-. No lo olvides: cortar una rama o una ramita de un árbol vivo de Fangorn es peligroso. Pero no te alejes buscando madera muerta. ¡Antes deja que el fuego se apague! ¡Llámame si me necesitas!

Dicho esto, se durmió. Legolas ya no se movía; las manos hermosas cruzadas sobre el pecho, los ojos abiertos, unía la noche viviente al sueño profundo, como es costumbre entre los elfos. Gimli se sentó en cuclillas junto a la hoguera, pensativo, pasando el pulgar por el filo del hacha. El árbol susurraba. No se oía ningún otro sonido.

De pronto Gimli alzó la cabeza y allí al borde mismo del resplandor del fuego, vio la figura encorvado de un anciano, un hombre apoyado en un bastón y envuelto en una capa amplia; un sombrero de ala ancha le ocultaba los ojos, Gimli dio un salto, *demasiado sorprendido para* gritar, aunque pensó en seguida que Saruman los había atrapado. El movimiento brusco había despertado a Aragorn y Legolas, que ya estaban sentados, los ojos muy abiertos. El anciano no habló ni hizo ningún ademán.

-Bueno, abuelo, ¿qué podemos hacer por ti? -dijo Aragorn, poniéndose de pie-. Acércate y caliéntate, si tienes frío.

Dio un paso adelante, pero el anciano ya no estaba allí. No había ninguna huella de él en las cercanías y no se atrevieron a ir muy lejos. La luna se había puesto y la noche era muy oscura.

De pronto Legolas lanzó un grito. -¡Los caballos! ¡Los caballos!

Los caballos habían desaparecido, llevándose las estacas a la rastra. Durante un tiempo los tres compañeros se quedaron quietos y en silencio, perturbados por este nuevo y desafortunado incidente. Estaban en los lindes de Fangorn, e innumerables leguas los separaban ahora de los Hombres de Rohan, únicas gentes en quienes podían confiar en aquellas tierras vastas y peligrosas. Mientras estaban así, creyeron oír, lejos en la noche, los relinchos de unos caballos. Luego el silencio reinó otra vez, interrumpido sólo por el susurro frío del viento.

-Bueno, se han ido -dijo Aragorn al fin-. No podemos encontrarlos o darles caza; de modo que si no vuelven ellos solos, tendremos que seguir como podamos. Partimos a pie y continuaremos a pie.

-Pobres pies -dijo Gimli-. Pero no podemos comernos los pies y caminar al mismo tiempo.

Echó un poco de leña al fuego y se dejó caer a un lado.

-Hace aún pocas horas no querías montar un caballo de Rohan -dijo Legolas riendo-. Todavía llegarás a ser un verdadero jinete.

-No parece muy probable que yo tenga esa oportunidad -dijo Gimli y un momento después añadió-: Si queréis saber lo que pienso, creo que el viejo era Saruman. ¿Quién si no? Recordad las palabras de Eomer: Anda de un lado a otro como un viejo encapuchado y envuelto en una capa. Así nos dijo. Se llevó los caballos, o los espantó y aquí estamos ahora. Las dificultades no terminaron aún, no olvidéis mis palabras.

-No las olvidaré -dijo Aragorn-, pero no olvido tampoco que el viejo tenía un sombrero y no una capucha. No pienso sin embargo que no tengas razón y que aquí no corramos peligro, de día o de noche. Pero por el momento nada podemos hacer, excepto descansar, mientras sea posible. Yo velaré ahora un rato, Gimli. Tengo más necesidad de pensar que de dormir.

La noche pasó lentamente. Legolas reemplazó a Aragorn y Gimli reemplazó a Legolas y las guardias concluyeron. Pero no ocurrió nada. El anciano no volvió a aparecer y los caballos no regresaron.

## LOS URUK-HAI

Pippin se debatía en una oscura pesadilla: creía oír su propia vocecita que resonaba en unos *túneles oscuros llamando: ¡Frodo! ¡Frodo!* Pero en vez de Frodo las caras horribles de centenares de orcos lo miraban desde las sombras haciendo muecas y centenares de brazos horribles se extendían hacia él. ¿Dónde estaba Merry?

*Despertó.* Un aire frío le soplaba en la cara. Caía la noche y el cielo se oscurecía en el cenit. Dio media vuelta y descubrió que el sueño era poco peor que el despertar. Tenía las manos, las piernas y los tobillos atados con cuerdas. Junto a él yacía Merry, pálido, la frente envuelta en un trapo sucio. Todo alrededor, sentados o de pie, había muchos orcos.

Lentamente la memoria se fue aclarando en la cabeza dolorida de Pippin y salió de las sombras del sueño. Por supuesto: él y Merry habían huido a los bosques. ¿Qué les había ocurrido? ¿Por qué habían escapado así sin ocuparse del viejo Trancos? Habían corrido lejos, dando gritos; no alcanzaba a *recordar* ni la distancia ni *el tiempo*; y *de pronto* habían tropezado con un grupo de orcos: estaban de pie, escuchando y al parecer no habían visto a Merry y Pippin hasta que casi los tuvieron encima. Se pusieron a aullar entonces y docenas de otras bestias salieron de *entre los árboles*. Merry y él habían echado mano a las espadas, pero los orcos no querían luchar y sólo intentaron apoderarse de ellos, aun cuando Merry ya había cortado muchos brazos y manos. Buen viejo Merry.

En seguida llegó Boromir, saltando entre los árboles. Los obligó a combatir. Mató a muchos y el resto escapó. Pero aún no se habían alejado en el camino de vuelta cuando un centenar de oreos los atacó otra vez. Algunos eran muy corpulentos y lanzaban lluvias de flechas, siempre contra Boromir. Boromir tocó el gran cuerno, hasta que los sonidos *estremecieron* el bosque, pero cuando no llegó otra *respuesta* que los ecos, los orcos atacaron con más fiereza. Pippin no recordaba mucho más. La última imagen era la figura de Boromir apoyada contra un árbol, quitándose una flecha; luego la oscuridad cayó de súbito.

-Supongo que me golpearon la cabeza -se dijo a sí mismo-. Me pregunto si la herida de Merry será grave. ¿Qué le pasó a Boromir? ¿Por qué los orcos no nos mataron? ¿Dónde estamos y a dónde vamos?

No encontraba respuestas. Hacía frío y se sentía enfermo.

«Ojalá Gandalf no hubiera convencido a Elrond de que nos dejara venir», pensó. ¿Qué he hecho de bueno? He sido sólo una molestia, un pasajero, un bulto de equipaje. Ahora me han robado y soy sólo un bulto de equipaje para los orcos. Espero que Trancos o algún otro vengan a rescatarnos. ¿Pero puedo tener esperanzas? ¿No se malograrán todos los planes? Ah, cómo quisiera escapar.

Luchó un rato en vano, tratando de librarse de las ligaduras. Uno de los orcos, sentado no muy lejos, se rió y le dijo algo a un compañero en aquella lengua abominable.

-¡Descansa mientras puedas, tontito! -dijo en seguida en la Lengua Común, que le pareció entonces a Pippin tan espantosa como el lenguaje de los orcos - . ¡Descansa mientras puedas! Pronto encontrarás en qué utilizar tus piernas. Desearás no haberlas tenido nunca, antes que lleguemos a destino.

-Si por mí fuera, querías morir ahora mismo -dijo el otro-. Te haría chillar, rata miserable. -Se inclinó sobre Pippin acercándole a la cara las garras amarillas, blandiendo un puñal negro de larga hoja mellada.- Quédate tranquilo, o te haré cosquillas con esto -siseó-. No llames la atención, pues yo podría olvidar las órdenes que me han dado. ¡Malditos sean los Isengardos! *Uglúk u bagronk sha pushdug Saruman-glob búbbosh skai* -y el orco se lanzó a un largo y colérico discurso en su propia lengua que se perdió poco a poco en murmullos y ronquidos.

Aterrorizado, Pippin se quedó muy quieto, aunque las muñecas y los tobillos le dolían cada vez más y las piedras del suelo se le clavaban en la espalda. Para distraerse, escuchó con la mayor atención todo lo que podía oír. Muchas voces se alzaban alrededor y aunque en la lengua de los orcos había siempre un tono de odio y cólera, parecía evidente que había estallado alguna especie de pelea y que los ánimos se iban acalorando.

Pippin descubrió sorprendido que mucha de la charla era inteligible; algunos de los orcos estaban usando la Lengua Común. En apariencia había allí miembros de dos o tres tribus muy diferentes, que no entendían la lengua orca de los otros. La airada disputa tenía como tema el próximo paso: qué ruta tomar y qué hacer con los prisioneros.

-No hay tiempo para matarlos de un modo adecuado -dijo uno No hay tiempo para diversiones en este viaje.

-Es cierto -dijo otro-, ¿pero por qué no eliminarlos rápidamente y matarlos ahora? Son una maldita molestia y tenemos prisa. Se acerca la noche y hay que pensar en irse.

-Ordenes -dijo una tercera voz gruñendo roncamente-. Matadlos a todos, pero *no* a los medianos; los quiero vivos aquí y lo más pronto posible. Esas son las órdenes que tengo.

-¿Para qué los quiere? -preguntaron varias voces-. ¿Por qué vivos? ¿Son una buena diversión?

-No. He oído que uno de ellos tiene una cosa que se necesita para la Guerra, un artificio élfico o algo parecido. En todo caso serán interrogados.

-¿Es todo lo que sabes? ¿Por qué no los registramos y descubrimos la verdad? Quizás encontremos algo que nos sirva a nosotros.

-Muy interesante observación -dijo una voz burlona, más dulce que las otras pero más malévola-. La incluiré en mi informe. Los prisioneros no serán registrados ni saqueados. Esas son las órdenes que yo tengo.

-Y también las mías -dijo la voz profunda-. Vivos y tal como fueran capturados; nada de pillajes. Así me lo ordenaron.

-¡Pero no a nosotros! -dijo una de las voces anteriores-. Hemos recorrido todo el camino desde las Minas para matar y vengar a los nuestros. Tengo ganas de matar y luego volver al norte.

-Pues bien, quédate con las ganas -dijo la voz ronca-. Yo soy Uglúk. Soy yo quien manda. Iré a Isengard por el camino más corto.

-¿Quién es el amo, Saruman o el Gran Ojo? -dijo la voz malévola-. Tenemos que volver en seguida a Lugbúrz.

-Sería posible, si cruzáramos el Río Grande -dijo otra voz-. Pero no somos bastante numerosos como para aventurarnos hasta los puentes.

-Yo crucé el Río Grande -dijo la voz malévola-. Un Nazgûl alado nos espera en el norte junto a la orilla oriental.

-¡Quizá, quizá! Y entonces tú te irás volando con los prisioneros y recibirás todas las pagas y los elogios en Lugbúrz y dejarás que crucemos a pie el País de los Caballos. No, tenemos que seguir juntos. Estas tierras son muy peligrosas: infestadas de traidores y bandidos.

-Sí, tenemos que seguir juntos -gruñó Uglúk-. No confío en ti, cerdito. Fuera del establo ya no tienes ningún coraje. Si no fuera por nosotros, ya habrías escapado. ¡Somos los combatientes Uruk-hai! Hemos abatido al Gran Guerrero. Hemos apresado a esos dos. Somos los sirvientes de Saruman el Sabio, la Mano Blanca: la mano que nos da de comer carne humana. Salimos de Isengard y trajimos aquí la tropa y volveremos por el camino que nosotros decidamos. Soy Uglúk. He dicho.

-Has dicho demasiado, Uglúk -se burló la voz malévola-. Me pregunto qué pensarán en Lugbúrz. Quizá piensen que los hombros de Uglúk necesitan que se les quite el peso de una cabeza inflada. Quizá pregunten de dónde sacaste esas raras ideas. ¿De Saruman quizá? ¿Quién se cree, volando por cuenta propia y envuelto en sucios trapos blancos? Estarán de acuerdo conmigo, Grishnákh, el mensajero de confianza; y yo, Grishnákh, digo: Saruman es un idiota, sucio y traidor. Pero el Gran Ojo no lo deja en paz. ¿Cerdo, dijiste? ¿Qué pensáis vosotros? Los lacayos de un mago insignificante dicen que sois unos cerdos. Apuesto a que se alimentan de carne de orco.

Unos alaridos feroces en lengua orca fueron la respuesta y se oyó el ruido metálico de las armas desenvainadas. Pippin se volvió con precaución esperando ver qué ocurría. Los guardias se habían alejado para unirse a la pelea. Alcanzó a ver en la penumbra un orco grande y negro, Uglúk sin duda, que enfrentaba a Grishnákh, una criatura de talla corta y maciza y con unos largos brazos que casi le llegaban al suelo. Alrededor había otros monstruos más pequeños. Pippin supuso que éstos eran los que venían del norte. Habían desenvainado los cuchillos y las espadas, pero no se atrevían a atacar a Uglúk.

Uglúk dio un grito y otros orcos casi tan grandes como él aparecieron corriendo. En seguida, sin ningún aviso, Uglúk saltó hacia adelante, lanzó dos golpes rápidos y las cabezas de dos orcos rodaron por el suelo. Grishnákh se apartó y desapareció en las sombras. Los otros se amilanaron y uno de ellos retrocedió de espaldas y cayó sobre el cuerpo tendido de Merry. Quizás esto le salvó la vida, pues los seguidores de Uglúk saltaron por encima de él y derribaron a otro con las espadas de hoja ancha. La víctima era el guardián de garras amarillas. El cuerpo le cayó encima a Pippin, la mano del orco empuñando todavía aquel largo cuchillo mellado.

-¡Dejad las armas! -gritó Uglúk-. ¡Y basta de tonterías! De aquí iremos directamente al oeste y escaleras abajo. De allí directamente a las quebradas y luego a lo largo del río hasta el bosque. Y marcharemos día y noche. ¿Está claro?

-Bien -se dijo Pippin-, si esa horrible criatura tarda un poco en dominar a la tropa, tengo alguna posibilidad.

Había vislumbrado un rayo de esperanza. El filo del cuchillo negro le había desgarrado el brazo y se le había deslizado casi hasta la muñeca. La sangre le corría ahora por la mano, pero sentía también el contacto del acero frío.

Los orcos se estaban preparando para partir, pero algunos de los del norte se resistían aún y los Isengardos tuvieron que abatir a otros dos antes de dominar al resto. Hubo muchas maldiciones y confusión. Durante un momento nadie vigiló a Pippin. Tenía las piernas bien atadas, pero los brazos estaban sujetos sólo en las muñecas, con las manos delante de él. Podía mover las dos manos juntas, aunque las cuerdas se le incrustaban cruelmente en la carne. Empujó al orco muerto a un lado y casi sin atreverse a respirar movió la atadura de las muñecas arriba y abajo sobre la hoja del cuchillo. La hoja era afilada y la mano del cadáver la sostenía con firmeza. ¡La cuerda estaba cortada! Pippin la tomó rápidamente entre los dedos, hizo un flojo brazalete de dos vueltas y metió las manos dentro. Luego se quedó muy quieto.

-¡Traed los prisioneros! -gritó Uglúk-. ¡Y nada de trampas! Si no están vivos a nuestro regreso, algún otro morirá también.

Un orco alzó a Pippin como un saco, le puso la cabeza entre las manos atadas y tomándolo por los brazos tiró hacia abajo. La cara de Pippin se aplastó contra el cuello del orco, que partió traqueando. Otro dispuso de Merry de modo similar. Las garras apretaban los brazos de Pippin como un par de tenazas y las uñas se le clavaban en la carne. Cerró los ojos y se deslizó de nuevo a un mundo de pesadillas malignas.

De pronto lo arrojaron otra vez a un suelo pedregoso. Era el principio de la noche, pero la luna delgada descendía ya en el oeste. Estaban al borde de un precipicio que parecía mirar a un océano de nieblas pálidas. Se oía el sonido de una cascada próxima.

-Los exploradores han vuelto al fin -dijo *un orco* que andaba cerca.

-Bueno, ¿qué descubriste? -gruñó la voz de Uglúk.

-Sólo un jinete solitario, e iba hacia el oeste. El camino está libre, por ahora.

-Sí, por ahora. ¿Pero durante, cuánto tiempo? ¡Idiotas! Teníais que haberlo matado. Dará la alarma. Esos malditos criadores de caballos sabrán de nosotros cuando llegue la mañana. Ahora habrá que redoblar el paso.

Una sombra se inclinó sobre Pippin. Era Uglúk.

-¡Siéntate! -dijo el orco-. Mis compañeros están cansados de cargarte de aquí para allá. Vamos a bajar y tendrás que servirte de tus piernas. No te resistas ahora. No grites y no intentes escapar. Haríamos un escarmiento que no te gustaría, aunque el Señor aún podría sacarte algún provecho.

Cortó los lazos de cuero que sujetaban las piernas y tobillos de Pippin, lo tomó por los cabellos y lo puso de pie. Pippin cayó al suelo y Uglúk lo levantó sosteniéndolo por los cabellos otra vez. Algunos *orcos* se rieron. Uglúk le metió un frasco entre los dientes y le echó un líquido ardiente en la garganta. Pippin sintió un calor arrebatado que le abrasaba el cuerpo. El dolor de las piernas y los tobillos se desvaneció. Podía tenerse en pie.

-¡Ahora el otro! -dijo Uglúk.

Pippin vio que el orco se acercaba a Merry, tendido allí cerca, y que lo pateaba. Merry se quejó. Uglúk lo obligó a sentarse y le arrancó el vendaje de



la cabeza. Luego le untó la herida con una sustancia oscura que sacó de una cajita de madera. Merry gritó y se debatió furiosamente.

Los orcos batieron las manos y se burlaron.

-No quiere tomarse la medicina -rieron-. No sabe lo que es bueno para él. ¡Ja! Cómo nos divertiremos más tarde.

Pero por el momento Uglúk no estaba con ánimo de diversiones. Le *corría prisa* y no era ocasión de discutir con quienes lo seguían de mala gana. Estaba curando a Merry al modo de los orcos y el tratamiento parecía eficaz. Cuando consiguió de viva fuerza que el hobbit tragara el contenido del frasco, le cortó las ataduras de las piernas y tironeó de él hasta ponerlo de pie. Merry se enderezó, pálido pero alerta y desafiante. La herida de la frente no le molestaba, aunque le dejó una cicatriz oscura para toda la vida.

-¡Hola, Pippin! -dijo-. ¿Así que tú también vendrás en esta pequeña expedición? ¿Dónde encontraremos una cama y un desayuno?

-Atención -dijo Uglúk-. Nada de charlas. Cualquier dificultad será denunciada en el otro extremo, y Él sabrá seguramente cómo pagaros. Tendréis cama y desayuno, más de lo que vuestros estómagos pueden recibir.

La banda de orcos comenzó a descender por una cañada estrecha que llevaba a la llanura brumosa. Merry y Pippin caminaban con ellos, separados por una docena o más de orcos. Abajo encontraron un suelo de hierbas y los hobbits se sintieron algo más animados.

-¡Ahora en línea recta! - gritó Uglúk -. Hacia el oeste y un poco al norte. Seguid a Lugdush.

-¿Pero qué haremos a la salida del sol? - dijo alguno de los norteños.

-Seguiremos corriendo -dijo Uglúk-. ¿Qué pretendes? ¿Sentarte en la hierba y esperar a que los Pálidos vengan a la fiesta?

-Pero no podemos correr a la luz del sol.

-Correrás y yo iré detrás vigilándote -dijo Uglúk-. ¡Corred! O nunca volveréis a ver vuestras queridas madrigueras. ¿De qué sirve una tropa de gusanos de montaña entrenados a medias? ¡Por la Mano Blanca! ¡Corred, maldición! ¡Corred mientras dure la noche!

Toda la compañía echó a correr entonces a los saltos, con las largas zancadas de los orcos y en desorden. Se empujaban, se daban codazos y maldecían; sin embargo avanzaban muy rápidamente. Cada uno de los hobbits iba vigilado por tres orcos; Pippin corría entre los rezagados, casi cerrando la columna. Se preguntaba cuánto tiempo podría seguir a este paso; no había comido desde la mañana. Uno de los guardias blandía un látigo. Pero por ahora el licor de los orcos le calentaba todavía el cuerpo y de algún modo le había despejado la mente.

Una y otra vez, una imagen espontánea se le presentaba de pronto: la cara atenta de Trancos que se inclinaba sobre una senda oscura y corría, corría detrás. ¿Pero qué podría ver aun un montaraz excepto un rastro confuso de pisadas de orcos? Las pequeñas señales que dejaban Merry y él mismo desaparecían bajo las huellas de los zapatos de hierro, delante, atrás y alrededor.

Habían avanzado poco más de una milla cuando el terreno descendió a una amplia depresión llana, de suelo blando- y húmedo. La bruma se

demoraba allí, brillando pálidamente a los últimos rayos de una luna delgada. Las formas de los primeros orcos se hicieron más oscuras.

-¡Atención! ¡No tan rápido ahora! -gritó Uglúk a retaguardia.

Una idea se le ocurrió de pronto a Pippin, que no titubeó. Se apartó bruscamente a la derecha y librándose de la mano del guardia, se hundió de cabeza en la bruma; cayó de bruces sobre la hierba, con las piernas y los brazos abiertos.

- ¡Alto! -aulló Uglúk.

Durante un momento hubo mucho ruido y confusión. Pippin se levantó de un salto y echó a correr. Pero los orcos fueron detrás. Algunos aparecieron de pronto delante de él.

-No podré escapar -se dijo Pippin-. Pero quizá deje unas huellas nítidas en este suelo húmedo. -Se tanteó el cuello con las manos atadas y desprendió el broche que le sujetaba la capa. En el momento en que unos brazos largos y unas *garras* duras lo alzaban en vilo, soltó el broche.- Supongo que ahí se quedará hasta el fin de los tiempos -pensó-. No sé por qué lo hice. Si los otros escaparon, lo más probable es que hayan ido con Frodo.

La cola de un látigo se le enredó en las piernas y ahogó un grito.

-¡Basta! -gritó Uglúk, acercándose de prisa-. Todavía tiene mucho que correr. ¡Que los dos corran! Recurrid al látigo sólo para que no lo olviden. -Y en seguida añadió, volviéndose a Pippin: - Pero eso no es todo. No lo olvidaré. La pena sólo ha sido postergada. ¡Adelante!

Ni Pippin ni Merry conservaron muchos recuerdos de la última parte del viaje. Los malos sueños y los malos despertares se confundieron en un largo túnel de *miserias; las esperanzas iban quedando atrás*, cada vez más débiles. Corrieron, corrieron, aunque se les doblaban las piernas, azotados de vez en cuando por una mano cruel y hábil. Si se detenían o trastabillaban, los levantaban y los arrastraban un rato.

El calor de la bebida orca se había desvanecido. Pippin se sentía otra vez helado y enfermo. De repente cayó de bruces sobre la hierba. Unas manos duras de uñas afiladas lo tomaron y lo alzaron. Lo cargaron como un saco una vez más y le pareció que la oscuridad crecía alrededor. No podía decir si era aquella la oscuridad de otra noche o si se estaba quedando ciego.

De pronto creyó oír unas voces que llamaban: parecía que muchos de los orcos querían detenerse un momento; Uglúk gritaba. Sintió que lo arrojaban al suelo y se quedó allí tendido, hasta que unas pesadillas negras *cayeron sobre él. Pero no escapó mucho tiempo al dolor; las tenazas de hierro de unas manos implacables lo aferraron otra vez.* Durante un largo rato lo empujaron y lo sacudieron y luego la oscuridad fue cediendo lentamente, y así volvió al mundo de la vigilia y descubrió que era de mañana. Se oyeron unas órdenes y lo echaron sobre la hierba.

Se quedó allí un momento, luchando con la desesperación. La cabeza le daba vueltas, pero por el calor que sentía en el cuerpo supuso que le habían dado otro trago de licor. Un orco se inclinó sobre él y le echó un poco de pan y una tira de carne seca. Devoró ávidamente el pan grisáceo y rancio, pero no tocó la carne. Se sentía hambriento, aunque no tanto como para comer la carne que le daba un orco, la carne de quién sabe qué criatura.

Se sentó y miró alrededor. Merry no estaba muy lejos. Habían acampado a orillas de un río angosto y rápido. Enfrente se elevaban unas montañas: en una de las cimas se reflejaban ya los primeros rayos del sol. En las faldas más bajas de adelante se extendía la mancha oscura de un bosque.

Había muchos gritos y discusiones entre los orcos; parecía que en cualquier momento iba a estallar otra pelea entre los del Norte y los Isengardos. Algunos señalaban el sur detrás de ellos y otros el este.

-Muy bien -dijo Uglúk-. ¡Dejádmelos a mí entonces! Nada de darles muerte, como dije antes; pero si queréis abandonar lo que hemos venido a buscar desde tan lejos, abandonadlo. Yo lo cuidaré. Dejad que los aguerridos Uruk-hai hagan el trabajo, como de costumbre. Si tenéis miedo de los Pálidos, ¡corred! ¡Corred! Allí está el bosque -gritó, señalando adelante-. Id hasta allí, es vuestra mayor esperanza. Rápido, antes que yo derribe unas cabezas más para poner un poco de sentido común en el resto.

Se oyeron unos juramentos y un ruido de cuerpos que se empujaban unos a otros y luego la mayoría de los norteños se separó de los otros y echó a correr, un centenar de ellos, atropellándose en desorden a lo largo del río, hacia las montañas. Los hobbits quedaron con los Isengardos: una tropa sombría y siniestra de por lo menos ochenta orcos corpulentos de tez morena, ojos oblicuos, que llevaban grandes arcos y unas espadas cortas y de hoja ancha.

-Y ahora nos ocuparemos de ese Grishnákh -dijo Uglúk, pero algunos orcos miraban al sur y parecían inquietos-. Sí -continuó con un gruñido-, esos malditos palafreneros han venido detrás de nosotros. Pero la culpa es toda tuya, Snaga. A ti y los otros exploradores habría que arrancarles las orejas. Pero somos los combatientes. Todavía tendremos un festín de carne de caballo, o de algo mejor.

En ese momento Pippin vio por qué algunos orcos habían estado señalando el este. De allí llegaban ahora unos gritos roncros. Grishnákh reapareció y detrás una veintena de otros como él: orcos patizambos de brazos largos. Llevaban un ojo rojo pintado en los escudos. Uglúk se adelantó a recibirlos.

-¿De modo que has vuelto? -dijo-. Lo pensaste mejor, ¿eh?

-He vuelto a ver cómo se cumplen las órdenes y se protege a los prisioneros -dijo Grishnákh.

-¿De veras? -dijo Uglúk-. Un trabajo inútil. Yo cuidaré de que las órdenes se cumplan. ¿Y para qué otra cosa volviste? Viniste rápido. ¿Olvidaste algo?

-Olvidé a un idiota -gruñó Grishnákh-. Pero hay aquí gente de coraje acompañándolo y sería una lástima que se perdiera. Sé que tú los meterías en dificultades. He venido a ayudarlos.

-¡Espléndido! -rió Uglúk -. Pero si eres débil y escapas al combate, has equivocado el camino. Tu ruta es la de Lugbúrz. Los Pálidos se acercan. ¿Qué le ha ocurrido a tu precioso Nazgûl? ¿Monta todavía un caballo muerto? Pero si lo has traído contigo quizá nos sea útil, si esos Nazgûl son todo lo que se cuenta.

-Nazgûl, Nazgûl -dijo Grishnákh, estremeciéndose y pasándosela lengua por los labios, como si la palabra tuviera un mal sabor, desagradable-. Hablas de algo que tus sueños cenagosos no alcanzan a concebir, Uglúk -dijo-. ¡Nazgûl! ¡Ah! ¡Todo lo que se cuenta! Un día desearás no haberlo dicho. ¡Mono! -gruñó fieramente-. Ignoras que son las niñas del Gran Ojo. Pero los

Nazgûl alados: todavía no, todavía no. El no dejará que se muestren por ahora más allá del Río Grande, no demasiado pronto. Se los reserva para la Guerra... y otros propósitos.

-Pareces saber mucho -dijo Uglúk-. Más de lo que te conviene, pienso. Quizá la gente de Lugbúrz se pregunte cómo y por qué. Pero entretanto los Uruk-hai de Isengard pueden hacer el trabajo sucio, como de costumbre. ¡No te quedes ahí babeando! ¡Reúne a tu gentuza! Los otros cerdos escaparon al bosque. Será mejor que vayas detrás. No regresarás con vida al Río Grande. ¡De prisa! ¡Ahora mismo! Iré pisándote los talones.

Los Isengardos tomaron de nuevo a Merry y a Pippin y se los echaron a la espalda. Luego la tropa se puso en camino. Corrieron durante horas, deteniéndose de cuando en cuando sólo para que otros orcos cargaran a los hobbits. Ya porque eran más rápidos y más resistentes, o quizás obedeciendo a algún plan de Grishnákh, los Isengardos fueron adelantándose a los orcos de Mordor y la gente de Grishnákh se agrupó en la retaguardia. Pronto se aproximaron también a los norteños que iban delante. Se acercaban ya al bosque.

Pippin sentía el cuerpo magullado y lacerado, y la mandíbula repugnante y la oreja peluda del orco le raspaban la cabeza dolorida. Enfrente había espaldas dobladas y piernas gruesas y macizas que bajaban y subían y bajaban y subían sin descanso, como si fueran de alambre y cuerno, marcando los segundos de pesadilla de un tiempo interminable.

Por la tarde la tropa de Uglúk rebasó las líneas de los norteños. Se tambaleaban ahora a la luz del sol brillante, que en verdad no era sino un sol de invierno en un cielo pálido y frío; iban con las cabezas bajas y las lenguas fuera.

-¡Larvas! -se burlaron los Isengardos-. Estáis cocinados. Los Pálidos os alcanzarán y os comerán. ¡Ya vienen!

Un grito de Grishnákh mostró que no se trataba de una broma. En efecto, unos hombres a caballo, que venían a todo correr, habían sido avistados detrás y a lo lejos, e iban ganando terreno a los orcos, como una marea que avanza sobre una playa, acercándose a unas gentes que se han extraviado en un tembladeral.

Los Isengardos se adelantaron con un paso redoblado que asombró a Pippin, como si cubrieran ahora los últimos tramos de una carrera desenfundada. Luego vio que el sol estaba poniéndose, cayendo detrás de las Montañas Nubladas; las sombras se extendían sobre la tierra. Los soldados de Mordor alzaron las cabezas y también ellos aceleraron el paso. El bosque sombrío estaba cerca, ya habían dejado atrás unos pocos árboles aislados. El terreno comenzó a elevarse cada vez más abrupto, pero los orcos no dejaron de correr. Uglúk y Grishnákh gritaban exigiéndoles un último esfuerzo.

«Todavía lo conseguirán. Van a escaparse» -se dijo Pippin y torciendo el pescuezo miró con un ojo por encima del hombro. Allá a lo lejos en el este vio que los jinetes ya habían alcanzado las líneas de los orcos, galopando en la llanura. El sol poniente doraba las lanzas y los cascos y centelleaba sobre los

pálidos cabellos flotantes. Estaban rodeando a los orcos, impidiendo que se dispersaran y obligándolos a seguir la línea del río.

Se preguntó con inquietud qué clase de gentes serían. Lamentaba ahora no haber aprendido más en Rivendel y no haber mirado con mayor atención los mapas y todo; pero en aquellos días los planes para el viaje parecían estar en manos más competentes, y nunca se le había ocurrido que podían separarlo de Gandalf, o de Trancos, o aun de Frodo. Todo lo que podía recordar de Rohan era que el caballo de Gandalf, Sombragris, había venido de aquellas tierras. Esto parecía alentador, dentro de ciertos límites.

-¿Cómo podría saber que no somos orcos? -se dijo-. No creo que aquí hayan oído hablar de hobbits alguna vez. Tendría que regocijarme, supongo, de que quizá los orcos sean destruidos, pero preferiría salvarme yo. -Lo más probable era que él y Merry murieran junto con los orcos antes que los Hombres de Rohan repararan en ellos.

Unos pocos de los jinetes parecían ser arqueros, capaces de disparar hábilmente desde un caballo a la carrera. Acercándose rápidamente descargaron una lluvia de flechas sobre los orcos de la desbandada retaguardia y algunos cayeron; en seguida los jinetes dieron media vuelta poniéndose fuera del alcance de los arcos enemigos; los orcos disparaban las flechas de cualquier modo, pues no se atrevían a detenerse. Esto ocurrió una vez y otra y en una ocasión las flechas cayeron entre los Isengardos. Uno de ellos, justo frente a Pippin, rodó por el suelo y ya no se levantó.

Llegó la noche y los jinetes no habían vuelto a acercarse. Muchos orcos habían caído, pero aún quedaban no menos de doscientos. Ya oscurecía cuando los orcos llegaron a una loma. Los lindes del bosque estaban muy cerca, quizás a no más de doscientos metros, pero tuvieron que detenerse. Los jinetes los habían cercado. Un grupo pequeño desoyó las órdenes de Uglúk y corrió hacia el bosque: sólo tres volvieron.

-Bueno, aquí estamos -se burló Grishnákh-. ¡Excelente conducción! Espero que el gran Uglúk vuelva a guiarnos alguna otra vez.

-¡Bajen a los medianos! -ordenó Uglúk, sin prestar atención a Grishnákh-. Tú, Lugdush, toma otros dos y vigílalos. No hay que matarlos, a menos que esos inmundos Pálidos nos obliguen. ¿Entendéis? Mientras yo esté con vida quiero conservarlos. Pero no hay que dejar que griten, ni que escapen. ¡Atadles las piernas!

La última parte de la orden fue llevada a cabo sin misericordia. Pero Pippin descubrió que por primera vez estaba cerca de Merry. Los orcos hacían mucho ruido, gritando y entrechocando las armas, y los hobbits pudieron cambiar algunas palabras en voz baja.

-No tengo muchas esperanzas -dijo Merry-. Estoy agotado. No creas que pueda arrastrarme muy lejos, aun sin estas ataduras.

-¡Lembas! -susurró Pippin-. *Lembas*: tengo un poco. ¿Tienes tú? Creo que sólo nos sacaron las espadas.

-Sí, tengo un paquete en el bolsillo -le respondió Merry-. Pero ha de estar convertido en migas. De todos modos, ¡no puedo ponerme la boca en el bolsillo!

-No será necesario. Yo he... -pero en ese momento un feroz puntapié advirtió a Pippin que el ruido había cesado y que los guardias vigilaban.

La noche era fría y silenciosa. Todo alrededor de la elevación donde se habían agrupado los orcos, se alzaron unas pequeñas hogueras, rojas y doradas en la oscuridad, un círculo completo. Estaban allí a tiro de arco, pero los jinetes no eran visibles a contraluz y los orcos desperdiciaron muchas flechas disparando a los fuegos hasta que Uglúk los detuvo. Los jinetes no hacían ruido. Más tarde en la noche, cuando la luna salió de las nieblas, se les pudo ver de cuando en cuando: unas sombras oscuras que a veces la luz blanca iluminaba un momento mientras se movían en una ronda incesante.

-¡Están esperando a que salga el sol, malditos sean! - refunfuñó un guardia-. ¿Por qué no cargamos todos juntos sobre ellos y nos abrimos paso? ¡Qué piensa ese viejo Uglúk, quisiera saber!

-Claro que quisieras saberlo -gruñó Uglúk, avanzando por detrás -. Quieres decir que no pienso nada, ¿eh? ¡Maldito seas! No vales más que toda esa canalla: las larvas y los monos de Lugbúrz. De nada serviría intentar una carga con ellos. No harán otra cosa que chillar y dar saltos y hay bastantes de esos inmundos palafraneros para hacernos morder el polvo aquí mismo.

»Hay una sola cosa que puedan hacer estas larvas: tienen ojos que penetran como taladros en la oscuridad. Pero esos Pálidos ven mejor de noche que la mayoría de los hombres, he oído decir, ¡y no olvidemos los caballos! Pueden ver la brisa nocturna, se dice por ahí. Sin embargo, ¡aún hay algo que esos despabilados no saben! Las gentes de Mauhúr están en el bosque y se presentarán en cualquier momento.

Las palabras de Uglúk bastaron en apariencia para satisfacer a los Isengardos, aunque los otros orcos se mostraron a la vez desanimados y disconformes. Pusieron unos pocos centinelas, pero la mayoría se quedó tendida en el suelo, descansando en la agradable oscuridad. La noche había cerrado otra vez, pues la luna descendía al oeste envuelta en espesas nubes, y Pippin no distinguía nada más allá de un par de metros. Los fuegos no alcanzaban a iluminar la loma. Los jinetes, sin embargo, no se contentaron con esperar al alba, dejando que los enemigos descansasen. Un clamor repentino estalló en la falda este de la loma mostrando que algo andaba mal. Al parecer algunos hombres se habían acercado a caballo y desmontando en silencio se habían arrastrado hasta los bordes del campamento. Allí mataron a varios orcos y se perdieron otra vez en las tinieblas. Uglúk corrió a prevenir una huida precipitada.

Pippin y Merry se enderezaron. Los guardias isengardos habían partido con Uglúk. Pero si los hobbits creyeron poder escapar, la esperanza les duró poco. Un brazo largo y velludo los tomó por el cuello y los juntó, arrastrándolos. Alcanzaron a ver la cabezota y la cara horrible de Grishnákh entre ellos. Sentían en las mejillas el aliento infecto del orco, que se puso a manosearlos y a palparlos. Pippin se estremeció cuando unos dedos duros y fríos le bajaron tanteando por la espalda.

-¡Bueno, mis pequeños! -dijo Grishnákh en un susurro sofocado ¿Disfrutando de un bonito descanso? ¿O no? No en muy buena posición, quizás; espadas y látigos de un lado y lanzas traicioneras del otro. Las gentes pequeñas no tendrían que meterse en asuntos demasiado grandes.

Los dedos de Grishnákh seguían tanteando. Tenía en los ojos una luz que era como un fuego, pálido pero ardiente.

La idea se le ocurrió de pronto a Pippin, como si le hubiera llegado directamente de los pensamientos que urgían al orco. «¡Grishnákh conoce la existencia del Anillo! Está buscándolo, mientras Uglúk se ocupa de otras cosas; es probable que lo quiera para él. » Pippin sintió un miedo helado en el corazón, pero preguntándose al mismo tiempo cómo podría utilizar en provecho propio el deseo de Grishnákh.

-No creo que ese sea el modo -murmuró-. No es fácil de encontrar.

-¿Encontrar? -dijo Grishnákh; los dedos dejaron de hurgar y se cerraron en el hombro de Pippin-. ¿Encontrar qué? ¿De qué estás hablando, pequeño?

Pippin calló un momento. Luego, de pronto, gorgoteó en la oscuridad: *gollum, gollum*.

-Nada, mi tesoro -añadió.

Los hobbits sintieron que los dedos se le crispaban a Grishnákh. -¡Oh ah! -siseó la criatura entre dientes-. Eso es lo que quieres decir, ¿eh? ¡Oh ah! Muy, pero muy peligroso, mis pequeños.

-Quizá -dijo Merry, atento ahora y advirtiendo la sospecha de Pippin-. Quizás y no sólo para nosotros. Claro que usted sabrá mejor de qué se trata. ¿Lo quiere, o no? ¿Y qué daría por él?

-¿Si yo lo quiero? ¿Si yo lo quiero? -dijo Grishnákh, como perplejo; pero le temblaban los brazos-. ¿Qué daría por él? ¿Qué queréis decir?

-Queremos decir -dijo Pippin eligiendo con cuidado las palabras que no es bueno tantear en la oscuridad. Podríamos ahorrarle tiempo y dificultades. Pero primero tendría que desatarnos las piernas, o no haremos nada, ni diremos nada.

-Mis queridos y tiernos tontitos -siseó Grishnákh-, todo lo que tenéis y todo lo que sabéis, se os sacará en el momento adecuado: ¡todo! Desearéis tener algo más que decir para contentar al Inquisidor; así será en verdad y muy pronto. No apresuraremos el interrogatorio. Claro que no. ¿Por qué pensáis que os perdonamos la vida? Mis pequeños amiguitos, creedme os lo ruego si os digo que no fue por bondad. Ni siquiera Uglúk habría caído en esa falta.

-No me cuesta nada creerlo -dijo Merry-. Pero aún no ha llevado la presa a destino. Y no parece que vaya a parar a las manos de usted, pase lo que pase. Si llegamos a Isengard no será el gran Grishnákh el beneficiario. Saruman tomará todo lo que pueda encontrar. Si quiere algo para usted, es el momento de hacer un trato.

Grishnákh empezó a perder la cabeza. El nombre de Saruman sobre todo parecía haberlo enfurecido. El tiempo pasaba y el alboroto estaba muriendo: Uglúk o los Isengardos volverían en cualquier instante.

-¿Lo tenéis aquí, o no? -gruñó el orco.

-¡*Gollum, gollurn!* -dijo Pippin.

-¡Desátanos las piernas! -dijo Merry.

Los brazos del orco se estremecieron con violencia.

-¡Maldito seas, gusanito sucio! -siseó-. ¿Desataros las piernas? Os desataré todas las fibras del cuerpo. ¿Creéis que yo no podría hurgaros las entrañas? ¿Hurgar digo? Os reduciré a lonjas palpitantes. No necesito la ayuda de vuestras piernas para sacaros de aquí, ¡y teneros para mí solo!

De pronto los alzó a los dos. La fuerza de los largos brazos y los hombros era aterradora. Se puso a los hobbits bajo los brazos y los apretó ferozmente contra las costillas; unas manos grandes y sofocantes les cerraron las bocas. Luego saltó hacia adelante, el cuerpo inclinado. Así se alejó, rápido y en

silencio, hasta llegar al borde de la loma. Allí, eligiendo un espacio libre entre los centinelas, se internó en la noche como una sombra maligna, bajó por la pendiente y fue hacia el río que corría en el oeste saliendo del bosque. Allí se abría un claro amplio, con una sola hoguera.

Luego de haber cubierto una docena de metros, Grishnákh se detuvo, espiando y escuchando. No se veía ni se oía nada. Se arrastró lentamente, inclinado casi hasta el suelo. Luego se detuvo en cuclillas y escuchó otra vez. En seguida se incorporó, como si fuera a saltar. En ese momento la forma oscura de un jinete se alzó justo delante. Un caballo bufó y se encabritó. Un hombre llamó en voz alta.

Grishnákh se echó de bruces al suelo, arrastrando a los hobbits; luego sacó la espada. Había decidido evidentemente matar a los cautivos antes que permitirles escapar, o que los rescatasen, pero esto lo perdió. La espada resonó débilmente y brilló un poco a la luz de la hoguera que ardía a la izquierda. Una flecha salió silbando de la oscuridad; arrojada con habilidad, o guiada por el destino, le atravesó a Grishnákh la mano derecha. El orco dejó caer la espada y chilló. Se oyó un rápido golpeteo de cascos y en el mismo momento en que Grishnákh echaba a correr, lo atropelló un caballo y lo traspasó una lanza. Grishnákh lanzó un grito terrible y estremecido y ya no se movió.

Los hobbits estaban aún en el suelo, como Grishnákh los había dejado. Otro jinete acudió rápidamente. Ya fuese porque era capaz de ver en la oscuridad o por algún otro sentido, el caballo saltó y pasó con facilidad sobre ellos, pero el jinete no los vio. Los hobbits se quedaron allí tendidos, envueltos en los mantos élficos, por el momento demasiado aplastados, demasiado asustados para levantarse.

Al fin Merry se movió y susurró en voz baja:

-Todo bien hasta ahora, pero ¿cómo evitaremos nosotros que nos traspasen de parte a parte?

La respuesta llegó casi en seguida. Los gritos de Grishnákh habían alertado a los orcos. Por los aullidos y chillidos que venían de la loma, los hobbits dedujeron que los orcos estaban buscándolos; Uglúk sin duda cortaba en ese momento algunas cabezas más. Luego de pronto unas voces de orcos respondieron a los gritos desde la derecha, más allá del círculo de los fuegos, desde el bosque y las montañas. Parecía que Mauhúr había llegado y atacaba ahora a los sitiadores. Se oyó un galope de caballos. Los jinetes estaban cerrando el círculo alrededor de la loma, afrontando las flechas de los orcos, como para prevenir que alguien saliese, mientras que una tropa corría a ocuparse de los recién llegados. De pronto Merry y Pippin cayeron en la cuenta de que sin haberse movido se encontraban ahora fuera del círculo; nada impedía que escaparan.

-Bueno -dijo Merry-, si al menos tuviésemos las piernas y las manos libres, podríamos irnos. Pero no puedo tocar los nudos y no puedo morderlos.

-No hay por qué intentarlo -dijo Pippin-. Iba a decírtelo. Conseguí librarme las manos. Estos lazos son sólo un simulacro. Será mejor que primero tomes un poco de *lembas*.

Retiró las cuerdas de las muñecas y sacó un paquete del bolsillo. Las galletas estaban rotas, pero bien conservadas, envueltas aún en las hojas. Los



hobbits comieron uno o dos trozos cada uno. El sabor les trajo el recuerdo de unas caras hermosas y de risas y comidas sanas en días tranquilos y lejanos ahora. Durante un rato comieron con aire pensativo, sentados en la oscuridad, sin prestar atención a los gritos y ruidos de la batalla cercana. Pippin fue el primero en regresar al presente.

-Tenemos que irnos -dijo-. Espera un momento.

La espada de Grishnákh estaba allí en el suelo al alcance de la mano, pero era demasiado pesada y embarazosa; de modo que se arrastró hacia adelante y cuando encontró el cuerpo del orco le sacó de entre las ropas un cuchillo largo y afilado. Luego cortó rápidamente las cuerdas.

-¡Y ahora vámonos! - dijo -. Cuando nos hayamos desentumecido un poco, quizá podamos tenernos en pie y caminar. De cualquier modo será mejor que empecemos arrastrándonos.

Se arrastraron. La hierba era espesa y blanda y esto los ayudó, aunque avanzaban muy lentamente. Dieron un amplio rodeo para evitar las hogueras y se adelantaron poco a poco hasta la orilla del río, que se alejaba gorgoteando entre las sombras oscuras de las barrancas. Luego miraron atrás.

Los ruidos se habían apagado. Parecía evidente que la tropa de Mauhúr había sido destruida o rechazada. Los jinetes habían vuelto a la ominosa y silenciosa vigilia. No se prolongaría mucho tiempo. La noche envejecía ya. En el este, donde no había nubes, el cielo era más pálido.

-Tenemos que ponernos a cubierto -dijo Pippin-, o pronto nos verán. No nos ayudará que esos jinetes descubran que no somos orcos, luego de darnos muerte. -Se incorporó y golpeó los pies contra el suelo. -Esas cuerdas se me han incrustado en la carne como alambres, pero los pies se me están calentando de nuevo. Yo ya podría echar a andar. ¿Y tú, Merry? Merry se puso de pie.

-Sí -dijo-, yo también. El *lembas* te da realmente ánimos. Y una sensación más sana, también, que el calor de esa bebida de los orcos. Me pregunto qué sería. Mejor que no lo sepamos. ¡Tomemos un poco de agua para sacarnos ese recuerdo!

-No aquí, las orillas son muy abruptas -dijo Pippin-. ¡Adelante ahora!

Dieron media vuelta y caminaron juntos y despacio a lo largo del río. Detrás la luz crecía en el este. Mientras caminaban compararon lo que habían visto y oído, hablando en un tono ligero, a la manera de los hobbits, de todo lo que había ocurrido desde que los capturaran. Nadie hubiera sospechado entonces que habían pasado por crueles sufrimientos y que se habían encontrado en grave peligro, arrastrados sin esperanza al tormento y la muerte, o que aún ahora, como ellos lo sabían bien, no tenían muchas posibilidades de encontrarse otra vez con un amigo o sanos y salvos.

-Parece que habéis mostrado mucho tino, maese Tuk -dijo Merry-. Casi te mereces un capítulo en el libro del viejo Bilbo, si alguna vez tengo la oportunidad de contárselo. Buen trabajo: sobre todo por haber adivinado las intenciones de ese canalla peludo y haberle seguido el juego. Pero me pregunto si alguien descubrirá alguna vez nuestras huellas y encontrará ese broche. No me gustaría perder el mío, aunque me temo que el tuyo haya desaparecido para siempre.

»Mucho tendré que esforzarme si pretendo llegar a tu altura. En verdad el primo Brandigamo va ahora al frente. Entra en escena en este momento. No

creo que sepas muy bien dónde estamos; pero he aprovechado mejor que tú el tiempo que pasamos en Rivendel. Marchamos hacia el oeste a lo largo del Entaguas. Las estribaciones de las Montañas Nubladas se alzan ahí delante, y el bosque de Fangorn.

Hablaba aún cuando el linde sombrío del bosque apareció justo ante ellos. La noche parecía haberse refugiado bajo los grandes árboles, alejándose furtivamente del alba próxima.

-¡Adelante, maese Brandigamo! -dijo Pippin-. ¡O demos media vuelta! Nos han advertido a propósito de Fangorn. Pero alguien tan avisado como tú no puede haberlo olvidado.

-No lo he olvidado -respondió Merry-, pero aun así el bosque me parece preferible a regresar y encontrarnos en medio de una batalla

Marchó adelante y se metió bajo las ramas enormes. Los árboles parecían no tener edad. Unas grandes barbas de líquen colgaban ante ellos, ondulando y balanceándose en la brisa. Desde el fondo de sombras los hobbits se atrevieron a mirar atrás: pequeñas figuras furtivas que a la débil luz parecían niños elfos en los abismos del tiempo mirando asombrados desde la floresta salvaje la luz de la primera aurora.

Lejos y por encima del Río Grande y las Tierras Pardas, sobre leguas y leguas de extensiones grises, llegó el alba, roja como un fuego. Los cuernos de caza resonaron saludándola. Los jinetes de Rohan despertaron a la vida. Los cuernos respondieron a los cuernos.

Merry y Pippin oyeron, claros en el aire frío, los relinchos de los caballos de guerra y el canto repentino de muchos hombres. El limbo del sol se elevó como un arco de fuego sobre las márgenes del mundo. Dando grandes gritos, los jinetes cargaron desde el este; la luz roja centelleaba sobre las mallas y las lanzas. Los orcos aullaron y dispararon las flechas que les quedaban aún. Los hobbits vieron que varios hombres caían; pero la línea de jinetes consiguió mantenerse a lo largo y por encima de la loma, y dando media vuelta cargaron otra vez. La mayoría de los orcos que estaban aún con vida se desbandaron y huyeron, en distintas direcciones y fueron perseguidos uno a uno hasta que casi todos murieron. Pero una tropa, apretada en una cuña negra, avanzó resuelta hacia el bosque. Subiendo por la pendiente cargaron contra los centinelas. Estaban acercándose y parecía que iban a escapar: ya habían derribado a tres jinetes que les cerraban el paso.

-Hemos mirado demasiado tiempo -dijo Merry-. ¡Allí está Uglúk! No quisiera encontrármelo otra vez.

Los hobbits se volvieron y se intemaron profundamente en las sombras del bosque.

Así fue como presenciaron la última resistencia, cuando Uglúk fue atrapado en el linde mismo del bosque. Allí murió al fin a manos de Eomer, el Tercer Mariscal de la Marca, que desmontó y luchó con él, espada contra espada. Y en aquellas vastas extensiones los jinetes de ojos penetrantes persiguieron a los pocos orcos que habían conseguido escapar y que aún tenían fuerzas para correr. Luego, habiendo enterrado a los compañeros muertos bajo un montículo y habiendo entonado los cantos de alabanza, los jinetes prepararon una gran hoguera y desparramaron las cenizas de los enemigos. Así terminó la aventura y ninguna noticia llegó de vuelta a Mordor o a Isengard; pero el

humo de la incineración subió muy alto en el cielo y fue visto por muchos ojos atentos.

**BARBOL**

Entretanto los hobbits corrían tan rápidamente como era posible en la oscuridad y la maraña del bosque, siguiendo el curso del río, hacia el oeste y las pendientes de las montañas, internándose más y más en Fangorn. El miedo a los orcos fue muriendo en ellos poco a poco y aminoraron el paso. De pronto se sintieron invadidos por una curiosa sensación de ahogo, como si el aire se hubiera enrarecido.

Al fin Merry se detuvo.

-No podemos seguir así -jadeó-. Necesito aire.

-Bebamos un trago al menos -dijo Pippin-. Tengo la garganta seca.

Se trepó a una gruesa raíz de árbol que bajaba retorciéndose a la corriente y se inclinó y recogió un poco de agua en las manos juntas. El agua era fría y clara y Pippin bebió varias veces. Merry lo siguió. El agua los refrescó y reanimó; se quedaron sentados un rato a orillas del río, moviendo en el agua las piernas y pies doloridos y examinando los árboles que se alzaban en silencio en filas apretadas, hasta perderse todo alrededor en el crepúsculo gris.

-Espero que todavía no hayas perdido el rumbo -dijo Pippin, apoyándose en un tronco corpulento-. Podríamos al menos seguir el curso de este río, el Entaguas, o como lo llames, y salir por donde hemos venido.

-Podríamos, sí, si las piernas nos ayudan -dijo Merry- y si el aire no nos falta.

-Sí, todo es muy oscuro y sofocante aquí -dijo Pippin-. Me recuerda de algún modo la vieja sala de la Gran Morada de los Tuk en los Smials de Tukburgo: una inmensa habitación donde los muebles no se movieron ni se cambiaron durante siglos. Se dice que Tuk el Viejo vivió allí muchos años, y que él y la habitación envejecieron y decayeron juntos. Nadie tocó nada allí desde que él murió, hace ya un siglo. Y el viejo Geronte era mi tatarabuelo, de modo que el cuarto está así desde hace rato. Pero no era nada comparado con la impresión de vejez que da este bosque. ¡Mira todas esas barbas y patillas de líquenes que lloran y se arrastran! Y casi todos los árboles parecen estar cubiertos con unas hojas secas y raídas que nunca han caído. Desaliñados. No alcanzo a imaginar qué aspecto tendrá aquí la primavera, si llega alguna vez; menos aún una limpieza de primavera.

-Pero el sol tiene que asomar aquí algunas veces -dijo Merry-. No se parece ni en el aspecto ni en la atmósfera al Bosque Negro según la descripción de Bilbo. Aquel era sombrío y negro, y morada de cosas sombrías y negras. Este es sólo oscuro y terriblemente tupido. No puedes imaginar que vivan *animales* aquí, o que se queden mucho tiempo.

-No, ni hobbits -dijo Pippin-. Y la idea de atravesarlo no me hace ninguna gracia. Nada que comer durante cientos de millas, me parece. ¿Cómo están nuestras provisiones?

-Escasas -dijo Merry-. Escapamos sin nada más que dos pequeños paquetes de *lembas* y abandonamos todo el resto. -Examinaron lo que quedaba de los bizcochos de los elfos: sólo unos pocos pedazos que no durarían más de cinco días. - Y nada con que cubrirnos -dijo Merry-. Pasaremos frío esta noche, no importa por donde vayamos.

-Bueno, será mejor que lo decidamos ahora -dijo Pippin-. La mañana estará ya bastante avanzada.

En ese mismo momento vieron que una luz amarilla había aparecido un poco más allá: los rayos del sol parecían haber traspasado de pronto la bóveda del bosque.

-¡Mira! -dijo Merry-. El sol tiene que haberse ocultado en una nube mientras estábamos bajo los árboles y ahora ha salido otra vez, o ha subido lo suficiente como para echar una mirada por alguna abertura. No es muy lejos, ¡vamos a ver!

Pronto descubrieron que el sitio estaba más lejos de lo que habían imaginado. El terreno continuaba elevándose en una empinada pendiente y era cada vez más pedregoso. La luz crecía a medida que avanzaban y pronto se encontraron ante una pared de piedra: la falda de una colina o el fin abrupto de alguna larga estribación que venía de las montañas distantes. No había allí ningún árbol y el sol caía de lleno sobre la superficie de piedra. Las ramas de los árboles que crecían al pie de la pared se extendían tías e inmóviles, como para recibir el calor. Donde todo les pareciera antes tan avejentado y gris, brillaban ahora los pardos y los ocres y los grises y negros de la corteza, lustrosos como cuero encerado. En las copas de los árboles había un claro resplandor verde, como de hierba nueva, como si una primavera temprana -o una visión fugaz de la primavera- flotara alrededor.

En la cara del muro de piedra se veía una especie de escalinata: quizá natural, labrada por las inclemencias del tiempo y el desgaste de la piedra, pues los escalones eran desiguales y toscos. Arriba, casi a la altura de las cimas de los árboles, había una cornisa, debajo de un risco. Nada crecía allí excepto unas pocas hierbas y malezas en el borde y un viejo tronco de árbol donde sólo quedaban dos ramas retorcidas; parecía casi la silueta de un hombre viejo y encorvado que estaba allí de pie, parpadeando a la luz de la mañana.

-¡Subamos! -dijo Merry alegremente-. ¡Vayamos a respirar un poco de aire fresco y echar una mirada a las cercanías!

Treparon por la pared. Si los escalones no eran naturales habían sido labrados para pies más grandes y piernas más largas que los de los hobbits. Se sentían demasiado impacientes y no se detuvieron a pensar cómo era posible que ya hubieran recobrado las fuerzas y que las heridas y lastimaduras del cautiverio hubieran cicatrizado de un modo tan notable. Llegaron al fin al borde de la cornisa, casi al pie del viejo tronco; subieron entonces de un salto y se volvieron dando la espalda a la colina, respirando profundamente y mirando hacia el este. Vieron entonces que se habían internado en el bosque sólo unas tres o cuatro millas: las copas de los árboles descendían por la pendiente hacia la llanura. Allí, cerca de las márgenes del bosque, unas altas volutas de humo negro se alzaban en espiral y venían flotando y ondulando hacia ellos.

-El viento está cambiando -dijo Merry-. Sopla otra vez del este. Hace fresco aquí.

-Sí -dijo Pippin-. Temo que sólo sean unos rayos pasajeros y que pronto todo sea gris otra vez. ¡Qué lástima! Este viejo bosque hirsuto parecía tan distinto a la luz del sol. Casi me gustaba el lugar.

-¡Casi te gustaba el bosque! ¡Muy bien! Una amabilidad nada común -dijo una voz desconocida-. Daos vuelta que quiero veros las caras. Yo casi sentí que no me gustabais, pero no nos apresuremos. ¡Volveos! -Unas manos

grandes y nudosas se posaron en los hombros de los hobbits y los obligaron a darse vuelta, gentilmente pero con una fuerza irresistible; dos grandes brazos los alzaron en el aire.

Se encontraron entonces mirando una cara de veras extraordinaria. La figura era la de un hombre corpulento, casi de troll, de por lo menos catorce pies de altura, muy robusto, cabeza grande, encajada entre los hombros. Era difícil saber si estaba vestido con una materia que parecía una corteza gris y verde, o si esto era la piel. En todo caso los brazos, a una cierta distancia del tronco, no tenían arrugas y estaban recubiertos de una piel parda y lisa. Los grandes pies tenían siete dedos cada uno. De la parte inferior de la larga cara colgaba una barba gris, abundante, casi ramosa en las raíces, delgada y mohosa en las puntas. Pero en ese momento los hobbits no miraron otra cosa que los ojos. Aquellos ojos profundos los examinaban ahora, lentos y solemnes, pero muy penetrantes. Eran de color castaño, atravesados por una luz verde. Más tarde, Pippin trató a menudo de describir la impresión que le causaron aquellos ojos.

-Uno hubiera dicho que había un pozo enorme detrás de los ojos, colmado de siglos de recuerdos y con una larga, lenta y sólida reflexión; pero en la superficie centelleaba el presente: como el sol que centellea en las hojas exteriores de un árbol enorme, o sobre las ondulaciones de un lago muy profundo. No lo sé, pero parecía algo que crecía de la tierra, o que quizá dormía y era a la vez raíz y hojas, tierra y cielo, y que hubiera despertado de pronto y te examinase con la misma lenta atención que había dedicado a *sus propios* asuntos interiores durante años interminables.

-*Hrurn, hum* -murmuró la voz, profunda como un instrumento de madera de voz muy grave-. ¡Muy curioso en verdad! No te apresures, esa es mi divisa. Pero sí os hubiera visto antes de oír vuestras voces (me gustaron, hermosas vocecitas que me recuerdan algo que no puedo precisar), si os hubiera visto antes de oírlos, os habría aplastado en seguida, pues os habría tomado por pequeños orcos, descubriendo tarde mi error. Muy raros sois en verdad. ¡Raíces y brotes, muy raros!

Pippin, aunque todavía muy asombrado, perdió el miedo. Sentía ante aquellos ojos una curiosa *incertidumbre*, pero ningún temor.

-Por favor -dijo-, ¿quién eres? ¿Y qué eres?

Una mirada rara asomó entonces a los viejos ojos, una suerte de cautela; los pozos profundos estaban de nuevo cubiertos.

-Hrm, bueno -respondió la voz-. En fin, soy un Ent, o así me llaman. Sí, Ent es la palabra. Soy el Ent, podríais decir, en vuestro lenguaje. Algunos me llaman Fangorn, otros Bárbol. Podéis llamarme Bárbol.

-¿Un Ent? -dijo Merry-. ¿Qué es eso? ¿Pero qué nombre te das?

¿Cómo te llamas en verdad?

-¡Hu, veamos! -respondió Bárbol -. ¡Hu! Eso sería decirlo todo! No tan de prisa. Soy yo quien hace las preguntas. Estáis en mi país. ¿Quiénes sois vosotros, me pregunto? No alcanzo a reconoceros. No me parece que estéis en las largas listas que aprendí cuando era joven. Pero eso fue hace muchísimo tiempo y pueden haber hecho nuevas listas. ¡Veamos! ¡Veamos! ¿Cómo era?

*Aprended ahora la ciencia de las criaturas vivientes:*

*Nombrad primero los cuatro, los pueblos libres:*

*los más antiguos, los hijos de los Elfos;  
el Enano que habita en moradas sombrías;  
el Ent, nacido de la tierra, viejo como los montes;  
el Hombre mortal, domador de caballos.*

»Hm, hm, hm.

*El castor que construye, el gamo que salta,  
el oso aficionado a la miel, el jabalí que lucha,  
el perro hambriento, la liebre temerosa...*

»Hm, hm.

*El águila en el aire, el buey en la pradera,  
el ciervo de corona de cuerno, el balcón el más rápido,  
el cisne el más blanco, la serpiente la más fría...*

»Hum, hm, hum, hm, ¿cómo seguía? Rum tum, rum tum, rumti tum tm. Era una larga lista. ¡Pero de todos modos parece que no encajaréis en ningún sitio!

-Parece que siempre nos dejaron fuera de las viejas listas y las viejas historias -dijo Merry-. Sin embargo, andamos de un lado a otro desde hace bastante tiempo. Somos hobbits.

-¿Por qué no añadir otra línea? -dijo Pippin.

*Los hobbits medianos, que habitan en agujeros.*

»Si nos pones entre los cuatro, después del Hombre (la Gente Grande), quizás hayas resuelto el problema.

-Hm. No está mal. No está mal -dijo Bárbol-. Podemos hacerlo. Así que habitáis en agujeros, ¿eh? Parece muy bien y adecuado. ¿Quién os llama hobbits, de todos modos? No me parece una palabra élfica. Los elfos crearon todas las palabras antiguas; ellos empezaron.

-Nadie nos llama hobbits. Nosotros nos llamamos así a nosotros mismos -dijo Pippin.

-Hm, hm. Un momento. No tan de prisa. ¿Os llamáis hobbits a vosotros mismos? Pero no tenéis que decírselo a cualquiera. Pronto estaréis divulgando vuestros verdaderos nombres si no tenéis cuidado.

-Eso no nos preocupa -dijo Merry-. En verdad yo soy un Brandigamo, Meriadoc Brandigamo, aunque casi todos me llaman Merry.

-Y yo soy Tuk, Peregrin Tuk, pero generalmente me llaman Pippin, o aun Pip.

-Hm, sois realmente gente apresurada -dijo Bárbol-. Vuestra confianza me honra, pero no tenéis que ser tan francos al principio. Hay ents y ents, ya sabéis; o hay ents y cosas que parecen ents pero no lo son, como diríais vosotros. Os llamaré Merry y Pippin, si os parece bien; bonitos nombres. En cuanto a mí, no os diré cómo me llamo, no por ahora al menos. -Una curiosa sonrisa, como si ocultara algo, pero a la vez de un cierto humor, le asomó a los ojos con un resplandor verde. - Ante todo me llevaría mucho tiempo; mi nombre crece continuamente; de modo que mi nombre es como una historia. Los nombres verdaderos os cuentan la historia de quienes los llevan, en mi

lenguaje, en el viejo éntico, como podría decirse. Es un lenguaje encantador, pero lleva mucho tiempo decir algo en él, pues nunca decimos nada, excepto cuando vale la pena pasar mucho tiempo hablando y escuchando.

»Pero ahora -y los ojos se volvieron muy brillantes y "presentes" y pareció que se achicaban y hasta que se afilaban - ¿qué ocurre? ¿Qué hacéis vosotros en todo esto? Puedo ver y oír (y oler y sentir) muchas de estas cosas y de estas y de estas *a-lalla-lalla-rumba-kamanda-lind-orburúmë*. Excusadme, es una parte del nombre que yo le doy; no sé qué nombre tiene en los lenguajes de fuera: ya sabéis, el sitio en que estamos, el sitio en que estoy de pie mirando las mañanas hermosas y pensando en el Sol y en las hierbas de más allá del bosque y en los caballos y en las nubes y en cómo se despliega el mundo. ¿Qué ocurre? ¿En qué anda Gandalf? Y esos... *burdrum* -Bárbol emitió un sonido retumbante y profundo, como el acorde disonante de un órgano-, y esos orcos y el joven Saruman en Isengard, ¿qué hacen? Me gusta que me cuenten las noticias. Pero no demasiado aprisa ahora.

-Pasan muchas cosas -dijo Merry- y aunque nos diéramos prisa sería largo de contar y nos has pedido que no nos apresuremos. ¿Conviene que te contemos algo tan en seguida? ¿Sería impertinente que te preguntáramos qué vas a hacer con nosotros y de qué lado estás? ¿Y conociste a Gandalf?

-Sí, lo conozco: el único mago a quien realmente le importan los árboles -dijo Bárbol-. ¿Lo conocéis?

-Sí -dijo Pippin tristemente-, lo conocimos. Era un gran amigo y era nuestro guía.

-Entonces puedo responder a vuestras otras preguntas -dijo Bárbol-. No haré nada con vosotros: no si eso quiere decir «haceros algo a vosotros» sin vuestro permiso. Podemos intentar algunas cosas juntos. No sé nada acerca de *lados*. Sigo mi propio camino, aunque podéis acompañarme un momento. Pero habláis del Señor Gandalf como parte de una historia que ha terminado.

-Sí, así es -dijo tristemente Pippin-. La historia parece continuar, pero me temo que Gandalf haya caído fuera.

-¡Hu, vamos! -dijo Bárbol-. Hum, hm, ah, bien. -Hizo una pausa, mirando largamente a los hobbits.- Hum, ah, bien, no sé qué decir, vamos.

-Si quisieras oír algo más -dijo Merry-, te lo contaremos. Pero llevará tiempo. ¿No quisieras ponernos en el suelo? ¿No podríamos sentarnos juntos al sol, mientras hay sol? Estarás cansado de tenernos siempre alzados.

-Hm, ¿cansado? No, no estoy cansado. No me canso fácilmente. Y no tengo la costumbre de sentarme. No soy muy, hm, plegadizo. Pero mirad, el sol se está yendo, en efecto. Dejemos este... ¿habéis dicho cómo lo llamáis?

-Colina? -sugirió Pippin-. ¿Comisa? ¿Escalón? -sugirió Merry. Bárbol repitió pensativo las palabras.

-Colina. Sí, eso era. Pero es una palabra apresurada para algo que ha estado siempre aquí desde que se formó esta parte del mundo. No importa. Dejémosla y vámonos.

-¿A dónde iremos? -preguntó Merry.

-A mi casa, o a una de mis casas -respondió Bárbol.

-¿Está lejos?

-No lo sé. Quizá lo llaméis lejos. ¿Pero qué importa?

-Bueno, verás, hemos perdido todo lo que teníamos -dijo Merry-. Sólo nos queda un poco de comida.



-¡Oh! ¡Hm! No hay de qué preocuparse -dijo Bárbol-. Puedo daros una bebida que os mantendrá verdes y en estado de crecimiento durante un largo, largo rato. Y si decidimos separarnos, puedo depositaros fuera de mi país en el punto que queráis. ¡Vamos!

Sosteniendo a los hobbits gentilmente pero con firmeza, cada uno en el hueco de un brazo, Bárbol alzó primero un gran pie y luego el otro y los llevó al borde de la cornisa. Los dedos que parecían raíces se aferraron a las rocas. Luego Bárbol descendió cuidadosa y solemnemente de escalón en escalón y llegó así al suelo del bosque.

En seguida echó a andar entre los árboles con largos pasos deliberados, internándose más y más en el bosque, sin alejarse del río, subiendo siempre hacia las faldas de las montañas. Muchos de los árboles parecían dormidos, o no le prestaban atención, como si fuera una de aquellas criaturas que iban simplemente de aquí para allá; pero algunos se estremecían y algunos levantaban las ramas por encima de la cabeza de Bárbol para dejarlo pasar. En todo este tiempo, mientras caminaba, Bárbol se hablaba a sí mismo en una ininterrumpida corriente de sonidos musicales.

Los hobbits estuvieron callados un tiempo. Se sentían, lo que era raro, a salvo y cómodos y tenían mucho que pensar y mucho que preguntarse. Al fin Pippin se atrevió a hablar otra vez.

-Por favor, Bárbol -dijo-, ¿puedo preguntarte algo? ¿Por qué Celeborn nos previno contra el bosque? Nos dijo que no nos arriesgáramos a extraviarnos en el bosque.

-Hm, ¿les dijo eso? - gruñó Bárbol-. Y yo hubiera dicho lo mismo, si hubierais ido en dirección opuesta. ¡No te arriesgues a extraviarse en los bosques de Laurelindórinan! Así es como lo llamaban los elfos, pero ahora han abreviado el nombre: Lothlórien lo llaman. Quizá tienen razón, quizás el bosque está decayendo, no creciendo. El Valle del Oro que Cantaba, así llamaban al país, en los tiempos de érase una vez. Ahora lo llaman Flor del Sueño. En fin. Pero es un lugar raro, donde no todos pueden aventurarse. Me sorprende que hayáis salido de allí, pero mucho más que hayáis entrado; esto no le ha ocurrido a ningún extranjero desde hace tiempo. Es un curioso país.

»Y así pasa con este bosque. La gente ha tenido mucho que lamentar aquí. Ay, sí, mucho que lamentar, sí. *Laurelindórinan lindelorendor malinornélión ornemalin* -canturreó entre dientes-. Me parece que allá se han quedado un poco atrás -dijo-. Ni este país ni ninguna otra cosa fuera del Bosque Dorado son lo que eran en la juventud de Celeborn. Sin embargo: *Taurelilómëa-tumbalemorna Tumbaletaurëa Lómëanor*. Eso es lo que decían. Las cosas han cambiado, pero aún son verdad en algunos sitios.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Pippin-. ¿Qué es verdad?

-Los árboles y los ents -dijo Bárbol-. No entiendo todo lo que pasa, de modo que no puedo explicártelo. Algunos de los nuestros son todavía verdaderos ents y andan bastante animados a nuestra manera, pero muchos otros parecen soñolientos, se están poniendo arbóreos, podría decirse. La mayoría de los árboles son sólo árboles, por supuesto; pero muchos están medio despiertos. Algunos han despertado del todo y unos pocos, bien, ah, bien, están volviéndose *entescos*. Esto nunca cesa.

»Cuando le ocurre esto a un árbol, descubres que algunos tienen mal corazón. *No me refiero a la calidad de la madera. Yo mismo he conocido algunos viejos buenos sauces Entaguas abajo y que desaparecieron hace tiempo, ay. Eran bastante huecos, en realidad estaban cayéndose a pedazos, pero tan tranquilos y de tan dulce lenguaje como una hoja joven. Y luego hay algunos árboles de los valles al pie de las montañas que tienen una salud de hierro y que son malos de punta a punta. Esta clase de cosas parecen extenderse cada día. Antes había zonas peligrosas en este país. Hay todavía sitios muy negros.*

-¿Como el Bosque Viejo allá en el norte, quieres decir?

-Ay, ay, algo parecido, pero mucho peor. No dudo de que una sombra de la Gran Oscuridad todavía reposa allá en el norte, y los malos recuerdos han llegado hasta nosotros. Pero hay cañadas bajas en esta tierra de donde nunca sacaron la Oscuridad y los árboles son allí más *viejos* que yo. *No obstante, hacemos lo que podemos. Rechazamos a los extranjeros y a los imprudentes y entrenamos y enseñamos, caminamos y quitamos las malezas.*

»Somos pastores de árboles, nosotros los viejos ents. Pocos quedamos ahora. Las ovejas terminan *por parecerse* a los pastores y los pastores a las ovejas, se dice; pero lentamente, y ni unos ni otros se demoran demasiado en el mundo. El proceso es más íntimo y rápido entre árboles y ents, y ellos vienen caminando juntos desde hace milenios. Pues los ents son más como los elfos: menos interesados en sí mismos que los hombres y más dispuestos a entrar en otras cosas. Y sin embargo los ents son también más como los hombres, más cambiantes que los elfos y toman más rápidamente los colores del mundo, podría decirse. O mejor que los dos: pues son más y más capaces de dedicarse a algo durante mucho tiempo.

»Algunos de los nuestros son ahora exactamente como árboles y se necesita mucho para despertarlos y hablan sólo en susurros. Pero otros son de miembros flexibles y muchos pueden hablarme. Fueron los elfos quienes empezaron, *por supuesto*, despertando árboles y enseñándoles a hablar y aprendiendo el lenguaje de los árboles. Siempre quisieron hablarle a todo, los viejos elfos. Pero luego sobrevino la Gran Oscuridad y se alejaron cruzando el Mar, o se escondieron en valles lejanos e inventaron canciones acerca de unos días que ya nunca volverán. Nunca jamás. Ay, ay, érase una vez un solo bosque, desde aquí hasta las Montañas de Lune, y esto no era sino el Extremo Oriental.

»¡Aquellos fueron grandes días! Hubo un tiempo en que yo pude caminar y cantar el día entero y sólo oír el eco de mi propia voz en las cuevas de las colinas. Los bosques eran como los bosques de Lothlórien, pero más densos, más fuertes, más jóvenes. ¡Y el olor del aire! A veces me pasaba toda una semana ocupado sólo en respirar.

Bárbol calló, caminando en largas zancadas, y sin embargo casi sin hacer ruido. Luego zumbó de nuevo entre dientes y pronto el zumbido pasó a ser un canturreo. Poco a poco los hobbits fueron cayendo en la cuenta de que estaba cantando para ellos.

*En los sauzales de Tasarinan yo me paseaba en primavera.*

*¡Ah, los colores y el aroma de la primavera en Nantasarion!*

*Y yo dije que aquello era bueno.*

*Recorrí en el verano los olmedos de Ossiriand.*

*¡Ah, la luz y la música en el verano junto a los Siete Ríos de Ossir!  
Y yo pensé que aquello era mejor.  
A los hayales de Neldoreth vine en el otoño.  
¡Ah, el oro y el rojo y el susurro de las hojas en el otoño de Taur-na-  
neldor!  
Yo no había deseado tanto.  
A los pinares de la meseta de Dorthnion subí en el invierno.  
¡Ah, el viento y la blancura y las ramas negras del invierno en Orod-na-  
Thón!  
Mi voz subió y cantó en el cielo.  
Y todas aquellas tierras yacen ahora bajo las olas,  
y caminé por Ambarona, y Taremorna, y Aldalómë,  
y por mis propias tierras, el país de Fangorn,  
donde las raíces son largas.  
Y los años se amontonan más que las hojas  
en Tauremornalómë.*

Bárbol dejó de cantar y caminó a grandes pasos y en silencio y en todo el bosque, hasta donde alcanzaba el oído, no se oía nada.

El día menguó y el crepúsculo abrazó los troncos de los árboles. Al fin los hobbits vieron una tierra abrupta y oscura que se alzaba borrosamente ante ellos: habían llegado a los pies de las montañas y a las verdes raíces del elevado Methedras. Al pie de la ladera el joven Entaguas, saltando desde los manantiales de allá arriba, escalón tras escalón, corría ruidosamente hacia ellos. A la derecha del río había una pendiente larga, recubierto de hierba, ahora gris a la luz del crepúsculo. No crecía allí ningún árbol y la pendiente se abría al cielo: las estrellas ya brillaban en lagos entre costas de nubes.

Bárbol trepó por la loma, aflojando *apenas el paso*. De pronto los hobbits vieron ante ellos una amplia abertura. Dos grandes árboles se erguían allí, uno a cada lado, como montantes vivientes de una puerta, pero no había otra puerta que las ramas que se entrecruzaban y entretejían. Cuando el viejo ent se acercó, los árboles levantaron las ramas y las hojas se estremecieron y susurraron. Pues eran árboles perennes y las hojas eran oscuras y lustrosas y brillaban a la luz crepuscular. Más allá se abría un espacio amplio y liso, como el suelo de una sala enorme, tallado en la colina. A cada lado se elevaban las paredes, hasta a una altura de cincuenta pies o más, y a lo largo de las paredes crecía una hilera de árboles, cada vez más altos a medida que Bárbol avanzaba.

La pared del fondo era perpendicular, pero al pie habían cavado una abertura de techo abovedado: el único techo del recinto, excepto las ramas de los árboles, que en el *extremo interior daban sombra* a todo el suelo dejando sólo una senda ancha en el medio. Un arroyo escapaba de los manantiales de arriba y abandonando el curso mayor caía tintineando por la cara perpendicular de la pared, derramándose en gotas de plata, como una delgada cortina delante de la abertura abovedada. El agua se reunía de nuevo en una concavidad de piedra entre los árboles y luego corría junto al sendero y salía a unirse al Entaguas que se internaba en el bosque.

-¡Hm! ¡Aquí estamos! -dijo Bárbol, quebrando el largo silencio-. os he traído durante setenta mil pasos de ent, pero no sé cuánto es eso en las medidas de vuestro país. De cualquier modo estamos *cerca de las raíces* de la Última Montaña. *Parte del nombre* de este lugar podría ser Sala del Manantial en vuestro lenguaje. Me gusta. Pasaremos aquí la noche.

Puso a los hobbits en la hierba entre las hileras de árboles y ellos lo siguieron hacia la gran bóveda. Los hobbits notaron ahora que Bárbol apenas doblaba las rodillas al caminar, pero que los pasos eran largos. Plantaba en el suelo ante todo los dedos gordos (y eran gordos en verdad y muy anchos) antes de apoyar el resto del pie.

Bárbol se detuvo un momento bajo la llovizna del manantial y respiró profundamente; luego se rió y entró. Había allí una gran mesa de piedra, pero ninguna silla. En el fondo de la bóveda se apretaban las sombras. Bárbol tomó dos grandes vasijas y las puso en la mesa. Parecían estar llenas de agua; pero Bárbol mantuvo las manos sobre ellas e inmediatamente se pusieron a *brillar*, una con una luz dorada, y la *otra con una* hermosa luz verde; y la unión de las dos luces iluminó la bóveda, como si el sol del verano resplandeciera a través de un techo de hojas jóvenes. Mirando hacia atrás, los hobbits vieron que los árboles del patio brillaban también ahora, débilmente al principio, pero luego más y más, hasta que en todas las hojas aparecieron nimbos de luz: algunos verdes, otros dorados, otros rojos como cobre, y los troncos de los árboles parecían pilares de piedra luminosa.

-Bueno, bueno, ahora podemos hablar otra vez -dijo Bárbol-. Tenéis sed, supongo. Quizá también estéis cansados. ¡Bebed! -Fue hasta el fondo de la bóveda donde se alineaban unas jarras de piedra, con tapas pesadas. Sacó una de las tapas y metió un cucharón en la jarra y llenó los tazones, uno grande y dos más pequeños.

-Esta es una casa de ent -dijo- y no hay asientos, me temo. Pero podéis sentaros en la mesa.

Alzando en vilo a los hobbits los sentó en la gran losa de piedra, a unos seis pies del suelo, y allí se quedaron balanceando las piernas y bebiendo a pequeños sorbos.

La bebida parecía agua y en verdad el gusto era parecido al de los tragos que habían bebido antes a orillas del Entaguas cerca de los lindes del bosque, y sin embargo tenía también un aroma o sabor que ellos no podían describir: era débil, pero les recordaba el olor de un bosque distante que una brisa nocturna trae desde lejos. El efecto de la bebida comenzó a sentirse en los dedos de los pies y subió firmemente por todos los miembros, refrescándolos y vigorizándolos, hasta las puntas mismas de los cabellos. En verdad los hobbits sintieron que se les erizaban los cabellos, que ondeaban y se rizaban y crecían. En cuanto a Bárbol, primero se lavó los pies en el estanque de más allá del arco y luego vació el tazón de un solo trago, largo y lento. Los hobbits pensaron que nunca dejaría de beber.

Al fin dejó otra vez el tazón sobre la mesa.

-Ah, ah -suspiró-. Hm, hum, ahora podemos hablar con mayor facilidad. Podéis sentaros en el suelo y yo me acostaré; así evitaré que la bebida se me suba a la cabeza y me dé sueño.

A la derecha de la bóveda había un lecho grande de patas bajas, de no más de dos pies, muy recubierto de hierbas y helechos secos. Bárbol se echó lentamente en esta cama (doblando apenas la cintura) hasta que descansó acostado, con las manos detrás de la cabeza, mirando el cielo raso, donde centelleaban las luces, como hojas que se mueven al sol. Merry y Pippin se sentaron junto a él sobre almohadones de hierba.

-Ahora contadme vuestra historia, ¡y no os apresuréis!

Los hobbits empezaron a contarle la historia de todo lo que había ocurrido desde que dejaron Hobbiton. No siguieron un orden muy claro, pues se interrumpían uno a otro de continuo y Bárbol detenía a menudo a quien hablaba y volvía a algún punto anterior, o saltaba Mirando hacia atrás, los hobbits vieron que los árboles del patio brillaban también ahora, débilmente al principio, pero luego más y más, hasta que en todas las hojas aparecieron nimbos de luz: algunos verdes, otros dorados, otros rojos como cobre, y los troncos de los árboles parecían pilares de piedra luminosa.

-Bueno, bueno, ahora podemos hablar otra vez -dijo Bárbol-. Tenéis sed, supongo. Quizá también estéis cansados. ¡Bebed! -Fue hasta el fondo de la bóveda donde se alineaban unas jarras de piedra, con tapas pesadas. Sacó una de las tapas y metió un cucharón en la jarra y llenó los tazones, uno grande y dos más pequeños.

-Esta es una casa de ent -dijo- y no hay asientos, me temo. Pero podéis sentaros en la mesa.

Alzando en vilo a los hobbits los sentó en la gran losa de piedra, a unos seis pies del suelo, y allí se quedaron balanceando las piernas y bebiendo a pequeños sorbos.

La bebida parecía agua y en verdad el gusto era parecido al de los tragos que habían bebido antes a orillas del Entaguas cerca de los lindes del bosque, y sin embargo tenía también un aroma o sabor que ellos no podían describir: era débil, pero les recordaba el olor de un bosque distante que una brisa nocturna trae desde lejos. El efecto de la bebida comenzó a sentirse en los dedos de los pies y subió firmemente por todos los miembros, refrescándolos y vigorizándolos, hasta las puntas mismas de los cabellos. En verdad los hobbits sintieron que se les erizaban los cabellos, que ondeaban y se rizaban y crecían. En cuanto a Bárbol, primero se lavó los pies en el estanque de más allá del arco y luego vació el tazón de un solo trago, largo y lento. Los hobbits pensaron que nunca dejaría de beber.

Al fin dejó otra vez el tazón sobre la mesa.

-Ah, ah -suspiró-. Hm, hm, ahora podemos hablar con mayor facilidad. Podéis sentaros en el suelo y yo me acostaré; así evitaré que la bebida se me suba a la cabeza y me dé sueño.

A la derecha de la bóveda había un lecho grande de patas bajas, de no más de dos pies, muy recubierto de hierbas y helechos secos. Bárbol se echó lentamente en esta cama (doblando apenas la cintura) hasta que descansó acostado, con las manos detrás de la cabeza, mirando el cielo raso, donde centelleaban las luces, como hojas que se mueven al sol. Merry y Pippin se sentaron junto a él sobre almohadones de hierba.

-Ahora contadme vuestra historia, ¡y no os apresuréis!

Los hobbits empezaron a contarle la historia de todo lo que había ocurrido desde que dejaran Hobbiton. No siguieron un orden muy claro, pues se interrumpían uno a otro de continuo y Bárbol detenía a menudo a quien hablaba y volvía a algún punto anterior, o saltaba hacia adelante haciendo preguntas sobre acontecimientos posteriores. No hablaron sin embargo del Anillo y no le dijeron por qué se habían puesto en camino ni hacia dónde 'han; y Bárbol no les pidió explicaciones.

Todo le interesaba enormemente: los Jinetes Negros, Elrond, Rivendel, el Bosque Viejo, Tom Bombadil y las Minas de Moria, Lothlórien y Galadriel. Insistió en que le describieran la Comarca, una y otra vez. En este punto, hizo un curioso comentario:

-¿Nunca visteis, hm, ningún ent rondando por allí, no es cierto? -preguntó-. Bueno, no ents, *ents mujeres* tendría que decir.

-¿Ents mujeres? -dijo Pippin-. ¿Se parecen a ti?

-Sí, hm, bueno, no: realmente no lo sé -dijo Bárbol, pensativo-. Pero a ellas les hubiera gustado vuestro país, por eso preguntaba. -Bárbol sin embargo estaba particularmente interesado en todo lo que se refería a Gandalf y más interesado aún en lo que hacía Saruman. Los hobbits lamentaron de veras saber tan poco acerca de ellos: sólo unas vagas referencias de Sam a lo que Gandalf había dicho en el Concilio. Pero de cualquier modo era claro que Uglúk y parte de los orcos habían venido de Isengard y que hablaban de Saruman como si fuera el amo de todos ellos.

-¡Hm, hum! -dijo Bárbol, cuando al fin luego de muchas vueltas y revueltas la historia de los hobbits desembocó en la batalla entre los orcos y los jinetes de Rohan-. ¡Bueno, bueno! Un buen montón de noticias, sin ninguna duda. No me habéis dicho todo, no en verdad, y falta bastante. Pero no dudo de que os comportáis como Gandalf hubiera deseado. Algo muy importante está ocurriendo, me doy cuenta y ya me enteraré cuando sea el momento, bueno o malo. Por las raíces y las ramas, qué extraño asunto. De pronto asoma una gente menuda, que no está en las viejas listas, y he aquí que los Nueve Jinetes olvidados reaparecen y los persiguen y Gandalf los lleva a un largo viaje y Galadriel los acoge en Caras Galadon y los orcos los persiguen de un extremo a otro de las Tierras Asperas: en verdad parece que los hubiera alcanzado una terrible tormenta. ¡Espero que puedan capear el temporal!

-¿Y qué nos dices de ti? -preguntó Merry.

-Hum, hm, las Grandes Guerras no me preocupan -dijo Bárbol-, ellas conciernen sobre todo a los elfos y a los hombres. Es un asunto de magos: los magos andan siempre preocupados por el futuro. No me gusta preocuparme por el futuro. No estoy enteramente del *lado de* nadie, porque, nadie está enteramente de mi *lado*, si me entendéis. Nadie cuida de los bosques como yo, hoy ni siquiera los elfos. Sin embargo, tengo más simpatía por los elfos que por los otros: fueron los elfos quienes nos sacaron de nuestro mutismo en otra época y esto fue un gran don que no puede ser olvidado, aunque hayamos tomado distintos caminos desde entonces. Y hay algunas cosas, por supuesto, de cuyo lado yo nunca podría estar: esos... *burárum* -se oyó otra vez un gruñido profundo de disgusto-, esos orcos y los jefes de los orcos.

»Me sentí inquieto en otras épocas cuando la sombra se extendía sobre el Bosque Negro, pero cuando se mudó a Mordor, durante un tiempo no me preocupé: Mordor está muy lejos. Pero parece que el viento sopla ahora del Este y no sería raro que muy pronto todos los bosques empezaran a

marchitarse. No hay nada que un viejo ent pueda hacer para impedir la tormenta: tiene que capearla o caer partido en dos.

»¡Pero Saruman! Saruman es un vecino: no puedo descuidarlo. Algo tengo que hacer, supongo. Me he preguntado a menudo últimamente qué puedo hacer con Saruman.

-¿Quién es Saruman? -le preguntó Pippin-. ¿Sabes algo de él?

-Saruman es un mago -dijo Bárbol-. Más no podría decir. No sé nada de la historia de los magos. Aparecieron por vez primera poco después que las Grandes Naves llegaron por el Mar; pero ignoro si vinieron con los barcos. Saruman era reconocido como uno de los grandes, creo. Un día, hace tiempo, vosotros diríais que hace mucho tiempo, dejó de ir de aquí para allá y de meterse en los asuntos de los hombres y los elfos y se instaló en Angrenost, o Isengard como lo llaman los Hombres de Rohan. Se quedó muy tranquilo al principio, pero fue haciéndose cada vez más famoso. Fue elegido como cabeza del Concilio Blanco, dicen; pero el resultado no fue de los mejores. Me pregunto ahora si ya entonces Saruman no estaba volviéndose hacia el mal. Pero en todo caso no molestaba demasiado a los vecinos. Yo acostumbraba hablar con él. Hubo un tiempo en que se paseaba siempre por mis bosques. Era cortés en ese entonces, siempre pidiéndome permiso (al menos cuando tropezaba conmigo) y siempre dispuesto a escuchar. Le dije muchas cosas que él nunca hubiera descubierto por sí mismo; pero nunca me lo retribuyó. No recuerdo que llegara a decirme algo. Y así fue transformándose día a día. La cara, tal como yo la recuerdo, y no lo veo desde hace mucho, se parecía al fin a una ventana en un muro de piedra: una ventana con todos los postigos bien cerrados.

»Creo entender ahora en qué anda. Está planeando convertirse en un Poder. Tiene una mente de metal y ruedas y no le preocupan las cosas que crecen, excepto cuando puede utilizarlas en el momento. Y ahora está claro que es un malvado traidor. Se ha mezclado con criaturas inmundas, los orcos. ¡Brm, hum! Peor que eso: ha estado haciéndoles algo a esos orcos, algo peligroso. Pues esos Isengardos se parecen sobre todo a hombres de mala entraña. Como otra señal de las maldades que sobrevinieron junto con la Gran Oscuridad, los orcos nunca toleraron la luz del sol; pero estas criaturas de Saruman pueden soportarla, aunque la odien. Me pregunto qué les ha hecho. ¿Son hombres que Saruman ha arruinado, o ha mezclado las razas de los Hombres y los Orcos? ¡Qué negra perversidad!

Bárbol rezongó un momento, como si estuviera recitando una negra y profunda maldición éntica.

-Hace un tiempo me sorprendió que los oreos se atreviesen a pasar con tanta libertad por mis bosques -continuó-. Sólo últimamente empecé a sospechar que todo era obra de Saruman y que había estado espiando mis caminos y descubriendo mis secretos. El y esas gentes inmundas hacen estragos ahora, derribando árboles allá en la frontera, buenos árboles. Algunos de los árboles los cortan simplemente y dejan que se pudran; maldad propia de un orco, pero otros los desbrozan y los llevan a alimentar las hogueras de Orthanc. Siempre hay un humo que brota en Isengard en estos días.

»¡Maldito sea, por raíces y ramas! Muchos de estos árboles eran mis amigos, criaturas que *conocí en la nuez o en el grano; muchos tenían voces propias que se han perdido para siempre.* Y ahora hay claros de tocones y

zarzas donde antes había avenidas pobladas de cantos. He sido perezoso. He descuidado las cosas. ¡Esto tiene que terminar!

Bárbol se levantó del lecho con una sacudida, se incorporó y golpeó con la mano sobre la mesa. Las vasijas se estremecieron y lanzaron hacia arriba dos chorros luminosos. En los ojos de Bárbol osciló una luz, como un fuego verde, y la barba se le adelantó, tiesa como una escoba de paja.

-¡Yo terminaré con eso! -estalló-. Y vosotros vendréis conmigo. Quizá podáis ayudarme. De ese modo estaréis ayudando también a esos amigos vuestros, pues si no detenemos a Saruman, Rohan y Gondor tendrán un enemigo detrás y no sólo delante. Nuestros caminos van juntos... ¡hacia Isengard!

-Iremos contigo -dijo Merry-. Haremos lo que podamos.

-Sí -dijo Pippin-. Me gustaría ver la Mano Blanca destruida para siempre. Me gustaría estar allí, aunque yo no sirviera de mucho. Nunca olvidaré a Uglúk y cómo cruzamos Rohan.

-¡Bueno! ¡Bueno! -dijo Bárbol-. Pero he hablado apresuradamente. No tenemos que apresurarnos. Me excité demasiado. Tengo que tranquilizarme y pensar, pues es más fácil gritar *¡basta!*, que obligarlos a detenerse.

Fue a grandes pasos hacia la arcada y se detuvo un tiempo bajo la llovizna del manantial. Luego se rió y se sacudió y unas gotas de agua cayeron al suelo centelleando como chispas rojas y verdes. Volvió, se tendió de nuevo en la cama y guardó silencio.

Al rato los hobbits oyeron que murmuraba otra vez. Parecía estar contando con los dedos.

-Fangorn, Finglas, Fladrif, ay, ay -suspiró-. El problema es que quedamos tan pocos -dijo volviéndose hacia los hobbits-. Sólo quedan tres de los primeros ents que anduvieron por los bosques antes de la Oscuridad: sólo yo, Fangorn, Finglas y Fladrif, si los llamamos con los nombres élficos; podéis llamarlos también Zarcillo y Corteza, si preferís. Y de nosotros tres, Zarcillo y Corteza no servirán de mucho en este asunto. Zarcillo está cada día más dormido y muy arbóreo, podría decirse. Prefiere pasarse el verano de pie y medio dormido, con las hierbas hasta las rodillas. Un vello de hojas le cubre el cuerpo. Acostumbraba despertar en invierno, pero últimamente se ha sentido demasiado soñoliento para caminar mucho. Corteza vive en las faldas de las montañas al este de Isengard. Allí es donde ha habido más dificultades. Los orcos lo lastimaron y muchos de los suyos y de los árboles que apacentaba han sido asesinados y destruidos. Ha subido a los lugares altos, entre los abedules que él prefiere, y no descenderá. Sin embargo, me atrevo a decir que yo podría juntar un grupo bastante considerable de la gente más joven... si consigo que entiendan en qué aprieto nos encontramos ahora; si consigo despertarlos: no somos gente apresurada. ¡Qué lástima que seamos tan pocos!

-¿Cómo sois tan pocos habiendo vivido en este país tanto tiempo? -preguntó Pippin-. ¿Han muerto muchos?

-¡Oh no! -dijo Bárbol-. Nadie ha muerto por dentro, como podría decirse. Algunos cayeron en las vicisitudes de los largos años, por supuesto; y muchos son ahora arbóreos. Pero nunca fuimos muchos y no hemos aumentado. No ha habido entandos, no ha habido niños diríais vosotros, desde hace un terrible número de años. Pues veréis, hemos perdido a las ents mujeres.



-¡Qué pena! -dijo Pippin-. ¿Cómo fue que murieron todas?

-¡No murieron! -dijo Bárbol-. Nunca dije que murieron. Las perdimos, dije. Las perdimos y no podemos encontrarlas. -Suspiró- Pensé que casi todos lo sabían. Los elfos y los hombres del Bosque Negro en Gondor han cantado cómo los ents buscaron a las ents mujeres. No es posible que esos cantos se hayan olvidado.

-Bueno, temo que esas canciones no hayan pasado al Oeste por encima de las Montañas de la Comarca -dijo Merry-. ¿No nos dirás más, o no nos cantarás una de las canciones?

-Sí, lo haré -dijo Bárbol, en apariencia complacido-. Pero no puedo contarle como sería menester; sólo un resumen; y luego interrumpiremos la charla; mañana habrá que llamar a concilio y nos esperan trabajos y quizás un largo viaje.

»Es una historia bastante rara y triste -dijo luego de una pausa-. Cuando el mundo era joven y los bosques vastos y salvajes, los ents y las ents-mujeres (y había entonces ents-doncellas: ¡ah, la belleza de Fimbrethil, Miembros de junco, de los pies ligeros, en nuestra juventud!) caminaban juntos y habitaban juntos. Pero los corazones de unos y otros no crecieron del mismo modo: los ents se consagraban a lo que encontraban en el mundo y las ents-mujeres a otras cosas, pues los ents amaban los grandes árboles y los bosques salvajes y las faldas de las altas colinas y bebían de los manantiales de las montañas y comían sólo las frutas que los árboles dejaban caer delante de ellos; y aprendieron de los elfos y hablaron con los árboles. Pero las ents-mujeres se interesaban en los árboles más pequeños y en las praderas soleadas más allá del pie de los bosques; y ellas veían el endrino en el arbusto y la manzana silvestre y la cereza que florecían en primavera y las hierbas verdes en las tierras anegadas del verano y las hierbas granadas en los campos de otoño. No deseaban hablar con esas cosas, pero sí que entendieran lo que se les decía y que obedecieran. Las ents-mujeres les ordenaban que crecieran de acuerdo con los deseos que ellas tenían y que las hojas y los frutos fueran del agrado de ellas, pues las ents-mujeres deseaban orden y abundancia y paz (o sea que las cosas se quedaran donde ellas las habían puesto). De modo que las ents-mujeres cultivaron jardines para vivir. Pero los ents siguieron errando por el mundo y sólo de vez en cuando íbamos a los jardines. Luego, cuando la Oscuridad entró en el Norte, las ents-mujeres cruzaron el Río Grande, e hicieron otros jardines y trabajaron los campos nuevos y las vimos menos aún. Luego de la derrota de la Oscuridad las tierras de las ents-mujeres florecieron en abundancia y los campos se colmaron de grano. Muchos hombres aprendieron las artes de las ents-mujeres y les rindieron grandes honores; pero nosotros sólo éramos una leyenda para ellos, un secreto guardado en el corazón del bosque. Sin embargo aquí estamos todavía, mientras que todos los jardines de las ents-mujeres han sido devastados: los hombres los llaman ahora las Tierras Pardas.

»Recuerdo que hace mucho tiempo, en los días de la guerra entre Sauron y los Hombres del Mar, tuve una vez el deseo de ver de nuevo a Fimbrethil. Muy hermosa era ella todavía a mis ojos, cuando la viera por última vez, aunque poco se parecía a la ent-doncella de antes. Pues el trabajo había encorvado y tostado a las ents-mujeres y el sol les había cambiado el color de los cabellos, que ahora parecían espigas maduras, y las mejillas eran como manzanas rojas. Sin embargo, tenían aún los ojos de nuestra gente. Cruzamos el Anduin y

fuimos a aquellas tierras, pero no encontramos un desierto. Todo había sido quemado y arrancado de raíz, pues la guerra había visitado esos lugares. Pero las ents-mujeres no estaban allí. Mucho tiempo las llamamos y mucho tiempo las buscamos; y a todos les preguntábamos a dónde habían ido las ents-mujeres. Algunos decían que nunca las habían visto; y algunos decían que las habían visto yendo hacia el Oeste y algunos decían el este y otros el sur. Pero fuimos a todas partes y no pudimos encontrarlas. Nuestra pena era muy honda. No obstante el bosque salvaje nos reclamaba y volvimos. Durante muchos años mantuvimos la costumbre de salir del bosque de cuando en cuando y buscar a las ents-mujeres, caminando de aquí para allá y llamándolas por aquellos hermosos nombres que ellas tenían. Pero el tiempo fue pasando y salíamos y nos alejábamos cada vez menos. Y ahora las ents-mujeres son sólo un recuerdo para nosotros, y nuestras barbas son largas y grises. Los elfos inventaron muchas canciones sobre la Busca de los Ents, y algunas de esas canciones pasaron a las lenguas de los hombres. Pero nosotros no compusimos ninguna canción y nos contentamos con canturrear los hermosos nombres cuando nos acordábamos de las ents-mujeres. Creemos que volveremos a encontrarlas en un tiempo próximo, quizás en una tierra donde podamos vivir juntos y ser felices. Pero se ha dicho que esto se cumplirá cuando hayamos perdido todo lo que tenemos ahora. Y es posible que ese tiempo se esté acercando al fin. Pues si el Sauron de antaño destruyó los jardines, el enemigo de hoy parece capaz de marchitar todos los bosques.

»Hay una canción élfica que habla de esto, o al menos así la entiendo yo. Antes se la cantaba todo a lo largo del Río Grande. No fue nunca una canción élfica, notadlo bien: ¡hubiese sido una canción muy larga en élfico! Pero aún la recordamos y la canturreamos a veces. Hela aquí en vuestra lengua:

ENT

*Cuando la primavera despliega la hoja del haya y hay savia en las ramas;  
cuando la luz se apoya en el río del bosque y el viento toca la cima;  
cuando el paso es largo, la respiración profunda y el aire se anima en la  
montaña,  
¡regresa a mí! ¡Regresa a mí y di que mi tierra es hermosa!*

ENT-MUJER

*Cuando la primavera llega a los regadíos y los campos, y aparece la  
espiga;  
cuando en las huertas florecen los capullos como una nieve brillante;  
cuando la llovizna y el sol sobre la tierra perfuman el aire,  
me demoraré aquí y no me iré, pues mi tierra es hermosa.*

ENT

*Cuando el verano se extiende sobre el mundo, en un mediodía de oro,  
bajo la bóveda de las hojas dormidas se despliegan los sueños de los  
árboles;  
cuando las salas del bosque son verdes y frescas, y el viento sopla del  
oeste,  
¡regresa a mí! ¡Regresa a mí y di que mi tierra es la mejor!*

ENT-MUJER

*Cuando el verano calienta los frutos que cuelgan y oscurece las bayas;  
cuando la paja es de oro y la espiga blanca y es tiempo de cosechar;  
cuando la miel se derrama y el manzano crece, aunque el viento sople del  
oeste,  
me demoraré aquí a la luz del sol, porque mi tierra es la mejor.*

ENT

*Cuando llegue el invierno, el invierno salvaje que matará la colina y el  
bosque;  
cuando caigan los árboles y la noche sin estrellas devore al día sin sol;  
cuando el viento sople mortalmente del este, entonces en la lluvia que  
golpea  
te buscaré y te llamaré, ¡y regresaré otra vez contigo!*

ENT-MUJER

*Cuando llegue el invierno y terminen los cantos; cuando las tinieblas  
caigan al fin;  
cuando la rama estéril se rompa y la luz y el trabajo hayan pasado;  
te buscaré y te esperaré, hasta que volvamos a encontrarnos:  
¡juntos tomaremos el camino bajo la lluvia que golpea!*

AMBOS

*Juntos tomaremos el camino que lleva al oeste  
y juntos encontraremos una tierra en donde los corazones tengan  
descanso.*

Bárbol dejó de cantar.

-Así dice la canción -dijo-. Es una canción élfica por supuesto, alegre, concisa y termina pronto. Me atrevería a decir que es bastante hermosa. Aunque los ents podrían decir mucho más, ¡si tuvieran tiempo! Pero ahora voy a levantarme para dormir un poco. ¿Dónde os pondréis de pie?

-Nosotros comúnmente nos acostamos para dormir -dijo Merry-. Nos quedaremos donde estamos.

-¡Acostarse para dormir! -exclamó Bárbol-. ¡Pero claro! Hm, hum: me olvido a veces: cantando esa canción creí estar de nuevo en los tiempos de antaño: casi como si estuviera hablándoles a unos jóvenes entandos. Bueno, podéis acostaros en la cama. Yo me pondré de pie bajo la lluvia. ¡Buenas noches!

Merry y Pippin treparon a la cama y se acomodaron en la hierba y los helechos blandos. Era una cama fresca, perfumada y tibia. Las luces se apagaron y el resplandor de los árboles se desvaneció; pero afuera, bajo el arco, alcanzaban a ver al viejo Bárbol de pie, inmóvil, con los brazos levantados por encima de la cabeza. Las estrellas brillantes miraban desde el cielo e iluminaban el agua que caía y se le derramaba sobre los dedos y la cabeza y goteaba, goteaba, en cientos de gotas de plata. Escuchando el tintineo de las gotas los hobbits se durmieron.

Despertaron y vieron que un sol fresco brillaba en el patio y en el suelo de la caverna. Unos andrajos de nubes altas corrían en el cielo, arrastradas por un

viento que soplaba firmemente del este. No vieron a Bárbol, pero mientras se bañaban en el estanque junto al arco, oyeron que zumbaba y cantaba, subiendo por el camino entre los árboles.

-¡Hu, ho! ¡Buenos días, Merry y Pippin! -bramó al verlos-. Dormís mucho. Yo ya he dado cientos de pasos. Ahora beberemos un poco y luego iremos a la Cámara de los Ents.

Trajo una jarra de piedra, pero no la misma de la noche anterior, y les sirvió dos tazones. El sabor tampoco era el mismo: más terrestre, más generoso, más fortificante y nutritivo, por así decir. Mientras los hobbits bebían, sentados en el borde de la cama, y mordisqueando los bizcochos élficos (porque comer algo les parecía parte necesaria del desayuno, no porque tuvieran hambre), Bárbol se quedó allí de pie, canturreando en éntico o élfico o alguna extraña lengua, y mirando el cielo.

-¿Dónde está la Cámara de los Ents? -se atrevió a preguntar Pippin. -¿Hu, eh? ¿La Cámara de los Ents? -dijo Bárbol, dándose vuelta-. No es un lugar, es una reunión de ents, lo que no ocurre a menudo. Pero he conseguido que un número considerable me prometiera venir. Nos reuniremos en el sitio donde nos hemos reunido siempre. El Valle Emboscado, lo llaman los hombres. Está lejos de aquí, en el sur. Tenemos que llegar allí antes del mediodía.

Partieron sin tardanza, Bárbol llevó en brazos a los hobbits, como en la víspera. A la entrada del patio dobló a la derecha, atravesó de una zancada la corriente y caminó a grandes pasos hacia el sur bordeando las faldas de piedras desmoronadas donde los árboles eran raros. Los hobbits alcanzaron a distinguir montes de abedules y fresnos y más arriba unos pinos sombríos. Pronto Bárbol se apartó un poco de las colinas para meterse en unos bosquecillos profundos; los hobbits nunca habían visto hasta entonces árboles más grandes, más altos y más gruesos. Durante un momento creyeron tener aquella sensación de ahogo que los había asaltado cuando entraron por primera vez en Fangorn, pero pasó pronto. Bárbol no les hablaba. Canturreaba entre dientes, con un tono grave y meditativo, pero Merry y Pippin no alcanzaban a distinguir las palabras: sonaba bum, bum, rumbum, burar, bum, bum, dahrar bum bum, dahrar bum y así continuamente con un cambio incesante de notas y ritmos. De cuando en cuando creían oír una respuesta, un zumbido, o un sonido tembloroso que salía de la tierra, o que venía de las ramas altas, o quizá de los troncos de los árboles; pero Bárbol no se detenía ni volvía la cabeza a uno u otro lado.

Había estado caminando un largo rato -Píppin había tratado de llevar cuenta de los pasos-de-ent, pero se había perdido alrededor de los tres mil-cuando Bárbol empezó a aflojar el paso. De pronto se detuvo, bajó a los hobbits y se llevó a la boca las manos juntas, como formando un tubo hueco. Luego sopló o llamó. Un gran *hum*, *hom resonó en los bosques* como un cuerno grave y pareció que los árboles devolvían el eco. De lejos y de distintos sitios llegó un similar *hum*, *hom*, *hum* que no era un eco sino una respuesta.

Bárbol cargó a Merry y *Pippin* sobre los hombros y echó a andar otra vez, lanzando de cuando en cuando otra llamada de cuerno, y las respuestas eran cada vez más claras y próximas. De este modo llegaron al fin a lo que parecía

ser un muro impenetrable de árboles oscuros y de hoja perenne, árboles de una especie que los hobbits nunca habían visto antes: las ramas salían directamente de las raíces y estaban densamente cubiertas de hojas oscuras y lustrosas como de acebo, pero sin espinas, y en el extremo de unos peciolos tiesos y verticales brillaban unos botones grandes y brillantes de color oliva.

Volviéndose a la izquierda y bordeando esta cerca enorme, Bárbol llegó en unas pocas zancadas a una entrada angosta. Un sendero donde se veían muchas huellas atravesaba la cerca y bajaba de pronto por una pendiente larga y abrupta. Los hobbits vieron que estaban descendiendo a un valle grande, casi tan *redondo como un tazón*, muy ancho y profundo, coronado en el borde por la alta cerca de árboles oscuros. El interior era liso y herboso y no había árboles excepto tres abedules plateados muy altos y hermosos que crecían en el fondo del tazón. Otros dos senderos bajaban al valle: desde el oeste y desde el este.

Varios ents habían llegado ya. Más estaban descendiendo por los otros senderos y algunos seguían ahora a Bárbol. Cuando se acercaron, los hobbits los miraron con curiosidad. Habían esperado ver un cierto número de criaturas parecidas a Bárbol así como un hobbit se parece a otro (al menos a los ojos de un extranjero) y les sorprendió mucho encontrarse con algo muy distinto. Los ents eran tan diferentes entre sí como un árbol de otro árbol: algunos tan diferentes como árboles del mismo nombre, pero que no han crecido del mismo modo y no tienen la misma historia; y algunos tan *diferentes como si pertenecieran a distintas familias de árboles*, como el abedul y el haya, el roble y el abeto. Había unos pocos ents muy viejos, barbudos y nudosos, como árboles vigorosos pero de mucha edad (aunque ninguno parecía tan viejo como Bárbol), y había ents robustos y altos, bien ramificados y de piel lisa como árboles del bosque en la plenitud de la edad; pero no se veían ents jóvenes, ningún renuevo. Eran en total unas dos docenas de pie en las hierbas del valle y otros tantos llegaban ahora.

Al principio, a Merry y Pippin les sorprendió sobre todo la variedad de lo que veían: las muchas formas, los colores, las diferencias en el talle, la altura y el largo de los brazos y piernas; y en el número de dedos en los pies (de tres a nueve). Algunos eran quizá parientes de Bárbol y parecían hayas o robles. Pero los había de distintas especies. Algunos recordaban el castaño: Ents de piel parda con manos grandes y dedos abiertos y piernas cortas y macizas; otros el fresno: Ents altos, rectos y grises con manos de muchos dedos y piernas largas; algunos el abeto (los ents más altos) y otros el abedul, el pino y el tilo. Pero cuando todos los ents se reunieron alrededor de Bárbol, inclinando ligeramente las cabezas, murmurando con aquellas voces lentas y musicales y mirando alrededor larga y seriamente a los extraños, entonces los hobbits vieron que todos eran de la misma condición y que todos tenían los mismos ojos: no siempre tan viejos y profundos como los de Bárbol, pero con la misma expresión lenta, firme y pensativa y el mismo centelleo verde.

Tan pronto como toda la compañía estuvo reunida, de pie en un amplio círculo alrededor de Bárbol, se inició una curiosa e ininteligible conversación. Los ents se pusieron a murmurar lentamente: primero uno y luego otro, hasta que todos estuvieron cantando juntos en una cadencia larga que subía y bajaba, ahora más alta en un sector del círculo, ahora muriendo aquí y creciendo y resonando en algún otro sitio. Aunque Pippin no podía distinguir o entender ninguna de las palabras -suponía que el lenguaje era éntico-, el

sonido le pareció muy agradable al principio, aunque poco a poco dejó de prestar atención. Al cabo de mucho tiempo (y la salmodia no mostraba signos de declinación) se encontró preguntándose, ya que el éntico era un lenguaje tan poco «apresurado», si no estarían aún en los *Buen día*, y en el caso que Bárbol pasara lista cuánto tiempo tardarían en entonar todos los nombres. «Me pregunto cómo se dirá sí o no en éntico», -se dijo. Bostezó.

Bárbol advirtió en seguida la inquietud de Pippin.

-Hm, ha, hey, mi Pippin -dijo y todos los otros ents interrumpieron el canto-. Sois gente apresurada, lo había olvidado; y por otra parte es fatigoso escuchar un discurso que no se entiende. Podéis bajar ahora. Ya he transmitido vuestros nombres a la Cámara de los Ents y ellos os han visto y todos están de acuerdo en que no sois orcos y en que es necesario añadir otra línea a las viejas listas. No hemos ido más allá hasta ahora, pero hemos ido rápido tratándose de una Cámara de Ents. Tú y Merry podéis pasearos por el valle, si queréis. Hay un manantial de agua buena y fresca allá en la barranca norte. Todavía tenemos que decir algunas palabras antes que la asamblea comience de veras. Yo iré a veros y os contaré cómo van las cosas.

Puso a los hobbits en tierra. Antes que se alejaran, Merry y Pippin saludaron haciendo una reverencia. Esta proeza pareció divertir mucho a los ents, a juzgar por el tono de los murmullos que se oyeron entonces y el centelleo que les asomó a los ojos; pero pronto se volvieron de nuevo a sus propios asuntos. Merry y Pippin subieron por el sendero que venía del oeste y miraron a través de la abertura en la cerca. Unas faldas largas y cubiertas de árboles subían desde el borde del valle, y más allá, sobre los pinos de la estribación más lejana se alzaba, afilado y blanco, el pico de una elevada montaña. A la izquierda y hacia el sur alcanzaban a ver el bosque que se perdía en una lejanía gris. Allí y muy distante, creyeron distinguir un débil resplandor verde, que Merry atribuyó a las llanuras de Rohan.

-Me pregunto dónde estará Isengard -dijo Pippin.

-No sé muy bien dónde estamos nosotros -dijo Merry-, pero es posible que sea el Methedras, y creo recordar que el anillo de Isengard se encuentra en una bifurcación o una abertura profunda en el extremo de las montañas, probablemente detrás de esa cordillera. Parece haber una niebla o humo allí arriba, a la izquierda del pico, ¿no crees?

-¿Cómo es Isengard? -dijo Pippin-. Me pregunto qué pueden hacer ahí los ents, de todos modos.

-Yo también me lo pregunto -dijo Merry-. Isengard es una especie de anillo de rocas o colinas, pienso, alrededor de un espacio llano y una isla o pilar de piedra en el medio que llaman Orthanc. Saruman tiene una torre ahí. Hay una entrada, quizá más de una, en la muralla circular y creo que la atraviesa un río; descende de las montañas y corre a través del Paso de Rohan. No parece un lugar muy apropiado para que los ents puedan hacer algo ahí. Pero tengo una rara impresión acerca de estos ents: de algún modo no creo que sean tan poco peligrosos y, bueno, tan graciosos como parecen. Son lentos, extraños y pacientes, casi tristes; y sin embargo creo que algo podría despertarlos. Si eso ocurriera alguna vez, no me gustaría estar en el bando opuesto.

-¡Sí! -dijo Pippin-. Entiendo qué quieres decir. Quizás esa sea toda la diferencia entre una vieja vaca echada que rumia en paz y un toro que embiste,

y el cambio puede ocurrir de pronto. Me pregunto si Bárbol conseguirá despertarlos. Estoy seguro de que lo intentará. Pero no les gusta que los exciten. Bárbol se excitó un momento anoche y luego se contuvo otra vez.

Los hobbits se volvieron. Las voces de los ents todavía se alzaban y bajaban en el cóncave. El sol había subido y miraba ahora por encima de la cerca; brillaba en las copas de los abedules e iluminaba el lado norte del valle con una fresca luz amarilla. Allí centelleaba un pequeño manantial. Caminaron a lo largo del borde de la concavidad al pie de los árboles perennes -era agradable sentir de nuevo la hierba fresca en los pies y no tener prisa- y luego descendieron al agua del manantial. Bebieron un poco, un trago de agua fresca, fría y acre y se sentaron sobre una piedra mohosa, mirando los dibujos del sol en la hierba y las sombras de las nubes que navegaban en el cielo. El murmullo de los ents continuaba. El valle parecía un sitio muy extraño y remoto, fuera del mundo y alejado de todo lo que habían vivido hasta entonces. Los invadió una profunda nostalgia y recordaron con tristeza los rostros y las voces de los otros compañeros, especialmente de Frodo y Sam y Trancos.

Al fin hubo una pausa en las voces de los ents; y alzando los ojos vieron que Bárbol venía hacia ellos, con otro ent al lado.

-Hm, hum, aquí estoy otra vez -dijo Bárbol-. Comenzabais a cansaros y a sentir alguna impaciencia, hmm, ¿eh? Bueno, temo que aun no sea tiempo de sentirse impaciente. Hemos cumplido la primera etapa, pero todavía falta mucho que explicar a aquellos que viven lejos de aquí, lejos de Isengard, y a aquellos que no pude ver antes de la asamblea, y luego habrá que decidir si se puede hacer algo. Sin embargo, para decidirse a hacer algo, los ents no necesitan tanto tiempo como para examinar todos los hechos y acontecimientos sobre los que será necesario decidirse. No obstante y de nada serviría negarlo, estaremos aquí mucho tiempo todavía: un par de días quizá. De modo que os traje compañía. Tiene una casa éntica cerca. Se llama Bregalad, en élfico. Dice que ya se ha decidido y no necesita quedarse en la asamblea. Hm, hm, es lo que más se parece entre nosotros a un ent con prisa. Creo que os entenderéis. ¡Adiós!

Bárbol dio media vuelta y los dejó.

Bregalad se quedó un momento mirando a los hobbits con solemnidad; y ellos también lo miraron, preguntándose cuándo mostraría algún signo de «apresuramiento». Era alto y parecía ser uno de los ents más jóvenes; una piel lisa y brillante le cubría los brazos y piernas; tenía labios rojos y el cabello era verdegris. Podía inclinarse y balancearse como un árbol joven al viento. Al fin habló y con una voz resonante pero más alta y clara que la de Bárbol.

-Ha, hum, ¡vamos a dar un paseo, amigos míos! - dijo -. Me llamo Bregalad, lo que en vuestra lengua significa Ramaviva. Pero esto no es más que un apodo, por supuesto. Me llaman así desde el momento en que le dije sí a un ent anciano antes que terminara de hacerme una pregunta. También bebo rápidamente y me voy cuando otros todavía están mojándose las barbas. ¡Venid conmigo!

Bajó dos brazos bien torneados y les dio una mano de dedos largos a cada uno de los hobbits. Todo ese día caminaron con él por los bosques, cantando y riendo, pues Ramaviva reía a menudo. Reía si el sol salía de detrás de una nube, reía cuando encontraban un arroyo o un manantial: se inclinaba entonces y se refrescaba con agua los pies y la cabeza; reía a veces cuando se oía algún sonido o murmullo en los árboles. Cada vez que tropezaban con

un fresno se detenía un rato con los brazos extendidos y cantaba, balanceándose.

Al atardecer llevó a los hobbits a una casa éntica que era sólo una piedra musgosa puesta sobre unas matas de hierba en una barranca verde. Unos fresnos crecían en círculo alrededor y había agua, como en todas las casas énticas, un manantial que brotaba en burbujas de la barranca. Hablaron un rato mientras la oscuridad caía en el bosque. No muy lejos las voces de la Cámara de los Ents podían oírse aún; pero ahora parecían más graves y menos ociosas, y de cuando en cuando un vozarrón se alzaba en una música alta y rápida, mientras todas las otras parecían apagarse. Pero junto a ellos Bregalad hablaba gentilmente en la lengua de los hobbits, casi susurrando; y ellos se enteraron de que pertenecía a la raza de los Cortezas y que el país donde vivieran antes había sido devastado. Esto pareció a los hobbits suficiente como para explicar el «apresuramiento» de Ramaviva, al menos en lo que se refería a los orcos.

-Había fresnos en mi casa -dijo Bregalad, con una dulce tristeza-, fresnos que echaron raíces cuando yo era aún un entando, hace muchos años en el silencio del mundo. Los más viejos fueron plantados por los ents para probar y complacer a las ents-mujeres; pero ellas los miraron y sonrieron y dijeron que conocían un sitio donde los capullos eran más blancos y los frutos más abundantes. Pero ya no quedan árboles de esa raza, el pueblo de la Rosa, que eran tan hermosos a mis ojos. Y esos árboles crecieron y crecieron, hasta que la sombra de cada uno fue como una sala verde y los frutos rojos del otoño colgaron como una carga, de maravillosa belleza. Los pájaros acostumbraban anidar en ellos. Me gustan los pájaros, aun cuando parlotean; y en los fresnos había pájaros de sobra. Pero estos pájaros de pronto se hicieron hostiles, ávidos, y desgarraron los árboles y derribaron los frutos pero no se los comieron. Luego llegaron los orcos blandiendo hachas y echaron abajo los árboles. Llegué y los llamé por los largos nombres que ellos tenían, pero no se movieron, no oyeron ni respondieron: estaban todos muertos.

*¡Oh Orofarnë, Lassemista, Carnimirië!*

*¡Oh hermoso fresno, sobre tu cabellera qué hermosas son las flores!*

*¡Oh fresno mío, te vi brillar en un día de verano!*

*Tu brillante corteza, tus leves hojas, tu voz tan fresca y dulce:*

*¡qué alta llevas en tu cabeza la corona de oro rojo!*

*Oh fresno muerto, tu cabellera es seca y gris;*

*tu corona ha caído, tu voz ha callado para siempre.*

*¡Oh Orofarnë, Lassemista, Carnimirië!*

Los hobbits se durmieron con la música del dulce canto de Bregalad, que parecía lamentar en muchas lenguas la caída de los árboles que él había amado.

El día siguiente también lo pasaron en compañía de Bregalad, pero no se alejaron mucho de la «casa». La mayor parte del tiempo se quedaron sentados en silencio al abrigo de la barranca; pues el viento era más frío y las nubes más bajas y grises; el sol brillaba poco y a lo lejos las voces de los ents reunidos en asamblea todavía subían y bajaban, a veces altas y fuertes, a veces bajas y tristes, a veces rápidas, a veces lentas y solemnes como un himno. Llegó otra



noche y el cónclave de los ents continuaba bajo nubes rápidas y estrellas caprichosas.

El tercer día amaneció triste y ventoso. Al alba las voces de los ents estallaron en un clamor y luego se apagaron de nuevo. La mañana avanzó y el viento amainó y el aire se colmó de una pesada expectativa. Los hobbits pudieron ver que Bregalad escuchaba ahora con atención, aunque ellos, en la cañada de la casa éntica, apenas alcanzaban a oír los rumores de la asamblea.

Llegó la tarde y el sol que descendía en el oeste hacia las montañas lanzó unos largos rayos amarillos entre las grietas y fisuras de las nubes. De pronto cayeron en la cuenta de que todo estaba muy tranquilo; el bosque entero esperaba en un atento silencio. Por supuesto, las voces de los ents habían callado. ¿Qué significaba esto? Bregalad, erguido y tenso, miraba al norte hacia el Valle Emboscado.

En seguida y con un estruendo llegó un grito resonante: *¡Rahumrah!* Los árboles se estremecieron y se inclinaron como si los hubiera atacado un huracán. Hubo otra pausa y luego se oyó una música de marcha, como de solemnes tambores, y por encima de los redobles y los golpes se elevaron unas voces que cantaban altas y fuertes.

*Venimos, venimos, con un redoble de tambor: ¡ta-runda runda runda rom!*

Los ents venían y el canto se elevaba cada vez más cerca y más sonoro.

*Venimos, venimos con cuernos y tambores: ¡ta-rûna rûna rûna rom!*

Bregalad recogió a los hobbits y se alejó de la casa.

No tardaron en ver la tropa en marcha que se acercaba; los ents cantaban bajando por la pendiente a grandes pasos. Bárbol venía a la cabeza y detrás unos cincuenta seguidores, de dos en fondo, marcando el ritmo con los pies y golpeándose los flancos con las manos. Cuando estuvieron más cerca, se pudo ver que los ojos de los ents relampagueaban y centelleaban.

-¡Hum, hom! ¡Henos aquí con un estruendo, henos aquí por fin! -llamó Bárbol cuando estuvo a la vista de Bregalad y los hobbits-. ¡Venid, uníos a la asamblea! Partimos. ¡Partimos hacia Isengard!

-¡A Isengard! -gritaron los ents con muchas voces.

-¡A Isengard!

*¡A Isengard! Aunque Isengard esté clausurado con puertas de piedra;  
Aunque Isengard sea fuerte y dura, fría como la piedra y desnuda como el hueso.*

*Partimos, partimos, partimos a la guerra, a romper la piedra y derribar la puerta;*

*pues el tronco y la rama están ardiendo ahora, el horno ruge; ¡partimos a la guerra!*

*Al país de las tinieblas con paso de destino, con redoble de tambor, marchamos, marchamos.*

*¡A Isengard marchamos con el destino!*

*¡Marchamos con el destino, con el destino marchamos!*

Así cantaban mientras marchaban hacia el sur.

Bregalad, los ojos brillantes, se metió de un salto en la fila junto a Bárbol. El viejo ent tomó de vuelta a los hobbits y se los puso otra vez sobre los hombros y así ellos cabalgaron orgullosos a la cabeza de la compañía que iba cantando, el corazón palpitante y la frente bien alta. Aunque habían esperado que algo ocurriera al fin, el cambio que se había operado en los ents les parecía sorprendente, como si ahora se hubiese soltado una avenida de agua, que un dique había contenido mucho tiempo.

-Los ents no tardan mucho en decidirse, al fin y al cabo, ¿no te parece? -se aventuró a decir Pippin al cabo de un rato, cuando el canto se interrumpió un momento y sólo se oyó el batir de las manos y los pies.

-¿No tardan mucho? -dijo Bárbol-. ¡Hum! Sí, en verdad. Tardarnos menos de lo que yo había pensado. En verdad no los he visto despiertos como ahora desde hace siglos. A nosotros los ents no nos gusta que nos despierten y no despertamos sino cuando nuestros árboles y nuestras vidas están en grave peligro. Esto no ha ocurrido en el bosque desde las guerras de Sauron y los Hombres del Mar. Es la obra de los orcos, esa destrucción por el placer de destruir, de *rârum*, sin ni siquiera la mala excusa de tener que alimentar las hogueras, lo que nos ha encolerizado de este modo, y la traición de un vecino, de quien esperábamos ayuda. Los Magos tendrían que ser más sagaces: son más sagaces. No hay maldición en élfico, éntico, o las lenguas de los hombres bastante fuerte para semejante perfidia. ¡Abajo Saruman!

-¿Derribaréis realmente las puertas *de Isengard*? -preguntó Merry. - Ho, hm, bueno, podríamos hacerlo en verdad. No sabéis quizá qué fuertes somos. Quizás habéis oído hablar de los trolls. Son extremadamente fuertes. Pero los trolls son sólo una impostura, fabricados por el enemigo en la Gran Oscuridad, una falsa imitación de los ents, así como los orcos son imitación de los elfos. Somos más fuertes que los trolls. Estamos hechos de los huesos de la tierra. Somos capaces de quebrar la piedra, como las raíces de los árboles, sólo que más rápido, mucho más rápido, ¡cuando estamos despiertos! Si no nos abaten, o si no nos destruye el fuego o alguna magia, podríamos reducir Isengard a un montón de astillas y convertir esos muros en escombros.

-Pero Saruman tratará de detenernos, ¿no es cierto?

-Hm, ah, sí, así es. No lo he olvidado. En verdad lo he pensado mucho tiempo. Pero, veréis, muchos de los ents son más jóvenes que yo, en muchas vidas de árboles. Están todos despiertos ahora y no piensan sino una cosa: destruir a Isengard. Pero pronto se pondrán a pensar en otras cosas; se enfriarán un poco, cuando tomemos la bebida de la noche. ¡Qué sed tendremos! ¡Pero que ahora marchen y canten! Hay que recorrer un largo camino y sobraré tiempo para pensar. Ya es bastante habernos puesto en camino.

Bárbol continuó marchando, cantando con los otros durante un tiempo. Pero luego bajó la voz, que fue sólo un murmullo, y al fin calló otra vez. Pippin alcanzó a ver que la vieja frente del ent estaba toda arrugada y nudosa. Al fin Bárbol alzó los ojos y Pippin descubrió una mirada triste, triste pero no desdichada. Había una luz en ellos, como si la llama verde se le hubiera hundido aún más en los pozos oscuros del pensamiento.

-Por supuesto, es bastante verosímil, amigos míos -dijo con lentitud-, bastante verosímil que estemos yendo a nuestra perdición: la última marcha de

los ents. Pero si nos quedamos en casa y no hacemos nada, la perdición nos alcanzará de todos modos, tarde o temprano. Este pensamiento está creciendo desde hace mucho en nuestros corazones; y por eso estamos marchando ahora. No fue una resolución apresurada. Ahora al menos la última marcha de los ents quizá merezca una canción. Ay - suspiró -, podemos ayudar a los otros pueblos antes de irnos. Sin embargo, me hubiera gustado ver que las canciones sobre las ents-mujeres se cumplieran de algún modo. Me hubiera gustado de veras ver otra vez a Fimbrethill. Pero en esto, amigos míos, las canciones como los árboles dan frutos en el tiempo que corresponde y según leyes propias: y a veces se marchitan prematuramente.

Los ents continuaban caminando a grandes pasos. Habían descendido a un largo repliegue del terreno que se alejaba bajando hacia el sur y ahora empezaban a trepar, cada vez más arriba, hacia la elevada cresta del oeste. El bosque se hizo menos denso y llegaron a unos pequeños montes de abedules y luego a unas pendientes desnudas donde sólo crecían unos pinos raquíuticos. El sol se hundió detrás de la giba oscura de la loma que se alzaba delante. El crepúsculo gris cayó sobre ellos.

Pippin miró hacia atrás. El número de los ents había crecido... ¿o qué ocurría ahora? Donde se extendían las faldas desnudas y oscuras que acababan de cruzar, creyó ver montes de árboles. ¡Pero estaban moviéndose! ¿Era posible que el bosque entero de Fangorn hubiese despertado y que ahora marchase por *encima de las colinas* hacia la guerra? Se frotó los ojos preguntándose si no lo habrían engañado el sueño o las sombras; pero las grandes formas grises continuaban avanzando firmemente. Se oía un ruido como el del viento en muchas ramas. Los ents se acercaban ahora a la cima de la estribación y todos los cantos habían cesado. Cayó la noche y se hizo el silencio; no se oía otra cosa que un débil temblor de tierra bajo los pies de los ents y un roce, la sombra de un susurro, como de muchas hojas llevadas por el viento. Al fin se encontraron sobre la cima y miraron allá abajo un pozo oscuro: la gran depresión en el extremo de las montañas: Nam Curunír, el Valle de Saruman.

-La noche se extiende sobre Isengard -dijo Bárbol.

## EL CABALLERO BLANCO

-Estoy helado hasta los huesos- dijo Gimli batiendo los brazos y golpeando los pies contra el suelo. Por fin había llegado el día. Al alba los compañeros habían desayunado como habían podido; ahora a la luz creciente estaban preparándose a examinar el suelo otra vez en busca de rastros de hobbits.

-¡Y no olvidéis a ese viejo! -dijo Gimli-. Me sentiría más feliz si pudiera ver la huella de una bota.

-¿Por qué eso te haría feliz? -preguntó Legolas.

-Porque un viejo con pies que dejan huellas no será sino lo que parece -respondió el enano.

-Quizá -dijo el elfo-, pero es posible que una bota pesada no deje aquí marca alguna. La hierba es espesa y elástica.

-Eso no confundiría a un montaraz -dijo Gimli-. Una brizna doblada le basta a Aragorn. Pero no espero que él encuentre algún rastro. Era el fantasma maligno de Saruman lo que vimos anoche. Estoy seguro, aun a la luz de la mañana. Quizá los ojos de Saruman nos miran desde Fangorn en este mismo momento.

-Es muy posible -dijo Aragorn-, sin embargo no estoy seguro. Estaba pensando en los caballos. Dijiste anoche, Gimli, que el miedo los espantó. Pero yo no lo creo. ¿Los oíste, Legolas? ¿Te parecieron unas bestias aterrorizadas?

-No -dijo Legolas-. Los oí claramente. Si no hubiese sido por las tinieblas y nuestro propio miedo, yo hubiera pensado que eran bestias dominadas por alguna alegría repentina. Hablaban como caballos que encuentran un amigo después de mucho tiempo.

-Así me pareció -dijo Aragorn-, pero no puedo resolver el enigma, a menos que vuelvan. ¡Vamos! La luz crece rápidamente. ¡Miremos primero y dejemos las conjeturas para después! Comenzaremos por aquí, cerca del campamento, buscando con cuidado alrededor y subiendo después hacia el bosque. Nuestro propósito es encontrar a los hobbits, aparte de lo que podamos pensar de nuestro visitante nocturno. Si por alguna casualidad han podido escapar, tienen que haberse ocultado entre los árboles, o los hubieran visto. Si no encontramos nada entre aquí y los lindes del bosque, los buscaremos en el campo de batalla y entre las cenizas. Pero ahí hay tan pocas esperanzas: los jinetes de Rohan han hecho su trabajo demasiado bien.

Durante algún tiempo los compañeros se arrastraron tanteando el suelo. El árbol se alzaba melancólico sobre ellos; las hojas secas colgaban flojas ahora y crujían en el viento helado del este. Aragorn se alejó con lentitud. Llegó junto a las cenizas de la hoguera de campaña cerca de la orilla del río y luego retrocedió hasta la loma donde se había librado el combate. De pronto se detuvo y se inclinó, casi tocando la hierba con la cara. Llamó a los otros, que se acercaron corriendo.

-¡Aquí al fin hay algo nuevo! -dijo Aragorn. Alzó una hoja rota y la mostró, una hoja grande y pálida de desvaído color dorado, ya casi pardo-. He aquí

una hoja de mallorn de Lórien, con unas pequeñas migas encima y unas pocas migas más en la hierba. ¡Y mirad! ¡Unos trozos de cuerda cerca!

-¡Y he aquí el cuchillo que cortó la cuerda! -dijo Gimli y extrajo de entre unas hierbas, donde la había hundido algún pie pesado, una hoja corta y mellada. Al lado estaba la empuñadura-. Es un arma de orco -dijo tomándola con precaución y observando con disgusto el mango labrado; tenía la forma de una horrible cabeza de ojos bizcos y boca torcida.

-Pues bien, ¡he aquí el enigma más raro que hayamos encontrado hasta ahora! -dijo Legolas-. Un prisionero atado consigue eludir a los orcos y a jinetes que los rodean. Luego se detiene, aún al descubierto, y corta las ataduras con un cuchillo de orco. ¿Pero cómo y por qué? Pues si tenía las piernas atadas, ¿cómo pudo caminar? Y si tenía los brazos atados, ¿cómo pudo utilizar el cuchillo? Y si ni las piernas ni los brazos estaban atados, ¿por qué cortó las cuerdas? Contento de haber mostrado tamaña habilidad, ¡se sienta a comer tranquilamente un poco de pan de viaje! Esto al menos basta para saber que se trataba de un hobbit, aun sin la hoja de mallorn. Luego de esto, supongo, trocó los brazos en alas y se alejó cantando hacia los árboles. Tiene que ser fácil encontrarlo, ¡sólo falta que nosotros también tengamos alas!

-Es cosa de brujos, obviamente -dijo Gimli-. ¿Qué estaba haciendo ese viejo? ¿Qué dices tú, Aragorn, de la interpretación de Legolas? ¿Puedes mejorarla?

-Quizá -dijo Aragorn, sonriendo-. Hay otros signos al alcance de la mano que no habéis tenido en cuenta. Estoy de acuerdo en que el prisionero era un hobbit y que tenía los pies o las manos libres antes de llegar aquí. Supongo que eran las manos, pues el enigma se aclara un poco entonces y también porque de acuerdo con las huellas fue traído aquí por un orco. Se ha vertido sangre en este sitio, sangre de orco. Hay marcas profundas de cascos todo alrededor y signos de que se llevaron a la rastra una cosa pesada. Los jinetes mataron a un orco y luego lo arrastraron hasta las hogueras. Pero no vieron al hobbit: no estaba «al descubierto», pues era de noche y llevaba todavía el manto élfico. Estaba agotado y con hambre y no es raro que después de librarse de las ataduras con el cuchillo del enemigo caído, haya descansado y comido un poco antes de irse sigilosamente. Pero es un alivio saber que tenía un poco de *lembas* en el bolsillo, aunque haya escapado sin armas ni provisiones; esto es quizá típico de un hobbit. Hablo en singular, aunque espero que Merry y Pippin hayan estado aquí juntos. Nada sin embargo permite asegurarlo.

-¿Y cómo supones que alguno de nuestros amigos llegó a tener una mano libre?

-No sé cómo ocurrió -respondió Aragorn-. Ni sé tampoco por qué un orco estaba llevándolos. No para ayudarlos a escapar, es indudable. No, pero empiezo a entender algo que me ha intrigado desde el principio. ¿Por qué cuando cayó Boromir los orcos se contentaron con capturar a Merry y a Pippin? No buscaron al resto de nuestra tropa, ni atacaron nuestro campamento, pero en cambio partieron apresuradamente hacia Isengard. ¿Pensaron que habían capturado al Portador del Anillo y a su fiel camarada? No lo creo. Los amos de los orcos no se habrían atrevido a darles órdenes tan claras, aun si estuviesen tan enterados, ni les hubieran hablado tan abiertamente del Anillo; no son servidores de confianza. Pero creo que les ordenaron que capturaran *hobbits* vivos, a toda costa. Hubo un intento de escapar con los preciosos prisioneros

antes de la batalla. Una traición quizá, bastante verosímil en tales criaturas. Algún orco grande y audaz pudo haber tratado de escapar él solo con la presa, para beneficiarse él mismo. Bueno, esa es mi historia. Podríamos imaginar otras. Pero en todo caso de algo podemos estar seguros: uno al menos de nuestros amigos ha escapado. Nuestra tarea es ahora dar con él y ayudarlo antes de volver a Rohan. No permitamos que Fangorn nos desanime, pues la necesidad tiene que haberlo llevado a ese sitio oscuro.

-No sé qué me desanima más, si Fangorn o la idea de recorrer a pie el largo camino hasta Rohan -dijo Gimli.

-Pues bien, vayamos al bosque -dijo Aragorn.

Aragorn no tardó mucho en encontrar nuevas huellas. En un lugar cerca del Entaguas tropezó con el rastro de unas pisadas: marcas de hobbits, pero demasiado débiles para sacar alguna conclusión. Luego otra vez junto al tronco de un árbol grande en el linde del bosque descubrieron otras marcas. El terreno era allí desnudo y seco y no revelaba mucho.

-Un hobbit al menos se detuvo aquí un rato y miró atrás, antes de penetrar en el bosque -dijo Aragorn.

-Entonces vayamos nosotros también -dijo Gimli-. Pero el aspecto de este Fangorn no me agrada y nos han advertido contra él. Mejor sería que la persecución nos hubiera llevado a otro sitio.

-No creo que el bosque dé una impresión de malignidad, digan lo que digan las historias -dijo Legolas. Se había detenido en los límites del bosque, inclinándose hacia adelante como si escuchara y espiando las sombras con los ojos muy abiertos-. No, no es maligno y si hay algún mal en él está muy lejos. Sólo me llegan los ecos débiles de un sitio en penumbras donde los corazones de los árboles son negros. No hay ninguna malicia cerca, pero sí vigilancia y cólera.

-Bueno, no hay razón para que estén enojados conmigo -dijo Gimli-. No les hice daño.

-Lo mismo da -dijo Legolas-. De todos modos le han hecho daño. Hay algo que está ocurriendo ahí dentro, o que está por ocurrir. ¿No sientes la tensión? Me quita el aliento.

-Yo siento que el aire es pesado -dijo el enano-. Este bosque es menos denso que el Bosque Negro, pero parece mohoso y decrepito.

-Es viejo, muy viejo -dijo el elfo-. Tan viejo que casi me siento joven otra vez, como no he vuelto a sentirme desde que viajo con niños como vosotros. Viejo y poblado de recuerdos. Yo podía haber sido feliz aquí, si hubiera venido en días de paz.

-Me atrevo a asegurarlo -se burló Gimli -. De todos modos eres un elfo de los bosques, aunque los elfos son siempre gente rara. Sin embargo, me reconfortas. A donde tú vayas, yo también iré. Pero ten el arco bien dispuesto y yo llevaré el hacha suelta en el cinturón. No para usarla contra los árboles -dijo de prisa, alzando los ojos al árbol que se erguía sobre ellos-. No me gustaría tropezarme de improviso con ese hombre viejo sin un argumento en la mano. ¡Adelante!

Luego de esto los tres cazadores se metieron en el bosque de Fangorn. Legolas y Gimli dejaron que Aragorn fuese adelante, buscando una pista. No había mucho que ver. El suelo del bosque estaba seco y cubierto con montones de hojas, pero imaginando que los fugitivos no se alejarían del agua, Aragorn retornaba a menudo a la orilla del río. Fue así como llegó al sitio donde Merry y Pippin habían estado bebiendo y se habían lavado los pies. Allí, muy claras, se veían las huellas de dos hobbits, uno más pequeño que el otro.

-Buenas noticias al fin -concluyó Aragorn-. Pero las marcas son de dos días atrás. Y parece que en este punto los hobbits dejaron la orilla del agua.

-¿Qué haremos ahora entonces? -dijo Gimli-. No podemos perseguirlos todo a lo largo de Fangorn. No tenemos bastantes provisiones. Si no los encontramos pronto, no podremos ayudarlos mucho, excepto sentarnos con ellos y mostrarles nuestra amistad y morirnos juntos de hambre.

-Si en verdad eso es todo lo que podemos hacer, tenemos que hacerlo -dijo Aragorn-. Sigamos.

Llegaron al fin al extremo abrupto de la colina de Bárbol y observaron la pared de piedra con aquellos toscos escalones que llevaban a la elevada saliente. Unos rayos de sol caían a través de las nubes rápidas y el bosque parecía ahora menos gris y triste.

-¡Subamos para mirar un poco alrededor! -dijo Legolas-. Todavía me falta el aliento. Me gustaría saborear un rato un aire más libre.

Los compañeros treparon. Aragorn iba detrás subiendo lentamente, mirando de cerca los escalones y las cornisas.

-Podría asegurar que los hobbits subieron por aquí -dijo-, pero hay otras huellas, huellas muy extrañas que no entiendo. Me pregunto si desde esta cornisa podríamos ver algo que nos ayudara a saber a dónde han ido.

Se enderezó y miró alrededor, pero no vio nada de provecho. La cornisa daba al sur y al este, pero la perspectiva era amplia sólo en el este. Allí se veían las copas de los árboles que descendían en filas apretadas hacia la llanura por donde habían venido.

-Hemos dado un largo rodeo -dijo Legolas-. Podíamos haber llegado aquí todos juntos y sanos y salvos si hubiéramos dejado el Río Grande el segundo o tercer día para ir hacia el oeste. Raros son aquellos capaces de prever a dónde los llevará el camino, antes de llegar.

-Pero no deseábamos venir a Fangorn -señaló Gimli.

-Sin embargo aquí estamos; y hemos caído limpiamente en la red -dijo Legolas-. ¡Mira!

-¿Mira qué? -preguntó Gimli.

-Allí en los árboles.

-¿Dónde? No tengo ojos de elfo.

-¡Cuidado, habla más bajo! -dijo Legolas apuntando-. Allá abajo en el bosque, en el camino por donde hemos venido. ¿No lo ves, pasando de árbol en árbol?

-¡Lo veo, ahora lo veo! -siseó Gimli Mira, Aragorn! ¿No te lo advertí? Todo en andrajos grises y sucios: por eso no pude verlo al principio.

Aragorn miró y vio una figura inclinada que se movía lentamente. No estaba muy lejos. Parecía un viejo mendigo, que caminaba con dificultad, apoyándose en una vara tosca. Iba cabizbajo y no miraba hacia ellos. En otras tierras lo hubieran saludado con palabras amables: pero ahora lo miraban

en silencio, inmóviles, dominados todos por una rara expectativa; algo se acercaba trayendo un secreto poder, o una amenaza.

Gimli observó un rato con los ojos muy abiertos, mientras la figura se acercaba paso a paso. De pronto estalló, incapaz ya de dominarse.

-¡Tu arco, Legolas! ¡Tiéndelo! ¡Prepárate! Es Saruman. ¡No permitas que hable, o que nos eche un encantamiento! ¡Tira primero!

Legolas tendió el arco y se dispuso a tirar, lentamente, como si otra voluntad *se le resistiese*. Tenía una flecha en la mano y no la ponía en la cuerda. Aragorn callaba, el rostro atento y vigilante.

-¿Qué esperas? ¿Qué te pasa? -dijo Gimli en un murmullo sibilante.

-Legolas tiene razón -dijo Aragorn con tranquilidad-. No podemos tirar así sobre un viejo, de improviso y sin provocación, aun dominados por el miedo y la duda. ¡Mira y espera!

En ese momento el viejo aceleró el paso y llegó con sorprendente rapidez al pie de la pared rocosa. Entonces de pronto alzó los ojos, mientras los otros esperaban inmóviles mirando hacia abajo. No se oía ningún sonido.

No alcanzaban a verle el rostro; estaba encapuchado y encima de la capucha llevaba un sombrero de alas anchas, que le ensombrecía las facciones excepto la punta de la nariz y la barba grisácea. No obstante, Aragorn creyó ver un momento el brillo de los ojos, penetrantes y vivos bajo la sombra de la capucha y las cejas.

Al fin el viejo rompió el silencio.

-Feliz encuentro en verdad, amigos míos -dijo con una voz dulce-. Deseo hablaros. ¿Bajaréis vosotros, o subiré yo?

Sin esperar una respuesta empezó a trepar.

-¡No! -gritó Gimli-. ¡deténlo, Legolas!

-¿No dije que deseaba hablaros? -replicó el viejo-. ¡Retira ese arco, Señor Elfo!

El arco y la flecha cayeron de las manos de Legolas y los brazos le colgaron a los costados.

-Y tú, Señor Enano, te ruego que sueltes el mango del hacha, ¡hasta que yo haya llegado arriba! No necesitaremos de tales argumentos.

Gimli tuvo un sobresalto y en seguida se quedó quieto como una piedra, los ojos clavados en el viejo que subía saltando por los toscos escalones con la agilidad de una cabra. Ya no parecía cansado. Cuando puso el pie en la cornisa, hubo un resplandor, demasiado breve para ser cierto, un relámpago blanco, como si una vestidura oculta bajo los andrajos se hubiese revelado un instante. La respiración sofocada de Gimli pudo oírse en el silencio como un sonoro silbido.

-¡Feliz encuentro, repito! -dijo el viejo, acercándose. Cuando estuvo a unos pocos pasos se detuvo, apoyándose en la vara, con la cabeza echada hacia adelante, mirándolos desde debajo de la capucha-. ¿Y qué podéis estar haciendo en estas regiones? Un elfo, un hombre y un enano, todos vestidos a la manera élfica. Detrás de todo esto hay sin duda alguna historia que valdría la pena. Cosas semejantes no se ven aquí a menudo.

-Habláis como alguien que conoce bien Fangorn -dijo Aragorn-. ¿Es así?



-No muy bien -dijo el viejo-, eso demandaría muchas vidas de estudio. Pero vengo aquí de cuando en cuando.

-¿Podríamos saber cómo os llamáis y luego oír lo que tenéis que decirnos? -preguntó Aragorn-. La mañana pasa y tenemos algo entre manos que no puede esperar.

-En cuanto a lo que deseo decirnos, ya lo he dicho: ¿Qué estáis haciendo y qué historia podéis contarme de vosotros mismos? ¡En cuanto a mi nombre! -El viejo calló y soltó una risa larga y dulce. Aragorn se estremeció al oír el sonido; y no era sin embargo miedo o terror lo que sentía, sino algo que podía compararse a la mordedura súbita de una ráfaga penetrante, o el batimiento de una lluvia helada que arranca a un hombre de un sueño inquieto. -¡Mi nombre! -dijo el viejo otra vez -. ¿Todavía no lo habéis adivinado? Sin embargo lo habéis oído antes, me parece. Sí, lo habéis oído antes. ¿Pero qué podéis decirme de vosotros?

Los tres compañeros no respondieron.

-Alguien podría decir sin duda que vuestra misión es quizás inconfesable -continuó el viejo-. Por fortuna, algo sé. Estáis siguiendo las huellas de dos jóvenes hobbits, me parece. Sí, hobbits. No me miréis así, como si nunca hubieseis oído esa palabra. Los conocéis y yo también. Sabed entonces que ellos treparon aquí anteayer. Y se encontraron con alguien que no esperaban. ¿Os tranquiliza eso? Y ahora quisierais saber a dónde los llevaron. Bueno, bueno, quizás yo pudiera daros algunas noticias. ¿Pero por qué estáis de pie? Pues veréis, vuestra misión no es ya tan urgente como habéis pensado. Sentémonos y pongámonos cómodos.

El viejo se volvió y fue hacia un montón de piedras y peñascos caídos al pie del risco, detrás de ellos. En ese instante, como si un encantamiento se hubiese roto, los otros se aflojaron y se sacudieron. La mano de Gimli aferró el mango del hacha. Aragorn desenvainó la espada. Legolas recogió el arco.

El viejo, sin prestarles la menor atención, se inclinó y se sentó en una piedra baja y chata. El manto gris se entreabrió y los compañeros vieron, ahora sin ninguna duda, que debajo estaba vestido todo de blanco.

-¡Saruman! -gritó Gimli y saltó hacia el viejo blandiendo el hacha-. ¡Habla! ¡Dinos dónde has escondido a nuestros amigos! ¿Qué has hecho con ellos? ¡Habla o te abriré una brecha en el sombrero que aun a un mago le costará trabajo reparar!

El viejo era demasiado rápido. Se incorporó de un salto y se encaramó en una roca. Allí esperó, de pie, de pronto muy alto, dominándolos. Había dejado caer la capucha y los harapos grises y ahora la vestidura blanca centelleaba. Levantó la vara y a Gimli el hacha se le desprendió de la mano y cayó resonando al suelo. La espada de Aragorn, inmóvil en la mano tiesa, se encendió con un fuego súbito. Legolas dio un grito y soltó una flecha que subió en el aire y se desvaneció en un estallido de llamas.

-¡Mithrandir! -gritó-. ¡Mithrandir!

-¡Feliz encuentro, te digo a ti otra vez, Legolas! -exclamó el viejo.

Todos tenían los ojos fijos en él. Los cabellos del viejo eran blancos como la nieve al sol; y las vestiduras eran blancas y resplandecientes; bajo las cejas espesas le brillaban los ojos, penetrantes como los rayos del sol; y había poder

en aquellas manos. Asombrados, felices y temerosos, los compañeros estaban allí de pie y no sabían qué decir.

Al fin Aragorn reaccionó.

-¡Gandalf! -dijo-. ¡Más allá de toda esperanza, regresas ahora a asistirnos! ¿Qué velo me oscurecía la vista? ¡Gandalf!

Gimli no dijo nada; cayó de rodillas cubriéndose los ojos.

-Gandalf -repitió el viejo como sacando de viejos recuerdos una palabra que no utilizaba desde hacía mucho-. Sí, ése era el nombre. Yo era Gandalf.

Bajó de la roca y recogiendo el manto gris se envolvió en él; fue como si el sol luego de haber brillado un momento se ocultara otra vez entre las nubes.

-Sí, todavía podéis llamarme Gandalf -dijo, y era aquélla la voz del amigo y el guía-. Levántate, mi buen Gimli. No tengo nada que reprocharte y no me has hecho ningún daño. En verdad, amigos míos, ninguno de vosotros tiene aquí un arma que pueda lastimarme. ¡Alegraos! Nos hemos encontrado de nuevo. En la vuelta de la marea. El huracán viene, pero la marea ha cambiado.

Puso la mano sobre la cabeza de Gimli y el enano alzó los ojos y de pronto se rió.

-¡Gandalf! -dijo-. ¡Pero ahora estás todo vestido de blanco!

-Sí, soy blanco ahora -dijo Gandalf-. En verdad soy Saruman, podría decirse. Saruman como él tendría que haber sido. Pero ¡contadme de vosotros! He pasado por el fuego y por el agua profunda desde que nos vimos la última vez. He olvidado buena parte de lo que creía saber y he aprendido muchas cosas que había olvidado. Ahora veo cosas muy lejanas, pero muchas otras que están al alcance de la mano no puedo verlas. ¡Habladme de vosotros!

-¿Qué quieres saber? -preguntó Aragorn-. Todo lo que ocurrió desde que nos separamos en el puente haría una larga historia. ¿No quisieras ante todo hablarnos de los hobbits? ¿Los encontraste, y están a salvo?

-No, no los encontré -dijo Gandalf -. Hay tinieblas que cubren los valles de Eryn Muiel y no supe que los habían capturado hasta que el águila me lo dijo.

-¡El águila! -dijo Legolas-. He visto un águila volando alto y lejos: la última vez fue hace tres días, sobre Eryn Muiel.

-Sí -dijo Gandalf-, era Gwaihir el Señor de los Vientos que me rescató de Orthanc. Lo envié ante mí a observar el río y a recoger noticias. Tiene ojos penetrantes, pero no puede ver todo lo que pasa bajo los árboles y las colinas. Algo ha visto y yo vi otras cosas. El Anillo está ahora más allá de mis posibilidades de ayuda, o las de cualquier miembro de la Compañía que partió de Rivendel. El enemigo estuvo muy cerca de descubrirlo, pero el Anillo escapó. Tuve en eso alguna parte, pues yo residía entonces en un sitio alto y luché con la Torre Oscura y la Sombra pasó. Luego me sentí cansado, muy cansado, y marché mucho tiempo hundido en pensamientos sombríos.

-¡Entonces sabes algo de Frodo! - exclamó Gimli -. ¿Cómo le van a él las cosas?

-No puedo decirlo. Ha escapado a un peligro grande, pero otros muchos le aguardan aún. Ha resuelto ir solo a Mordor y ya se ha puesto en camino; eso es todo lo que puedo decir.

-No solo -dijo Legolas-. Creemos que Sam lo acompaña.

-¿Sam? -dijo Gandalf, y una luz le pasó por los ojos y una sonrisa le iluminó la cara-. ¿Sam, de veras? No sabía nada y sin embargo no me sorprende. ¡Bien! ¡Muy bien! Me sacáis un peso del corazón. Tenéis que decirme más. Ahora sentaos junto a mí y contadme la historia de vuestro viaje.

Los compañeros se sentaron en el suelo a los pies de Gandalf, y Aragorn contó la historia. Durante un tiempo Gandalf no dijo nada y no hizo preguntas. Tenía las manos extendidas sobre las rodillas y los ojos cerrados. Al fin, cuando Aragorn habló de la muerte de Boromir y de la última jornada por el Río Grande, el viejo suspiró.

-No has dicho todo lo que sabes o sospechas, Aragorn, amigo mío -dijo serenamente-. ¡Pobre Boromir! No pude ver qué le ocurrió. Fue una dura prueba para un hombre como él, un guerrero y señor de los hombres. Galadriel me dijo que estaba en peligro. Pero consiguió escapar de algún modo. Me alegro. No fue en vano que los hobbits jóvenes vinieran con nosotros, al menos para Boromir. Pero no fue éste el único papel que les tocó desempeñar. Los trajeron a Fangorn y la llegada de ellos fue como la caída de unas piedrecitas que desencadenan un alud en las montañas. Aun desde aquí, mientras hablamos, alcanzo a oír los primeros ruidos. ¡Será bueno para Saruman no estar demasiado lejos cuando el dique se rompa!

-En una cosa no has cambiado, querido amigo -dijo Aragorn-, todavía hablas en enigmas.

-¿Qué? ¿En enigmas? -dijo Gandalf-. ¡No! Pues estaba pensando en voz alta. Una costumbre de la gente vieja: eligen siempre el más enterado de los presentes cuando llega el momento de hablar; las explicaciones que necesitan los jóvenes son largas y fatigosas.

Se rió, pero la risa era ahora cálida y amable como un rayo de sol.

-Yo ya no soy joven, ni siquiera en las estimaciones de los Hombres de las Casas Antiguas -dijo Aragorn-. ¿No quieres hablarme más claramente?

-¿Qué podría decir? -preguntó Gandalf, e hizo una pausa, reflexionando -. He aquí en resumen de cómo veo las cosas en la actualidad, si deseáis conocer con la mayor claridad posible una parte de mi pensamiento. El enemigo, por supuesto, sabe desde hace tiempo que el Anillo está en viaje y que lo lleva un hobbit. Sabe también cuántos éramos en la Compañía cuando salimos de Rivendel y la especie de cada uno de nosotros. Pero aún no ha entendido claramente nuestro propósito. Supone que todos íbamos a Minas Tirith, pues eso es lo que él hubiera hecho en nuestro lugar. Y de acuerdo con lo que él piensa, el poder de Minas Tirith hubiera sido entonces para él una grave amenaza. En verdad está muy asustado, no sabiendo qué criatura poderosa podría aparecer de pronto, llevando el Anillo, declarándole la guerra y tratando de derribarlo y reemplazarlo. Que deseemos derribarlo pero no sustituirlo por nadie es un pensamiento que nunca podría ocurrírsele. Que queramos destruir el Anillo mismo no ha entrado aún en los sueños más oscuros que haya podido alimentar. En esto como entenderéis sin duda reside nuestra mayor fortuna y nuestra mayor esperanza. Imaginando la guerra, la ha desencadenado, creyendo ya que no hay tiempo que perder, pues quien primero golpea, si golpea con bastante fuerza, quizá no tenga que golpear de nuevo. Ha puesto pues en movimiento, y más pronto de lo que pensaba, las fuerzas que estaba preparando desde hace mucho. Sabiduría insensata: si

hubiera aplicado todo el poder de que dispone a guardar Mordor, de modo que nadie pudiese entrar, y se hubiera dedicado por entero a la caza del Anillo, entonces en verdad toda esperanza sería inútil: ni el Anillo ni el portador lo hubieran eludido mucho tiempo. Pero ahora se pasa las horas mirando a lo lejos y no atendiendo a los asuntos cercanos; y sobre todo le preocupa Minas Tirith. Pronto todas sus fuerzas se abatirán allí como una tormenta.

»Pues sabe ya que los mensajeros que él envió a acechar a la Compañía han fracasado otra vez. No han encontrado el Anillo. No han conseguido tampoco llevarse a algún hobbit como rehén. Esto solo hubiese sido para nosotros un duro revés, quizá fatal. Pero no confundamos nuestros corazones imaginando cómo pondrían a prueba la gentil lealtad de los hobbits allá en la Torre Oscura. Pues el enemigo ha fracasado, hasta ahora, y gracias a Saruman.

-¿Entonces Saruman no es un traidor? -preguntó Gimli.

-Sí, lo es -dijo Gandalf-. Por partida doble. ¿Y no es raro? Nada de lo que hemos soportado en los últimos tiempos nos pareció tan doloroso como la traición de Isengard. Aun reconocido sólo como señor y capitán, Saruman se ha hecho muy poderoso. Amenaza a los Hombres de Rohan e impide que ayuden a Minas Tirith en el momento mismo en que el ataque principal se acerca desde el Este. No obstante un arma traidora es siempre un peligro para la mano. Saruman tiene también la intención de apoderarse del Anillo por su propia cuenta, o al menos atrapar a algunos hobbits para llevar a cabo sus malvados propósitos. De ese modo nuestros enemigos sólo consiguieron arrastrar a Merry y Pippin con una rapidez asombrosa y en un abrir y cerrar de ojos hasta Fangorn, ¡a donde de otro modo ellos nunca hubieran ido!

»A la vez han alimentado en ellos mismos nuevas dudas y han perturbado sus propios planes. Ninguna noticia de la batalla llegará a Mordor, gracias a los Jinetes de Rohan, pero el Señor Oscuro sabe que dos hobbits fueron tomados prisioneros en Eryn Muil y llevados a Isengard contra la voluntad de sus propios servidores. Ahora él teme a Isengard tanto como a Minas Tirith. Si Minas Tirith cae, las cosas empeorarán para Saruman.

-Es una pena que nuestros amigos estén en el medio -dijo Gimli-. Si ninguna tierra separara a Isengard de Mordor, podrían entonces luchar entre ellos mientras nosotros observamos y esperamos.

-El vencedor saldrá más fortalecido que cualquiera de los dos bandos y ya no tendrá dudas -dijo Gandalf -. Pero Isengard no puede luchar contra Mordor, a menos que Saruman obtenga antes el Anillo. Esto no lo conseguirá ahora. Nada sabe aún del peligro en que se encuentra. Son muchas las cosas que ignora. Estaba tan ansioso de echar manos a la presa que no pudo esperar en Isengard y partió a encontrar y espiar a los mensajeros que él mismo había enviado. Pero esta vez vino demasiado tarde y la batalla estaba terminada aun antes que él llegara a estas regiones, y ya no podía intervenir. No se quedó aquí mucho tiempo. He mirado en la mente de Saruman y he visto qué dudas lo afligen. No tiene ningún conocimiento del bosque. Piensa que los jinetes han masacrado y quemado todo en el mismo campo de batalla pero no sabe si los orcos llevan o no algún prisionero. Y no se ha enterado de la disputa entre los servidores de Isengard y los orcos de Mordor; nada sabe tampoco del Mensajero Alado.

-¡El Mensajero Alado! -exclamó Legolas-. Le disparé con el arco de Galadriel sobre Sarn Gebir, y él cayó del cielo. Todos sentimos miedo entonces. ¿Qué nuevo terror es éste?

-Uno que no puedes abatir con flechas -dijo Gandalf-. Sólo abatiste la cabalgadura. Fue una verdadera hazaña pero el jinete pronto montó de nuevo. Pues él era un Nazgûl, uno de los Nueve, que ahora cabalgan bestias aladas. Pronto ese terror cubrirá de sombras los últimos ejércitos amigos, ocultando el sol. Pero no se les ha permitido aún cruzar el río y Saruman nada sabe de esta nueva forma que visten los Espectros del Anillo. No piensa sino en el Anillo. ¿Estaba presente en la batalla? ¿Fue encontrado? ¿Y qué pasaría si Théoden, el Señor de la Marca, tropieza con el Anillo y se entera del poder que se le atribuye? Ve todos esos peligros y ha vuelto de prisa a Isengard a redoblar y triplicar el asalto a Rohan. Y durante todo ese tiempo hay otro peligro, que él no ve, dominado como está por tantos pensamientos. Ha olvidado a Bárbol.

-Ahora otra vez piensas en voz alta -dijo Aragorn con una sonrisa-. No conozco a ningún Bárbol. Y he adivinado una parte de la doble traición de Saruman; pero no sé de qué puede haber servido la llegada de dos hobbits a Fangorn, excepto obligarnos a una persecución larga e infructuosa.

-¡Espera un minuto! -dijo Gimli-. Hay otra cosa que quisiera saber antes. ¿Fuiste tú, Gandalf, o fue Saruman a quien vimos anoche?

-No fui yo a quien visteis por cierto -respondió Gandalf -. He de suponer, pues, que visteis a Saruman. Nos parecemos tanto evidentemente que he de perdonarte que hayas querido abrirme una brecha incurable en el sombrero.

-¡Bien, bien! -dijo Gimli-. Mejor que no fueras tú.

Gandalf rió otra vez.

-Sí, mi buen enano -dijo-, es un consuelo que a uno no lo confundan siempre. ¡No lo sé yo demasiado bien! Pero por supuesto, nunca os acusé de cómo me recibisteis. Cómo podría hacerlo, si yo mismo he aconsejado a menudo a mis amigos que ni siquiera confíen en sus propias manos cuando tratan con el enemigo. ¡Bendito seas, Gimli hijo de Glóin! ¡Quizás un día nos veas juntos y puedas distinguir entre los dos!

-¡Pero los hobbits! -interrumpió Legolas-. Hemos andado mucho buscándolos y tú parece saber dónde se encuentran. ¿Dónde están ahora?

-Con Bárbol y los ents -dijo Gandalf.

-¡Los ents! -exclamó Aragorn-. ¿Entonces son ciertas las viejas leyendas sobre los habitantes de los bosques profundos y los pastores de árboles? ¿Hay todavía ents en el mundo? Pensé que eran sólo un recuerdo de los días antiguos, o quizás apenas una leyenda de Rohan.

-¡Una leyenda de Rohan! -exclamó Legolas-. No, todo elfo de las Tierras Asperas ha cantado canciones sobre el viejo Onodrirn y la pena que lo acosaba. Aunque aun entre nosotros son sólo apenas un recuerdo. Si me encontrara a alguno que anda todavía por este mundo, en verdad me sentiría joven de nuevo. Pero Bárbol no es más que una traducción de Fangorn a la Lengua Común; sin embargo hablas de él como si fuera una persona. ¿Quién es este Bárbol?

-¡Ah! Ahora haces demasiadas preguntas -dijo Gandalf -. Lo poco que sé de esta larga y lenta historia demandaría un relato para el que nos falta tiempo. Bárbol es Fangorn, el guardián del bosque; es el más viejo de los ents, la criatura más vieja entre quienes caminan todavía bajo el sol en la Tierra Media. Espero en verdad, Legolas, que tengas la oportunidad de conocerlo. Merry y

Pippin han sido afortunados; se encontraron con él en este mismo sitio. Pues llegó aquí hace dos días y se los llevó a la morada donde él habita, al pie de las montañas. Viene aquí a menudo, principalmente cuando no se siente tranquilo y los rumores del mundo exterior lo perturban. Lo vi hace cuatro días paseándose entre los árboles y creo que él me vio, pues hizo una pausa; pero no llegué a hablarle; muchos pensamientos me abrumaban y me sentía fatigado luego de mi lucha con el Ojo de Mordor y él tampoco me habló, ni me llamó por mi nombre.

-Quizá creyó él también que eras Saruman -dijo Gimli-. Pero hablas de él como si fuera un amigo. Yo creía que Fangorn era peligroso.

-¡Peligroso! -exclamó Gandalf-. Y yo también lo soy, muy peligroso, más peligroso que cualquier otra cosa que hayáis encontrado hasta ahora, a menos que os lleven vivos a la residencia del Señor Oscuro. Y Aragorn es peligroso y Legolas es peligroso. Estás rodeado de peligros, Gimli hijo de Glóin, pues tú también eres peligroso, a tu manera. En verdad el bosque de Fangorn es peligroso y más aún para aquellos que en seguida echan mano al hacha; y Fangorn mismo, él también es peligroso; aunque sabio y bueno. Pero ahora la larga y lenta cólera de Fangorn está desbordando y comunicándose a todo el bosque. La llegada de los hobbits y las noticias que le trajeron fueron la gota que colmó el vaso; pronto esa cólera se extenderá como una inundación, volviéndose contra Saruman y las hachas de Isengard. Está por ocurrir algo que no se ha visto desde los Días Antiguos: los ents despertarán y descubrirán que son fuertes.

-¿Qué harán? -preguntó Legolas, sorprendido.

-No lo sé -dijo Gandalf-. Y no creo que ellos lo sepan.

Calló y bajó la cabeza, ensimismado.

Los otros se quedaron mirándolo. Un rayo de sol se filtró entre las nubes rápidas y cayó en las manos de Gandalf, que ahora las tenía en el regazo con las palmas vueltas hacia arriba: parecían estar colmadas de luz como una copa llena de agua. Al fin alzó los ojos y miró directamente al sol.

-La mañana se va -dijo-. Pronto habrá que partir.

-¿Iremos a buscar a nuestros amigos y ver a Bárbol? -preguntó Aragorn.

-No -dijo Gandalf-, no es ésa la ruta que os aconsejo. He pronunciado palabras de esperanza. Pero sólo de esperanza. La esperanza no es la victoria. La guerra está sobre nosotros y nuestros amigos; una guerra en la que sólo recurriendo al Anillo podríamos asegurarnos la victoria. Me da mucha tristeza y mucho miedo, pues mucho se *destruirá* y todo puede *perderse*. Soy Gandalf, Gandalf el Blanco, pero el Negro es todavía más poderoso.

Se incorporó y miró al este, protegiéndose los ojos, como si viera allá lejos muchas cosas que los otros no alcanzaban a ver. Al fin movió la cabeza.

-No -dijo en voz baja-, está ahora fuera de nuestro alcance. Alegrémonos de esto al menos. El Anillo ya no puede tentarnos. Tendremos que descender a enfrentar un riesgo que es casi desesperado; pero el peligro mortal ha sido suprimido.

Se volvió a Aragorn.

-¡Vamos, Aragorn hijo de Arathorn! -dijo-. No lamentes tu elección en el valle de Emyrn Muil, ni hables de una persecución vana. En la duda elegiste el camino que te parecía bueno; la elección fue justa y ha *sido recompensada*.

*Pues nos hemos reencontrado* a tiempo y de otro modo nos hubiésemos reencontrado demasiado tarde. Pero la busca de tus compañeros ha concluido. La continuación de tu viaje está señalada por la palabra que diste. Tienes que ir a Edoras y buscar a Théoden. Pues te necesitan. La luz de Andúril ha de descubrirse ahora en la batalla por la que ha esperado durante tanto tiempo. Hay guerra en Rohan y un mal todavía peor; la desgracia amenaza a Théoden.

-¿Entonces ya no veremos otra vez a esos alegres y jóvenes hobbits? -preguntó Legolas.

-No diría eso -respondió Gandalf -. ¿Quién sabe? Tened paciencia. Id a donde tenéis que ir, ¡y confiad! ¡A Edoras! Yo iré con vosotros.

-Es un largo camino para que un hombre lo recorra a pie, joven o viejo -le dijo Aragorn-. Temo que la batalla termine mucho antes que lleguemos.

-Ya se verá, ya se verá -dijo Gandalf-. ¿Vendréis ahora conmigo?

-Sí, partiremos juntos -dijo Aragorn-, pero no dudo de que tú podrías llegar allí antes que yo, si lo quisieras.

Se incorporó y observó largamente a Gandalf. Los otros los miraron en silencio, mientras estaban allí de pie, enfrentándose. La figura gris del hombre, Aragorn hijo de Arathorn, era alta y rígida como la piedra, con la mano en la empuñadura de la espada; parecía un rey que hubiese salido de las nieblas del mar a unas costas donde vivían unos hombres menores. Ante él se erguía la vieja figura, blanca, brillante como si alguna luz le ardiera dentro, inclinada, doblada por los años, pero dueña de un poder que superaba la fuerza de los reyes.

-¿No digo acaso la verdad, Gandalf? -dijo Aragorn al fin-. ¿No *podrías ir a cualquier sitio más rápido* que yo *si así lo quisieras*? Y digo esto también: eres nuestro capitán y nuestra bandera. El Señor Oscuro tiene Nueve. Pero nosotros tenemos Uno, más poderoso que ellos: el Caballero Blanco. Ha pasado por las pruebas del fuego y el abismo, y ellos le temerán. Iremos a donde él nos conduzca.

-Sí, juntos te seguiremos -dijo Legolas-. Pero antes me aliviarías el corazón, Gandalf, si nos dijeras qué te ocurrió en Moria. ¿Nos lo dirás? ¿No puedes demorarte ni siquiera para decirles a tus amigos cómo te libraste?

-Me he demorado ya demasiado -respondió Gandalf-. El tiempo es corto. Pero aunque dispusiésemos de un año, no os lo diría todo.

-¡Entonces dinos lo que quieras y lo que el tiempo permita! -dijo Gimli-. ¡Vamos, Gandalf, dinos cómo enfrentaste al Balrog!

-¡No lo nombres! -dijo Gandalf, y durante un momento pareció que una nube de dolor le pasaba por la cara, y se quedó silencioso, y pareció viejo como la muerte-. Mucho tiempo caí -dijo al fin, lentamente, como recordando con dificultad-. Mucho tiempo caí, y él cayó conmigo. El fuego de él me envolvía, quemándome. Luego nos hundimos en un agua profunda y todo fue oscuro. El agua era fría como la marca de la muerte: casi me hielas el corazón.

-Profundo es el abismo que el Puente de Durin franquea -dijo Gimli- y nadie lo ha medido.

-Sin embargo tiene un fondo, más allá de toda luz y todo conocimiento -dijo Gandalf -. Al fin llegué allí, a las más extremas fundaciones de piedra. Él

estaba todavía conmigo. El fuego se le había apagado, pero ahora era una criatura de barro, más fuerte que una serpiente constrictora.

»Luchamos allá lejos bajo la tierra viviente, donde no hay cuenta del tiempo. Él me aferraba con fuerza y yo lo acuchillaba, hasta que por último él huyó por unos túneles oscuros. No fueron construidos por la gente de Durin, Gimli hijo de Glóin. Abajo, más abajo que las más profundas moradas de los enanos, unas criaturas sin nombre roen el mundo. Ni siquiera Sauron las conoce. Son más viejas que él. Recorrí esos caminos, pero nada diré que oscurezca la luz del día. En aquella desesperanza, mi enemigo era la única salvación y fui detrás de él, pisándole los talones. Terminó por fin por llevarme a los caminos secretos de Khazad-dûm: demasiado bien los conocía. Siempre subiendo fuimos así hasta que llegamos a la Escalera Interminable.

-Hace tiempo que no se sabe de ella -dijo Gimli-. Muchos pretenden que nunca existió sino en las leyendas, pero otros afirman que fue destruida.

-Existe y no fue destruida -dijo Gandalf -. Desde el escondrijo más bajo a la cima más alta sube en una continua espiral de miles de escalones, hasta que sale al fin en la Torre de Durin labrada en la roca viva de Zirakzigil, el pico del Cuerno de Plata.

»Allí sobre el Celebdil una ventana solitaria se abre a la nieve y ante ella se extiende un espacio estrecho, un área vertiginosa sobre las nieblas del mundo. El sol brilla fieramente en ese sitio, pero abajo todo está amortajado en nubes. Él salió fuera, y cuando llegué detrás, ya estaba ardiendo con nuevos fuegos. No había nadie allí que nos viera, aunque quizá cuando pasen los años habrá gentes que canten la Batalla de la Cima. -Gandalf rió de pronto.- ¿Pero qué dirán esas canciones? Aquellos que miraban de lejos habrán pensado que una tormenta coronaba la montaría. Se oyeron truenos y hubo relámpagos, que estallaban sobre el Celebdil, y retrocedían quebrándose en lenguas de fuego. ¿No es bastante? Una gran humareda se alzó a nuestro alrededor, vapores y nubes. El hielo cayó como lluvia. Derribé a mi enemigo y él cayó desde lo alto, golpeando y destruyendo el flanco de la montaña. Luego me envolvieron las tinieblas y me extravié fuera del pensamiento y del tiempo, y erré muy lejos por sendas de las que nada diré.

»Desnudo fui enviado de vuelta, durante un tiempo, hasta que llevara a cabo mi trabajo. Y desnudo yací en la cima de la montaña. La torre de detrás había sido reducida a polvo, la ventana había desaparecido: las piedras rotas y quemadas obstruían la arruinada escalera. Yo estaba solo allí, olvidado, sin posibilidad de escapar en aquella dura cima del mundo. Allí me quedé, tendido de espaldas, mirando el cielo mientras las estrellas giraban encima y los días parecían más largos que la vida entera de la tierra. Débiles llegaban a mis oídos los rumores de todas las tierras: la germinación y la muerte, las canciones y los llantos, y el lento y sempiterno gruñido de las piedras sobrecargadas. Y así por fin Gwaihir el señor de los Vientos me encontró otra vez, y me recogió y me llevó.

»"Parezco condenado a ser tu carga, amigo en tiempos de necesidad", le dije.

»"Has sido una carga antes", me respondió, "pero no ahora. Eres entre mis garras liviano como una pluma de cisne. El sol brilla a través de ti. En verdad no pienso que me necesites más: si yo te dejara caer flotarías en el viento".

»"¡No me dejes caer!", jadeé, pues sentía que me volvía la vida. "¡Llévame a Lothlórien!"



»"Esa es en verdad la orden de la Dama Galadriel, que me envió a buscarte", me respondió.

»Fue así como llegué a Caras Galadon y descubrí que ya no estabais. Me demoré allí en el tiempo sin edad de aquellas tierras, donde los días curan y no arruinan. Me curé y fui vestido de blanco. Aconsejé y me aconsejaron. De allá vine por extraños caminos y traje mensajes para algunos de vosotros. Se me pidió que a Aragorn le dijera esto:

*¿Dónde están ahora los Dúnedain, Elessar, Elessar?  
¿Por qué tus gentes andan errantes allá lejos?  
Cercana está la hora en que volverán los Perdidos  
y del Norte descienda la Compañía Gris.  
Pero sombría es la senda que te fue reservada:  
los muertos vigilan el camino que lleva al Mar.*

»A Legolas le envió este mensaje:

*Legolas Hojaverde mucho tiempo bajo el árbol  
en alegría has vivido. ¡Ten cuidado del Mar!  
Si escuchas en la orilla la voz de la gaviota,  
nunca más descansará tu corazón en el bosque.*

Gandalf calló y cerró los ojos.

-¿No me envió ella entonces ningún mensaje? -dijo Gimli e inclinó la cabeza.

-Oscuras son esas palabras -dijo Legolas-, y poco significan para quien las recibe.

-Eso no es ningún consuelo -dijo Gimli.

-¿Qué pretendes? -dijo Legolas-. ¿Que ella te hable francamente de tu propia muerte?

-Sí, si no tiene otra cosa que decir.

-¿Qué estáis hablando? -les preguntó Gandalf, abriendo los ojos-. Sí, creo adivinar el sentido de esas palabras. ¡Perdóname, Gimli! Estaba rumiando esos mensajes otra vez. Pero en verdad ella me pidió que te dijera algo, ni triste ni oscuro.

»"A Gimli hijo de Glóin", me dijo, "Ilévale el beneplácito de su Dama. Portador del rizo, a donde quiera que vayas mi pensamiento va contigo. ¡Pero cuida de que tu hacha se aplique al árbol adecuado!"

-¡Feliz hora en la que has vuelto a nosotros, Gandalf! -exclamó el enano dando saltos y cantando alto en la extraña lengua de los enanos-. ¡Vamos, vamos! -gritó, blandiendo el hacha-. Ya que la cabeza de Gandalf es sagrada ahora, ¡busquemos una que podamos hendir!

-No será necesario buscar muy lejos -dijo Gandalf levantándose-. ¡Vamos! Hemos consumido todo el tiempo que se concede al reencuentro de los amigos. Ahora es necesario apresurarse.

Se envolvió otra vez en aquel viejo manto andrajoso y encabezó el grupo. Los otros lo siguieron y descendieron rápidamente desde la cornisa y se abrieron paso a través del bosque siguiendo la margen del Entaguas. No

volvieron a hablar hasta que se encontraron de nuevo sobre la hierba más allá de los lindes de Fangorn. Nada se veía de los caballos.

No han vuelto -dijo Legolas-. Será una caminata fatigosa.

-Yo no caminaré. El tiempo apura -dijo Gandalf, y echando atrás la cabeza, emitió un largo silbido. Tan clara y tan penetrante era la nota que a los otros les sorprendió que saliera de aquellos viejos labios barbados. Gandalf silbó tres veces; y luego débil y lejano, traído por el viento del este, pareció oírse el relincho de un caballo en las llanuras. Los otros esperaron sorprendidos. Poco después llegó un ruido de cascos, al principio apenas un estremecimiento del suelo que sólo Aragorn pudo oír con la cabeza sobre la hierba, y que aumentó y se aclaró hasta que fue un golpeteo rápido.

-Viene más de un caballo -dijo Aragorn.

-Por cierto -dijo Gandalf-. Somos una carga demasiado pesada para uno solo.

-Hay tres -dijo Legolas, que observaba la llanura-. ¡Mirad cómo corren! Allí viene Hasufel, ¡y mi amigo Arod viene al lado! Pero hay otro que encabeza la tropa: un caballo muy grande. Nunca vi ninguno parecido.

-Ni nunca lo verás -dijo Gandalf-. Ese es Sombragris. Es el jefe de los Mearas, señores de los caballos, y ni siquiera Théoden, Rey de Rohan, ha visto uno mejor. ¿No brilla acaso como la plata y corre con la facilidad de una rápida corriente? Ha venido por mí: la cabalgadura del Caballero Blanco. Iremos juntos al combate.

El viejo mago hablaba aún cuando el caballo grande subió la pendiente hacia él: le brillaba la piel, las crines le flotaban al viento. Los otros dos animales venían lejos detrás. Tan pronto como Sombragris vio a Gandalf, aminoró el paso y relinchó con fuerza; luego se adelantó al trote e inclinando la orgullosa cabeza frotó el hocico contra el cuello del viejo.

Gandalf lo acarició.

-Rivendel está lejos, amigo mío -dijo-, pero tú eres inteligente y rápido y vienes cuando te necesitan. Haremos ahora juntos una larga cabalgata, ¡y ya no nos separaremos en este mundo!

Pronto los otros caballos llegaron también y se quedaron quietos y tranquilos, como esperando órdenes.

-Iremos en seguida a Meduseld, la morada de vuestro amo, Théoden -dijo Gandalf hablándoles gravemente; y los animales inclinaron las cabezas-. El tiempo escasea, de modo que con vuestro permiso, amigos míos, montaremos ahora. Os agradeceríamos que fueseis tan rápidos como podáis. Hasufel llevará a Aragorn y Arod a Legolas. Gimli irá conmigo, si Sombragris nos lo permite. Sólo nos detendremos ahora a beber un poco.

-Ahora entiendo en parte ese enigma de anoche -dijo Legolas saltando ágilmente sobre el lomo de Arod-. No sé si al principio los espantó el miedo, pero tropezaron con Sombragris, el jefe, y lo saludaron con alegría. ¿Sabías tú que andaba cerca, Gandalf?

-Sí, lo sabía -dijo el mago-. Puse en él todos mis pensamientos, rogándole que se apresurara; pues ayer estaba muy lejos al sur de estos territorios. ¡Deseemos que me lleve rápido de vuelta!

Gandalf le habló entonces a Sombragris y el caballo partió a la carrera, pero cuidando de no dejar muy atrás a los otros. Al cabo de un rato giró de pronto y

eligiendo un paraje donde las barrancas eran más bajas, vadeó el río, y luego los llevó en línea recta hacia el sur por terrenos llanos, amplios y sin árboles. El viento pasaba como olas grises entre las interminables millas de hierbas. No había huellas de caminos o senderos, pero Sombragris no titubeó ni cambió el paso.

-Corre ahora directamente hacia la Casa de Théoden al pie de las Montañas Blancas -dijo Gandalf -. Será más rápido así. El suelo es más firme en el Estemnet, por donde pasa la ruta principal hacia el norte, del otro lado allá del río, pero Sombragris sabe cómo ir entre los pantanos y las cañadas.

Durante muchas horas cabalaron por las praderas y las tierras ribereñas. A menudo la hierba era tan alta que llegaba a las rodillas de los jinetes y parecía que las cabalgaduras estaban nadando en un mar verdegris. Encontraron muchas lagunas ocultas y grandes extensiones de juncias que ondulaban sobre pantanos traicioneros; pero Sombragris no se desorientaba y los otros caballos lo seguían entre la hierba. Lentamente el sol cayó del cielo hacia el oeste. Mirando por encima de la amplia llanura, los jinetes vieron a lo lejos como un fuego rojo que se hundía un instante en los pastos. Allá abajo en el horizonte las estribaciones de las montañas centelleaban rojizas a un lado y a otro. Un humo subió oscureciendo el disco del sol, tiñéndolo de sangre, como si el astro hubiese inflamado los pastos mientras desaparecía en el borde de la tierra.

-Veo una gran humareda -dijo Legolas-. ¿Qué es?

-¡La batalla y la guerra! -dijo Gandalf-. ¡Vamos!

## EL REY DEL CASTILLO DE ORO

Continuaron cabalgando durante la puesta del sol y el lento crepúsculo, y la noche que caía. Cuando al fin se detuvieron y echaron pie a tierra, aun el mismo Aragorn se sentía embotado y fatigado. Gandalf sólo les concedió un descanso de unas pocas horas. Legolas y Gimli durmieron, y Aragorn se tendió de espaldas en el suelo, pero Gandalf se quedó de pie, apoyado en el bastón, escrutando la oscuridad, al este y al oeste. Todo estaba en silencio y no había señales de criaturas vivas. Cuando los otros abrieron los ojos, unas nubes largas atravesaban el cielo de la noche, arrastradas por un viento helado. Partieron una vez más a la luz fría de la luna, rápidamente, como si fuera de día.

Las horas pasaron y aún seguían cabalgando. Gimli cabeceaba y habría caído por tierra si Gandalf no lo hubiera sostenido, sacudiéndolo. Hasufel y Arod, fatigados pero orgullosos, corrían detrás del guía infatigable, una sombra gris apenas visible ante ellos. Muchas millas quedaron atrás. La luna creciente se hundió en el oeste nuboso.

Un frío penetrante invadió el aire. Lentamente, en el oeste, las tinieblas se aclararon y fueron de un color gris ceniciento. Unos rayos de luz roja asomaron por encima de las paredes negras de Eryn Muil lejos a la izquierda. Llegó el alba, clara y brillante; un viento barrió el camino, apresurándose entre las hierbas gachas. De pronto Sombragris se detuvo y relinchó. Gandalf señaló allá adelante.

-¡Mirad! -exclamó, y todos alzaron los ojos fatigados. Delante de ellos se erguían las montañas del Sur: coronadas de blanco y estriadas de negro. Los herbazales se extendían hasta las lomas que se agrupaban al pie de las laderas y subían a numerosos valles todavía borrosos y oscuros que la luz del alba no había tocado aún y que se introducían serpeando en el corazón de las grandes montañas. Delante mismo de los viajeros la más ancha de estas cañadas se abría como una larga depresión entre las lomas. Lejos en el interior alcanzaron a ver la masa desmoronada de una montaña con un solo pico; a la entrada del valle se elevaba una cima solitaria, como un centinela. Alrededor, fluía el hilo plateado de un arroyo que salía del valle; sobre la cumbre, todavía muy lejos, vieron un reflejo del sol naciente, un resplandor de oro.

-¡Habla, Legolas! - dijo Gandalf -. ¡Dinos lo que ves ante nosotros!

Legolas miró adelante, protegiéndose los ojos de los rayos horizontales del sol que acababa de asomar.

-Veo una corriente blanca que descende de las nieves -dijo-. En el sitio en que sale de la sombra del valle, una colina verde se alza al este. Un foso, una muralla maciza y una cerca espinosa rodean la colina. Dentro asoman los techos de las casas; y en medio, sobre una terraza verde se levanta un castillo de hombres. Y me parece ver que está recubierto de oro. La luz del castillo brilla lejos sobre las tierras de alrededor. Dorados son también los montantes de las puertas. Allí hay unos hombres de pie, con mallas relucientes; pero todos los otros duermen aún en las moradas.

-Esas moradas se llaman Edoras -dijo Gandalf-, y el castillo dorado es Meduseld. Allí vive Théoden hijo de Thengel, rey de la Marca de Rohan. Hemos llegado junto con el sol. Ahora el camino se extiende claramente ante nosotros. Pero tenemos que ser más prudentes, pues se ha declarado la guerra y los Rohirrim, los Señores de los Caballos, no descansan, aunque así parezca desde lejos. No echéis mano a las armas, no pronunciéis palabras altaneras, os lo aconsejo a todos, hasta que lleguemos ante el sitio de Théoden.

La mañana era brillante y clara alrededor, y los pájaros cantaban, cuando los viajeros llegaron al río. El agua bajaba rápidamente hacia la llanura y más allá de las colinas describía ante ellos una curva amplia y se alejaba a alimentar el lecho del Entaguas, donde se apretaban los juncos. El suelo era verde; en los prados húmedos y a lo largo de las orillas herbosas crecían muchos sauces. En esta tierra meridional las yemas de los árboles ya tenían un color rojizo, sintiendo la cercanía de la primavera. Un vado atravesaba la corriente entre las orillas bajas, donde había muchas huellas de caballos. Los viajeros cruzaron el río y se encontraron en una ancha senda trillada que llevaba a las tierras altas.

Al pie de la colina amurallada, la senda corría a la sombra de numerosos montículos, altos y verdes. En la cara oeste de estas elevaciones la hierba era blanca como nieve llevada por el viento; unas florecitas asomaban entre la hierba como estrellas innumerables.

-¡Mirad! -dijo Gandalf -. ¡Qué hermosos son esos ojos que brillan en la hierba! Las llaman «nomeolvides», *sybelmynë* en esta tierra de hombres, pues florecen en todas las estaciones del año y crecen donde descansan los muertos. He aquí las grandes tumbas donde duermen los antepasados de Théoden.

-Siete montículos a la derecha y nueve a la izquierda -dijo Aragorn-. El castillo de oro fue construido hace ya muchas vidas de hombres.

-Quinientas veces las hojas rojas cayeron desde entonces en mi casa del Bosque Negro -dijo Legolas- y a nosotros nos parece que ha pasado sólo un instante.

-Pero a los jinetes de la Marca les parece un tiempo tan largo -dijo Aragorn- que la edificación de esta morada es sólo un recuerdo en una canción, y los años anteriores se pierden en la noche de los siglos. Ahora llaman a esta región el país natal, y no hablan la misma lengua que los parientes del norte. - Se puso a cantar dulcemente en una lengua lenta, desconocida para el elfo y el enano; ellos escucharon, sin embargo, pues la música era muy hermosa.

-Esta es, supongo, la lengua de los Rohirrim -dijo Legolas-, pues podría comparársela a estas tierras: ricas y onduladas en parte y también duras y severas como montañas. Pero no alcanzo a entender el significado, excepto que está cargado de la tristeza de los Hombres Mortales.

-Hela aquí en la Lengua Común -dijo Aragorn-, en una versión aproximada.

*¿Dónde están ahora el caballo y el caballero? ¿Dónde está el cuerno que sonaba?*

*¿Dónde están el yelmo y la coraza, y los luminosos cabellos flotantes?*

*¿Dónde están la mano en el arpa y el fuego rojo encendido?*

*¿Dónde están la primavera y la cosecha y la espiga alta que crece?*

*Han pasado como una lluvia en la montaña, como un viento en el prado;*

*los días han descendido en el oeste en la sombra detrás de las colinas.  
¿Quién recogerá el humo de la ardiente madera muerta,  
o verá los años fugitivos que vuelven del mar?*

»Así dijo una vez en Rohan un poeta olvidado, evocando la estatura y la belleza de Eorl el joven, que vino cabalgando del norte; y el corcel tenía alas en las patas; Felaróf, padre de caballos. Así cantan aún los hombres al anochecer.

Con estas palabras los viajeros dejaron atrás los silenciosos montículos. Siguiendo el camino que serpenteaba a lo largo de las estribaciones verdes llegaron al fin a las grandes murallas y a las puertas de Edoras, batidas por el viento.

Había allí muchos hombres sentados vestidos con brillantes túnicas de malla, que en seguida se pusieron de pie y les cerraron el camino con las lanzas.

-¡Deteneos extranjeros aquí desconocidos! -gritaron en la lengua de la Marca de los jinetes, y preguntaron los nombres y el propósito de los extranjeros. Parecían bastante sorprendidos, pero no eran amables; y echaban miradas sombrías a Gandalf.

-Yo entiendo bien lo que decís -respondió en la misma lengua-, pero pocos extranjeros pueden hacer otro tanto. ¿Por qué entonces no habláis en la Lengua Común, como es costumbre en el Oeste, si deseáis una respuesta?

-Es la voluntad del rey Théoden que nadie franquee estas puertas, excepto aquellos que conocen nuestra lengua y son nuestros amigos -replicó uno de los guardias-. Nadie es bienvenido aquí en tiempos de guerra sino nuestra propia gente y aquellos que vienen a Mundburgo en el país de Gondor. ¿Quiénes sois vosotros que venís descuidadamente por el llano con tan raras vestiduras, montando caballos parecidos a los nuestros? Hace tiempo que montamos guardia aquí y os hemos observado desde lejos. Nunca hemos visto unos jinetes tan extraños, ni ningún caballo tan arrogante como ese que traéis. Es uno de los *Mearas*, si los ojos no nos engañan por algún encantamiento. Decidme, ¿no seréis un mago, algún espía de Saruman, o alguna fabricación ilusoria? ¡Hablad, rápido!

-No somos fantasmas -dijo Aragorn -, ni os engañan los ojos. Pues estos que cabalgamos son en verdad caballos vuestros, como ya sabíais sin duda antes de preguntar. Pero es raro que un ladrón vuelva al establo. Aquí están Hasufel y Arod, que Eomer, el Tercer Mariscal de la Marca, nos prestó hace sólo dos días. Los traemos de vuelta, como se lo prometimos. ¿No ha vuelto entonces Eomer y no ha anunciado nuestra llegada?

Una sombra de preocupación asomó a los ojos del guardia.

-De Eomer nada puedo decir -respondió-. Si lo que me contáis es cierto, es casi seguro que Théoden estará enterado. Quizás algo se sabía de vuestra venida. No hace más de dos noches Lengua de Serpiente vino a decirnos que por voluntad de Théoden no se permitiría la entrada de ningún extranjero.

-¿Lengua de Serpiente? -dijo Gandalf escrutando el rostro del guardia-. ¡No digas más! No vengo a ver a Lengua de Serpiente sino al mismísimo Señor de la Marca. Tengo prisa. ¿No irás o mandarás decir que hemos venido? -Los ojos del mago centellearon bajo las cejas espesas mientras se inclinaba a mirar al hombre.

-Sí iré -dijo el guardia lentamente-. Pero ¿qué nombres he de anunciar? ¿Y qué diré de vos? Parecéis ahora viejo y cansado, pero yo diría que por debajo sois implacable y severo.

-Bien ves y hablas -dijo el mago-. Pues yo soy Gandalf. He vuelto. ¡Y mirad! También traigo de vuelta un caballo. He aquí a Sombragris el Grande, que ninguna otra mano pudo domar. Y aquí a mi lado está Aragorn hijo de Arathorn, heredero de Reyes y que va a Mundburgo. He aquí también a Legolas el elfo y Gimli el enano, nuestros camaradas. Ve ahora y dile a tu amo que estamos a las puertas de Edoras y que quisiéramos hablarle, si nos permite entrar en el castillo.

-¡Raros nombres los vuestros en verdad! Pero informaré como me pedís y veremos cuál es la voluntad de mi señor -dijo el guardia-. Esperad aquí un momento y os traeré la respuesta que a él le plazca. ¡No tengáis muchas esperanzas! Estos son tiempos oscuros. -Se alejó rápidamente, ordenando a los otros guardias que vigilaran atentamente a los extranjeros.

Al cabo de un rato, el guardia volvió.

-¡Seguidme! -dijo-. Théoden os permite entrar, pero tenéis que dejar en el umbral cualquier arma que llevéis, aunque sea una vara. Los centinelas las cuidarán.

Se abrieron de par en par las grandes puertas oscuras. Los viajeros entraron, marchando en fila detrás del guía. Vieron un camino ancho recubierto de piedras talladas, que ahora subía serpenteando o trepaba en cortos tramos de escalones bien dispuestos. Dejaron atrás numerosas casas de madera y numerosas puertas oscuras. A la vera del camino corría entre las piedras, centelleando y murmurando, un arroyo límpido. Llegaron por fin a la cresta de la colina. Vieron allí una plataforma alta que se elevaba por encima de una terraza verde a cuyo pie brotaba, de una piedra tallada en forma de cabeza de caballo, un manantial claro; y más abajo una gran cuenca desde donde el agua se vertía para ir a alimentar el arroyo. Una ancha y alta escalinata de piedra subía a la terraza y a cada lado del último escalón había sitiases tallados en la piedra. En ellos estaban sentados otros guardias, las espadas desnudas sobre las rodillas. Los cabellos dorados les caían en trenzas sobre los hombros y un sol blasonaba los escudos verdes; las largas corazas bruñidas resplandecían, y cuando se pusieron de pie parecieron de estatura más alta que los hombres mortales.

-Ya estáis frente a las puertas -les dijo el guía-. Yo he de volver a montar la guardia. Adiós. ¡Y que el Señor de la Marca os sea benévolo!

Dio media vuelta y regresó rápidamente camino abajo.

Los viajeros subieron la larga escalera, bajo la mirada vigilante de los guardias, que permanecieron de pie en silencio hasta el momento en que Gandalf puso el pie en la terraza pavimentada. Entonces, de pronto, con voz clara, pronunciaron una frase de bienvenida en la lengua de los jinetes.

-Salve, extranjeros que venís de lejos -dijeron, volviendo hacia los viajeros la empuñadura de las espadas en señal de paz. Las gemas verdes centellearon al sol. Luego uno de los hombres se adelantó y les habló en la Lengua Común.

-Yo soy el Ujier de Armas de Théoden - dijo-. Me llamo Háma. He de pedir que dejéis aquí vuestras armas antes de entrar.

Legolas le entregó el puñal de empuñadura de plata, el arco y el carcaj. - Guárdalos bien -le dijo-, pues provienen del Bosque Dorado y me los ha regalado la Dama de Lothlórien.

El guarda lo miró asombrado; rápidamente dejó las armas contra el muro, como temeroso.

-Nadie las tocará, te lo prometo -dijo.

Aragorn titubeó un momento.

-No deseo desprenderme de mi espada -dijo-, ni confiar Andúril a las manos de algún otro hombre.

-Es la voluntad de Théoden -dijo Háma.

-No veo por qué la voluntad de Théoden hijo de Thengel, por más que sea el Señor de la Marca, ha de prevalecer sobre la de Aragorn hijo de Arathorn, heredero de Elendil, Señor de Gondor.

-Esta es la casa de Théoden, no la de Aragorn, aunque sea Rey de Gondor y ocupe el trono de Den- dijo Háma, corriéndose con presteza hasta las puertas para cerrarle el paso. Ahora esgrimía la espada y apuntaba con ella a los viajeros.

-Todo esto son palabras ociosas - dijo Gandalf -. Vana es la exigencia de Théoden, pero también lo es que rehusamos. Un rey es dueño de hacer lo que le plazca en su propio castillo, así sea una locura.

-Sin duda - dijo Aragorn-. Y yo me doblegaría ante la voluntad del dueño de casa, así fuese la cabaña de un leñador, si mi espada no se llamara Andúril.

-Cualquiera que sea el nombre de tu espada -dijo Háma -, aquí la dejarás si no quieres batirte tú solo contra todos los hombres de Eodoras.

-¡No solo! -dijo Gimli, acariciando el filo del hacha y alzando hacia el guardia una mirada sombría, como si el hombre fuera un árbol joven que se propusiera abatir-. ¡No solo!

-¡Vamos, vamos! -interrumpió Gandalf-. Aquí todos somos amigos. O tendríamos que serlo; pues si disputamos, nuestra única recompensa sería la risa sarcástica de Mordor. La misión que aquí me trae es urgente. He aquí mi espada, al menos, buen hombre. Guárdala bien. Se llama Glamdring y fue forjada por los elfos hace mucho tiempo. Ahora déjame pasar. ¡Ven, Aragorn!

Aragorn se quitó lentamente el cinturón y él mismo apoyó la espada contra el muro.

-Aquí la dejo -dijo-, pero te ordeno que no la toques ni permitas que nadie ponga la mano en ella. En esta vaina élfica habita la Espada que estuvo Rota y fue forjada de nuevo. Telchar la forjó por primera vez en la noche de los tiempos. La muerte se abatirá sobre todo hombre que se atreva a empuñar la espada de Elendil, excepto el heredero de Elendil.

El guarda dio un paso atrás y miró a Aragorn con extrañeza.

-Se diría que vienes de tiempos olvidados en alas de una canción -dijo-. Se hará lo que ordenas, señor.

-Bueno -dijo Gimli-, si tiene a Andúril por compañía, también mi hacha puede quedar aquí, sin desmedro -y la puso en el suelo-. Ahora, si todo está ya como lo deseas, llévanos a ver a tu amo.

El guarda vacilaba aún.

-Vuestra vara -le dijo a Gandalf-. Perdonad, pero también ella tiene que quedar afuera.



-¡Pamplinas! -dijo Gandalf-. Una cosa es la prudencia y otra la descortesía. Soy un hombre viejo. Si no puedo caminar apoyándome en un bastón, me quedaré sentado y esperaré a que Théoden se digne arrastrarse hasta aquí para hablar conmigo.

Aragorn se rió.

-Todos los hombres tienen algo que no quieren confiar a manos extrañas. ¿Pero quitarías el báculo a un hombre viejo? Vamos ¿no nos permitirás entrar?

-Esa vara en manos de un mago puede ser algo más que un simple báculo -dijo Háma. Examinó con atención la *vara de fresno* en que se apoyaba Gandalf -. Pero en la duda un hombre de bien ha de confiar en su propio juicio. Creo que sois amigos y personas honorables y que no os trae aquí ningún propósito malvado. Podéis entrar.

Los guardas levantaron entonces las pesadas trancas y lentamente empujaron las puertas, que giraron gruñendo sobre los grandes goznes. Los viajeros entraron. El recinto parecía oscuro y caluroso, luego del aire claro de la colina. Era una habitación larga y ancha, poblada de sombras y medias luces; unos pilares poderosos sostenían una bóveda elevada. Aquí y allá unos brillantes rayos de sol caían en haces titilantes desde las ventanas del este bajo los profundos saledizos. Por la lumbrera del techo, más allá de las ligeras volutas de humo, se veía el cielo, pálido y azul. Cuando los ojos de los viajeros se acostumbraron a la oscuridad, observaron que el suelo era de grandes losas multicolores y que en él se entrelazaban unas runas ramificadas y unos extraños emblemas. Veían ahora que *los pilares* estaban profusamente tallados y que el oro y unos colores apenas visibles brillaban débilmente en la penumbra. De las paredes colgaban numerosos tapices y entre uno y otro desfilaban figuras de antiguas leyendas, algunas empalidecidas por los años, otras ocultas en las sombras. Pero caía un rayo de sol sobre una de esas formas: un hombre joven montado en un caballo blanco. Soplaba un cuerno grande y los cabellos rubios le flotaban al viento. El caballo tenía la cabeza erguida y los ollares dilatados y enrojecidos, como si olfateara a lo lejos la batalla. Un agua espumosa, verde y blanca, corría impetuosa alrededor de las corvas del animal.

-¡Contemplad a Eorl el joven! - dijo Aragorn-. Así vino del norte a la Batalla del Campo de Celebrant.

Los cuatro camaradas avanzaron hasta más allá del centro de la sala donde en el gran hogar chisporroteaba un fuego de leña. Entonces se detuvieron. En el extremo opuesto de la sala, frente a las puertas y mirando al norte, había un estrado de tres escalones, y en el centro del estrado se alzaba un trono de oro. En él estaba sentado un hombre, tan encorvado por el peso de los años que casi parecía un enano; los cabellos blancos, largos y espesos, le caían en grandes trenzas por debajo de la fina corona dorada que llevaba sobre la frente. En el centro de la corona, centelleaba un diamante blanco. La barba le caía como nieve sobre las rodillas; pero un fulgor intenso le iluminaba los ojos, que relampaguearon cuando miró a los desconocidos. Detrás del trono, de pie, había una mujer vestida de blanco. Sobre las gradas, a los pies

del rey estaba sentado un hombre enjuto y pálido, con ojos de párpados pesados y mirada sagaz.

Hubo un silencio. El anciano permaneció inmóvil en el trono. Al fin, Gandalf habló.

-¡Salve, Théoden hijo de Thengel! He regresado. He aquí que la tempestad se aproxima y ahora todos los amigos tendrán que unirse, o serán destruidos.

El anciano se puso de pie poco a poco, apoyándose pesadamente en una vara negra con empuñadura de hueso blanco, y los viajeros vieron entonces que aunque muy encorvado, el hombre era alto todavía y que en la juventud había sido sin duda erguido y arrogante.

-Yo te saludo -dijo-, y tú acaso esperas ser bienvenido. Pero a decir verdad, tu bienvenida es aquí dudosa, señor Gandalf. Siempre has sido portador de malos augurios. Las tribulaciones te siguen como cuervos y casi siempre las peores. No te quiero engañar: cuando supe que Sombragris había vuelto sin su jinete, me alegré por el regreso del caballo, pero más aún por la ausencia del caballero; y cuando Eomer me anunció que habías partido a tu última morada, no lloré por ti. Pero las noticias que llegan de lejos rara vez son ciertas. ¡Y ahora has vuelto! Y contigo llegan males peores que los de antes, como era de esperar. ¿Por qué habría de darte la bienvenida, Gandalf Cuervo de la Tempestad? Dímelo. -Y lentamente se sentó otra vez.

-Habláis con toda justicia, Señor -dijo el hombre pálido que estaba sentado en las gradas-. No hace aún cinco días que recibimos la mala noticia de la muerte de vuestro hijo Théodred en las Marcas del Oeste: vuestro brazo derecho, el Segundo Mariscal de la Marca. Poco podemos confiar en Eomer. De habersele permitido gobernar, casi no quedarían hombres que guardar vuestras murallas. Y aún ahora nos enteramos desde Gondor que el Señor Oscuro se agita en el Este. Y ésta es precisamente la hora que este vagabundo elige para volver. ¿Por qué, en verdad, te recibiríamos con los brazos abiertos, Señor Cuervo de la Tempestad? *Lathspell*, te nombro, Malas Nuevas, y las malas nuevas nunca son buenos huéspedes, se dice.

Soltó una risa siniestra, mientras levantaba un instante los pesados párpados y observaba a los extranjeros con ojos sombríos.

-Se te tiene por sabio, amigo Lengua de Serpiente, y eres sin duda un gran sostén para tu amo -dijo Gandalf con voz dulce-. Pero hay dos formas en las que un hombre puede traer malas nuevas. Puede ser un espíritu maligno, O bien uno de esos que prefieren la soledad y sólo vuelven para traer ayuda en tiempos difíciles.

-Así es -dijo Lengua de Serpiente-; pero los hay de una tercera especie: los juntacadáveres, los que aprovechan la desgracia ajena, los que comen carroña y engordan en tiempos de guerra. ¿Qué ayuda has traído jamás? ¿Y qué ayuda traes ahora? Fue nuestra ayuda lo que viniste a buscar la última vez que estuviste por aquí. Mi señor te invitó entonces a escoger el caballo que quisieras y ante el asombro de todos tuviste la insolencia de elegir a Sombragris. Mi señor se sintió ultrajado, mas en opinión de algunos, ese precio no era demasiado alto con tal de verte partir cuanto antes. Sospecho que una vez más sucederá lo mismo: que vienes en busca de ayuda, no a ofrecerla. ¿Traes hombres contigo? ¿Traes acaso caballos, espadas, lanzas? Eso es lo que yo llamaría ayuda, lo que ahora necesitamos. ¿Pero quiénes son

esos que te siguen? Tres vagabundos cubiertos de harapos grises, ¡y tú el más andrajoso de los cuatro!

-La hospitalidad ha disminuido bastante en este castillo desde hace un tiempo, Théoden hijo de Thengel - dijo Gandalf -. ¿No os ha transmitido el mensajero los nombres de mis compañeros? Rara vez un señor de Rohan ha tenido el honor de recibir a tres huéspedes tan ilustres. Han dejado a las puertas de vuestra casa armas que valen por las vidas de muchos mortales, aun los más poderosos. Grises son las ropas que llevan, es cierto, pues son los elfos quienes los han vestido y así han podido dejar atrás la sombra de peligros terribles, hasta llegar a tu palacio.

-Entonces es verdad lo que contó Eomer: estás en connivencia con la Hechicera del Bosque de Oro - dijo Lengua de Serpiente -. No hay por qué asombrarse: siempre se han tejido en Dwimordene telas de supercherías.

Gimli dio un paso adelante, pero sintió de pronto que la mano de Gandalf lo tomaba por el hombro, y se detuvo, inmóvil como una piedra.

*En Dwimordene, en Lórien  
rara vez se han posado los pies de los hombres,  
pocos ojos mortales han visto la luz  
que allí alumbra siempre, pura y brillante.  
¡Galadriel! ¡Galadriel!  
Clara es el agua de tu manantial;  
blanca es la estrella de tu mano blanca,-  
intactas e inmaculadas la hoja y la tierra  
en Dwimordene, en Lórien  
más hermosa que los pensamientos de los Hombres Mortales.*

Así cantó Gandalf con voz dulce, luego, súbitamente, cambió. Despojándose del andrajoso manto, se irguió y sin apoyarse más en la vara, habló con voz clara y fría.

-Los Sabios sólo hablan de lo que saben, Gríma hijo de Gálmód. Te has convertido en una serpiente sin inteligencia. Calla, pues, y guarda tu lengua bífida detrás de los dientes. No me he salvado de los horrores del fuego y de la muerte para cambiar palabras torcidas con un sirviente hasta que el rayo nos fulmine.

Levantó la vara. Un trueno rugió a lo lejos. El sol desapareció de las ventanas del Este; la sala se ensombreció de pronto como si fuera noche. El fuego se debilitó, hasta convertirse en unos rescoldos oscuros. Sólo Gandalf era visible, de pie, alto y blanco ante el hogar ennegrecido.

Oyeron en la oscuridad la voz sibilante de Lengua de Serpiente. -¿No os aconsejé, señor, que no le dejarais entrar con la vara? ¡El imbécil de Háma nos ha traicionado!

Hubo un relámpago, como si un rayo hubiera partido en dos el techo. Luego, todo quedó en silencio. Lengua de Serpiente cayó al suelo de bruces.

-¿Me escucharéis ahora, Théoden hijo de Thengel? -dijo Gandalf-. ¿Pedís ayuda? -Levantó la vara y la apuntó hacia una ventana alta. Allí la oscuridad pareció aclararse y pudo verse por la abertura, alto y lejano, un brillante pedazo de cielo.- No todo es oscuridad. Tened valor, Señor de la Marca, pues mejor

ayuda no encontraréis. No tengo ningún consejo para darle a aquel que desespera. Podría sin embargo aconsejamos a vos y hablaros con palabras. ¿Queréis escucharlas? No son para ser escuchadas por todos los oídos. Os invito pues a salir a vuestras puertas y a mirar a lo lejos. Demasiado tiempo habéis permanecido entre las sombras prestando oídos a historias aviesas e instigaciones tortuosas.

Lentamente Théoden se levantó del trono. Una luz tenue volvió a iluminar la sala. La mujer corrió, presurosa, al lado del rey y lo tomó del brazo; con paso vacilante, el anciano bajó del estrado y cruzó despaciosamente el recinto. Lengua de Serpiente seguía tendido de cara al suelo. Llegaron a las puertas y Gandalf golpeó.

-¡Abrid! -gritó-. ¡Aquí viene el Señor de la Marca!

Las puertas se abrieron de par en par y un aire refrescante entró silbando en la sala. El viento soplaba sobre la colina.

-Enviad a vuestros guardias al pie de la escalera -dijo Gandalf

Y vos, Señora, dejadlo un momento a solas conmigo. Yo cuidaré de él.

-¡Ve, Eowyn, hija de hermana! -dijo el viejo rey-. El tiempo del miedo ha pasado.

La mujer dio media vuelta y entró lentamente en la casa. En el momento en que franqueaba las puertas, volvió la cabeza y miró hacia atrás. Graves y pensativos, los ojos de Eowyn se posaron en el rey con serena piedad. Tenía un rostro muy hermoso y largos cabellos que parecían un río dorado. Alta y esbelta era ella en la túnica blanca ceñida de plata; pero fuerte y vigorosa a la vez, templada como el acero, verdadera hija de reyes. Así fue como Aragorn vio por primera vez a la luz del día a Eowyn, Señora de Rohan, y la encontró hermosa, hermosa y fría, como una clara mañana de primavera que no ha alcanzado aún la plenitud de la vida. Y ella de pronto lo miró: noble heredero de reyes, con la sabiduría de muchos inviernos, envuelto en la andrajosa capa gris que ocultaba un poder que ella no podía dejar de sentir. Permaneció inmóvil un instante, como una estatua de piedra; luego, volviéndose rápidamente, entró en el castillo.

-Y ahora, Señor -dijo Gandalf-, ¡contemplad vuestras tierras! ¡Respirad una vez más el aire libre!

Desde el pórtico, que se alzaba en la elevada terraza, podían ver, más allá del río, las campiñas verdes de Rohan que se pierden en la lejanía gris. Cortinas de lluvia caían oblicuamente a merced del viento, y el cielo allá arriba, en el oeste, seguía encapotado; a lo lejos retumbaba el trueno y los relámpagos parpadeaban entre las cimas de las colinas invisibles. Pero ya el viento había virado al norte y la tormenta que venía del este se alejaba rumbo al sur, hacia el mar. De improviso las nubes se abrieron detrás de ellos y por una grieta asomó un rayo de sol. La cortina de lluvia brilló con reflejos de plata y a lo lejos el río rieló como un espejo.

-No hay tanta oscuridad aquí -dijo Théoden.

-No -respondió Gandalf -. Ni los años pesan tanto sobre vuestras espaldas como algunos quisieran que creyeráis. ¡Tirad el bastón!

La vara negra cayó de las manos del rey, restallando sobre las piedras. El anciano se enderezó lentamente, como un hombre a quien se le ha endurecido el cuerpo por haber pasado muchos años encorvado cumpliendo alguna tarea pesada. Se irguió, alto y enhiesto, contemplando con ojos ahora azules el cielo que empezaba a despejarse.

-Sombríos fueron mis sueños en los últimos tiempos -dijo-, pero siento como si acabara de despertar. Ahora quisiera que hubieras venido antes, Gandalf, pues temo que sea demasiado tarde y sólo veas los últimos días de mi casa. El alto castillo que construyera Bregon hijo de Eorl no se mantendrá en pie mucho tiempo. El fuego habrá de devorarlo. ¿Qué podemos hacer?

-Mucho -dijo Gandalf-. Pero primero traed a Eomer. ¿Me equivoco al pensar que lo tenéis prisionero por consejo de Gríma, aquél a quien todos excepto vos llaman Lengua de Serpiente?

-Es verdad -dijo Théoden-. Eomer se rebeló contra mis órdenes y amenazó de muerte a Gríma en mi propio castillo.

-Un hombre puede amaros y no por ello amar a Gríma y aprobar sus consejos -dijo Gandalf.

-Es posible. Haré lo que me pides. Haz venir a Háma. Ya que como ujier no se ha mostrado digno de mi confianza, que sea mensajero. El culpable traerá al culpable para que sea juzgado -dijo Théoden, y el tono era grave, pero al mirar a Gandalf le sonrió y muchas de las arrugas de preocupación que tenía en la cara se le borraron y no reaparecieron.

Luego que Háma fue llamado y hubo partido, Gandalf llevó a Théoden hasta un sitio de piedra y él mismo se sentó en el escalón más alto. Aragorn y sus compañeros permanecieron de pie en las cercanías.

-No hay tiempo para que os cuente todo cuanto tendríais que oír -dijo Gandalf -. No obstante, si el corazón no me engaña, no tardará en llegar el día en que pueda hablaros con más largueza. Tened presente mis palabras: estáis expuesto a un peligro mucho peor que todo cuanto la imaginación de Lengua de Serpiente haya podido tejer en vuestros sueños. Pero ya lo veis: ahora no soñáis, vivís. Gondor y Rohan no están solos. El enemigo es demasiado poderoso, pero confiamos en algo que él ni siquiera sospecha.

Gandalf habló entonces rápida y secretamente, en voz baja, y nadie excepto el rey pudo oír lo que decía. Y a medida que hablaba una luz más brillante iluminaba los ojos de Théoden; al fin el rey se levantó, erguido en toda su estatura, y Gandalf a su lado, y ambos contemplaron al este desde el alto sitio.

-En verdad -dijo Gandalf con voz alta, clara y sonora- ahí en lo que más tememos está nuestra esperanza. El destino pende aún de un hilo, pero hay todavía esperanzas si resistimos un tiempo más.

También los otros volvieron entonces la mirada al Este. A través de leguas y leguas contemplaron allá en la lejanía el horizonte, y el temor y la esperanza llevaron los pensamientos de todos todavía más lejos, más allá de las montañas negras del País de las Sombras. ¿Dónde estaba ahora el Portador del Anillo? ¡Qué frágil era el hilo del que pendía aún el destino! Legolas miró con atención y creyó ver un resplandor blanco; allá, en lontananza, el sol centelleaba sobre el pináculo de la Torre de la Guardia. Y más lejos aún, remota y sin embargo real y amenazante, flameaba una diminuta lengua de fuego.

Lentamente Théoden volvió a sentarse, como si la fatiga estuviera una vez más dominándolo, contra la voluntad de Gandalf. Volvió la cabeza y contempló la mole imponente del castillo.

-¡Ay! -suspiró-. Que estos días aciagos sean para mí y que me lleguen ahora, en los años de mi vejez, en lugar de la paz que creía merecer. ¡Triste destino el de Boromir el intrépido! Los jóvenes mueren mientras los viejos se agostan lentamente. -Se abrazó las rodillas con las manos rugosas.

-Vuestros dedos recordarían mejor su antigua fuerza si empuñaran una espada -dijo Gandalf.

Théoden se levantó y se llevó la mano al costado, pero ninguna espada le colgaba del cinto.

-¿Dónde la habrá escondido Gríma? -murmuró a media voz. -¡Tomad ésta, amado Señor! -dijo una voz clara-. Siempre ha estado a vuestro servicio.

Dos hombres habían subido en silencio por la escalera y ahora esperaban de pie, a unos pocos peldaños de la cima. Allí estaba Eomer, con la cabeza descubierta, sin cota de malla, pero con una espada desnuda en la mano; arrodillándose, le ofreció la empuñadura a su señor.

-¿Qué significa esto? -dijo Théoden severamente. Y se volvió a Eomer, y los hombres miraron asombrados la figura ahora erguida y orgullosa. ¿Dónde estaba el anciano que dejaran abatido en el trono o apoyado en un bastón?

-Es obra mía, Señor -dijo Háma, temblando-. Entendí que Eomer tenía que ser puesto en libertad. Fue tal la alegría que sintió mi corazón, que quizá me haya equivocado. Pero como estaba otra vez libre y es Mariscal de la Marca, le he traído la espada como él me ordenó.

-Para depositarla a vuestros pies, mi Señor -dijo Eomer.

Hubo un silencio y Théoden se quedó mirando a Eomer, siempre hincado ante él. Ninguno de los dos hizo un solo movimiento.

-¿No aceptaréis la espada? -preguntó Gandalf.

Lentamente Théoden extendió la mano. En el instante en que los dedos se cerraban sobre la empuñadura, les pareció a todos que el débil brazo del anciano recobraba la fuerza y la firmeza. Levantó bruscamente la espada y la agitó en el aire y la hoja silbó resplandeciendo. Luego Théoden lanzó un grito. La voz resonó, clara y vibrante, entonando en la lengua de Rohan la llamada a las armas:

*¡De pie ahora, de pie, Caballeros de Théoden!  
Desgracias horrendas nos acechan, hay sombras en el Este.  
¡Preparad los caballos, que resuenen los cuernos!  
¡Adelante, Eorlingas!*

Los guardias, creyendo que se los convocaba, subieron en tropel las escaleras. Miraron con asombro a su Señor y luego, como un solo hombre, depositaron a sus pies las espadas.

-¡Ordenad! -dijeron.

-*Westu Théoden há!!* -gritó Eomer-. Es una alegría para nosotros volver a veros como antes. ¡Ya nadie podrá decir, Gandalf, que sólo vienes aquí a traer dolor!

-¡Recoge tu espada, Eomer, hijo de hermana! -dijo el rey-. ¡Ve, Háma, y tráeme mi propia espada! Gríma la tiene. Tráeme también a Gríma. Y ahora, Gandalf, dijiste que me darías consejo, si yo quería escucharlo. ¿Cuál es tu consejo.

-Lo que iba a aconsejarte ya está hecho -respondió Gandalf-. Que confiarais en Eomer antes que en un hombre de mente tortuosa. Que dejarais

de lado temores y remordimientos. Que hicierais lo que está a vuestro alcance. Todo hombre que pueda cabalgar tendrá que ser enviado al oeste inmediatamente, tal como Eomer os ha aconsejado. Ante todo hemos de destruir la amenaza de Saruman, mientras estemos a tiempo. Si fracasamos, caeremos todos. Si triunfamos, emprenderemos la próxima tarea. Entretanto, la gente de vuestro pueblo, la que quede aquí, las mujeres, los niños, los ancianos, tendrán que huir a los refugios de las montañas. ¿No se han preparado acaso para un día funesto como el de hoy? Que lleven provisiones, pero que no se demoren, y que no se carguen de tesoros, grandes o pequeños. Es la vida de todos lo que está en peligro.

-Este consejo me parece bueno ahora -dijo Théoden-. ¡Que todos mis súbditos se preparen! Pero vosotros, mis huéspedes... tenías razón, Gandalf, al decir que la hospitalidad de mi castillo había menguado. Habéis cabalgado la noche entera y ya se termina la mañana. No habéis tenido reposo ni alimento. Prepararemos una casa para los huéspedes: allí dormiréis después de haber comido.

-Imposible, Señor -dijo Aragorn-. No ha llegado aún la hora del reposo para los fatigados. Los hombres de Rohan tendrán que partir hoy y nosotros cabalgaremos con ellos, hacha, espada y arco. No hemos traído nuestras armas para dejarlas apoyadas contra vuestros muros, Señor de la Marca. Y le he prometido a Eomer que mi espada y la suya combatirán juntas.

-¡Ahora en verdad hay esperanzas de victoria! -dijo Eomer.

-Esperanzas, sí -dijo Gandalf -. Pero Isengard es poderoso. Y nos acechan otros peligros más inminentes. No os retraséis, Théoden, cuando hayamos partido. ¡Llevad prontamente a vuestro pueblo a la fortaleza de El Sagrario en las colinas!

-Eso sí que no, Gandalf -dijo el rey-. No sabes hasta qué punto me has devuelto la salud. No haré eso. Yo mismo iré a la guerra, para caer en el frente de combate, si tal es mi destino. Así podré dormir mejor.

-Entonces, hasta la derrota de Rohan se cantará con gloria -dijo Aragorn.

Los hombres armados que estaban cerca entrechocaron las espadas y gritaron:

-¡El Señor de la Marca parte para la guerra! ¡Adelante, Eorlingas!

-Pero vuestra gente no ha de quedar sin armas y sin pastor -dijo Gandalf -. ¿Quién los guiará y los gobernará en vuestro reemplazo?

-Lo pensaré antes de partir -respondió Théoden-. Aquí viene mi consejero.

En aquel momento Háma volvía de la sala del castillo. Tras él, encogido entre otros dos hombres, venía Gríma, Lengua de Serpiente. Estaba muy pálido y parpadeó a la luz del sol. Háma se arrodilló y presentó a Théoden una espada larga en una vaina con cierre de oro y recamada de gemas verdes.

-Hela aquí, Señor, Herugrim, vuestra antigua espada -dijo-. La encontramos en el cofre de Gríma. Por nada del mundo quería entregarnos las llaves. Hay allí muchas otras cosas que se creían perdidas.

-Mientes -dijo Lengua de Serpiente-. Y esta espada, tu propio amo me pidió que la guardara.

-Y ahora te la reclamo -dijo Théoden-. ¿Eso te disgusta?

-Por cierto que no, Señor -dijo Lengua de Serpiente-. Me preocupo por vos y por los vuestros tanto como puedo. Pero no os fatiguéis, ni confiéis demasiado en vuestras fuerzas. Dejad que otros se ocupen de estos

huéspedes importunos. Vuestra mesa será servida de un momento a otro. ¿No iréis a comer?

-Sí -dijo Théoden-. Y que junto a mí se ponga comida para mis huéspedes. El ejército partirá hoy. ¡Enviad los heraldos! Que convoquen a todos. Que los hombres y los jóvenes fuertes y aptos para las armas, y todos quienes tengan caballos estén aquí montados a las puertas del castillo a la hora segunda pasado el mediodía.

-¡Venerado Señor! -gritó Lengua de Serpiente-. Tal como me lo temía, este mago os ha hechizado. ¿No quedará nadie para defender el Castillo de Oro de vuestros padres y todos los tesoros? ¿Nadie protegerá al Señor de la Marca?

-Si esto es hechicería -dijo Théoden-, me parece mucho más saludable que tus cuchicheos. Tus sanguijuelas pronto me hubieran obligado a caminar en cuatro patas como las bestias. No, nadie quedará, ni siquiera Gríma. Gríma partirá también. ¡Date prisa! ¡Aún tienes tiempo de limpiar la herrumbre de tu espada!

-¡Misericordia, Señor! -gimió Lengua de Serpiente, arrastrándose por el suelo-. Tened piedad de alguien que ha envejecido a vuestro servicio. ¡No me alejéis de vuestro lado! Yo al menos estaré con vos cuando todos los demás se hayan ido. ¡No os separéis de vuestro fiel Gríma!

-Cuentas con mi piedad -dijo Théoden-. Y no te alejo de mi lado. También yo parto a la guerra junto con mis hombres. Te invito a acompañarme y probarme tu lealtad.

Lengua de Serpiente miró una a una todas las caras, como una bestia acosada por un círculo de enemigos y que busca una brecha por donde escapar. Se humedeció los labios con una lengua larga y pálida.

-De un Señor de la Casa de Eorl, por muy viejo que sea, no cabía esperar otra resolución -dijo-. Pero quienes lo aman de verdad tendrían que ayudarlo ahorrándole disgustos en estos últimos años. Veo, sin embargo, que he llegado demasiado tarde. Otros, que acaso llorarían menos la muerte de mi Señor, ya lo han persuadido. Si lo que está hecho no puede deshacerse ¡escuchadme al menos en esto, Señor! Alguien que conozca vuestras ideas y honre vuestras órdenes deberá quedar en Edoras. Nombrad un senescal de confianza. Que vuestro consejero Gríma cuide de todo hasta vuestro regreso... y ojalá lo veamos, aunque ningún hombre sensato esperaría milagro semejante.

Eomer se rió.

-Y si este alegato no te exime de la guerra, nobilísimo Lengua de Serpiente -dijo- ¿qué cargo menos honroso aceptarías? ¿Llevar una talega de harina a las montañas... si alguien se atreviera a confiártela?

-Jamás, Eomer, has comprendido tú los propósitos del Señor Lengua de Serpiente -dijo Gandalf, traspasando a Gríma con la mirada-. Es temerario y artero. En este mismo momento está jugando un juego peligroso y gana un lance. Ya me ha hecho perder horas de mi precioso tiempo. ¡Al suelo, víbora! -dijo de súbito con una voz terrible-. ¡Arrástrate sobre tu vientre! ¿Cuánto tiempo hace que te vendiste a Saruman? ¿Cuál fue el precio convenido? Cuando todos los hombres hayan muerto, ¿recogerás tu parte del tesoro y tomarás la mujer que codicias? Hace tiempo que la vigilas y la acechas de soslayo.

Eomer echó mano a la espada.

-Eso ya lo sabía -murmuró-. Por esa razón ya le habría dado muerte antes, olvidando la ley del castillo. Aunque hay también otras razones.



Dio un paso adelante, pero Gandalf lo detuvo.

-Eowyn está a salvo ahora -dijo-. Pero tú, Lengua de Serpiente, has hecho cuanto has podido por tu verdadero amo. Has ganado al menos una recompensa. Sin embargo, Saruman a veces no cumple lo que ha prometido. Te aconsejaría que fueses prontamente a refrescarle la memoria, para que no olvide tus fieles servicios.

-Mientes -dijo Lengua de Serpiente.

-Esta palabra te viene a la boca demasiado a menudo y con facilidad -dijo Gandalf-. Yo no miento. Mirad, Théoden, aquí tenéis una serpiente. No podéis, por vuestra seguridad, llevarla con vos, ni tampoco podéis dejarla aquí. Matarla sería hacer justicia. Pero no siempre fue como ahora. Alguna vez fue un hombre y os prestó servicio a su manera. Dadle un caballo y permitidle partir inmediatamente, a donde quiera ir. Por lo que elija podréis juzgarlo.

-¿Oyes, Lengua de Serpiente? -dijo Théoden-. Esta es tu elección: acompañarme a la guerra y demostrarnos en la batalla si en verdad eres leal; o irte ahora a donde quieras. Pero en ese caso, si alguna vez volvemos a encontrarnos, no tendré piedad de ti.

Lengua de Serpiente se levantó con lentitud. Miró a todos con ojos entonados, para escrutar por último el rostro de Théoden. Abrió la boca como si fuera a hablar, y entonces, de pronto, irguió el cuerpo, movedizas las manos, los ojos echando chispas. Tanta maldad se reflejaba en ellos que los hombres dieron un paso atrás. Mostró los dientes y con un ruido sibilante escupió a los pies del rey, y en seguida, saltando a un costado, se precipitó escaleras abajo.

-¡Seguidlo! -dijo Théoden-. Impedid que haga daño a nadie, mas no lo lastiméis ni lo retengáis. Dadle un caballo, si así lo desea.

-Y si hay alguno que quiera llevarlo -dijo Eomer.

Uno de los guardas bajó de prisa las escaleras. Otro fue hasta el manantial al pie de la terraza, recogió agua en el yelmo y limpió con ella las piedras que Lengua de Serpiente había ensuciado.

-¡Y ahora, mis invitados, venid! -dijo Théoden-. Venid y reparad fuerzas mientras la prisa nos lo permita.

Entraron nuevamente en el castillo. Allá abajo en la villa ya se oían las voces de los heraldos y el sonido de los cuernos de guerra, pues el rey partiría tan pronto como los hombres de la aldea y los que habitaban en los alrededores estuviesen reunidos y armados a las puertas del castillo.

A la mesa del rey se sentaron Eomer y los cuatro invitados, y también estaba allí la Dama Eowyn, sirviendo al rey. Comieron y bebieron rápidamente. Todos escucharon en silencio mientras Théoden interrogaba a Gandalf sobre Saruman.

-¿Quién puede saber desde cuándo nos traiciona? - dijo Gandalf No siempre fue malvado. En un tiempo, no lo dudo, fue un amigo de Rohan; y aun más tarde, cuando empezó a enfriársela el corazón, pensaba que podíais serle útil. Pero hace tiempo ya que planeó vuestra ruina, bajo la máscara de la amistad, hasta que llegó el momento. Durante todos estos años la tarea de Lengua de Serpiente ha sido fácil y todo cuanto hacíais era conocido inmediatamente en Isengard; porque el vuestro era un país abierto y los extranjeros entraban en él y salían libremente. Y mientras tanto las murmuraciones de Lengua de Serpiente penetraban en vuestros oídos, os

envenenaban la mente, os helaban el corazón, debilitaban vuestros miembros, y los otros observaban sin poder hacer nada, pues vuestra voluntad estaba sometida a él.

»Pero cuando escapé y os puse en guardia, la máscara cayó para los que querían ver. Después de eso, Lengua de Serpiente jugó una partida peligrosa, procurando siempre reteneros, impidiendo que recobráis vuestras fuerzas. Era astuto: embotaba la prudencia natural del hombre, o trabajaba con la amenaza del miedo, según le conviniera. ¿Recordáis con cuánta vehemencia os suplicó que no distrajeráis un solo hombre en una empresa quimérica en el este cuando el peligro inminente estaba en el oeste? Por consejo de él prohibisteis a Eomer que persiguiera a los orcos invasores. Si Eomer no hubiera desafiado las palabras de Lengua de Serpiente que hablaba por vuestra boca, esos orcos ya habrían llegado a Isengard, obteniendo una buena presa. No por cierto la que Saruman desea por encima de todo, pero sí al menos dos hombres de mi Compañía, con quienes comparto una secreta esperanza, de la cual, ni aun con vos, Señor, puedo todavía hablar abiertamente. ¿Alcanzáis a imaginar lo que podrían estar padeciendo o lo que Saruman podría saber ahora, para nuestra desdicha?

-Tengo una gran deuda con Eomer -dijo Théoden-. Un corazón leal puede tener una lengua insolente.

-Decid también que para ojos aviesos la verdad puede ocultarse detrás de una mueca.

-En verdad, mis ojos estaban casi ciegos -dijo Théoden-. La mayor de mis deudas es para contigo, huésped mío. Una vez más, has llegado a tiempo. Quisiera hacerte un regalo antes de partir, a tu elección. Puedes escoger cualquiera de mis posesiones. Sólo me reservo la espada.

-Si he llegado a tiempo o no, queda por ver -dijo Gandalf -. En cuanto al regalo que me ofrecéis, Señor, escogeré uno que responde a mis necesidades: rápido y seguro. ¡Dadme a Sombragris! Sólo en préstamo lo tuve antes, si préstamo es la palabra. Pero ahora tendré que exponerlo a grandes peligros, oponiendo la plata a las tinieblas: no quisiera arriesgar nada que no me pertenezca. Y ya hay un lazo de amistad entre nosotros.

-Escoges bien -dijo Théoden-; y ahora te lo doy de buen grado. Sin embargo, es un regalo muy valioso. No hay ningún caballo que se pueda comparar a Sombragris. En él ha resurgido uno de los corceles más poderosos de tiempos muy remotos. Nunca más habrá otro semejante. Y a vosotros, mis otros invitados, os ofrezco lo que podáis encontrar en mi armería. No necesitáis espadas, pero hay yelmos y cotas de malla que son obra de hábiles artífices, regalos que los señores de Gondor hicieron a mis antepasados. ¡Escoged lo que queráis antes de la partida y ojalá os sirvan bien!

Los hombres trajeron entonces paramentos de guerra de los arcones del rey, y vistieron a Aragorn y Legolas con cotas de malla resplandecientes. También eligieron yelmos y escudos redondos, recamados de oro y con incrustaciones de piedras preciosas, verdes, rojas y blancas. Gandalf no aceptó una cota de malla; y Gimli no necesitaba cota, aun cuando encontraran alguna adecuada a su talla, pues no había en los arcones de Edoras un plaquín que pudiese compararse al jubón corto forjado en la Montaña del Norte. Pero escogió un capacete de hierro y cuero que le cubría perfectamente la cabeza

redonda; también llevó un escudo pequeño con el emblema de la Casa de Eorl, un caballo al galope, blanco sobre fondo verde.

-¡Que te proteja bien! -dijo Théoden-. Fue forjado para mí en los tiempos de Thengel, cuando era aún un niño.

Gimli hizo una reverencia.

-Me enorgullezco, Señor de la Marca, de llevar vuestra divisa -dijo-. A decir verdad, quisiera ser yo quien lleve un caballo, y no que un caballo me lleve a mí. Prefiero mis piernas. Pero quizás haya un sitio donde pueda combatir de pie.

-Es probable que así sea -dijo Théoden.

El rey se levantó y al instante se adelantó Eowyn trayendo el vino.

-*Ferthu Théoden hal!* -dijo-. Recibid esta copa y bebed en esta hora feliz. ¡Que la salud os acompañe en la ida y el retomo!

Théoden bebió de la copa y Eowyn la ofreció entonces a los invitados. Al llegar a Aragorn se detuvo de pronto y lo miró, y le brillaron los ojos. Y Aragorn contempló el bello rostro y le sonrió; pero cuando tomó la copa, rozó la mano de la joven, y sintió que ella temblaba.

-¡Salve, Aragorn hijo de Arathorn! -dijo Eowyn.

-Salve, Señora de Rohan -respondió él; pero ahora tenía el semblante demudado y ya no sonreía.

Cuando todos hubieron bebido, el rey cruzó la sala en dirección a las puertas. Allí lo esperaban los guardias y los heraldos, y todos los señores y jefes que quedaban en Edoras y en los alrededores.

-¡Escuchad! Ahora parto y ésta será quizá mi última cabalgata -dijo Théoden-. No tengo hijos. Théodred, mi hijo, ha muerto a manos de nuestros enemigos. A ti Eomer, hijo de mi hermana, te nombro mi heredero. Y si ninguno de nosotros vuelve de esta guerra, elegid, a vuestro albedrío, un nuevo señor. Pero he de dejar al cuidado de alguien este pueblo que ahora abandono, para que los gobierne en mi reemplazo. ¿Quién de vosotros desea quedarse?

Nadie respondió.

-¿No hay nadie a quien vosotros nombraríais? ¿En quién confía mi pueblo?

-En la casa de Eorl -respondió Háma.

-Pero de Eomer no puedo prescindir, ni él tampoco querría quedarse -dijo el rey-; y Eomer es el último de esta Casa.

-No he nombrado a Eomer -dijo Háma-. Y no es el último. Está Eowyn, hija de Eomund, la hermana de Eomer. Es valiente y de corazón magnánimo. Todos la aman. Que ella sea el señor de Eorlingas en nuestra ausencia.

-Así será -dijo Théoden-. ¡Que los heraldos anuncien que la Dama Eowyn gobernará al pueblo!

Y el rey se sentó entonces en un sitial frente a las puertas y Eowyn se arrodilló ante él para recibir una espada y una hermosa cota de malla.

-¡Adiós, hija de mi hermana! -dijo-. Sombría es la hora; pero quizás un día volveremos al Castillo de Oro. Sin embargo, en El Sagrario el pueblo podrá resistir largo tiempo y si la suerte no nos es propicia, allí irán a buscar refugio todos los que se salven.

-No habléis así -respondió ella-. Cada día que pase esperando vuestro regreso será como un año para mí. -Pero mientras hablaba los ojos de Eowyn se volvían a Aragorn, que estaba de pie allí cerca.

-El rey regresará - dijo Aragorn -. ¡Nada temas! No es en el oeste sino en el este donde nos espera nuestro destino.

El rey bajó entonces la escalera con Gandalf a su lado. Los otros lo siguieron. Aragorn volvió la cabeza en el momento en que se encaminaban hacia la puerta. Allá, en lo alto de la escalera, de Pie, sola delante de las puertas, estaba Eowyn, las manos apoyadas en la empuñadura de la espada clavada ante ella en el suelo. Ataviada ya con la cota de malla, resplandecía como la plata a la luz del sol.

Con el hacha al hombro, Gimli caminaba junto a Legolas.

-¡Bueno, por fin partimos! -dijo-. Cuánto necesitan hablar los hombres antes de decidirse. El hacha se impacienta en mis manos. Aunque no ponga en duda que estos Rohirrim tengan la mano dura cuando llega la ocasión, no creo que sea ésta la clase de guerra que a mí me conviene. ¿Cómo llegaré a la batalla? Ojalá pudiera ir a pie y no rebotando como un saco contra el arzón de la silla de Gandalf.

-Un lugar más seguro que muchos otros, diría yo -dijo Legolas Aunque sin duda Gandalf te bajará de buena gana cuando comiencen los golpes, o el mismo Sombragris. Un hacha no es arma de caballero.

-Y un enano no es un caballero. Querría cortar cabezas de orcos, no rasurar cueros cabelludos humanos -dijo Gimli, palmoteando el mango del hacha.

En la puerta, encontraron una gran hueste de hombres, viejos y jóvenes, ya montados. Eran más de mil. Las lanzas en alto, parecían un bosque naciente. Un potente y jubiloso clamor saludó la aparición de Théoden. Algunos hombres sujetaban al caballo del rey, Crinblanca, ya listo para la partida, y otros cuidaban las cabalgaduras de Aragorn y Legolas. Gimli estaba malhumorado, con el ceño fruncido, pero Eomer se le acercó, llevando el caballo por la brida.

-¡Salve, Gimli hijo de Glóin! - exclamó -. No ha habido tiempo para que aprendiera a expresarme en un lenguaje más delicado, como me prometiste. ¿Pero no será mejor que olvidemos nuestra querrela? Al menos no volveré a hablar mal de la Dama del Bosque.

-Olvidaré mi ira por un tiempo, Eomer hijo de Eomund -dijo Gimli-, pero si un día llegas a ver a la Dama Galadriel con tus propios ojos, tendrás que reconocerla como la más hermosa de las damas, o acabará nuestra amistad.

-¡Que así sea! -dijo Eomer-. Pero hasta ese momento, perdóname, y en prueba de tu perdón cabalga conmigo en mi silla, te lo ruego. Gandalf marchará a la cabeza con el Señor de la Marca; pero Pies de Fuego, mi caballo, nos llevará a los dos, si tú quieres.

-Te lo agradezco de veras -dijo Gimli muy complacido-. Con todo gusto montaré contigo si Legolas, mi camarada, cabalga a nuestro lado.

-El rey regresará - dijo Aragorn -. ¡Nada temas! No es en el oeste sino en el este donde nos espera nuestro destino.

El rey bajó entonces la escalera con Gandalf a su lado. Los otros lo siguieron. Aragorn volvió la cabeza en el momento en que se encaminaban hacia la puerta. Allá, en lo alto de la escalera, de Pie, sola delante de las

puertas, estaba Eowyn, las manos apoyadas en la empuñadura de la espada clavada ante ella en el suelo. Ataviada ya con la cota de malla, resplandecía como la plata a la luz del sol.

Con el hacha al hombro, Gimli caminaba junto a Legolas.

-¡Bueno, por fin partimos! -dijo-. Cuánto necesitan hablar los hombres antes de decidirse. El hacha se impacienta en mis manos. Aunque no pongo en duda que estos Rohirrim tengan la mano dura cuando llega la ocasión, no creo que sea ésta la clase de guerra que a mí me conviene. ¿Cómo llegaré a la batalla? Ojalá pudiera ir a pie y no rebotando como un saco contra el arzón de la silla de Gandalf.

-Un lugar más seguro que muchos otros, diría yo -dijo Legolas Aunque sin duda Gandalf te bajará de buena gana cuando comiencen los golpes, o el mismo Sombragris. Un hacha no es arma de caballero.

-Y un enano no es un caballero. Querría cortar cabezas de orcos, no rasurar cueros cabelludos humanos -dijo Gimli, palmoteando el mango del hacha.

En la puerta, encontraron una gran hueste de hombres, viejos y jóvenes, ya montados. Eran más de mil. Las lanzas en alto, parecían un bosque naciente. Un potente y jubiloso clamor saludó la aparición de Théoden. Algunos hombres sujetaban al caballo del rey, Crinblanca, ya listo para la partida, y otros cuidaban las cabalgaduras de Aragorn y Legolas. Gimli estaba malhumorado, con el ceño fruncido, pero Eomer se le acercó, llevando el caballo por la brida.

-¡Salve, Gimli hijo de Glóin! - exclamó -. No ha habido tiempo para que aprendiera a expresarme en un lenguaje más delicado, como me prometiste. ¿Pero no será mejor que olvidemos nuestra querella? Al menos no volveré a hablar mal de la Dama del Bosque.

-Olvidaré mi ira por un tiempo, Eomer hijo de Eomund -dijo Gimli-, pero si un día llegas a ver a la Dama Galadriel con tus propios ojos, tendrás que reconocerla como la más hermosa de las damas, o acabará nuestra amistad.

-¡Que así sea! -dijo Eomer-. Pero hasta ese momento, perdóname, y en prueba de tu perdón cabalga conmigo en mi silla, te lo ruego. Gandalf marchará a la cabeza con el Señor de la Marca; pero Pies de Fuego, mi caballo, nos llevará a los dos, si tú quieres.

-Te lo agradezco de veras -dijo Gimli muy complacido-. Con todo gusto montaré contigo si Legolas, mi camarada, cabalga a nuestro lado.

-Así será -dijo Eomer-. Legolas a mi izquierda y Aragorn a mi diestra, ¡y nadie se atreverá a ponerse delante de nosotros!

-¿Dónde está Sombragris? -preguntó Gandalf.

-Corriendo desbocado por los prados -le respondieron-. No deja que ningún hombre se le acerque. Allá va por el vado como una sombra entre los sauces.

Gandalf silbó y llamó al caballo por su nombre, y el animal levantó la cabeza y relinchó; y en seguida volviéndose, corrió como una flecha hacia la hueste.

-Si el Viento del Oeste tuviera un cuerpo visible, así de veloz soplaría -dijo Eomer, mientras el caballo corría hasta detenerse delante del mago.

-Se diría que el regalo se ha entregado ya -dijo Théoden-. Pero, prestad oídos, todos los presentes. Aquí y ahora nombro a mi huésped Gandalf Capagris, el más sabio de los consejeros, el más bienvenido de todos los

vagabundos, Señor de la Marca, jefe de los Eorlingas, mientras perdure nuestra dinastía; y le doy a Sombragris, príncipe de caballos.

-Gracias, Rey Théoden -dijo Gandalf. Luego, de súbito, echó atrás la capa gris, arrojó a un lado el sombrero y saltó sobre la grupa del caballo. No llevaba yelmo ni cota de malla. Los cabellos de nieve le flotaban al viento y las blancas vestiduras resplandecieron al sol con un brillo enceguecedor.

-¡Contemplad al Caballero Blanco! -gritó Aragorn; y todos repitieron estas palabras.

-¡Nuestro Rey y el Caballero Blanco! -gritaron-. ¡Adelante, Eorlingas!

Sonaron las trompetas. Los caballos piafaron y relincharon. Las lanzas restallaron contra los escudos. Entonces el rey levantó las manos y con un ímpetu semejante al de un vendaval, la última hueste de Rohan partió como un trueno rumbo al oeste.

Sola e inmóvil, de pie delante de las puertas del castillo silencioso, Eowyn siguió con la mirada el centelleo de las lanzas que se alejaban por la llanura.

## EL ABISMO DE HELM

El sol declinaba ya en el poniente cuando partieron de Edoras, llevando en los ojos la luz del atardecer, que envolvía los ondulantes campos de Rohan en una bruma dorada. Un camino trillado costeaba las estribaciones de las Montañas Blancas hacia el noroeste y en él se internaron, subiendo y bajando y vadeando numerosos riachos que corrían y saltaban entre las rocas de la campiña verde. A lo lejos y a la derecha asomaban las Montañas Nubladas, cada vez más altas y más sombrías a medida que avanzaban las huestes. Ante ellos, el sol se hundía lentamente. Detrás, venía la noche.

El ejército proseguía la marcha, empujado por la necesidad. Temiendo llegar demasiado tarde, se adelantaban a todo correr y rara vez se detenían. Rápidos y resistentes eran los corceles de Rohan, pero el camino era largo: cuarenta leguas o quizá más, a vuelo de pájaro, desde Edoras hasta los vados del Isen, donde esperaban encontrar a los hombres del rey que contenían a las tropas de Saruman.

Cayó la noche. Al fin se detuvieron a acampar. Habían cabalgado unas cinco horas y habían dejado atrás buena parte de la llanura occidental, pero aún les quedaba por recorrer más de la mitad del trayecto. En un gran círculo bajo el cielo estrellado y la luna creciente levantaron el vivac. No encendieron hogueras, pues no sabían lo que la noche podía depararles; pero rodearon el campamento con una guardia de centinelas montados y algunos jinetes partieron a explorar los caminos, deslizándose como sombras entre los repliegues del terreno. La noche transcurrió lentamente, sin novedades ni alarmas. Al amanecer sonaron los cuernos y antes de una hora ya estaban otra vez en camino.

Aún no había nubes en el cielo, pero la atmósfera era pesada y demasiado calurosa para esa época del año. El sol subía velado por una bruma, perseguido palmo a palmo por una creciente oscuridad, como si un huracán se levantara en el este. Y a lo lejos, en el noroeste, otra oscuridad parecía cernirse sobre las últimas estribaciones de las Montañas Nubladas, una sombra que descendía arrastrándose desde el Valle del Mago.

Gandalf retrocedió hasta donde Legolas cabalgaba al lado de Eomer.

-Tú que tienes los ojos penetrantes de tu hermosa raza, Legolas -dijo-, capaces de distinguir a una legua un gorrión de un jilguero: dime, ¿ves algo allá a lo lejos, en el camino a Isengard?

-Muchas millas nos separan -dijo Legolas, y miró llevándose la larga mano a la frente y protegiéndose los ojos de la luz-. Veo una oscuridad. Dentro hay formas que se mueven, grandes formas lejanas a la orilla del río, pero qué son no lo puedo decir. No es una bruma ni una nube lo que me impide ver: es una sombra que algún poder extiende sobre la tierra para velarla y que avanza lentamente a lo largo del río. Es como si el crepúsculo descendiera de las colinas bajo una arboleda interminable.

-Y la tempestad de Mordor nos viene pisando los talones -dijo Gandalf -. La noche será siniestra.

En la jornada del segundo día, el aire parecía más pesado aún. Por la tarde, las nubes oscuras los alcanzaron: un palio sombrío de grandes bordes ondulantes y estrías de luz enceguedora. El sol se ocultó, rojo sangre en una espesa bruma gris. Un fuego tocó las puntas de las lanzas cuando los últimos rayos iluminaron las pendientes escarpadas del Thrihyrne, ya muy cerca, en el brazo septentrional de las Montañas Blancas: tres picos dentados que miraban al poniente. A los últimos resplandores purpúreos, los hombres de la vanguardia divisaron un punto negro, un jinete que avanzaba hacia ellos. Se detuvieron a esperarlo.

El hombre llegó, exhausto, con el yelmo abollado y el escudo hendido. Se apeó lentamente del caballo y allí se quedó, silencioso y jadeante.

-¿Está aquí Eomer? -preguntó al cabo de un rato-. Habéis llegado al fin, pero demasiado tarde y con fuerzas escasas. La suerte nos ha sido adversa después de la muerte de Théodred. Ayer, en la otra margen del Isen, sufrimos una derrota; muchos hombres perecieron al cruzar el río. Luego, al amparo de la noche, otras fuerzas atravesaron el río y atacaron el campamento. Toda Isengard ha de estar vacía; y Saruman armó a los montañeses y pastores salvajes de las Tierras Oscuras de más allá de los ríos y los lanzó contra nosotros. Nos dominaron. El muro de protección ha caído. Erkenbrand del Folde Oeste se ha replegado con todos los hombres que pudo reunir en la fortaleza del Abismo de Helm. Los demás se han dispersado.

»¿Dónde está Eomer? Decidle que no queda ninguna esperanza. Que mejor sería regresar a Edoras antes que lleguen los lobos de Isengard.

Théoden había permanecido en silencio, oculto detrás de los guardias; ahora adelantó el caballo.

¡Ven, acércate, Ceor! -dijo-. Aquí estoy yo. La última hueste de los Eorlingas se ha puesto en camino. No volverá a Edoras sin presentar batalla.

Una expresión de alegría y sorpresa iluminó el rostro del hombre. Se irguió y luego se arrodilló a los pies del rey ofreciéndole la espada mellada.

-¡Ordenad, mi Señor! -exclamó-. ¡Y perdonadme! Creía que...

-Creías que me había quedado en Meduseld, agobiado como un árbol viejo bajo la nieve de los inviernos. Así me vieron tus ojos cuando partiste para la guerra. Pero un viento del oeste ha sacudido las ramas -dijo Théoden-. ¡Dadle a este hombre otro caballo! ¡Volemos a auxiliar a Erkenbrand!

Mientras Théoden hablaba aún, Gandalf se había adelantado un trecho, y miraba hacia Isengard al norte y al sol que se ponía en el oeste.

-Adelante, Théoden - dijo regresando -. ¡Adelante hacia el Abismo de Helm! ¡No vayáis a los Vados del Isen ni os demoréis en los llanos! He de abandonaros por algún tiempo. Sombragris me llevará ahora a una misión urgente. -Volviéndose a Aragorn y Eomer, y a los hombres del séquito del rey, gritó: -¡Cuidad bien al Señor de la Marca hasta mi regreso! ¡Esperadme en la Puerta de Helm! ¡Adiós!

Le dijo una palabra a Sombragris y como una flecha disparada desde un arco, el caballo echó a correr. Apenas alcanzaron a verlo partir: un relámpago de plata en el atardecer, un viento impetuoso sobre las hierbas, una sombra que volaba y desaparecía. Crinblanca relinchó y piafó, queriendo seguirlo; pero sólo un pájaro que volara raudamente hubiera podido darle alcance.

-¿Qué significa esto? -preguntó a Háma uno de los guardias.



-Que Gandalf Capagris tiene mucha prisa -respondió Háma-. Siempre aparece y desaparece así, de improviso.

-Si Lengua de Serpiente estuviera aquí, no le sería difícil buscar una explicación -dijo el otro.

-Muy cierto -dijo Háma-, pero yo, por mi parte, esperaré hasta que lo vuelva a ver.

-Quizá tengas que esperar un largo tiempo -dijo el otro.

El ejército se desvió del camino que conducía a los Vados del Isen y se dirigió al sur. Cayó la noche y continuaron cabalgando. Las colinas se acercaban, pero ya los altos picos del Thrihyrne se desdibujaban en la oscuridad creciente del cielo. Algunas millas más allá, del otro lado del Folde Oeste, había una hondonada ancha y verde en las montañas, y desde allí un desfiladero se abría paso entre las colinas. Los lugareños lo llamaban el Abismo de Helm, en recuerdo de un héroe de antiguas guerras que había tenido allí su refugio. Cada vez más escarpado y angosto, serpeaba desde el norte y se perdía a la sombra del Thrihyrne, en los riscos poblados de cuervos que se levantaban como torres imponentes a uno y otro lado, impidiendo el paso de la luz.

En la Puerta de Helm, ante la entrada del Abismo, el risco más septentrional se prolongaba en un espolón de roca. Sobre esta estribación se alzaban unos muros de piedra altos y antiguos que circundaban una soberbia torre. Se decía que en los lejanos días de gloria de Gondor los reyes del mar habían edificado aquella fortaleza con la ayuda de gigantes. La llamaban Cuernavilla, porque los ecos de una trompeta que llamaba a la guerra desde la torre resonaban aún en el Abismo, como si unos ejércitos largamente olvidados salieran de nuevo a combatir de las cavernas y bajo las colinas. Aquellos hombres de antaño también habían edificado una muralla, desde Cuernavilla hasta el acantilado más austral, cerrando así la entrada del desfiladero. Abajo se deslizaba la Corriente del Bajo. Serpeaba a los pies de Cuernavilla y fluía luego por una garganta a través de una ancha lengua de tierra verde que descendía en pendiente desde la Puerta hasta el Abismo. De ahí caía en el Valle del Bajo y penetraba en el Valle del Folde Oeste. Allí, en Cuernavilla, a las Puertas de Helm, moraba ahora Erkenbrand, dueño y señor del Folde Oeste, en las fronteras de la Marca. Y cuando el peligro de guerra se hizo más inminente, Erkenbrand, hombre precavido, ordenó reparar las murallas y fortificar la ciudadela.

Los caballeros estaban todavía en la hondonada a la entrada del Valle del Bosque, cuando oyeron los gritos y los cuernos tonantes de los exploradores que se habían adelantado. Las flechas rasgaban, silbando, la oscuridad. Uno de los exploradores volvió al galope para anunciar que unos jinetes montados en lobos ocupaban el valle y que una horda de orcos y de hombres salvajes, procedente de los Vados del Isen, avanzaba en tropel hacia el sur y parecía encaminarse al Abismo de Helm.

-Hemos encontrado muertos a muchos de nuestros hombres que trataron de huir en esa dirección -dijo el explorador-. Y hemos tropezado con compañías desperdigadas, que erraban de un lado a otro, sin jefes que las guiaran. Nadie parecía saber qué había sido de Erkenbrand. Lo más probable es que lo capturen antes que pueda llegar a la Puerta de Helm, si es que no ha muerto todavía.

-¿Se sabe de Gandalf? -preguntó Théoden.

-Sí, señor. Muchos han visto aquí y allá a un anciano vestido de blanco y montado en un caballo que cruzaba las llanuras rápido como el viento. Algunos creían que era Saruman. Dicen que antes que cayera la noche partió rumbo a Isengard. Otros dicen que más temprano vieron a Lengua de Serpiente que iba al norte con una compañía de orcos.

-Mal fin le espera a Lengua de Serpiente si Gandalf tropieza con él -dijo Théoden-. Como quiera que sea, ahora echo de menos a mis dos consejeros, el antiguo y el nuevo. Pero en este trance, no hay otra alternativa que seguir adelante, como dijo Gandalf, hacia las Puertas de Helm, aunque Erkenbrand no esté allí. ¿Se sabe cómo es de poderoso el ejército que avanza del norte?

-Es muy grande -dijo el explorador-. El que huye cuenta a cada enemigo por dos; sin embargo, yo he hablado con hombres de corazón bien templado y estoy convencido de que el grueso del enemigo es muchas veces superior a las fuerzas con que aquí contamos.

-Entonces, démonos prisa -dijo Eomer-. Tratemos de cruzar a salvo las líneas enemigas que nos separan de la fortaleza. Hay cavernas en el Abismo de Helm donde pueden ocultarse centenares de hombres; y caminos secretos que suben por las colinas.

-No te fíes de los caminos secretos -dijo el rey-. Saruman ha estado espionando toda esta región desde hace años. Sin embargo, en ese paraje nuestra defensa puede resistir mucho tiempo. ¡En marcha!

Aragorn y Legolas iban ahora con Eomer en la vanguardia. Cabalgaban en plena noche, a paso más lento a medida que la oscuridad se hacía más profunda y el camino trepaba más escarpado hacia el sur, entre los imprecisos repliegues de las estribaciones montañosas. Encontraron pocos enemigos. De tanto en tanto se topaban con pandillas de orcos vagabundos; pero huían antes que los caballeros pudieran capturarlos o matarlos.

-No pasará mucho, me temo -dijo Eomer- antes de que el avance de las huestes del rey llegue a oídos del hombre que encabeza las tropas enemigas, Saruman o quienquiera que sea el capitán que haya puesto al frente.

Los rumores de la guerra crecían al paso de las huestes. Ahora escuchaban, como transportados en alas de la noche, unos cantos roncós. Cuando habían escalado ya un buen trecho del Valle del Bajo se volvieron a mirar y abajo vieron antorchas, innumerables puntos de luz incandescente que tachonaban los campos negros como flores rojas o que serpenteaban subiendo desde los bajíos en largas hileras titilantes. De tanto en tanto la luz estallaba, resplandeciente.

-Es un ejército muy grande y nos pisa los talones -dijo Aragorn.

-Traen fuego -dijo Théoden-, e incendian todo cuanto encuentran a su paso, niaras, cabañas y árboles. Este era un valle rico y en él prosperaban muchas heredades. ¡Ay, pobre pueblo mío!

-¡Si por lo menos fuese de día y pudiésemos caer sobre ellos como una tormenta que baja de las montañas! -dijo Aragorn-. Me avergüenza tener que huir delante de ellos.

-No tendremos que huir mucho tiempo -dijo Eomer-. Ya no estamos lejos de la Empalizada de Helm, una antigua trinchera con una muralla que protege la hondonada, a un cuarto de milla por debajo de la Puerta de Helm. Allí podremos volvernos y combatir.

-No, somos muy pocos para defender la empalizada -dijo Théoden-. Tiene por lo menos una milla de largo y el foso es demasiado ancho.

-Allí, en el foso, mantendremos nuestra retaguardia, por si nos asedian -dijo Eomer.

No había luna ni estrellas cuando los caballeros llegaron al foso de la empalizada, allí de donde salían el río y el camino ribereño que bajaban de Cuernavilla. El murallón apareció de pronto ante ellos, una sombra gigantesca del otro lado de un foso negro. Cuando subían, se oyó el grito de un centinela.

-El Señor de la Marca se encamina hacia la Puerta de Helm -respondió Eomer-. El que habla es Eomer hijo de Eomund.

-Buenas nuevas nos traes, cuando ya habíamos perdido toda esperanza -dijo el centinela. ¡Daos prisa! El enemigo os pisa los talones.

La tropa cruzó el foso y se detuvo en lo alto de la pendiente. Allí se enteraron con alegría de que Erkenbrand había dejado muchos hombres custodiando la Puerta de Helm y que más tarde también otros habían podido refugiarse allí.

-Quizá contemos con unos mil hombres aptos para combatir a pie -dijo Gamelin, un anciano que era el jefe de los que defendían la empalizada-. Pero la mayoría ha visto muchos inviernos, como yo, O demasiado pocos, como el hijo de mi hijo, aquí presente. ¿Qué noticias hay de Erkenbrand? Ayer nos llegó la voz de que se estaba replegando hacia aquí, con todo lo que se ha salvado de los mejores Caballeros del Folde Oeste. Pero no ha venido.

-Me temo que ya no pueda venir -dijo Eomer-. Nuestros exploradores no han sabido nada de él y el enemigo ocupa ahora todo el valle.

-Ojalá haya podido escapar -dijo Théoden-. Era un hombre poderoso. En él renació el temple de Helm Mano de Hierro. Pero no podemos esperararlo aquí. Hemos de concentrar todas nuestras fuerzas detrás de las murallas. ¿Tenéis provisiones suficientes? Nosotros estamos escasos de víveres, pues partimos dispuestos a librar batalla, no a soportar un sitio.

-Atrás, en las cavernas del Abismo, están las tres cuartas partes de los habitantes del Folde Oeste, viejos y jóvenes, niños y mujeres -dijo Gamelin-. Pero también hemos llevado allí provisiones en abundancia y muchas bestias, y el forraje necesario para alimentarlas.

-Habéis actuado bien -dijo Eomer-. El enemigo quema o saquea todo cuanto queda en el valle.

-Si vienen a mercar con nosotros en la Puerta de Helm, pagarán un alto precio -dijo Gamelin.

El rey y sus caballeros prosiguieron la marcha. Frente a la explanada que pasaba sobre el río se detuvieron apeándose. En una larga fila, subieron los caballos por la rampa y franquearon las puertas de Cuernavilla. Allí fueron una

vez más recibidos con júbilo y renovadas esperanzas; porque ahora había hombres suficientes para defender a la vez la empalizada y la fortaleza.

Rápidamente, Eomer desplegó a sus hombres. El rey y su séquito quedaron en Cuernavilla, donde también había muchos hombres del Folde Oeste. Pero Eomer distribuyó la mayor parte de las fuerzas sobre el Muro del Bajo y la torre, y también detrás, pues era allí donde la defensa parecía más incierta en caso de que el enemigo atacase resueltamente y con tropas numerosas. Llevaron los caballos más lejos, al Abismo, dejándolos bajo la custodia de unos pocos guardias.

El Muro del Bajo tenía veinte pies de altura y el espesor suficiente como para que cuatro hombres caminaran de frente todo a lo largo del adarve, protegido por un parapeto al que sólo podía asomarse un hombre muy alto. De tanto en tanto había troneras en el parapeto de piedra. Se llegaba a este baluarte por una escalera que descendía desde una de las puertas del patio exterior de la fortaleza; otras tres escaleras subían detrás desde el Abismo hasta la muralla; pero la fachada era lisa y las grandes piedras empalmaban unas con otras tan ajustadamente que no había en las uniones ningún posible punto de apoyo para el pie, y las de más arriba eran anfractuosas como las rocas de un acantilado tallado por el mar.

Gimli estaba apoyado contra el parapeto del muro. Legolas, sentado a sus pies, jugueteaba con el arco y escudriñaba la oscuridad.

-Esto me gusta más -dijo el enano pisando las piedras-. El corazón siempre se me anima en las cercanías de las montañas. Hay buenas rocas aquí. Esta región tiene los huesos sólidos. Podía sentirlos bajo los pies cuando subíamos desde el foso. Dadme un año y un centenar de los de mi raza y haré de este lugar un baluarte donde los ejércitos se estrellarán como un oleaje.

-No lo dudo -dijo Legolas-. Pero tú eres un enano, y los enanos son gente extraña. A mí no me gusta este lugar y sé que no me gustará más a la luz del día. Pero tú me reconfortas, Gimli, y me alegro de tenerte cerca con tus piernas robustas y tu hacha poderosa. Desearía que hubiera entre nosotros más de los de tu raza. Pero más daría aún por un centenar de arqueros del Bosque Negro. Los necesitaremos. Los Rohirrim tienen buenos arqueros a su manera, pero hay muy pocos aquí, demasiado pocos.

-Está muy oscuro para hablar de estas cosas -dijo Gimli-. En realidad, es hora de dormir. ¡Dormir! Nunca un enano tuvo tantas ganas de dormir. Cabalgar es faena pesada. Sin embargo, el hacha no se está quieta en mi mano. ¡Dadme una hilera de cabezas de orcos y espacio suficiente para blandir el hacha y todo mi cansancio desaparecerá!

El tiempo pasó, lento. A lo lejos, en el valle, ardían aún unas hogueras desperdigadas. Las huestes de Isengard avanzaban en silencio y las antorchas trepaban serpeando por la cañada en filas innumerables.

De súbito, desde la empalizada, llegaron los alaridos y los feroces gritos de guerra de los hombres. Teas encendidas asomaron por el borde y se amontonaron en el foso en una masa compacta. En seguida se dispersaron y desaparecieron. Los hombres volvían al galope a través del campo y subían por la rampa hacia Cuernavilla. La retaguardia del Folde Oeste se había visto obligada a replegarse.

-¡El enemigo está ya sobre nosotros! -dijeron-. Hemos agotado nuestras flechas y dejamos en la empalizada un tendal de orcos. Pero esto no los detendrá mucho tiempo. Ya están escalando la rampa en distintos puntos, en filas cerradas como un hormiguero en marcha. Pero les hemos enseñado a no llevar antorchas.

Había pasado ya la medianoche. El cielo era un espeso manto de negrura y la quietud del aire pesado anunciaba una tormenta. De pronto un relámpago enceguedor rasgó las nubes. Las ramas luminosas cayeron sobre las colinas del este. Durante un instante los vigías apostados en los muros vieron todo el espacio que los separaba de la empalizada: iluminado por una luz blanquísima, hervía, pululaba de formas negras, algunas burdas y achaparradas, otras gigantescas y amenazadoras, con cascos altos y escudos negros. Centenares y centenares de estas formas seguían descolgándose en tropel desde la empalizada y a través del foso. La marca oscura subía como un oleaje hasta los muros, de risco en risco. En el valle retumbó el trueno y se descargó una lluvia lacerante.

Las flechas, no menos copiosas que el aguacero, silbaban por encima de los parapetos y caían sobre las piedras restallando y chisporroteando. Algunas encontraban un blanco.

Había comenzado el ataque al Abismo de Helm, pero dentro no se oía ningún ruido, ningún desafío; nadie respondía a las flechas enemigas.

Las huestes atacantes se detuvieron, desconcertadas por la amenaza silenciosa de la piedra y el muro. A cada instante, los relámpagos desgarraban las tinieblas. De pronto, los orcos prorrumpieron en gritos agudos agitando lanzas y espadas y disparando una nube de flechas contra todo cuanto se veía por encima de los parapetos; y los hombres de la Marca, estupefactos, se asomaron sobre lo que parecía un inmenso trigal negro sacudido por un vendaval de guerra, y cada espiga era una púa erizada y centelleante.

Resonaron las trompetas de bronce. Los enemigos se abalanzaron en una marejada violenta, unos contra el Muro del Bajo, otros hacia la explanada y la rampa que subía hasta las puertas de Cuernavilla. Era un ejército de orcos gigantescos y montañeses salvajes de las Tierras Oscuras. Vacilaron un instante y luego reanudaron el ataque. El resplandor fugaz de un relámpago iluminó en los cascos y los escudos la insignia siniestra, la mano de Isengard. Llegaron a la cima de la roca; avanzaron hacia los portales.

Entonces, por fin, hubo una respuesta: una tormenta de flechas les salió al encuentro, y una granizada de pedruscos. Sorprendidos, las criaturas titubearon, se desbandaron y emprendieron la fuga; pero en seguida volvieron a la carga, dispersándose y atacando de nuevo, y cada vez, como una marea creciente, se detenían en un punto más elevado. Resonaron otra vez las trompetas y una horda saltó hacia adelante, vociferando. Llevaban los escudos en alto como formando un techo y empujaban en el centro dos troncos enormes. Tras ellos se amontonaban los arqueros orcos, lanzando una lluvia de dardos contra los arqueros apostados en los muros. Llegaron por fin a las puertas. Los maderos crujieron al resquebrajarse, cediendo a los embates de los árboles impulsados por brazos vigorosos. Si un orco caía, aplastado por una piedra que se despeñaba, otros dos corrían a reemplazarlo. Una y otra vez los grandes arietes golpearon la puerta.

Eomer y Aragorn estaban juntos, de pie sobre el Muro del Bajo. Oían el rugido de las voces y los golpes sordos de los arietes; de pronto, a la luz de un relámpago, advirtieron el peligro que amenazaba a las puertas.

-¡Vamos! -dijo Aragorn-. ¡Ha llegado la hora de las espadas!

Rápidos como el fuego, corrieron a lo largo del muro, treparon las escaleras y subieron al patio exterior en lo alto del Peñón. Mientras corrían, reunieron un puñado de valientes espadachines. En un ángulo del muro de la fortaleza había una pequeña poterna que se abría al oeste, en un punto en el que el acantilado avanzaba hacia el castillo. Un sendero estrecho y sinuoso descendía hasta la puerta principal, entre el muro y el borde casi vertical del Peñón. Eomer y Aragorn franquearon la puerta de un salto, seguidos por sus hombres. En un solo relámpago las espadas salieron de las vainas.

-¡Gúthwinë! - exclamó Eomer -. ¡Gúthwinë por la Marca!

-¡Andúril! - exclamó Aragorn -. ¡Andúril por los Dúnedain!

Atacando de costado, se precipitaron sobre los salvajes. Andúril subía y bajaba, resplandeciendo con un fuego blanco. Un grito se elevó desde el muro y la torre.

-¡Andúril! ¡Andúril va a la guerra! ¡La Espada que estuvo Rota brilla otra vez!

Aterrorizadas, las criaturas que manejaban los arietes los dejaron caer y se volvieron para combatir; pero el muro de escudos se quebró como atravesado por un rayo y los atacantes fueron barridos, abatidos o arrojados por encima del Peñón al torrente pedregoso. Los arqueros orcos dispararon sin tino todas sus flechas y luego huyeron.

Eomer y Aragorn se detuvieron un momento frente a las puertas. El trueno rugía ahora en la lejanía. Los relámpagos centelleaban aún a la distancia entre las montañas del sur. Un viento inclemente soplaba otra vez desde el norte. Las nubes se abrían y se dispersaban, y aparecieron las estrellas; y por encima de las colinas que bordeaban el Valle del Bosque la luna surcó el cielo hacia el oeste, con un brillo amarillento en los celajes de la tormenta.

-No hemos llegado a tiempo -dijo Aragorn, mirando los portales. Los golpes de los arietes habían sacado de quicio los grandes goznes y habían doblado las trancas de hierro; muchos maderos estaban rotos.

-Sin embargo, no podemos quedarnos aquí, de este lado de los muros, para defenderlos -dijo Eomer-. ¡Mira! -Señaló hacia la explanada. Una apretada turba de orcos y hombres volvía a congregarse más allá del río. Ya las flechas zumbaban y rebotaban en las piedras de alrededor. -¡Vamos! Tenemos que volver y amontonar piedras y vigas y bloquear las puertas por dentro. ¡Vamos ya!

Dieron media vuelta y echaron a correr. En ese momento, unos diez o doce orcos que habían permanecido inmóviles y como muertos entre los cadáveres, se levantaron rápida y sigilosamente, y partieron tras ellos. Dos se arrojaron al suelo y tomando a Eomer por los talones lo hicieron trastabillar y caer, y se le echaron encima. Pero una pequeña figura negra en la que nadie había reparado emergió de las sombras lanzando un grito ronco.

-*Baruk Khazâd! Khazâd ai-mênu!*

Un hacha osciló como un péndulo. Dos orcos cayeron, decapitados. El resto escapó.

En el momento en que Aragorn acudía a auxiliarlo, Eomer se levantaba trabajosamente.

Cerraron la portena y amontonando piedras barricaron los portales de hierro. Cuando todos estuvieron dentro, a salvo, Eomer se volvió.

-Te doy las gracias, Gimli hijo de Glóin! -dijo-. No sabía que tú estabas con nosotros en este encuentro. Pero más de una vez el huésped a quien nadie ha invitado demuestra ser la mejor compañía. ¿Como apareciste por allí?

-Yo os había seguido para ahuyentar el sueño -dijo Gimli-; pero miré a los montañeses y me parecieron demasiado grandes para mí; entonces me senté en una piedra a admirar la destreza de vuestras espadas.

-No me será fácil devolverte el favor que me has prestado -dijo Eomer.

-Quizá se te presenten otras muchas oportunidades antes de que pase la noche -rió el enano-. Pero estoy contento. Hasta ahora no había hachado nada más que leña desde que partí de Moria.

-¡Dos! -dijo Gimli acariciando el hacha. Había regresado a su puesto en el muro.

-¿Dos? -dijo Legolas-. Yo he hecho más que eso, aunque ahora tenga que buscar a tientas las flechas malgastadas; me he quedado sin ninguna. De todos modos, estimo en mi haber por lo menos veinte. Pero son sólo unas pocas hojas en todo un bosque.

Ahora las nubes se dispersaban rápidamente y la luna declinaba clara y luminosa. Pero la luz trajo pocas esperanzas a los Caballeros de la Marca. Las fuerzas del enemigo, antes que disminuir, parecían acrecentarse; y nuevos refuerzos llegaban al valle y cruzaban el foso. El enfrentamiento en el Peñón había sido sólo un breve respiro. El ataque contra las puertas se redobló. Las huestes de Isengard rugían como un mar embravecido contra el Muro del Bajo. Orcos y montañeses iban y venían de un extremo al otro arrojando escalas de cuerda por encima de los parapetos, con tanta rapidez que los defensores no atinaban a cortarlas o desengancharlas. Habían puesto ya centenares de largas escalas. Muchas caían rotas en pedazos, pero eran reemplazadas en seguida, y los orcos trepaban por ellas como los monos en los oscuros bosques del sur. A los pies del muro, los cadáveres y los despojos se apilaban como pedruscos en una tormenta; el lúgubre montículo crecía y crecía, pero el enemigo no cejaba.

Los hombres de Rohan empezaban a sentirse fatigados. Habían agotado todas las flechas y habían arrojado todas las lanzas; las espadas estaban melladas y los escudos hendidos. Tres veces Aragorn y Eomer consiguieron reorganizarlos y darles ánimo, y tres veces Andúril flameó en una carga desesperada que obligó al enemigo a alejarse del muro.

De pronto un clamor llegó desde atrás, desde el Abismo. Los orcos se habían escabullido como ratas hacia el canal. Allí, al amparo de los peñascos, habían esperado a que el ataque creciera y que la mayoría de los defensores estuviese en lo alto del muro. En ese momento cayeron sobre ellos. Ya algunos se habían arrojado a la garganta del Abismo y estaban entre los caballos, luchando con los guardias.

Con un grito feroz cuyo eco resonó en los riscos vecinos, Gimli saltó del muro.

-*Khazâd! Khazâd!* - Pronto tuvo en qué ocuparse. -¡Ai-oi! - gritó -. ¡Los orcos están detrás del muro! ¡Ai-oi! Ven aquí, Legolas. ¡Hay bastante para los dos! *Khazâd ai-mênu!*

Gamelin el viejo observaba desde lo alto de Cuernavilla y escuchaba por encima del tumulto la poderosa voz del enano.

-¡Los orcos están en el Abismo! -gritó-. ¡Helm! ¡Helm! ¡Adelante, Helmingas! -mientras bajaba a saltos la escalera del Peñón, seguido por numerosos hombres del Folde Oeste.

El ataque fue tan feroz como súbito y los orcos perdieron terreno. Arrinconados en los angostos desfiladeros de la garganta, todos fueron muertos o cayeron aullando al precipicio frente a los guardias de las cavernas ocultas.

-¡Veintiuno! -exclamó Gimli. Blandió el hacha con ambas manos y el último orco cayó tendido a sus pies-. ¡Ahora mi haber supera otra vez al de maese Legolas!

-Hemos de cerrar esta cueva de ratas -dijo Gamelin-. Se dice que los enanos son diestros con las piedras. ¡Ayúdanos, maestro!

-Nosotros no tallamos la piedra con hachas de guerra, ni con las uñas -dijo Gimli-. Pero ayudaré tanto como pueda.

Juntaron todos los guijarros y cantos rodados que encontraron en las cercanías y bajo la dirección de Gimli los hombres del Folde Oeste bloquearon la parte interior del canal, dejando sólo una pequeña abertura. Asfixiada en su lecho, la Corriente del Bajo, crecida por la lluvia, se agitó y burbujeó, y se expandió entre los peñascos en frías lagunas.

-Estará más seco allá arriba -dijo Gimli-. ¡Ven, Gamelin, veamos cómo marchan las cosas sobre la muralla!

Trepó al adarve y allí encontró a Legolas en compañía de Aragorn y Eomer. El elfo estaba afilando el largo puñal. Había ahora una breve tregua en el combate, pues el intento de atacar desde el agua había sido frustrado.

-¡Veintiuno! -dijo Gimli.

-¡Magnífico! - dijo Legolas -. Pero ahora mi cuenta asciende a dos docenas. Aquí arriba han trabajado los puñales.

Eomer y Aragorn se apoyaban extenuados en las espadas. A lo lejos, a la izquierda, el fragor y el clamor de la batalla volvía a elevarse en el Peñón. Pero Cuernavilla se mantenía aún intacta, como una isla en el mar. Las puertas estaban en ruinas, aunque ningún enemigo había traspuesto aún la barricada de vigas y piedras.

Aragorn contemplaba las pálidas estrellas y la luna que declinaba ahora por detrás de las colinas occidentales que cerraban el valle.

-Esta noche es larga como años -dijo-. ¿Cuánto tardará en llegar el día?

-El amanecer no está lejos -dijo Gamelin, que había subido al adarve y se encontraba ahora al lado de Aragorn-. Pero la luz del día no habrá de ayudarnos, me temo.



-Sin embargo el amanecer es siempre una esperanza para el hombre -dijo Aragorn.

-Pero estas criaturas de Isengard, estos semi-orcos y hombres-bestiales fabricados por las artes inmundas de Saruman, no retrocederán a la luz del sol -dijo Gamelin-. Tampoco lo harán los montañeses salvajes. ¿No oyes ya sus voces?

-Las oigo -dijo Eomer-, pero a mis oídos no son más que griteríos de pájaros y alaridos de bestias.

-Sin embargo hay muchos que gritan en la lengua de las Tierras Pardas -dijo Gamelin-. Yo la conozco. Es una antigua lengua de los hombres y en otros tiempos se hablaba en muchos de los valles occidentales de la Marca. ¡Escucha! Nos odian y están contentos; pues nuestra perdición les parece segura. «¡El rey, el rey!», gritan. «¡Capturaremos al rey! ¡Muerte para los Forgoil! ¡Muerte para los Cabeza-de-Paja! ¡Muerte para los ladrones del Norte!» Esos son los nombres que nos dan. No han olvidado en medio milenio la ofensa que les infligieron los señores de Gondor al otorgar la Marca a Eorl el joven y aliarse con él. Este antiguo odio ha inflamado a Saruman. Y son feroces cuando se excitan. No los detendrán las luces del alba ni las sombras del crepúsculo, hasta que hayan tomado prisionero a Théoden, o ellos mismos hayan sucumbido.

-A pesar de todo a mí el amanecer me llena de esperanzas -dijo Aragorn-. ¿No se dice acaso que ningún enemigo tomo jamás Cuernavilla, cuando la defendieron los hombres?

-Así dicen las canciones -dijo Eomer.

-¡Entonces defendámosla y confiemos! -dijo Aragorn.

Hablaban aún cuando las trompetas resonaron otra vez. Hubo un estallido atronador, una brusca llamarada y humo. Las aguas de la Corriente del Bajo se desbordaron siseando en burbujas de espuma. Un boquete acababa de abrirse en el muro y ya nada podía contenerlas. Una horda de formas oscuras irrumpió como un oleaje.

-¡Brujerías de Saruman! -gritó Aragorn-. Mientras nosotros conversábamos volvieron a meterse en el agua. ¡Han encendido bajo nuestros pies el fuego de Orthanc! ¡Elendil, Elendil! -gritó saltando al foso; pero ya había un centenar de escalas colgadas de las almenas. Desde arriba y desde abajo del muro se lanzó el último ataque: demoledor como una ola oscura sobre una duna, barrió a los defensores. Algunos de los caballeros, obligados a replegarse más y más sobre el Abismo, caían peleando, mientras retrocedían hacia las cavernas oscuras. Algunos volvieron directamente a la ciudadela.

Una ancha escalera subía del Abismo al Peñón y a la poterna de Cuernavilla. Casi al pie de esa escalera se erguía Aragorn. Andúril le centelleaba aún en la mano y el terror de la espada arrojó todavía un momento al enemigo, mientras los hombres que podían llegar a la escalera subían uno a uno hacia la puerta. Atrás, arrodillado en el peldaño más alto, estaba Legolas. Tenía el arco preparado, pero sólo había conseguido rescatar una flecha, y ahora espiaba, listo para dispararla sobre el primer orco que se atreviera a acercarse.

-Todos los que han podido escapar están ahora a salvo, Aragorn -gritó-. ¡Volvamos!

Aragorn giró sobre sus talones y se lanzó escaleras arriba, pero el cansancio le hizo tropezar y caer. Sin perder un instante, los enemigos se precipitaron a la escalera. Los orcos subían vociferando, extendiendo los largos brazos para apoderarse de Aragorn. El que iba a la cabeza cayó con la última flecha de Legolas atravesada en la garganta, pero eso no detuvo a los otros. De pronto, un peñasco enorme, lanzado desde el muro exterior, se estrelló en la escalera, arrojándolos otra vez al Abismo. Aragorn ganó la puerta, que al instante se cerró tras él con un golpe.

-Las cosas andan mal, mis amigos -dijo, enjugándose con el brazo el sudor de la frente.

-Bastante mal -dijo Legolas-, pero aún nos quedan esperanzas, mientras tú nos acompañes. ¿Dónde está Gimli?

-No sé -respondió Aragorn-. La última vez que lo vi estaba peleando detrás del muro, pero la acometida nos separó.

-¡Ay! Estas son malas noticias -dijo Legolas.

-Gimli es fuerte y valeroso -dijo Aragorn-. Esperemos que vuelva sano y salvo a las cavernas. Allí, por algún tiempo, estará seguro. Más que nosotros. Un refugio de esa naturaleza es el ideal de un enano.

-Eso es lo que espero -dijo Legolas-. Pero me gustaría que hubiera venido por aquí. Quería decirle a maese Gimli que mi cuenta asciende ahora a treinta y nueve.

-Si consigue llegar a las cavernas volverá a sobrepasarte -dijo Aragorn riendo-. Nunca vi un hacha en manos tan hábiles.

-Necesito ir en busca de algunas flechas -dijo Legolas-. Quisiera que la noche terminase de una vez, así tendría mejor luz para tomar puntería.

Aragorn entró en la ciudadela. Allí se enteró consternado de que Eomer no había regresado a Cuernavilla.

-No, no ha vuelto al Peñón -dijo uno de los hombres del Folde Oeste-. Cuando lo vi por última vez estaba reuniendo hombres y combatiendo a la entrada del Abismo. Gamelin lo acompañaba y también el enano; pero no pude acercarme a ellos.

Aragorn cruzó a grandes trancos el patio interior, y subió a una cámara alta de la torre. Allí, una silueta sombría recortada contra una ventana angosta, estaba el rey, mirando hacia el valle.

-¿Qué hay de nuevo, Aragorn? -preguntó.

-Se han apoderado del Muro del Bajo, señor, y han barrido a los defensores; pero muchos han venido a refugiarse aquí, en el Peñón.

-¿Está Eomer aquí?

-No, señor. Pero muchos de vuestros hombres se replegaron en el Abismo; y algunos dicen que Eomer estaba entre ellos. Allí, en los desfiladeros, podrían contener el avance del enemigo y llegar a las cavernas. Qué esperanzas de salvarse tendrán entonces, no lo sé.

-Más que nosotros. Provisiones en abundancia, según dicen. Y allí el aire es puro gracias a las grietas en lo alto de las paredes de roca. Nadie puede entrar por la fuerza contra hombres decididos. Podrán resistir mucho tiempo.

-Pero los orcos han traído una brujería desde Orthanc -dijo Aragorn-. Tienen un fuego que despedaza las rocas y con él tomaron el Muro. Si no

llegan a entrar en las cavernas, podrían encerrar allí a los ocupantes. Pero ahora hemos de concentrar todos nuestros pensamientos en la defensa.

-Me muero de impaciencia en esta prisión -dijo Théoden-. Si hubiera podido empuñar una lanza, cabalgando al frente de mis hombres, habría sentido quizás otra vez la alegría del combate, terminando así mis días. Pero de poco sirvo estando aquí.

-Aquí al menos estáis protegido por la fortaleza más inexpugnable de la Marca -dijo Aragorn-. Más esperanzas tenemos de defendernos aquí en Cuernavilla que en Edoras y aun allá arriba en las montañas de El Sagrario.

-Dicen que Cuernavilla no ha caído nunca bajo ningún ataque -dijo Théoden-; pero esta vez mi corazón teme. El mundo cambia y todo aquello que alguna vez parecía invencible hoy es inseguro. ¿Cómo podrá una torre resistir a fuerzas tan numerosas y a un odio tan implacable? De haber sabido que las huestes de Isengard eran tan poderosas, quizá no hubiera tenido la temeridad de salirles al encuentro, pese a todos los artificios de Gandalf. El consejo no parece ahora tan bueno como al sol de la mañana.

-No juzguéis el consejo de Gandalf, señor, hasta que todo haya terminado -dijo Aragorn.

-El fin no está lejano -dijo el rey-. Pero yo no acabaré aquí mis días, capturado como un viejo tejón en una trampa. Crinblanca y Hasufel y los caballos de mi guardia están aquí, en el patio interior. Cuando amanezca, haré sonar el cuerno de Helm, y partiré. ¿Cabalgarás conmigo, tú hijo de Arathorn? Quizá nos abramos paso, o tengamos un fin digno de una canción... si queda alguien para cantar nuestras hazañas.

-Cabalgaré con vos -dijo Aragorn.

Despidiéndose, volvió a los muros, y fue de un lado a otro reanimando a los hombres y prestando ayuda allí donde la lucha era violenta. Legolas iba con él. Allá abajo estallaban fuegos que conmovían las piedras. El enemigo seguía arrojando ganchos y tendiendo escalas. Una y otra vez los orcos llegaban a lo alto del muro exterior y otra vez eran derribados por los defensores.

Por fin llegó Aragorn a lo alto de la arcada que coronaba las grandes puertas, indiferente a los dardos del enemigo. Mirando adelante, vio que el cielo palidecía en el este. Alzó entonces la mano vacía, mostrando la palma, para indicar que deseaba parlamentar.

Los orcos vociferaban y se burlaban.

-¡Baja! ¡Baja! -le gritaban-. Si quieres hablar con nosotros, ¡baja! ¡Tráenos a tu rey! Somos los guerreros Uruk-hai. Si no viene, iremos a sacarlo de su guarida. ¡Tráenos al cobardón de tu rey!

-El rey saldrá o no, según sea su voluntad -dijo Aragorn.

-Entonces ¿qué haces tú aquí? -le dijeron-. ¿Qué miras? ¿Quieres ver la grandeza de nuestro ejército? Somos los guerreros Uruk-hai.

-He salido a mirar el alba -dijo Aragorn.

-¿Qué tiene que ver el alba? -se mofaron los orcos-. Somos los Uruk-hai; no dejamos la pelea ni de noche ni de día, ni cuando brilla el sol o ruge la tormenta. Venimos a matar, a la luz del sol o de la luna. ¿Qué tiene que ver el alba?

-Nadie sabe qué habrá de traer el nuevo día -dijo Aragorn-. Alejaos antes de que se vuelva contra vosotros.

-Baja o te abatiremos -gritaron-. Esto no es un parlamento. No tienes nada que decir.

-Todavía tengo esto que decir -respondió Aragorn-. Nunca un enemigo ha tomado Cuernavilla. Partid, de lo contrario ninguno de vosotros se salvará. Ninguno quedará con vida para llevarlas noticias al Norte. No sabéis qué peligro os amenaza.

Era tal la fuerza y la majestad que irradiaba Aragorn allí de pie, a solas, en lo alto de las puertas destruidas, ante el ejército de sus enemigos, que muchos de los montañeses salvajes vacilaron y miraron por encima del hombro hacia el valle y otros echaron miradas indecisas al cielo. Pero los orcos se reían estrepitosamente; y una salva de dardos y flechas silbó por encima del muro, en el momento en que Aragorn bajaba de un salto.

Hubo un rugido y una intensa llamarada. La bóveda de la puerta en la que había estado encaramado se derrumbó convertida en polvo y humo. La barricada se desperdigó como herida por el rayo. Aragorn corrió a la torre del rey.

Pero en el momento mismo en que la puerta se desmoronaba y los orcos aullaban alrededor preparándose a atacar, un murmullo se elevó detrás de ellos, como un viento en la distancia, y creció hasta convertirse en un clamor de muchas voces que anunciaban extrañas nuevas en el amanecer. Los orcos, oyendo desde el Peñón aquel rumor doliente, vacilaron y miraron atrás. Y entonces, súbito y terrible, el gran cuerno de Helm resonó en lo alto de la torre.

Todos los que oyeron el ruido se estremecieron. Muchos orcos se arrojaron al suelo boca abajo, tapándose las orejas con las garras. Y desde el fondo del Abismo retumbaron los ecos, como si en cada acantilado y en cada colina un poderoso heraldo soplara una trompeta vibrante. Pero los hombres apostados en los muros levantaron la cabeza y escucharon asombrados: aquellos ecos no morían. Sin cesar resonaban los cuernos de colina en colina; ahora más cercanos y potentes, respondiéndose unos a otros, feroces y libres.

-¡Helm! ¡Helm! -gritaron los caballeros-. ¡Helm ha despertado y retorna a la guerra! ¡Helm ayuda al Rey Théoden!

En medio de este clamor, apareció el rey. Montaba un caballo blanco como la nieve; de oro era el escudo y larga la lanza. A su diestra iba Aragorn, el heredero de Elendil, y tras él cabalgaban los señores de la Casa de Eorl el joven. La luz se hizo en el cielo. Partió la noche.

-¡Adelante, Eorlingas!

Con un grito y un gran estrépito se lanzaron al ataque. Rugientes y veloces salían por los portales, cubrían la explanada y arrasaban a las huestes de Isengard como un viento entre las hierbas. Tras ellos llegaban desde el Abismo los gritos roncros de los hombres que irrumpían de las cavernas persiguiendo a los enemigos. Todos los hombres que habían quedado en el Peñón se volcaron como un torrente sobre el valle. Y la voz potente de los cuernos seguía retumbando en las colinas.

Avanzaban galopando sin trabas, el rey y sus caballeros. Capitanes y soldados caían o huían delante de la tropa. Ni los orcos, ni los hombres podían resistir el ataque. Corrían, de cara al valle y de espaldas a las espadas y las lanzas de los jinetes. Gritaban y gemían, pues la luz del amanecer había traído pánico y desconcierto.

Así partió el Rey Théoden de la Puerta de Helm y así se abrió paso hacia la empalizada. Allí la compañía se detuvo. La luz crecía alrededor. Los rayos del sol encendían las colinas orientales y centelleaban en las lanzas. Los jinetes, inmóviles y silenciosos, contemplaron largamente el Valle del Bajo.

El paisaje había cambiado. Donde antes se extendiera un valle verde, cuyas laderas herbosas trepaban por las colinas cada vez más altas, ahora había un bosque. Hileras e hileras de grandes árboles, desnudos y silenciosos, de ramaje enmarañado y cabezas blanquecinas; las raíces nudosas se perdían entre las altas hierbas verdes. Bajo la fronda todo era oscuridad. Un trecho de no más de un cuarto de milla separaba a la empalizada del linde de aquel bosque. Allí se escondían ahora las arrogantes huestes de Saruman, aterrorizadas por el rey tanto como por los árboles. Como un torrente habían bajado desde la Puerta de Helm hasta que ni uno solo quedó más arriba de la empalizada; pero allá abajo se amontonaban como un hervidero de moscas. Reptaban y se aferraban a las paredes del valle tratando en vano de escapar. Al este la ladera era demasiado escarpada y pedregosa; a la izquierda, desde el oeste., avanzaba hacia ellos el destino inexorable.

De improviso, en una cima apareció un jinete vestido de blanco y resplandeciente al sol del amanecer. Más abajo, en las colinas, sonaron los cuernos. Tras el jinete un millar de hombres a pie, espada en mano, bajaba de prisa las largas pendientes. Un hombre recio y de elevada estatura marchaba entre ellos. Llevaba un escudo rojo. Cuando llegó a la orilla del valle se llevó a los labios un gran cuerno negro y sopló con todas sus fuerzas.

-¡Erkenbrand! -gritaron los caballeros-. ¡Erkenbrand! ¡Contemplad al Caballero Blanco! -gritó Aragorn Gandalf ha vuelto!

-¡Mithrandir, Mithrandir! -dijo Legolas-. ¡Esto es magia pura! ¡Venid! Quisiera ver este bosque, antes que cambie el sortilegio.

Las huestes de Isengard aullaron, yendo de un lado a otro, pasando de un miedo a otro. Nuevamente sonó el cuerno de la torre. Y la compañía del rey se lanzó a la carga a través del foso de la empalizada. Y desde las colinas bajaba, saltando, Erkenbrand, señor del Folde Oeste. Y también bajaba Sombragris, brincando como un ciervo que corretea sin miedo por las montañas. Allá estaba el Caballero Blanco y el terror de esta aparición enloqueció al enemigo. Los salvajes montañeses caían de bruces. Los orcos se tambaleaban y gritaban y arrojaban al suelo las espadas y las lanzas. Huían como un humo negro arrastrado por un vendaval. Pasaron, gimiendo, bajo la acechante sombra de los árboles; y de esa sombra ninguno volvió a salir.

## EL CAMINO DE ISENGARD

Así, en el prado verde a orillas de la Corriente del Bajo, volvieron a encontrarse, a la luz de una hermosa mañana, el rey Théoden y Gandalf, el Caballero Blanco. Estaban con ellos Aragorn hijo de Arathorn, y Legolas el elfo, y Erkenbrand del Folde Oeste, y los señores del Palacio de Oro. Los rodeaban los Rohirrim, los jinetes de la Marca; una impresión de maravilla prevalecía de algún modo sobre el júbilo de la victoria y los ojos de todos se volvían al bosque.

De pronto se oyó un clamor y los compañeros que el enemigo había arrastrado al Abismo descendieron de la empalizada: Gamelin el Viejo, Eomer hijo de Eomund, y junto con ellos Gimli el enano. No llevaba yelmo y una venda manchada de sangre le envolvía la cabeza; pero la voz era firme y sonora.

-¡Cuarenta y dos, maese Legolas! -gritó-. ¡Ay! ¡Se me ha mellado el hacha! El cuadragésimo segundo tenía un capacete de hierro. ¿Y a ti cómo te ha ido?

-Me has ganado por un tanto -respondió Legolas-. Pero no te celo ¡tan contento estoy de verte todavía en pie!

-¡Bien venido, Eomer, hijo de mi hermana! -dijo Théoden-. Ahora que te veo sano y salvo, me alegro de veras.

-¡Salve, Señor de la Marca! -dijo Eomer-. La noche oscura ha pasado y una vez más ha llegado el día. Pero el día ha traído extrañas nuevas. -Se volvió y miró con asombro, primero el bosque y luego a Gandalf. - Otra vez has vuelto de improviso, en una hora de necesidad -dijo.

-¿De improviso? - replicó Gandalf -. Dije que volvería y que me reuniría aquí con vosotros.

-Pero no dijiste la hora, ni la forma en que aparecerías. Extraña ayuda nos traes. ¡Eres poderoso en la magia, Gandalf el Blanco!

-Tal vez. Pero si lo soy, aún no lo he demostrado. No he hecho más que dar buenos consejos en el peligro y aprovechar la ligereza de Sombragris. Más valieron vuestro coraje y las piernas vigorosas de los hombres del Folde Oeste, marchando en la noche.

Y entonces todos contemplaron a Gandalf con un asombro todavía mayor. Algunos echaban miradas sombrías al bosque y se pasaban la mano por la frente, como si pensaran que Gandalf no veía lo mismo que ellos.

Gandalf soltó una larga y alegre carcajada.

-¿Los árboles? - dijo -. No, yo veo el bosque como lo veis vosotros. Pero esto no es obra mía, sino algo que está más allá de los designios de los sabios. Los acontecimientos se han desarrollado mejor de lo que yo había previsto y hasta han sobrepasado mis esperanzas.

-Entonces, si no has sido tú, ¿quién ha obrado esta magia? -preguntó Théoden-. No Saruman, eso es evidente. ¿Habría acaso algún sabio todavía más poderoso, del que nunca oímos hablar?

-No es magia, sino un poder mucho más antiguo -dijo Gandalf un poder que recorría antaño la tierra, mucho antes que los elfos cantaran, o repicara el martillo.

*Mucho antes que se conociera el hierro o se hachasen los árboles;*

*cuando la montaña era joven aún bajo la luna;  
mucho antes que se forjase el Anillo, o que se urdiere el infortunio,  
ya en tiempos remotos recorría los bosques.*

-¿Y qué respuesta tiene tu acertijo? -le preguntó Théoden.

-Para conocerla tendrás que venir conmigo a Isengard -respondió Gandalf.

-¿A Isengard? -exclamaron todos.

-Sí -dijo Gandalf-. Volveré a Isengard y quien lo desee puede acompañarme. Allí veremos extrañas cosas.

-Pero aun cuando pudiéramos reunirlos a todos y curarles las heridas y la fatiga, no hay suficientes hombres en la Marca para atacar la fortaleza de Saruman -dijo Théoden.

-De todas maneras, yo iré a Isengard -dijo Gandalf-. No me quedaré allí mucho tiempo. Ahora mi camino me lleva al este. ¡Buscadme en Edoras, antes de la luna menguante!

-¡No! -dijo Théoden-. En la hora oscura que precede al alba dudé de ti, pero ahora no volveremos a separarnos. Iré contigo, si tal es tu consejo.

-Quiero hablar con Saruman tan pronto como sea posible -dijo Gandalf-, y como el daño que te ha causado es grande, vuestra presencia sería oportuna. Pero ¿cuándo y con qué ligereza podríais ponerlos en marcha?

-La batalla ha extenuado a mis hombres -dijo el rey-, y también yo estoy cansado. He cabalgado mucho y he dormido poco. ¡Ay! mi vejez no es fingida, ni tan sólo el resultado de los cuchicheos de Lengua de Serpiente. Es un mal que ningún médico podrá curar por completo, ni aun siquiera el propio Gandalf.

-Entonces, aquellos que hayan decidido acompañarme, que descansen ahora -dijo Gandalf-. Viajaremos en la oscuridad de la noche. Mejor así, pues de ahora en adelante todas nuestras idas y venidas se harán dentro del mayor secreto. Pero no preparéis una gran escolta, Théoden. Vamos a parlamentar, no a combatir.

El rey escogió entonces a aquéllos de sus caballeros que no estaban heridos y que tenían caballos rápidos, y los envió a proclamar la buena nueva de la victoria en todos los valles de la Marca; y a convocar con urgencia en Edoras a todos los hombres, jóvenes o viejos. Allí el Señor de la Marca reuniría a todos los jinetes capaces de llevar armas, en el día segundo después de la luna llena. Para que lo escoltaran a caballo en el viaje a Isengard, el rey eligió a Eomer y a veinte hombres de su propio séquito. Junto con Gandalf irían Aragorn y Legolas, y también Gimli. Aunque herido, el enano se resistió a que lo dejaran atrás.

-Fue apenas un golpe y el almete lo desvió -dijo-. El rasguño de un orco no es bastante para retenerme.

-Yo te curaré mientras descansas -le dijo Aragorn.

El rey volvió entonces a Cuernavilla y durmió con un sueño apacible, que no conocía desde hacía años. Los hombres que había elegido como escolta descansaron también. Pero a los otros, los que no estaban heridos, les tocó una penosa tarea; pues muchos habían caído en la batalla y yacían muertos en el campo o en el Abismo.

Ni un solo orco había quedado con vida; y los cadáveres eran incontables. Pero muchos de los montañeses se habían rendido, aterrorizados, y pedían clemencia.

Los hombres de la Marca los despojaron de las armas y los pusieron a trabajar.

-Ayudad ahora a reparar el mal del que habéis sido cómplices -les dijo Erkenbrand-; más tarde prestaréis juramento de que no volveréis a cruzar en armas los Vados del Isen, ni a aliaros con los enemigos de los hombres: entonces quedaréis en libertad de volver a vuestro país. Pues habéis sido engañados por Saruman. Muchos de los vuestros no han conocido otra recompensa que la muerte por haber confiado en él; pero si hubierais sido los vencedores, tampoco sería más generosa vuestra paga.

Los hombres de las Tierras Pardas escuchaban estupefactos, pues Saruman les había dicho que los hombres de Rohan eran crueles y quemaban vivos a los prisioneros.

En el campo de batalla, frente a Cuernavilla, levantaron dos túmulos, y enterraron en ellos a todos los jinetes de la Marca que habían caído en la defensa, los de los Valles del Este de un lado y los del Folde Oeste del otro. En una tumba a la sombra de Cuernavilla, sepultaron a Háma, capitán de la guardia del Rey. Había caído frente a la Puerta.

Los cadáveres de los orcos los amontonaron en grandes pilas, a una buena distancia de los túmulos de los hombres, no lejos del linde del bosque. Pero a todos inquietaba la presencia de esos montones de carroña, demasiado grandes para que ellos pudieran quemarlos o enterrarlos. La leña de que disponían era escasa, pero ninguno se hubiera atrevido a levantar el hacha contra aquellos árboles, aun cuando Gandalf no les hubiese advertido sobre el peligro de hacerles daño, de herir las ramas o las cortezas.

-Dejemos a los orcos donde están -dijo Gandalf-. Quizá la mañana traiga nuevos consejos.

Durante la tarde la compañía del Rey se preparó para la partida. La tarea de enterrar a los muertos había comenzado apenas; y Théoden lloró la pérdida de Háma, su capitán, y arrojó el primer puñado de tierra sobre la sepultura.

-Un gran daño me ha infligido en verdad Saruman, a mí y a toda esta comarca -dijo-; y no lo olvidaré, cuando nos encontremos frente a frente.

Ya el sol se acercaba a las crestas de las colinas occidentales que rodeaban el Valle del Bajo, cuando Théoden y Gandalf y sus compañeros montaron al fin y descendieron desde la empalizada. Toda una multitud se había congregado allí; los jinetes y los habitantes del Folde Oeste, los viejos y los jóvenes, las mujeres y los niños, todos habían salido de las cavernas a despedirlos. Con voces cristalinas entonaron un canto de victoria; de improviso, todos callaron, preguntándose qué ocurriría, pues ahora miraban hacia los árboles y estaban asustados.

La tropa llegó al bosque y se detuvo; caballos y hombres se resistían a entrar. Los árboles, grises y amenazantes, estaban envueltos en una niebla o una sombra. Los extremos de las ramas largas y ondulantes pendían como dedos que buscaban en la tierra, las raíces asomaban como miembros de monstruos desconocidos, en los que se abrían cavernas tenebrosas. Pero



Gandalf continuó avanzando, al frente de la compañía, y en el punto en que el camino de Cuernavilla se unía a los árboles vieron de pronto una abertura que parecía una bóveda disimulada por unas ramas espesas: por ella entró Gandalf y todos lo siguieron. Entonces vieron con asombro que el camino continuaba junto con la Corriente del Bajo: y arriba aparecía el cielo abierto, dorado y luminoso. Pero a ambos lados del camino el crepúsculo invadía ya las grandes naves del bosque que se extendían perdiéndose en sombras impenetrables; allí escucharon los cuchicheos y gemidos de las ramas, y gritos distantes, y un rumor de voces inarticuladas, de murmullos airados. No había a la vista orcos, ni ninguna otra criatura viviente.

Legolas y Gimli iban montados en el mismo caballo; y no se alejaban de Gandalf, pues el bosque atemorizaba a Gimli.

-Hace calor aquí dentro -le dijo Legolas a Gandalf-. Siento a mi alrededor la presencia de una cólera inmensa. ¿No te late a ti el aire en los oídos?

-Sí -respondió Gandalf.

-¿Qué habrá sido de los miserables orcos? -le preguntó Legolas. -Eso, creo, nunca se sabrá -dijo Gandalf.

Cabalgaron un rato en silencio; pero Legolas no dejaba de mirar a los lados y si Gimli no se lo hubiese impedido, se habría detenido más de una vez a escuchar los rumores del bosque.

-Son los árboles más extraños que he visto en mi vida -dijo-; y eso que he visto crecer a muchos robles, de la bellota a la vejez. Me hubiera gustado poder detenerme un momento ahora y pasearme entre ellos; tienen voces y quizá con el tiempo llegaría a entender lo que piensan.

-¡No, no! -dijo Gimli-. ¡Déjalos tranquilos! Yo ya he adivinado lo que piensan: odian a todo cuanto camina sobre dos pies; y hablan de triturar y estrangular.

-No a todo cuanto camina sobre dos pies -dijo Legolas-. En eso creo que te equivocas. Es a los orcos a quienes aborrecen. No han nacido aquí y poco saben de elfos y de hombres. Los valles donde crecen son sitios remotos. De los profundos valles de Fangorn, Gimli, de allí es de donde vienen, sospecho.

-Entonces éste es el bosque más peligroso de la Tierra Media -dijo Gimli-. Tendría que estarles agradecido por lo que hicieron, pero no los quiero de veras. A ti pueden parecerse maravillosos, pero yo he visto en esta región cosas más extraordinarias, más hermosas que todos los bosques y claros. ¡Extraños son los modos y costumbres de los hombres, Legolas! Tienen aquí una de las maravillas del Mundo Septentrional, ¿y qué dicen de ella? ¡Cavernas, la llaman! ¡Refugios para tiempo de guerra, depósitos de forraje! ¿Sabes, mi buen Legolas, que las cavernas subterráneas del Abismo de Helm son vastas y hermosas? Habría un incesante peregrinaje de enanos y sólo para venir a verlas, si se supiera que existen. Sí, en verdad, ¡pagarían oro puro por echarles una sola mirada!

-Y yo pagaría oro puro por lo contrario -dijo Legolas -, y el doble porque me sacaran de allí, si llegara a extraviarme.

-No las has visto y te perdono la gracia -replicó Gimli-. Pero hablas como un tonto. ¿Te parecen hermosas las estancias de tu rey al pie de la colina en el Bosque Negro, que los enanos ayudaron a construir hace tiempo? Son covachas comparadas con las cavernas que he visto aquí: salas inconmensurables, pobladas de la música eterna del agua que tintinea en las lagunas, tan maravillosas como Kheled-zâram a la luz de las estrellas.

»Y cuando se encienden las antorchas, Legolas, y los hombres caminan por los suelos de arena bajo las bóvedas resonantes, ah, entonces, Legolas, gemas y cristales y filones de mineral precioso centellean en las paredes pulidas; y la luz resplandece en las vetas de los mármoles nacarados, luminosos como las manos de la Reina Galadriel. Hay columnas de nieve, de azafrán y rosicler, Legolas, talladas con formas que parecen sueños; brotan de los suelos multicolores para unirse a las colgaduras resplandecientes: alas, cordeles, velos sutiles como nubes cristalizadas; lanzas, pendones, ¡pináculos de palacios colgantes! Unos lagos serenos reflejan esas figuras: un mundo titilante emerge de las aguas sombrías cubiertas de límpidos cristales; ciudades, como jamás Durin hubiera podido imaginar en sus sueños, se extienden a través de avenidas y patios y pórticos, hasta los nichos oscuros donde jamás llega la luz. De pronto ¡pim!, cae una gota de plata, y las ondas se encrespan bajo el cristal y todas las torres se inclinan y tiemblan como las algas y los corales en una gruta marina. Luego llega la noche: las visiones tiemblan y se desvanecen; las antorchas se encienden en otra sala, en otro sueño. Los salones se suceden, Legolas, un recinto se abre a otro, una bóveda sigue a otra bóveda y una escalera a otra escalera, y los senderos sinuosos llevan al corazón de la montaría. ¡Cavernas! ¡Las Cavernas del Abismo de Helm! ¡Feliz ha sido la suerte que hasta aquí me trajo! Lloro ahora al tener que dejarlas.

-Entonces -dijo el elfo- como consuelo, te desearé esta buena fortuna, Gimli, que vuelvas sano y salvo de la guerra y así podrás verlas otra vez. ¡Pero no se lo cuentes a todos los tuyos! Por lo que tú dices, poco tienen que hacer. Quizá los hombres de estas tierras callan por prudencia: una sola familia de activos enanos provistos de martillo y escoplo harían quizá más daño que bien.

-No, tú no me comprendes -dijo Gimli-. Ningún enano permanecería impasible ante tanta belleza. Ninguno de la raza de Durin excavaría estas grutas para extraer piedra o mineral, ni aunque hubiera ahí oro y diamantes. Si vosotros queréis leña ¿cortáis acaso las ramas florecidas de los árboles? Nosotros cuidaríamos estos claros de piedra florecida, no los arruinaríamos. Con arte y delicadeza, a pequeños golpes, nada más que una astilla de piedra, tal vez, en toda una ansiosa jornada: ese sería nuestro trabajo y con el correr de los años abriríamos nuevos caminos y descubriríamos salas lejanas que aún están a oscuras y que vemos apenas como un vacío más allá de las fisuras de la roca. ¡Y luces, Legolas! Crearíamos luces, lámparas como las que resplandecían antaño en Khazad-dûm; y entonces podríamos, según nuestros deseos, alejar a la noche que mora allí desde que se edificaron las montañas, o hacerla volver, a la hora del reposo.

-Me has emocionado, Gimli -dijo Legolas-. Nunca te había oído hablar así. Casi lamento no haber visto esas cavernas. ¡Bien! Hagamos un pacto: si los dos regresamos sanos y salvos de los peligros que nos esperan, viajaremos algún tiempo juntos. Tú visitarás Fangorn conmigo y luego yo vendré contigo a ver el Abismo de Helm.

-No sería ése el camino que yo elegiría para regresar -dijo Gimli-. Pero soportaré la visita a Fangorn, si prometes volver a las cavernas y compartir conmigo esa maravilla.

-Cuentas con mi promesa - dijo Legolas -. Mas ¡ay! Ahora hemos de olvidar por algún tiempo el bosque y las cavernas. ¡Mira! Ya llegamos a la orilla del bosque. ¿A qué distancia estamos ahora de Isengard, Gandalf?

-A unas quince leguas, a vuelo de los cuervos de Saruman -dijo Gandalf -; cinco desde la desembocadura del Valle del Bajo hasta los Vados; y diez más desde allí hasta las puertas de Isengard. Pero no marcharemos toda la noche.

-Y cuando lleguemos allí, ¿qué veremos? -preguntó Gimli-. Quizá tú lo sepas, pero yo no puedo imaginarlo.

-Tampoco yo lo sé con certeza -le respondió el mago-. Yo estaba allí ayer al caer de la noche, pero desde entonces pueden haber ocurrido muchas cosas. Sin embargo, creo que no diréis que el viaje ha sido en vano, ni aunque hayamos tenido que abandonar las Cavernas Centelleantes de Aglarond.

Al fin la compañía dejó atrás los árboles y se encontró en el fondo del Valle del Bajo, donde el camino que descendía del Abismo de Helm se bifurcaba de un lado al este, hacia Edoras, y del otro al norte, hacia los Vados del Isen. Legolas, que cabalgaba a orillas del bosque, se detuvo y volvió tristemente la cabeza. De pronto lanzó un grito.

-¡Hay ojos! - exclamó -. ¡Ojos que espían desde las sombras de las ramas! Nunca vi ojos semejantes.

Los otros, sorprendidos por el grito, pararon las cabalgaduras y se dieron vuelta; pero Legolas se preparaba a volver atrás.

-¡No, no! -gritó Gimli -. ¡Haz lo que quieras si te has vuelto loco, pero antes déjame bajar del caballo! ¡No quiero ver los ojos!

-¡Quédate, Legolas Hojaverde! -dijo Gandalf-. ¡No vuelvas al bosque, aún no! No es aún el momento.

Mientras Gandalf hablaba aún, tres formas extraigas salieron de entre los árboles. Altos como trolls (doce pies o más), de cuerpos vigorosos, recios como árboles jóvenes, parecían vestidos con prendas ceñidas de tela o de piel gris y parda. Los brazos y las piernas eran largos, y las manos de muchos dedos. Tenían los cabellos tiesos y la barba verdegris, como de musgo. Miraban con ojos graves, pero no a los jinetes: estaban vueltos hacia el norte. De improviso ahuecaron las largas manos alrededor de la boca y emitieron una serie de llamadas sonoras, límpidas como las notas de un cuerno, pero más musicales y variadas. Al instante se oyó la respuesta; y al volver una vez más la cabeza los viajeros vieron otras criaturas de la misma especie que se acercaban desde el norte. Cruzaban la hierba con paso vivo, semejantes a garzas que vadearan una corriente, pero más veloces, pues el movimiento de las largas piernas era más rápido que el aleteo de las garzas. Los jinetes prorrumpieron en gritos de asombro y algunos echaron mano a las espadas.

-Las armas están de más -dijo Gandalf -. Son simples pastores. No son enemigos y en realidad no les importamos.

Y al parecer decía la verdad; pues mientras Gandalf hablaba, las altas criaturas, sin ni siquiera echar una mirada a los jinetes, se internaron en el bosque y desaparecieron.

-¡Pastores! - dijo Théoden -. ¿Dónde están los rebaños? ¿Qué son, Gandalf? Pues es evidente que tú *los conoces*.

-Son los pastores de los árboles -respondió Gandalf-. ¿Tanto hace que no os sentáis junto al fuego a escuchar las leyendas? Hay en vuestro reino niños que del enmarañado ovillo de la historia podrían sacar la respuesta a esa pregunta. Habéis visto a los ents, oh rey, los ents del Bosque de Fangorn, el que en vuestra lengua llamáis el Bosque de los Ents. ¿O creéis que le han

puesto ese nombre por pura fantasía? No, Théoden, no es así: para ellos vosotros no sois más que historia pasajera; poco o nada les interesan todos los años que van desde Eorl el joven a Théoden el Vicio, y a los ojos de los ents todas las glorias de vuestra casa son en verdad muy pequeña cosa.

El rey guardó silencio.

-¡Ents! -dijo al fin-. Fuera de las sombras de la leyenda empiezo a entender, *me parece*, la maravilla *de estos árboles*. He vivido para conocer días extraños. Durante mucho tiempo hemos cuidado de nuestras bestias y nuestras praderas, y edificamos casas y forjamos herramientas y prestamos ayuda en las guerras de Minas Tirith, Y a eso llamábamos la vida *de los* hombres, las cosas del mundo. Poco nos interesaba lo que había más allá de las fronteras de nuestra tierra. Hay canciones que hablan de esas cosas, pero las hemos olvidado, y sólo se las enseñamos a los niños por simple costumbre. Y ahora las canciones aparecen entre nosotros en parajes extraños, caminan a la luz del sol.

-Tendríais que alegraros, Rey Théoden - dijo Gandalf -. Porque no es sólo la pequeña vida de los hombres la que está hoy amenazada, sino también la vida de todas esas criaturas que para vos eran sólo una leyenda. No os faltan aliados, Théoden, aunque ignoréis que existan.

-Sin embargo, también tendría que entristecerme -dijo Théoden-, porque cualquiera que sea la suerte que la guerra nos depare, ¿no es posible que al fin muchas bellezas y maravillas de la Tierra Media desaparezcan para siempre?

-Es posible -dijo Gandalf -. El *mal* que ha *causado* Sauron jamás será reparado por completo, ni borrado como si nunca hubiese existido. Pero el destino nos ha traído días como éstos. ¡Continuemos nuestra marcha!

Alejándose del Valle, tomaron la ruta que conducía a los Vados. Legolas los siguió de mala gana. Hundido ya detrás de las orillas del mundo, el sol se había puesto; pero cuando salieron de entre las sombras de las colinas y volvieron la mirada al este, hacia la Quebrada de Rohan, el cielo estaba todavía rojo y un resplandor incandescente iluminaba las nubes que flotaban a la deriva. Oscuros contra el cielo, giraban y planeaban numerosos pájaros de alas negras. Algunos pasaron lanzando gritos lúgubres por encima de los viajeros, de regreso a los nidos entre las rocas.

-Las aves de rapiña han estado ocupadas en el campo de batalla -dijo Eomer.

Cabalgaban a un trote lento mientras la oscuridad envolvía las llanuras de alrededor. La luna ascendía, ahora en creciente, y a la fría luz de plata las praderas se movían subiendo y bajando como el oleaje de un mar inmenso y gris. Habían cabalgado unas cuatro horas desde la encrucijada cuando vieron los Vados. Largas y rápidas pendientes descendían hasta un bajío pedregoso del río, entre terrazas altas y herbosas. Transportado por el viento, les llegó el aullido de los lobos y sintieron una congoja en el corazón recordando a los hombres que habían muerto allí combatiendo.

El camino se hundía entre terrazas y barrancas verdes cada vez más altas, hasta la orilla del río, para volver a subir en la otra margen. Tres hileras de piedras planas y escalonadas atravesaban la corriente y entre ellas corrían los vados para los caballos, que desde ambas riberas llegaban a un islote desnudo en el centro del río. Extraño les pareció el cruce cuando lo vieron de cerca: en los Vados siempre había remolinos, el agua canturreaba entre las piedras.

Ahora estaba quieta y en silencio. En los lechos, casi secos, asomaban los cantos rodados y la arena gris.

-Qué sitio tan desolado -dijo Eomer-. ¿Qué mal aqueja a este río? Muchas cosas hermosas ha estropeado Saruman: ¿habrá destruido también los manantiales del Isen?

-Así parece -dijo Gandalf.

-¡Ay! - dijo Théoden -. ¿Es preciso que crucemos por aquí, donde las bestias de rapiña han devorado a tantos jinetes de la Marca?

-Este es nuestro camino -dijo Gandalf-. Cruel es la pérdida de vuestros hombres, pero veréis que al menos no los devorarán los lobos de las montañas. Es con sus amigos, los orcos, con quienes se ceban en sus festines; así entienden la amistad los de su especie. ¡Seguidme!

Cuando comenzaron a vadear el río, los lobos dejaron de aullar y se alejaron escurriéndose. Las figuras de Gandalf a la luz de la luna y de Sombragris, que centelleaba como la plata, habían espantado a los lobos. Al llegar al islote vieron los ojos relucientes de las bestias, que espiaban desde las orillas, entre las sombras.

-¡Mirad! -dijo Gandalf -. Gente amiga ha estado por aquí, trabajando.

Y vieron un túmulo en el centro del islote, rodeado de piedras y de lanzas enhiestas.

-Aquí yacen todos los Hombres de la Marca que cayeron en estos parajes - dijo Gandalf.

-¡Que descansen en paz! -dijo Eomer-. ¡Y que cuando estas lanzas se pudran y se cubran de herrumbre, sobreviva largo tiempo este túmulo custodiando los Vados del Isen!

-¿También esto es obra tuya, Gandalf, amigo mío? -preguntó Théoden-. ¡Mucho has hecho en una noche y un día!

-Con la ayuda de Sombragris... ¡y de otros! -dijo Gandalf-. He cabalgado rápido y lejos. Pero aquí, junto a este túmulo, os *diré algo* que podrá confortaros: muchos cayeron en las batallas de los Vados, pero no tantos como se dice. Más fueron los que se dispersaron que los muertos; y yo he vuelto a reunir a todos los que pude encontrar. A algunos *les ordené* que se unieran a Erkenbrand; a otros les encomendé la tarea que aquí veis, y ahora ya han de estar de regreso en Edoras. También a muchos otros envié antes a Edoras a defender vuestra casa. Sabía que Saruman había lanzado contra vos todas sus fuerzas y que sus servidores habían abandonado otras tareas para marchar al Abismo de Helm; no vi en todo el territorio ni uno solo de nuestros enemigos; yo temía, sin embargo, que quienes cabalgaban a lomo de lobo y los saqueadores pudieran llegar a Meduseld, y que la encontrasen indefensa. Pero ahora creo que no hay nada que temer; la casa *estará* allí para *datos* la bienvenida a vuestro regreso.

-Y me hará muy feliz verla de nuevo -dijo Théoden-, aunque poco tiempo me resta para vivir en ella.

Así la compañía dijo adiós a la isla y al túmulo, y cruzó el río, y subió la barranca de la orilla opuesta. Y una vez más reanudaron la cabalgata, felices de haber dejado atrás los Vados lúgubres. Y mientras se alejaban, otra vez se oyó en la noche el aullido de los lobos.

Una antigua carretera descendía de Isengard a los Vados. Durante cierto trecho corría a la vera del río, curvándose con él hacia el este y luego hacia el norte; pero en el último tramo se desviaba e iba en línea recta hasta las puertas

de Isengard; y éstas se alzaban en la ladera occidental del valle, a unas quince millas o más de la entrada. Siguieron a lo largo de este antiguo camino, pero no cabalgaron por él; pues el terreno era a *los lados* firme y llano, cubierto a lo largo de muchas millas de una hierba corta y tierna. Pudieron así cabalgar más de prisa y hacia la medianoche se habían alejado ya casi cinco leguas de los Vados. Se detuvieron entonces, dando por concluida la travesía de aquella noche, pues el rey se sentía cansado. Estaban al *pie de las Montañas Nubladas* y el Nan Curunir tendía los largos brazos para recibirlos. Oscuro se abría ante ellos el valle; la luz de la luna, que descendía hacia el oeste, se escondía detrás de las montañas. Pero de las profundas sombras del valle brotaba una larga espiral de humo y de vapor; y al elevarse, tocaba los rayos de la luna y se dispersaba en ondas negras y plateadas por el cielo estrellado.

-¿Qué piensas, Gandalf? -preguntó Aragorn-. Se diría que todo el Valle del Mago está en llamas.

-Siempre flota una humareda sobre el valle en estos tiempos -dijo Eomer-, pero nunca vi antes nada parecido. Más que humos son vapores. Saruman ha de estar preparando algún maleficio para darnos la bienvenida. Tal vez esté hirviendo todas las aguas del Isen y por eso está seco el río.

-Es probable -dijo Gandalf -. Mañana lo sabremos. Ahora descansemos un poco, si es posible.

Acamparon cerca del lecho del Isen, siempre silencioso y vacío. Algunos consiguieron dormir. Pero en medio de la noche los centinelas llamaron a gritos y todos se despertaron. La luna había desaparecido. En el cielo brillaban algunas estrellas; pero una oscuridad más negra que la noche se arrastraba por el suelo. Desde ambas orillas del río se adelantaba hacia ellos, rumbo al norte.

-¡Quedaos donde estáis! -dijo Gandalf-. ¡No desenvainéis las armas! ¡Esperad y pasará de largo!

Una neblina espesa los envolvió. En el cielo aún brillaban débilmente unas pocas estrellas, pero alrededor se alzaban unas paredes de oscuridad impenetrable; estaban en un callejón estrecho entre móviles torres de sombras. Oían voces, murmullos y gemidos, y un interminable suspiro susurrante; la tierra temblaba debajo. Largo les pareció el tiempo que pasaron allí atemorizados e inmóviles; pero al fin la oscuridad y los rumores se desvanecieron, perdiéndose entre los brazos de la montaña.

Allá lejos en el sur, en Cuernavilla, en mitad de la noche, los hombres oyeron un gran fragor, como un vendaval en el valle, y la tierra se estremeció; y todos se aterrorizaron y ninguno se atrevió a ir a ver qué había ocurrido.

Pero por la mañana, cuando salieron, quedaron estupefactos: los cadáveres de los orcos habían desaparecido y también los árboles. En las profundidades del Valle del Abismo, las hierbas estaban aplastadas y pisoteadas como si unos pastores gigantescos hubiesen llevado allí a apacentar unos inmensos rebaños; pero una milla más abajo de la empalizada habían cavado un foso profundo y sobre él habían levantado una colina de piedras. Los hombres sospecharon que allí yacían los orcos muertos en la batalla; pero si junto con ellos estaban los que habían huido al bosque, nadie lo supo jamás, pues ningún hombre volvió a poner los pies en aquella colina. La Quebrada de la Muerte, la llamaron, y jamás creció en ella una brizna de

hierba. Pero los árboles extraños ya no volvieron a aparecer en el Valle del Bajo; habían partido al amparo de la noche hacia los lejanos y oscuros valles de Fangorn. Así se habían vengado de los orcos.

El rey y su escolta no durmieron más aquella noche; pero no vieron ni oyeron otras cosas extrañas, excepto una: la voz del río, que despertó de improviso. Hubo un murmullo como de agua que corriera sobre las piedras y casi en seguida el Isen fluyó y burbujeó otra vez como lo hiciera siempre.

Al alba se dispusieron a reanudar la marcha. El amanecer era pálido y gris, y no vieron salir el sol. Arriba se cernía una niebla espesa y un olor acre flotaba sobre el suelo. Avanzaban lentamente, cabalgando ahora por la carretera. Era ancha y firme, y estaba bien cuidada. Vagamente, a través de la niebla, alcanzaban a ver el largo brazo de las montañas que se elevaban a la izquierda.

Habían penetrado en Nan Curunir, en el Valle del Mago. Era un valle bien reparado, abierto sólo hacia el sur. En otros tiempos había sido hermoso y feraz, y por él corría el Isen, ya profundo e impetuoso antes de encontrar las llanuras; pues era alimentado por los manantiales y arroyos de las colinas, y todo alrededor se extendía una tierra fértil y apacible.

No era así ahora. Bajo los muros de Isengard había campos cultivados por los esclavos de Saruman; pero la mayor parte del valle había sido convertida en un páramo de malezas y espinos. Los zarzales se arrastraban por el suelo, o trepaban por los matorrales y las barrancas, formando una maraña de madrigueras donde vivían pequeñas bestias salvajes. Allí no crecían árboles; pero entre las hierbas aún podían verse las cepas quemadas y hachadas de antiguos bosquecillos. Era un paisaje triste, que sólo tenía una voz: el rumor pedregoso de los rápidos. Humos y vapores flotaban en los terrenos bajos del valle. Los jinetes no hablaban. Muchos se sentían intranquilos y se preguntaban a qué triste fin los llevaría ese viaje.

Luego de algunas millas de cabalgata la carretera se convirtió en una calle ancha, pavimentada con grandes piedras planas, bien escuadradas y dispuestas con habilidad; ni una brizna de hierba crecía en las junturas. A ambos lados de la calle había unas zanjas profundas y por ellas corría el agua. De pronto, una elevada columna se alzó ante ellos. Era negra y tenía encima una gran piedra tallada y pintada: como una larga Mano Blanca. Los dedos apuntaban al norte. Las puertas de Isengard ya no podían estar lejanas, pensaron, y sintieron otra vez una congoja en el corazón; pero no podían ver qué había más allá de la niebla.

Bajo el brazo de las montañas y en el interior del Valle del Mago se alzaba desde tiempos inmemoriales esa antigua morada que los hombres llamaban Isengard: estaba formada en parte por las montañas mismas, pero en otras épocas los Hombres de Oesternesse habían llevado a cabo grandes trabajos en ese sitio, y Saruman, que vivía allí desde hacía mucho tiempo, no había estado ocioso.

Así era esta morada en la época del apogeo de Saruman, cuando muchos lo consideraban el Mago de los Magos. Un alto muro circular de Piedra, como una cadena de acantilados, se alejaba del flanco de la montaña y volvía

describiendo una curva. Tenía una única entrada: un gran arco excavado en la parte meridional. Allí, a través de la roca negra, corría un túnel, cerrado en cada extremo por poderosas puertas de hierro. Estas puertas habían sido construidas con tanto ingenio y giraban en tan perfecto equilibrio sobre los grandes goznes (estacas de acero enclavadas en la roca viva) que cuando les quitaban las trancas un ligero empujón bastaba para que se abriesen sin ruido. Quien recorriese de uno a otro extremo aquella galería oscura y resonante, saldría a una llanura circular y ligeramente cóncava, como un enorme tazón: una milla medía de borde a borde. En otros tiempos había sido verde y con avenidas y bosques de árboles frutales, bañados por los arroyos que bajaban de las montañas al lago. Pero ningún verdor crecía allí en los últimos tiempos de Saruman. Las avenidas estaban pavimentadas con losas oscuras de piedra y a los lados no había árboles sino hileras de columnas, algunas de mármol, otras de cobre y hierro, unidas por pesadas cadenas.

Había muchas casas, recintos, salones y pasadizos, excavados en la cara interna del muro, con innumerables ventanas y puertas sombrías que daban a la vasta rotonda. Allí debían de habitar miles de miles de personas, obreros, sirvientes, esclavos y guerreros con grandes reservas de armas; abajo, en cubiles profundos, alojaban y alimentaban a los lobos.

También la extensa llanura circular había sido perforada y excavada. Los pozos eran profundos y las bocas estaban cubiertas con pequeños montículos y bóvedas de piedra, de manera que a la luz de la luna el Anillo de Isengard parecía un cementerio de muertos inquietos. Pues la tierra temblaba. Los fosos descendían por muchas pendientes y escaleras en espiral a cavernas recónditas; en ellas Saruman ocultaba tesoros, almacenes, arsenales, fraguas y grandes hornos. Allí giraban sin cesar las ruedas de hierro y los martillos golpeaban sordamente. Por la noche, penachos de vapor escapaban por los orificios, iluminados desde abajo con una luz roja, o azul, o verde venenoso.

Todos los caminos conducían al centro de la llanura, entre hileras de cadenas. Allí se levantaba una torre de una forma maravillosa. Había sido creada por los constructores de antaño, los mismos que pulieron el Anillo de Isengard, y sin embargo no parecía obra de los hombres, sino nacida de la osamenta misma de la tierra, tiempo atrás, durante el tormento de las montañas. Un pico y una isla de roca, negra y rutilante: cuatro poderosos pilares de piedra facetada se fundían en uno, que apuntaba al cielo, pero cerca de la cima se abrían y se separaban como cuernos, de pináculos agudos como puntas de lanza, afilados como puñales. Entre esos pilares, en una estrecha plataforma de suelo pulido cubierto de inscripciones extrañas, un hombre podía estar a quinientos pies por encima del llano. Aquella torre era Orthanc, la ciudadela de Saruman, cuyo nombre (por elección o por azar) tenía un doble significado; en lengua élfica Orthanc significaba Monte del Colmillo, pero en la antigua lengua de la Marca quería decir Espíritu Astuto.

Inexpugnable y maravillosa era Isengard, y en otros tiempos también había sido hermosa; y en ella habían morado grandes señores, los guardianes de Gondor en el oeste y los sabios que observaban las estrellas. Pero Saruman la había transformado poco a poco para adaptarla a sus cambiantes designios y la había mejorado, creía él, aunque se engañaba; pues todos aquellos artificios y astucias sutiles, por los que había renegado de su antiguo saber y que se complacía en imaginar como propios, provenían de Mordor; lo que él había hecho era una nada, apenas una pobre copia, un remedo infantil, o una lisonja



de esclavo de aquella fortaleza-arsenal-prisión-horno llamada Barad-dûr, la imbatible Torre Oscura que se burlaba de las lisonjas mientras esperaba a que el tiempo se cumpliera, sostenida por el orgullo y una fuerza inconmensurable.

Así era la fortaleza de Saruman, según la fama; porque en la memoria de los hombres de Rohan nadie había franqueado jamás aquellas puertas, excepto quizás unos pocos, como Lengua de Serpiente, y éstos habían entrado en secreto y a nadie contaron lo que allí habían visto.

Gandalf cabalgó resueltamente hacia la columna de la Mano y en el momento en que la dejaba atrás los jinetes vieron con asombro que la Mano ya no era blanca. Ahora tenía manchas como de sangre coagulada y al observarla más de cerca notaron que las uñas eran rojas. Gandalf, imperturbable, continuó galopando en la niebla, seguido de mala gana por los caballeros. Ahora, como si se hubiese producido una súbita inundación, había grandes charcos a ambos lados del camino, el agua desbordaba de las acequias y corría en riachos entre las piedras.

Por fin Gandalf se detuvo y con un ademán los invitó a acercarse: y vieron entonces que la niebla se disipaba delante del mago y que brillaba un sol pálido. Era pasado el mediodía y habían llegado a las puertas de Isengard.

Pero las puertas habían sido arrancadas de los goznes y yacían retorcidas a los pies de la gran arcada. Y había piedras por doquier, piedras resquebrajadas y desmenuzadas en incontables esquirlas, dispersas por los alrededores o apiladas en montículos de escombros. La bóveda de la entrada seguía aún en pie, pero desembocaba en un abismo desguarnecido: el techo de la galería se había derrumbado y en los muros semejantes a acantilados se abrían grandes brechas y fisuras; y las torres habían sido reducidas a polvo. Si el Gran Mar hubiese montado en cólera y en una tormenta se hubiese abatido sobre las colinas, no habría podido provocar una ruina semejante.

Más allá, el Anillo de Isengard rebosaba de agua y humo; un caldero hirviente, en el que se mecían y flotaban restos de vigas y berlingas, arcones y barriles y aparejos despedazados. Las columnas asomaban resquebrajadas y torcidas por encima del agua, y los caminos estaban anegados. Lejana al parecer, velada por un torbellino de nube, se alzaba la isla rocosa. Imponente y oscura como siempre -la tempestad no la había tocado - se erguía la torre de Orthanc; unas aguas lívidas le lamían los pies.

A caballo, inmóviles y silenciosos, el rey y su escolta observaban maravillados, comprendiendo que el poder de Saruman había sido destruido; pero no podían imaginarse cómo. Volvieron la mirada a la bóveda de la entrada y las puertas derruidas. Y allí, muy cerca, vieron un gran montón de escombros; y de pronto repararon en dos pequeñas figuras plácidamente sentadas sobre los escombros, vestidas de gris, casi invisibles entre las piedras. Estaban rodeadas de botellas y tazones y escudillas, como si acabaran de disfrutar de una buena comida, y ahora descansarían. Uno parecía dormir; el otro, con las piernas cruzadas y los brazos en la nuca, se apoyaba contra una roca y echaba por la boca volutas y anillos de un tenue humo azul.

Por un momento Théoden y Eomer y sus hombres los miraron, paralizados por el asombro. En medio de toda la ruina de Isengard, ésta parecía ser para ellos la visión más extraña. Pero antes de que el rey pudiera

hablar, el pequeño personaje que echaba humo por la boca reparó en ellos, que aún seguían inmóviles y silenciosos a la orilla de la barrera de niebla. Se puso de pie *de un salto*. Parecía ser un hombre joven, o por lo menos eso aparentaba, aunque de la talla de un hombre tenía poco más de la mitad; la cabeza de ensortijado cabello castaño, la llevaba al descubierto, pero se envolvía el cuerpo en una capa raída y manchada por la intemperie aunque del color de las capas de los compañeros de Gandalf cuando partieran de Edoras. Se inclinó en una muy profunda reverencia, con la mano al pecho. Luego, como si no hubiese visto al mago y sus amigos, se volvió a Eomer y al rey.

-¡Bien venidos a Isengard, señores! -dijo-. Somos los guardianes de la puerta. Meriadoc hijo de Saradoc es mi nombre; y mi compañero desgraciadamente vencido por el cansancio -y al decir esto le asestó al otro un puntapié - es Peregrin hijo de Paladin, de la casa de Tuk. Lejos de aquí, en el norte, queda nuestro hogar. El Señor Saruman está en el castillo; pero en este momento ha de estar encerrado con un tal Lengua de Serpiente, pues de otro modo habría salido sin duda a dar la bienvenida a huéspedes tan honorables.

-¡Sin duda! -rió Gandalf -. ¿Y fue Saruman quien te ordenó que custodiaras las puertas destruidas y que atendieras a los visitantes, entre plato y plato?

-No, mi buen señor, eso se le olvidó -respondió Merry con aire solemne-. Ha estado muy ocupado. Nuestras órdenes las hemos recibido de Bárbol quien se ha hecho cargo del gobierno de Isengard. Fue él quien me ordenó que diera la bienvenida al Señor de Rohan con las palabras apropiadas. He hecho cuanto he podido.

-¿Y ni una palabra para nosotros, tus compañeros? ¿Para Legolas y para mí? -gritó Gimli, incapaz de contenerse por más tiempo-. ¡Bribones, amigos desleales, cabezas lanudas y patas lanosas! ¡A buena cacería nos mandasteis! ¡Doscientas leguas a través de pantanos y bosques, batallas y muertes, detrás de vosotros! Y os encontramos aquí, banqueteadando y descansando... ¡y hasta fumando! ¡Fumando! ¿Dónde habéis conseguido la hierba, villanos? ¡Por el martillo y las tenazas! ¡Estoy tan dividido entre la rabia y la alegría que si no reviento será un verdadero milagro!

-Tú hablas por mí, Gimli -rió Legolas-. Aunque yo preferiría saber dónde consiguieron el vino.

-Una cosa no habéis aprendido en vuestra cacería y es *a ser más despiertos* -dijo Pippin, abriendo un ojo-. Nos encontráis aquí, sentados y victoriosos en un campo de batalla, en medio del botín de los ejércitos, ¿y os preguntáis cómo nos hemos procurado una bien merecida recompensa?

-¿Bien merecida? -replicó Gimli-. ¡Eso sí que no lo puedo *crear!*

Los jinetes se rieron.

-No cabe duda que asistimos al reencuentro de amigos entrañables -dijo Théoden-. ¿Así que éstos son los miembros perdidos de tu Compañía, Gandalf? Los días parecen destinados a mostrar nuevas maravillas. Muchas he visto ya desde que partí de mi palacio; y ahora aquí, ante mis propios ojos, aparece otro personaje de leyenda. ¿No son éstos los medianos, los que algunos llaman Holbytlanos?

-Hobbits, *si sois* tan amable, señor -dijo Pippin.

-¿Hobbits? -dijo Théoden-. Ha habido cambios extraños en nuestra lengua; pero el nombre no parece inapropiado. ¡Hobbits! Nada de cuanto había oído decir hace justicia a la realidad.

Merry saludó con una reverencia; y Pippin se puso de pie y saludó también haciendo una reverencia.

-Sois generoso, señor; o espero que yo pueda interpretar así vuestras palabras -dijo-. Y he aquí otra maravilla. Muchas tierras he recorrido desde que salí de mi hogar y nunca hasta ahora había encontrado gente que conociera alguna historia acerca de los hobbits.

-Mi pueblo bajó del *norte* hace mucho tiempo -dijo Théoden-. Pero no quiero engañaros: no conocemos ninguna historia sobre los hobbits. Todo cuanto se dice entre nosotros es que muy lejos, más allá de muchas colinas y muchos *ríos*, habitan los Medianos, un pueblo que vive en cuevas en las dunas de arena. Pero no hay leyendas acerca de sus hazañas, porque según se dice no han hecho muchas cosas, y evitan encontrarse con los hombres, teniendo la facultad de desaparecer en un abrir y cerrar de ojos; y pueden modificar la voz imitando el trino de los pájaros. Pero al parecer habría más cosas que decir.

-En efecto, señor -dijo Merry.

-Para empezar -dijo Théoden- no sabía que echabais humo por la boca.

-Eso no me sorprende -respondió Merry-; pues es un arte que practicamos desde hace poco. Fue Tobold Corneta, de Vallelargo, en la Cuaderna del Sur, el primero que cultivó en su jardín un verdadero tabaco de pipa hacia el año 1070 de nuestra cronología. Cómo el viejo Toby consiguió la planta...

-Cuidado, Théoden -interrumpió Gandalf-. Estos hobbits son capaces de sentarse al borde de un precipicio a discurrir sobre los placeres de la mesa, o las anécdotas más insignificantes de padres, abuelos y bisabuelos, y primos lejanos hasta el noveno grado, si los alentáis con vuestra injustificada paciencia. Ya habrá un momento más propicio para la historia del arte de fumar. ¿Dónde está Bárbol, Merry?

-Por el norte, creo. Se fue a beber un sorbo... de agua clara. La mayoría de los ents están con él, siempre dedicados a sus tareas... allá.

Merry movió la mano señalando el lago humeante; y mientras miraban, oyeron a lo lejos un ruido atronador, como si un alud estuviera cayendo por la ladera de la montaña. Y a lo lejos un *humhuum*, el sonido triunfante de los cuernos.

-¿Han dejado a Orthanc sin vigilancia? -preguntó Gandalf.

-Hay agua en todas partes -dijo Merry-. Pero Ramaviva y otros la están vigilando. No todos esos pilares y columnas que hay en la llanura han sido puestos por Saruman. Ramaviva, creo, está cerca del peñasco, al pie de la escalera.

-Sí, allá veo un ent gris muy alto -dijo Legolas-, pero tiene las manos pegadas al cuerpo y está tan quieto como un pedazo de madera.

-Ha pasado el mediodía -dijo Gandalf - y no hemos comido nada desde esta mañana temprano. Sin embargo, yo quisiera ver a Bárbol lo antes posible. ¿No dejó para mí ningún mensaje, o lo habéis olvidado comiendo y bebiendo?

-Dejó un mensaje -dijo Merry- e iba a transmitirlo, pero muchas otras preguntas me lo han impedido. Iba a decirte que si el Señor de la Marca y Gandalf fueran al muro del norte, encontrarían allí a Bárbol, quien los recibirá de buen grado. Puedo agregar que también encontrarán allí comida de la mejor; fue descubierta y elegida para vosotros por estos humildes servidores. - Hizo una reverencia.

Gandalf se echó a reír.

-¡Eso está mejor! -dijo-. Y bien Théoden, ¿iréis conmigo al encuentro de Bárbol? Tendremos que dar algunas vueltas, pero no queda lejos. Cuando conozcáis a Bárbol aprenderéis muchas cosas. Porque Bárbol es Fangorn y el decano y el jefe de los ents, y cuando habléis con él oiréis la palabra del más viejo de todos los seres vivientes.

-Iré contigo -dijo Théoden-. ¡Adiós, mis hobbits! ¡Ojalá volvamos a vernos en mi castillo! Allí podréis sentaros a mi lado y contarme todo cuanto queráis: las hazañas de vuestros antepasados, hasta las más lejanas, y hablaremos también de Tobold el Viejo y de su conocimiento de las hierbas. ¡Hasta la vista!

Los hobbits se inclinaron profundamente.

-¡Así que éste es el Rey de Rohan! -dijo Pippin en voz baja-. Un viejo simpático. Muy amable.

## RESTOS Y DESPOJOS

Gandalf y la escolta del rey se alejaron cabalgando, doblando hacia el este para rodear los destruidos muros de Isengard. Pero Aragorn, Gimli y Legolas se quedaron en las puertas. Soltando a Arod y Hasufel para que tascaran alrededor, fueron a sentarse junto a los hobbits.

-¡Bueno, bueno! La cacería ha terminado y por fin volvemos a reunirnos, donde ninguno de nosotros jamás pensó en venir -dijo Aragorn.

-Y ahora que los grandes se han marchado a discutir asuntos importantes -dijo Legolas-, quizá los cazadores puedan resolver algunos pequeños enigmas personales. Seguimos vuestros rastros hasta el bosque, pero hay muchas otras cosas de las que querría conocer la verdad.

-Y también de ti hay muchas cosas que nosotros quisiéramos saber -dijo Merry-. Nos enteramos de algunas por Bárbol, el Viejo Ent, pero de ningún modo nos parecen suficientes.

-Todo a su tiempo -dijo Legolas-. Nosotros fuimos los cazadores y a vosotros os corresponde narrar lo que os ha ocurrido en primer lugar.

-O en segundo -dijo Gimli-. Será mejor después de comer. Me duele la cabeza; y ya es pasado el mediodía. Vosotros, truhanes, podríais reparar vuestra descortesía trayéndonos una parte de ese botín de que hablasteis. Un poco de comida y bebida compensaría de algún modo mi disgusto con vosotros.

-Esa recompensa la tendrás -dijo Pippin-. ¿La quieres aquí mismo, o prefieres comer más cómodamente entre los escombros de las garitas de guardia de Saruman, allá, bajo la arcada? Tuvimos que comer aquí, al aire libre, para tener un ojo puesto en el camino.

-¡Menos de un ojo! -dijo Gimli-. Pero me niego a entrar en la casa, le ningún orco; ni quiero tocar carnes que hayan pertenecido a los orcos ni ninguna otra cosa que ellos hayan preparado.

-Jamás te pediríamos semejante cosa -dijo Merry-. Nosotros mismos estamos hartos de orcos para toda la vida. Pero había muchas otras gentes en Isengard. Saruman, a pesar de todo, tuvo la prudencia de no fiarse de los orcos. Eran hombres los que custodiaban las puertas: algunos de sus servidores más fieles, supongo. Como quiera que sea, ellos fueron los favorecidos y obtuvieron buenas provisiones.

-¿Y tabaco de pipa? -preguntó Gimli.

-No, no creo -dijo Merry riendo-. Pero ese es otro asunto, que puede esperar hasta después de la comida.

-¡Bueno, a comer entonces! -dijo el enano.

Los hobbits encabezaron la marcha, pasaron bajo la arcada y llegaron a una puerta ancha que se abría a la izquierda, en lo alto de una escalera. La puerta daba a una sala espaciosa, con otras puertas más pequeñas en el fondo y un hogar y una chimenea en un costado. La cámara había sido tallada en la roca viva; y en otros tiempos debió de ser oscura, pues todas las ventanas miraban al túnel. Pero la luz entraba ahora por el techo roto. En el hogar ardía un fuego de leña.

-He encendido un pequeño fuego -dijo Pippin-. Nos reanimaba en las horas de niebla. Había poca leña por aquí y casi toda la que encontrábamos estaba mojada. Pero la chimenea tira muy bien: parece que sube en espiral a través de la roca y por fortuna no está obstruida. Un fuego es siempre agradable. Tostaré el pan, pues ya tiene tres o cuatro días, me temo.

Aragorn y sus compañeros se sentaron a uno de los extremos de la larga mesa y los hobbits desaparecieron por una de las puertas interiores.

-La despensa está allá adentro y muy por encima del nivel de la inundación, felizmente -dijo Pippin, cuando volvieron cargados de platos, tazas, fuentones, cuchillos y alimentos variados.

-Y no tendrás motivos para torcer la cara, maese Gimli -dijo Merry -. Esta no es comida de orcos, son alimentos humanos, como los llama Bárbol. ¿Queréis vino o cerveza? Hay un barril allí dentro... bastante bueno. Y esto es cerdo salado de primera calidad. También puedo cortaros algunas lonjas de tocino y asarlas, si preferís. Nada verde, lo lamento, ¡las entregas se interrumpieron hace varios días! No puedo servir os un segundo plato excepto mantequilla y miel para el pan. ¿Estáis conformes?

-Sí, por cierto -dijo Gimli-. La deuda se ha reducido considerablemente.

Muy pronto los tres estuvieron dedicados a comer; y los dos hobbits se sentaron a comer por segunda vez, sin ninguna vergüenza.

-Tenemos que acompañar a nuestros invitados -dijeron.

-Sois todo cortesías esta mañana -rió Legolas-. Pero si no hubiésemos llegado, quizás estuviésteis otra vez comiendo, para acompañaros a vosotros mismos.

-Quizás, ¿y por qué no? -dijo Pippin-. Con los oreos, la comida era repugnante, y antes de eso más que insuficiente durante muchos días. Hacía tiempo que no comíamos a gusto.

-No parece haberos hecho mucha mella -dijo Aragorn-. A decir verdad, se os ve rebosantes de salud.

-Sí, por cierto -dijo Gimli, mirándolos de arriba abajo por encima del borde del tazón-. Cómo, tenéis el pelo mucho más rizado y espeso que cuando nos separamos; y hasta juraría que habéis crecido, si tal cosa fuera todavía posible en hobbits de vuestra edad. Ese Bárbol, en todo caso, no os ha matado de hambre.

-No -dijo Merry-. Pero los ents sólo beben y la bebida sola no satisface. Los brebajes de Bárbol son nutritivos, pero uno siente la necesidad de algo sólido. Y de cuando en cuando, para variar, no viene mal un bocadito de *lembas*.

-¿Así que habéis bebido de las aguas de los ents? -dijo Legolas-. Ah, entonces es posible que a Gimli no le engañen los ojos. Hay canciones extrañas que hablan de los brebajes de Fangorn.

-Muchas historias extrañas se cuentan de esta tierra -dijo Aragorn-. Yo nunca había venido aquí. ¡Vamos, contadnos más cosas de ella y de los ents!

-Ents -dijo Pippin-. Los ents son... bueno, los ents son muy diferentes unos de otros, para empezar. Pero los ojos, los ojos son muy raros. -Balbució unas palabras inseguras que se perdieron en el silencio.- Oh, bueno -prosiguió-, ya habéis visto a algunos a la distancia... ellos os vieron a vosotros, en todo caso, y nos anunciaron que veníais... y veréis muchos más, supongo, antes de marcharnos. Mejor que juzguéis por vosotros mismos.

-¡Vamos, vamos! -dijo Gimli-. Estamos empezando el cuento por la mitad. Yo quisiera escucharlo en el debido orden, empezando por el extraño día en que la Compañía se disolvió.

-Lo tendrás, si el tiempo alcanza -dijo Merry -. Pero primero, si es que habéis terminado de comer, encenderemos las pipas y fumaremos. Y entonces, durante un rato, podremos imaginar que estamos de vuelta en Bree, todos sanos y salvos, o en Rivendel.

Sacó un saquito de cuero lleno de tabaco.

-Tenemos tabaco de sobra -dijo-. Y podréis llevaros lo que queráis, cuando nos marchemos. Hicimos un pequeño trabajo de salvamento esta mañana, Pippin y yo. Hay montones de cosas flotando por ahí y por allá. Fue Pippin quien encontró los dos barriles, arrastrados por la corriente desde alguna bodega o almacén, supongo. Cuando los abrimos, estaban repletos de esto: el mejor tabaco de pipa que se pueda desear y perfectamente conservado.

Gimli tomó una pizca, se la frotó en la palma y la olió.

-Huele bien; parece bueno -dijo.

-¡Bueno! - dijo Merry -. Mi querido Gimli, ¡es de Valle Largo! En los barriles estaba la marca de fábrica de Tobold Corneta, clara como el agua. Cómo llegó hasta aquí no puedo imaginármelo. Para uso personal de Saruman, sospecho. Nunca pensé que pudiera llegar tan lejos de la Comarca. Pero ahora nos viene de perlas.

-Eso sería si yo tuviese una pipa para fumarlo. Desgraciadamente, perdí la mía en Moria, o antes. ¿No habrá una pipa en vuestro botín?

-No, temo que no -dijo Merry-. No hemos encontrado ninguna, ni siquiera aquí en las casas de los guardias. Parece que Saruman se reservaba este placer. ¡Y no creo que sirva de mucho llamar a las puertas de Orthanc para pedirle una pipa! Tendremos que compartir nuestras pipas, como buenos amigos en momentos de necesidad.

-¡Medio momento! -dijo Pippin. Metiendo la mano en el frente de la chaqueta, sacó una *escarcela* pequeña y blanda que pendía de un cordel-. Guardo un par de tesoros aquí, contra el pecho, tan preciosos para mí como los Anillos. Aquí tenéis uno: mi vieja pipa de madera. Y aquí hay otro: una sin usar. La he llevado conmigo en largas jornadas, sin saber por qué. En realidad, jamás pensé que encontraría tabaco para pipa durante el viaje, cuando se me acabó el que traía. Pero ahora tiene una utilidad, después de todo. -Mostró una pipa pequeña de cazoleta achatada y se la tendió a Gimli.- ¿Salda esto la deuda que tengo contigo? -dijo.

-¡Sí la salda! -exclamó Gimli-. Nobilísimo hobbit, me deja a mí gravemente endeudado.

-¡Bueno, vuelvo al aire libre, a ver qué hacen el viento y el cielo! -dijo Legolas.

-Iremos contigo -dijo Aragorn.

Salieron y se sentaron sobre las piedras amontonadas frente al pórtico. Ahora podían ver a lo lejos en el interior del valle; las nieblas se levantaban y se alejaban llevadas por la brisa.

-¡Descansemos aquí un rato! -dijo Aragorn-. Nos sentaremos al borde del precipicio a deliberar, como dice Gandalf, mientras él está ocupado en otra parte. Nunca me había sentido tan cansado. -Se arrebujó en la capa gris, escondiendo la cota de malla, y estiró las largas piernas. Luego se tendió boca arriba y dejó escapar entre los labios una hebra de humo.

-¡Mirad! -dijo Pippin-. ¡Trancos el Montaraz ha regresado! -Nunca se ha ido -dijo Aragorn-. Yo soy Trancos y también Dúnadan, y pertenezco tanto a Gondor como al Norte.

Fumaron en silencio un rato, a la luz del sol; los rayos oblicuos caían en el valle desde las nubes blancas del oeste. Legolas yacía inmóvil, contemplando el sol y el cielo con una mirada tranquila, y canturreando para sus adentros. De pronto se incorporó.

-¡A ver! -dijo-. El tiempo pasa y las nieblas se disipan, o se disiparían si vosotros, gente extraña, no os envolvierais en humareda, ¿Para cuándo la historia?

-Bueno, mi historia comienza cuando despierto en la oscuridad atado de pies a cabeza en un campamento de orcos -dijo Pippin-. Veamos ¿qué día es hoy?

-Cinco de marzo según el calendario de la Comarca -dijo Aragorn. Pippin hizo algunos cálculos con los dedos.- ¡Sólo nueve días! -exclamó-.<sup>1</sup> Se diría que hace un año que nos capturaron. Bueno, aunque la mitad haya sido como una pesadilla, creo que los tres días siguientes fueron los más atroces. Merry me corregirá si me olvido de algún hecho importante; no entraré en detalles: los látigos y la suciedad y el hedor y todo eso, no soporto recordarlo.

Ya continuación se puso a contar la última batalla de Boromir y la marcha de los orcos de Emyr Muil al bosque. Los otros asentían cuando los diferentes puntos coincidían con lo que ellos habían supuesto.

-Aquí os traigo algunos de los tesoros que sembrasteis por el camino -dijo Aragorn-. Os alegrará recobrarlos. -Se desprendió el cinturón bajo la capa y sacó los dos puñales envainados.

-¡Bravo! -exclamó Merry-. ¡Jamás pensé que los volvería a ver! Marqué con el mío a unos cuantos orcos; pero Uglúk nos los quitó. ¡Qué furioso estaba! Al principio creí que me iba a apuñalar, pero arrojó los puñales a lo lejos como si le quemasen.

-Y aquí tienes también tu broche, Pippin -dijo Aragorn-. Te lo he cuidado bien, pues es un objeto muy precioso.

-Lo sé -dijo Pippin-. Me dolía tener que abandonarlo; pero ¿qué otra cosa podía hacer?

-Nada -respondió Aragorn-. Quien no es capaz de desprenderse de un tesoro en un momento de necesidad es como un esclavo encadenado. Hiciste bien.

-¡La forma en que te cortaste las ataduras de las muñecas, ése fue un buen trabajo! -dijo Gimli -. La suerte te ayudó en aquella circunstancia, pero tú te aferraste a la ocasión con ambas manos, por así decir.

-Y nos planteó un enigma difícil de resolver -dijo Legolas-. ¡Llegué a pensar que te habían crecido alas!

-Desgraciadamente no -dijo Pippin-. Pero vosotros no sabéis nada acerca de Grishnákh. -Se estremeció y no dijo una palabra más, dejando que Merry describiera aquellos últimos y horribles momentos: el manoseo, el aliento quemante y la fuerza atroz de los velludos brazos de Grishnákh.

-Todo esto que contáis acerca de los orcos de Mordor, o Lugbúrz como ellos lo llaman, me inquieta -dijo Aragorn-. El Señor Oscuro sabía ya

---

<sup>1</sup> En el calendario de la Comarca todos los meses tienen treinta días.



demasiado y también sus sirvientes; y es evidente que Grishnákh envió un mensaje a través del río después del combate. El Ojo Rojo mirará ahora hacia Isengard. Pero en este momento Saruman se encuentra en un atolladero que él mismo se ha fabricado.

-Sí, y quienquiera que triunfe, las perspectivas no son brillantes para él -dijo Merry-. La suerte empezó a serle adversa cuando los orcos entraron en Rohan.

-Nosotros alcanzamos a verlo fugazmente, al viejo malvado, o por lo menos eso insinuó Gandalf -dijo Gimli-. A la orilla del bosque.

-¿Cuándo ocurrió? -preguntó Pippin.

-Hace cinco noches.

-Déjame pensar -dijo Merry- hace cinco noches... ahora llegamos a una parte de la historia de la que nada sabéis. Encontramos a Bárbol esa mañana después de la batalla; y esa noche la pasamos en la Casa del Manantial, una de las moradas de los ents. A la mañana siguiente fuimos a la Cámara de los Ents, una asamblea éntica, y la cosa más extraña que he visto en mi vida. Duró todo ese día y el siguiente, y pasamos las noches en compañía de un ent llamado Ramaviva. Y de pronto, al final de la tarde del tercer día de asamblea, los ents despertaron. Fue algo asombroso. Había una tensión en la atmósfera del bosque como si se estuviera preparando una tormenta: y de repente estalló. Me gustaría que hubierais oído lo que cantaban al marchar.

-Si Saruman lo hubiera oído, ahora estaría a un centenar de millas de aquí, aun cuando hubiese tenido que valerse de sus propias piernas -dijo Pippin.

*Aunque Isengard sea fuerte y dura, fría como la piedra y desnuda como el hueso,  
¡marcharemos, marcharemos, marcharemos a la guerra, a demoler la piedra  
y derribar las puertas!*

»Había mucho más. Una buena parte del canto era sin palabras y parecía una música de cuernos y tambores; muy excitante. Pero yo pensé que era sólo una música de marcha, una simple canción... hasta que llegué aquí. Ahora he cambiado de parecer.

»Pasamos la última cresta de las montañas y descendimos al Nan Curunir luego de la caída de la noche -prosiguió Merry-. Fue entonces cuando tuve por primera vez la impresión de que el bosque avanzaba detrás de nosotros. Creía estar soñando un sueño éntico, pero *Pippin* lo había *notado también*. *Los dos estábamos muy asustados*; pero entonces no descubrimos nada más.

»Eran los Ucornos, como los llamaban los ents en la "lengua abreviada". Bárbol no quiso hablar mucho acerca de ellos, pero yo creo que son ents que casi se han convertido en árboles, por lo menos en el aspecto. Se los ve aquí y allá en el bosque o en los lindes, silenciosos, vigilando sin cesar a los árboles; pero en las profundidades de los valles más oscuros hay centenares y centenares de ucornos, me parece.

»Hay mucho poder en ellos y parecen capaces de envolverse en las sombras: verlos moverse no es fácil. Pero se mueven. Y pueden hacerlo muy rápidamente, cuando se enojan. Estás ahí inmóvil, observando el tiempo, por ejemplo, o escuchando el susurro del viento, y de pronto adviertes que te encuentras un bosque poblado de grandes árboles que andan a tientas de un lado a otro. Todavía tienen voz y pueden hablar con los ents, y es por eso que

se los llama ucornos, según Bárbol; pero se han vuelto huraños y salvajes. Peligrosos. A mí me asustaría encontrármelos, sin otros ents verdaderos que los vigilaran.

»Bien, en las primeras horas de la noche nos deslizamos por una larga garganta hasta la parte más alta del Valle del Mago, junto con los ents y seguidos por todos los ucornos susurrantes. Naturalmente, no los veíamos, pero el aire estaba poblado de crujidos. La noche era nublada y muy oscura. Tan pronto como dejaron atrás las colinas, echaron a andar muy rápidamente, un ruido como de ráfagas huracanadas. La Luna no apareció entre las nubes y poco después, de medianoche un bosque de árboles altos rodeaba toda la parte norte de Isengard. No vimos rastros de enemigos ni de la presencia de centinelas. Una luz brillaba en una ventana alta de la torre y nada más.

»Bárbol y algunos otros ents siguieron avanzando sigilosamente hasta tener a la vista las grandes puertas. Pippin y yo estábamos con él. Ibamos sentados sobre los hombros de Bárbol y yo podía sentir la temblorosa tensión que lo dominaba. Pero aun estando excitados, los ents pueden ser muy cautos y pacientes. Inmóviles como estatuas de piedra, respiraban y escuchaban.

»Entonces, de repente, hubo una tremenda agitación. Resonaron las trompetas y los ecos retumbaron en los muros de Isengard. Creímos que nos habían descubierto y que la batalla iba a comenzar. Pero nada de eso. Toda la gente de Saruman se marchaba. No sé mucho acerca de esta guerra, ni de los jinetes de Rohan, pero Saruman parecía decidido a exterminar de un solo golpe al rey y a todos sus hombres. Evacuó Isengard. Yo vi partir al enemigo: filas interminables de orcos en marcha; y tropas de orcos montados sobre grandes lobos. Y también batallones de hombres. Muchos llevaban antorchas y pude verles las caras a la luz. Casi todos eran hombres comunes, más bien altos y de cabellos oscuros, y de rostros hoscros, aunque no particularmente malignos. Pero otros eran horribles: de talla humana y con caras de tragos, pálidos, de mirada torva y engañosa. Sabéis, me recordó al instante a aquel sureño de Bree: sólo que el sureño no parecía tan orco como la mayoría de estos hombres.

-Yo también pensé en él -dijo Aragorn-. En el Abismo de Helm tuvimos que batirnos con muchos de estos semi-orcos. Parece indudable ahora que aquel sureño era un espía de Saruman; pero si trabajaba alas órdenes de los Jinetes Negros, o sólo de Saruman, lo ignoro. Es difícil saber, con esta gente malvada, cuándo están aliados y cuándo se engañan unos a otros.

-Bueno, entre los de una y otra especie, debían de ser por lo menos diez mil -dijo Merry-. Tardaron una hora en franquear las puertas. Algunos bajaron por la carretera hacia los Vados y otros se desviaron hacia el este. Allí, alrededor de una milla, donde el lecho del río corre por un canal muy profundo, habían construido un puente. Podríais verlo ahora, si os ponéis de pie. Todos iban cantando con voces ásperas y reían, y la batahola era horripilante. Pensé que las cosas se presentaban muy negras para Rohan. Pero Bárbol no se movió. Dijo: «Tengo que ajustar cuentas con Isengard esta noche, a piedra y roca.»

»Aunque en la oscuridad no podía ver lo que estaba sucediendo, creo que los ucornos empezaron a moverse hacia el sur, ni bien las puertas volvieron a cerrarse. Iban a ajustar cuentas con los orcos, creo. Por la mañana estaban muy lejos, valle abajo; en todo caso había allí una sombra que los ojos no podían penetrar.

»Tan pronto como Saruman hubo despachado a toda la tropa, nos llegó el turno. Bárbol nos puso en el suelo y subió hasta las arcadas y golpeó las puertas llamando a gritos a Saruman. No hubo respuesta, excepto flechas y piedras desde las murallas. Pero las flechas son inútiles contra los ents. Los hieren, por supuesto, y los enfurecen: como picaduras de mosquitos. Pero un ent puede estar todo atravesado de flechas de orcos, como si fuera un alfiletero, sin que esto le cause verdadero daño. Para empezar, no pueden envenenarles; y parecen tener una piel tan dura y resistente como la corteza de los árboles. Hace falta un pesado golpe de hacha para herirlos gravemente. No les gustan las hachas. Pero se necesitarían muchos hacheros para herir a un solo ent. Un hombre que ataca a un ent con un hacha nunca tiene la oportunidad de asestarle un segundo golpe. Un solo puñetazo de un ent dobla el hierro como si fuese una lata.

»Cuando Bárbol tuvo clavadas unas cuantas flechas, empezó a entrar en calor, a sentir "prisa", como diría él. Emitió un prolongado *hum-hom* y unos doce ents acudieron a grandes trancos. Un ent encolerizado es aterrador. Se aferra a las rocas con los dedos de las manos y los pies y las desmenuza como migajas de pan. Era como presenciar el trabajo de unas grandes raíces de árboles en centenares de años, todo condensado en unos pocos minutos.

»*Empujaron, tironearon, arrancaron, sacudieron y martillaron; y clac-bum-cras-crac*, en cinco minutos convirtieron en ruinas aquellas puertas enormes; y algunos comenzaban ya a roer los muros, como conejos en un arenal. No sé qué pensó Saruman entonces; en todo caso no supo qué hacer. Es posible, por supuesto, que sus poderes mágicos hayan menguado en los últimos tiempos; pero de todos modos creo que no tiene muchas agallas, ni mucho coraje cuando se encuentra a solas en un sitio cerrado sin esclavos y máquinas y cosas, si entendiéis lo que quiero decir. Muy distinto del viejo Gandalf. Me pregunto si su fama no procede ante todo de la astucia con que supo instalarse en Isengard.

-No -dijo Aragorn-. En otros tiempos la fama de Saruman era justa: una profunda sabiduría, pensamientos sutiles y manos maravillosamente hábiles; y tenía poder sobre las mentes de los otros. Sabía persuadir a los sabios e intimidar a la gente común. Y ese poder lo conserva aún sin duda alguna. No hay muchos en la Tierra Media en quienes yo confiaría, si se los dejara conversar un rato a solas con Saruman, aun luego de esta derrota. Gandalf, Elrond y Galadriel, tal vez, ahora que la maldad de Saruman ha sido puesta al desnudo, pero no muchos otros.

-Los ents están a salvo -dijo Pippin-. Parece que los embaucó una vez, pero nunca más. Y de todos modos no los comprendió; y cometió el gran error de no tenerlos en cuenta. No los había incluido en ningún plan y cuando los ents entraron en acción ya no era tiempo de hacer planes. Tan pronto como iniciamos nuestro ataque, las pocas ratas que aún quedaban en Isengard huyeron precipitadas a través de las brechas que habían abierto los ents. A los hombres, las dos o tres docenas que habían permanecido aquí, los dejaron marcharse, luego de interrogarlos. No creo que hayan escapado muchos orcos, de una u otra especie. No de los ucornos: para entonces había ya todo un bosque de ellos alrededor de Isengard, además de los que habían bajado al valle.

»Cuando los ents hubieron reducido a polvo la mayor parte de las murallas que miraban al sur, Saruman, abandonado por sus últimos servidores, trató de

escapar, aterrorizado. Parece que cuando llegamos estaba junto a las puertas; supongo que había salido a observar la partida de aquel espléndido ejército. Cuando los ents forzaron la entrada, huyó a toda prisa. En un principio nadie reparó en él. Pero la noche era clara entonces, a la luz de las estrellas, y los ents alcanzaban a ver los alrededores, y de pronto Ramaviva lanzó un grito: "¡El asesino de árboles, el asesino de árboles!" Ramaviva es una criatura muy dulce, pero eso no impide que odie con ferocidad a Saruman: los suyos sufrieron cruelmente bajo las hachas de los orcos. Se precipitó al sendero que parte de la puerta interior, y es veloz como el viento cuando monta en cólera. Una figura pálida se alejaba, presurosa, apareciendo y desapareciendo entre las sombras de las columnas, y había llegado casi a la escalera que conduce a la puerta de la torre. Pero fue cosa de un momento. Ramaviva lo perseguía con una furia tal, que estuvo a un paso de atraparlo y estrangularlo cuando Saruman logró escabullirse por la puerta.

»Una vez de regreso en Orthanc, sano y salvo, Saruman no tardó en poner en funcionamiento una de sus preciosas máquinas. Ya entonces muchos ents habían entrado en Isengard: algunos habían seguido a Ramaviva y otros habían irrumpido desde el norte y el este; iban de un lado a otro causando grandes destrozos. De pronto, empezaron a brotar llamaradas y humaredas nauseabundas: los respiraderos y los pozos vomitaron y eructaron por toda la llanura. Varios de los ents sufrieron quemaduras y se cubrieron de ampollas. Uno de ellos, Hayala creo que se llamaba, un ent muy alto y apuesto, quedó atrapado bajo una lluvia de fuego líquido y se consumió como una antorcha: un espectáculo horroroso.

»Esto los enfureció. Yo pensaba que habían estado realmente enojados ya antes, pero me había equivocado. Sólo en ese momento conocí al fin la furia de los ents. Era asombroso. Rugían y bramaban y aullaban de tal modo que las piedras se resquebrajaban y caían. Merry y yo, echados en el suelo, nos tapábamos los oídos con las capas. Los ents daban vueltas y vueltas alrededor del peñasco de Orthanc, feroces y violentos como una tempestad, despedazando las columnas, arrojando avalanchas de piedras a los fosos, lanzando al aire enormes bloques de roca como si fuesen hojas. La torre estaba en el centro mismo de un ciclón. Vi los pilares de hierro y los bloques de mampostería volar como cohetes a centenares de pies, para ir a estrellarse contra las ventanas de Orthanc. Pero Bárbol no había perdido la cabeza. Afortunadamente, no tenía quemaduras. No quería que en esa furia se lastimaran los suyos y tampoco quería que Saruman huyese por alguna brecha en medio de la confusión. Muchos de los ents se abalanzaban contra la roca de Orthanc; y Orthanc los rechazaba: es lisa y muy dura. Ha de tener alguna magia, más antigua y más poderosa que la de Saruman. Como quiera que sea, no podían aferrarse a la torre ni quebrarla; y se estaban lastimando e hiriendo contra ella.

»Bárbol entró entonces en el círculo y gritó. La voz enorme se alzó, dominando la batahola. De pronto hubo un silencio de muerte. Y en ese silencio oímos una risa aguda en una ventana alta de la torre. Esto afectó de un modo curioso a los ents. Habían estado en plena ebullición; ahora estaban fríos, hoscos como el hielo y silenciosos. Abandonaron la llanura y fueron todos a reunirse alrededor de Bárbol, muy quietos y callados. Bárbol les habló un momento en la lengua de los ents. Creo que les estaba explicando un plan

que había concebido mucho antes. Luego las figuras se desvanecieron lentas y silenciosas a la luz grisácea. Amanecía.

»Dejaron una guardia para que vigilara la torre, creo, pero los vigías estaban tan bien disimulados entre las sombras y permanecían tan inmóviles, que no alcancé a verlos. Los otros partieron hacia el norte. Durante todo el día estuvieron ocupados en algún sitio. La mayor parte del tiempo nos dejaron solos. Fue un día triste; y anduvimos de un lado a otro, sin saber qué hacer, aunque cuidando de mantenernos en lo posible fuera de la vista de las ventanas de Orthanc, que nos miraban como amenazándonos. Buena parte del tiempo la pasamos buscando algo para comer. Y también nos sentábamos a conversar, preguntándonos qué estaría sucediendo allá en el sur, en Rohan, y qué habría sido del resto de nuestra Compañía. De vez en cuando oíamos a la distancia el estrépito de las piedras que se rompían y desmoronaban, y ruidos sordos que retumbaban entre las colinas.

»Por la tarde dimos la vuelta al círculo y fuimos a ver qué ocurría. Había un gran bosque sombrío de ucornos a la entrada del valle y otro alrededor de la muralla septentrional. No nos atrevimos a entrar. Pero desde el interior llegaban los ecos de un trabajo fatigoso y duro. Los ents y los ucornos, decididos a destruirlo todo, estaban cavando fosos y trincheras, construyendo represas y estanques, para juntar las aguas del Isen y de los manantiales y arroyos que encontraban. Los dejamos allí.

»Al anochecer Bárbol volvió a la puerta. Canturreaba entre dientes y parecía satisfecho. Se detuvo junto a nosotros y estiró los grandes brazos y piernas y respiró profundamente. Le pregunté si estaba cansado.

»"¿Cansado?" dijo, "¿cansado? Bueno, no, no cansado pero sí embotado. Necesito un buen sorbo del Entaguas. Hemos trabajado duro; en el día de hoy hemos picado más piedras y roído más tierras que en muchos de los años anteriores. Pero ya falta poco. ¡Cuando caiga la noche alejaos de esta puerta y del antiguo túnel! Es probable que el aluvión pase por aquí y durante algún tiempo será un agua nauseabunda, hasta que haya arrastrado toda la inmundicia de Saruman. Luego las aguas del Isen serán otra vez puras". Se puso a arrancar un pedazo de muro, despreocupadamente, como para entretenerse.

»Nos estábamos preguntando dónde podríamos descansar seguros y dormir un rato, cuando ocurrió la cosa más extraordinaria. Se oyeron los cascos de un caballo que se acercaba veloz por el camino. Merry y yo nos quedamos inmóviles y Bárbol se escondió bajo la arcada sombría. De pronto un jinete llegó a galope tendido, como un rayo de plata. Ya oscurecía, pero pude verle claramente el rostro: parecía bañado en una luz y estaba todo vestido de blanco. Me senté y lo contemplé boquiabierto. Traté entonces de gritar, pero no pude.

»No fue necesario. Se detuvo junto a nosotros y nos miró desde arriba. "¡Gandalf!" dije finalmente, pero mi voz fue apenas un murmullo. ¿Y creéis que dijo: "¡Hola, Pippin! ¡Qué sorpresa tan agradable!"? ¡Qué va! Dijo: "¡A ver si te levantas, Tuk, pedazo de bobo! ¿Dónde rayos podré encontrar a Bárbol, en medio de todas estas ruinas? Lo necesito. ¡Rápido!"

»Bárbol oyó la voz de Gandalf y salió inmediatamente de las sombras y aquél sí que fue un extraño encuentro. Yo era el sorprendido, pues ninguno de los dos mostraba sorpresa alguna. Era evidente que Gandalf esperaba encontrar aquí a Bárbol; y Bárbol rondaba sin duda por los alrededores de las

puertas con el propósito de ver a Gandalf. Sin embargo, nosotros le habíamos contado al viejo ent todo lo ocurrido en Moria. Pero yo recordaba la mirada curiosa que nos había echado en aquel momento. Sólo puedo suponer que él mismo había visto a Gandalf, o había recibido alguna noticia de él, pero no había querido decir nada apresuradamente. "No apresurarse" es el lema de Bárbol; pero nadie, ni siquiera los elfos, dirán gran cosa acerca de las idas y venidas de Gandalf cuando él no está.

»¡Hum! ¡Gandalf!" dijo Bárbol. "Me alegra que hayas venido. Puedo dominar bosques y aguas, troncos y piedras. Pero aquí se trata de vencer a un mago.

»"Bárbol" dijo Gandalf. "Necesito tu ayuda. Mucho has hecho, pero necesito todavía más. Tengo que enfrentarme con unos diez mil orcos." Los dos se alejaron, yéndose a algún rincón a celebrar concejo. A Bárbol aquello tuvo que parecerle muy apresurado, pues Gandalf estaba con mucha prisa, y ya hablaba a todo trapo cuando dejamos de oírlos. Estuvieron ausentes unos pocos minutos, un cuarto de hora tal vez. Luego Gandalf volvió a donde estábamos nosotros y parecía aliviado y casi contento. Hasta nos dijo, en ese momento, que se alegraba de volvernos a ver.

» ¡Pero Gandalf!" exclamé. "¿Dónde has estado? ¿Has visto a los otros?"

»"Dondequiera que haya estado, ahora he vuelto" respondió en su estilo peculiar. "Sí, he visto a algunos de los otros. Pero las noticias quedarán para otra ocasión. Esta es una noche peligrosa y he de partir rápidamente. Aunque quizás el amanecer sea más claro; y si es así, nos encontraremos de nuevo. ¡Cuidaos y manteneos alejados de Orthanc! ¡Hasta la vista!"

»Bárbol quedó muy pensativo luego de la partida de Gandalf. Era evidente que se había enterado de muchas cosas en contados minutos y ahora estaba digiriéndolas. Nos miró y dijo: "Hm, bueno, me doy cuenta de que no sois tan apresurados como yo suponía. Habéis dicho mucho menos de lo que sabíais, y no más de lo que debíais. Hm... ¡éstas sí que son noticias en montón! Bien, ahora Bárbol tiene que volver al trabajo."

»Antes de que se marchara, conseguimos que nos revelara algunas de aquellas noticias; que por cierto no nos animaron. Pero por el momento nos preocupaba más la suerte de vosotros tres que la de Frodo y Sam, y el desdichado Boromir. Porque suponíamos que se estaba librando una cruenta batalla, o que no tardaría en iniciarse, y que vosotros lucharíais en ella y acaso no salierais de allí con vida.

»"Los uornos ayudarán" dijo Bárbol. Y se alejó y no volvimos a verlo hasta esta mañana.

-Era noche cerrada. Yacíamos en lo alto de una pila de piedras y no veíamos nada más allá. Una niebla o unas sombras lo envolvían todo como un gran manto, a nuestro alrededor. El aire parecía caluroso y espeso; y se oían rumores, crujidos y un murmullo como de voces que se alejaban. Creo que centenares de uornos pasaron por allí para ayudar en la lucha. Un poco más tarde unos truenos resonaron en el sur y a lo lejos, más allá de Rohan, los relámpagos iluminaron el cielo. De cuando en cuando veíamos los picos montañosos, a millas y millas de distancia, que emergían repentinamente, blancos y negros, y desaparecían luego con la misma rapidez. Y detrás de

nosotros el trueno parecía estremecer las colinas, pero de una manera diferente. Por momentos el valle entero retumbaba.

»Debía de ser cerca de medianoche cuando los ents rompieron los diques y volcaron todas las aguas a través de una brecha en el muro norte, en dirección a Isengard. La oscuridad de los uornos había desaparecido y el trueno se había alejado. La luna se hundía en el oeste, detrás de las montañas.

»En Isengard aparecieron pronto unos charcos y arroyos de aguas negras, que brillaban a los últimos resplandores de la luna, a medida que inundaban el llano. De tanto en tanto las aguas penetraban en algún pozo o un respiradero. Unas nubes blancuzcas de vapor se elevaban siseando. El humo subía, ondulante. Había explosiones y llamaradas súbitas. Una gran voluta de vapor trepaba en espiral, enroscándose alrededor de Orthanc, hasta que la torre pareció un elevado pico de nubes, incandescente por abajo y arriba iluminado por la luna. Y el agua continuó derramándose, e Isengard quedó convertido en algo así como una fuente enorme, humeante y burbujeante.

-Anoche, cuando llegábamos a la entrada del Nan Curunir, vimos una nube de humo y de vapor que venía del sur -dijo Aragorn-. Temimos que Saruman nos estuviese preparando otro sortilegio.

-¡No Saruman! -dijo Pippin-. ¡Lo más probable es que se estuviera asfixiando y ya no se riera! En la mañana, la mañana de ayer, el agua se había escurrido por todos los agujeros, y había una niebla espesa. Nosotros nos refugiamos en el cuarto de los guardias y estábamos muertos de miedo. El lago desbordó y se derramó a través del viejo túnel y el agua subía rápidamente por las escaleras. Temíamos quedar atrapados en una cueva, lo mismo que los orcos; pero en el fondo del depósito de vituallas descubrimos una escalera de caracol que nos llevó al aire libre en lo alto de la arcada. No nos fue nada fácil salir de allí, pues los pasadizos se habían agrietado, y más arriba las piedras los obstruían en parte. Allí, sentados por encima de la inundación, vimos cómo Isengard se hundía bajo las aguas. Los ents continuaron vertiendo más y más agua, hasta que todos los fuegos se extinguieron y se anegaron todas las cavernas. Las nieblas crecieron lentamente y se elevaron al fin en una enorme y vaporosa sombrilla de nubes, quizá de una milla de altura. Al atardecer un gran arco iris apareció sobre las colinas del este; y de pronto el sol en el ocaso quedó oculto detrás de una llovizna espesa en las laderas de las montañas. Todo aquello sucedía en medio de un gran silencio. Algunos lobos aullaban lúgubrementemente en la lejanía. Por la noche, los ents detuvieron la inundación, y encauzaron de nuevo las aguas del Isen, que volvió a su antiguo lecho. Y así terminó todo.

»Desde entonces las aguas han vuelto a bajar. Tiene que haber algún desagüe en las cavernas subterráneas supongo. Si Saruman espía desde una ventana, verá sólo desolación y caos. Merry y yo nos sentíamos muy solos. Ni siquiera un ent con quien conversar en medio de toda esta ruina; y ninguna noticia. Pasamos la noche allá arriba, en lo alto de la arcada, y hacía frío y estaba húmedo y no pudimos dormir. Teníamos la impresión de que algo iba a ocurrir de un momento a otro. Saruman sigue encerrado en su torre. Hubo un ruido en la noche como un viento que subiera por el valle. Creo que fueron los ents y los uornos que se habían marchado y ahora regresaban; pero a dónde se han ido, no lo sé. Era una mañana brumosa y húmeda cuando bajamos a echar una mirada, y no había nadie. Y esto es más o menos todo lo que tengo

que decir. Parece casi apacible, ahora que ha quedado atrás. Y también más seguro, ya que Gandalf ha regresado. ¡Al fin podré dormir!

Durante un momento todos callaron. Gimli volvió a llenar la pipa. -Hay algo que me intriga -dijo, mientras la encendía con yesca y pedernal-: Lengua de Serpiente. Tú le dijiste a Théoden que estaba con Saruman. ¿Cómo llegó hasta Orthanc?

-Ah, sí, me había olvidado de él -dijo Pippin-. No llegó aquí hasta esta mañana. Acabábamos de encender el fuego y de preparar el desayuno cuando Bárbol reapareció. Oímos cómo zumbaba y nos llamaba.

»"He venido sólo a ver cómo estáis, mis muchachos" dijo, "y a traeros algunas noticias. Los uornos han regresado. Todo marcha bien; ¡sí, muy bien en verdad!". Rió y se palmeó los muslos. "No más Orcos en Isengard, ¡no más hachas! Y llegarán gentes del sur antes que acabe el día; gentes que quizás os alegre volver a ver."

»"No bien había dicho estas palabras, cuando oímos un ruido de cascos en el camino. Nos precipitamos fuera de las puertas y me detuve a mirar, con la certeza de ver avanzar a Trancos y Gandalf cabalgando a la cabeza de un ejército. Pero el que salió de la bruma fue un hombre montado en un caballo viejo y cansado; y también él parecía ser un personaje extraño y tortuoso. No había nadie más. Cuando salió de la niebla y vio ante él toda aquella ruina y desolación, se quedó como petrificado y boquiabierto, y la cara se le puso casi verde. Estaba tan azorado que al principio ni siquiera pareció advertir nuestra presencia. Cuando por fin nos vio, dejó escapar un grito, y trató de que el caballo diera media vuelta para huir al galope. Pero Bárbol dio tres zancadas, extendió un brazo larguísimo y lo levantó de la montura. El caballo escapó aterrorizado y el jinete fue a parar al suelo. Dijo ser Gríma, amigo y consejero del rey, y que había sido enviado con mensajes importantes de Théoden para Saruman.

»"Nadie se atrevía a cabalgar por campo abierto, plagado como está de orcos inmundos" dijo, "y me enviaron a mí. Y el viaje ha sido peligroso y estoy hambriento y cansado. Tuve que desviarme hacia el norte, lejos de mi ruta, perseguido por los lobos".

»Advertí las miradas de soslayo que le echaba a Bárbol y dije para mis adentros "mentiroso". Bárbol lo observó con su mirada larga y lenta durante varios minutos, hasta que el desdichado se retorció por el suelo. Entonces, al fin, habló Bárbol: "Ah, hm, a ti te esperaba, Señor Lengua de Serpiente." Al oírse llamar así, el hombre se sobresaltó. "Gandalf llegó aquí primero, de modo que sé de ti todo cuanto necesito saber y sé también qué he de hacer contigo. Pon todas las ratas juntas en una ratonera, me dijo Gandalf; y eso es lo que haré. Yo soy ahora el amo de Isengard, pero Saruman está encerrado en la torre; y puedes ir allí y darle todos los mensajes que se te ocurran."

»"¡Dejadme ir, dejadme ir!", dijo Lengua de Serpiente. "Conozco el camino."

»"Conocías el camino, no lo dudo", dijo Bárbol. "Pero las cosas han cambiado un poco por estos sitios. ¡Ve y verás!"

»Soltó a Lengua de Serpiente, que echó a andar cojeando a través de la arcada, seguido por nosotros de cerca, hasta que llegó al interior del círculo y pudo ver las inundaciones que se extendían entre él y Orthanc. Entonces se volvió a nosotros'

»"Dejadme ir", lloriqueo. "¡Dejadme ir! Ahora mis mensajes son inútiles."



»"En verdad lo son", dijo Bárbol. "Pero tienes una alternativa: quedarte aquí conmigo hasta que lleguen Gandalf y tu señor; o atravesar el agua. ¿Por cuál te decides?"

»Al oír nombrar al rey el hombre se estremeció; puso un pie en el agua y lo retiró en seguida. "No sé nadar", dijo.

»"El agua no es profunda", dijo Bárbol. "Está sucia, pero eso no te hará daño, señor Lengua de Serpiente. ¡Entra de una vez!"

»Y allí fue el infeliz, cojeando y tropezando. Antes que lo perdiese de vista, el agua le llegaba casi al cuello. Cuando lo vi por última vez se aferraba a un viejo barril o un pedazo de madera. Pero Bárbol lo siguió durante un trecho, vigilándolo.

»"Bueno, allá va", dijo al volver. "Lo vi trepar escaleras arriba como una rata mojada. Aún queda alguien en la torre: una mano asomó y lo arrastró adentro. De modo que ya está allí y espero que la acogida haya sido buena. Ahora necesito ir a lavarme para quitarme todo este fango. Estaré arriba, del lado norte, si alguien quiere verme. Aquí abajo no hay agua limpia para que un ent pueda beber o bañarse. Así que os pediré a vosotros dos, muchachos, que vigiléis la puerta y recibáis a los que vengan. Estad atentos, pues espero al Señor de los Campos de Rohan. Tenéis que darle vuestra mejor bienvenida: sus hombres han librado una gran batalla con los orcos. Tal vez conozcáis mejor que los ents las palabras con que conviene recibir a tan noble señor. En mis tiempos, hubo muchos señores en los campos, pero nunca aprendí la lengua de esos señores, ni supe cómo se llamaban. Querrán alimentos de hombres y vosotros entendéis de esas cosas, supongo. Buscad pues, lo que a vuestro entender es bocado de reyes, si podéis." Y éste es el final de la historia. Aunque me gustaría saber quién es ese Lengua de Serpiente. ¿Era de veras consejero del rey?

-Era -dijo Aragorn-, y también espía y sirviente de Saruman en Rohan. El destino lo ha tratado como se merecía, sin misericordia. El ruinoso espectáculo de cuanto consideraba magnífico e indestructible ha de haber sido para él castigo suficiente. Pero temo que le esperen cosas todavía peores.

-Sí, no creo que Bárbol lo haya enviado a Orthanc por pura generosidad -dijo Merry-. Parecía encontrar un placer maligno en la historia y se reía para sus adentros cuando se marchó a beber y bañarse. Nosotros estuvimos muy ocupados después de eso, buscando restos flotantes y yendo de aquí para allá. Encontramos dos o tres almacenes en distintos lugares, cerca de aquí, sobre el nivel de las aguas. Pero Bárbol mandó algunos ents y ellos se llevaron casi todos los víveres. »"Necesitamos alimentos de hombres para veinticinco personas", dijeron los ents, así que como veis alguien os había contado cuidadosamente antes que llegarais. A vosotros tres, evidentemente, os incluían entre los grandes. Pero no habríais sido mejor atendidos que aquí. Conservamos cosas tan buenas como las otras, os lo aseguro. Mejores, pues no les mandamos bebidas.

»"¿Y para beber?", les pregunté a los ents.

»"Tenemos el agua del Isen", respondieron "y es tan buena para los ents como para los hombres". Espero, sin embargo, que los ents hayan tenido tiempo de hacer fermentar algunos brebajes en los manantiales de las montañas, y aún veremos cómo se le rizan las barbas a Gandalf cuando esté de vuelta. Los ents se fueron y nos sentimos cansados y hambrientos. Pero no nos quejamos: nuestros esfuerzos habían sido bien recompensados. Fue

durante la búsqueda de alimentos para hombres cuando Pippin descubrió el botín máspreciado, estos barrilitos de Corneta. Pippin dijo que la hierba de pipa es mejor después de la comida, y así termina la historia.

-Ahora lo entendemos todo perfectamente -dijo Gimli.

-Todo excepto una cosa -dijo Aragorn-: hierbas de la Cuaderna del Sur en Isengard. Más lo pienso y más raro me parece. Nunca estuve en Isengard, pero he viajado por estas tierras y conozco muy bien los páramos desnudos que se extienden entre Rohan y la Comarca. Ni mercancías ni personas han transitado por este camino durante largos años, no a la luz del día. Sospecho que Saruman tenía tratos secretos con alguien de la Comarca. No sólo en el Castillo del Rey Théoden hay Lenguas de Serpiente. ¿Viste alguna fecha en los barriles?

-Sí -dijo Pippin-. Eran de la cosecha de 1417, es decir del año pasado; no, ahora el antepenúltimo, por supuesto: un año óptimo.

-Ah, sí, todos los males que amenazaban a la Comarca han pasado ahora, espero; o en todo caso, están, por el momento, fuera de nuestro alcance -dijo Aragorn-. Sin embargo, creo que hablaré de esto Con Gandalf, por insignificante que le parezca en medio de esos importantes asuntos que le ocupan la mente.

-Me pregunto en qué andaré -dijo Merry-. La tarde avanza. ¡Salgamos a echar una mirada! De todos modos, ahora puedes entrar en Isengard, Trancos, si así lo deseas. Pero no es un espectáculo muy regocijante.

## LA VOZ DE SARUMAN

Atravesaron la ruinoso galería y desde un montículo de piedras contemplaron la roca oscura de Orthanc, con numerosas ventanas, una amenaza más en la desolación de alrededor. Ahora el agua se había retirado casi del todo. Aquí y allá quedaban algunos charcos sombríos, cubiertos de espuma y desechos; pero la mayor parte del ancho círculo era de nuevo visible: un desierto de fango y escombros de piedra, de agujeros ennegrecidos, de columnas y pilares que se tambaleaban como ebrios. Al borde de ese tazón en ruinas se veían vastos montículos y pendientes, como cantos rodados acumulados por un huracán; y más allá el valle verde se internaba serpeando entre los brazos oscuros de las montañas. Del otro lado de la desolada llanura vieron unos jinetes que venían del norte y ya se acercaban a Orthanc.

-¡Son Gandalf y Théoden y sus hombres! -dijo Legolas-. ¡Vayamos a su encuentro!

-¡Pisad con prudencia! -dijo Merry-. Hay piedras flojas que pueden darse vuelta y arrojamnos a un pozo, si no tenéis cuidado.

Recorrieron lo que antes fuera el camino que iba de las puertas a la Roca de Orthanc, avanzando lentamente, pues las losas estaban rajadas y cubiertas de lodo. Los jinetes, al verlos acercarse, se detuvieron a esperarlos a la sombra de la roca. Gandalf se adelantó y les salió al encuentro.

-Bien, Bárbol y yo hemos tenido una conversación muy interesante y hemos trazado algunos planes -dijo-, y todos hemos gozado de un merecido reposo. Ahora hemos de ponernos otra vez en camino. Espero que también tú y tus compañeros hayáis descansado y recobrado las fuerzas.

-Sí -dijo Merry -. Pero nuestras discusiones comenzaron y acabaron en humo. Sin embargo, y en relación con Saruman, no estamos tan mal dispuestos como antes.

-¿De veras? -dijo Gandalf-. Pues bien, yo no he cambiado. Me queda algo pendiente antes de partir: una visita de despedida a Saruman. Peligrosa y probablemente inútil; pero inevitable. Aquéllos de vosotros que lo deseen, pueden venir conmigo... pero ¡cuidado! ¡Nada de bromas! Este no es el momento.

-Yo te acompañaré -dijo Gimli-. Quiero verlo y saber si es cierto que se parece a ti.

-¿Y cómo harás para saberlo, Señor Enano? -dijo Gandalf-. Saruman puede mostrarse parecido a mí a tus ojos, si conviene a sus designios. ¿Y te consideras bastante perspicaz como para no dejarte engañar por sus ficciones? En fin, ya veremos. Quizá no se atreva a presentarse al mismo tiempo ante tantas miradas diferentes. Pero he rogado a los ents que no se dejen ver y puede ser que así consigamos que salga.

-¿Cuál es el peligro? -preguntó Pippin-. ¿Que nos acribille a flechazos y arroje fuego por las ventanas, o acaso puede obrar un sortilegio desde lejos?

-La última hipótesis es la más verosímil, si llegáis a sus puertas desprevénidos -dijo Gandalf -. Pero nadie puede saber lo que es capaz de

hacer, o de intentar. Una bestia salvaje acorralada siempre es peligrosa. Y Saruman tiene poderes que ni siquiera sospecháis. ¡Cuidaos de su voz!

Llegaron a los pies de Orthanc. La roca negra relucía como si estuviese mojada. Las aristas de las facetas eran afiladas y parecían talladas hacía poco. Algunos arañazos y esquirlas pequeñas como escamas junto a la base eran los únicos rastros visibles de la furia de los ents.

En la cara oriental, en el ángulo formado por dos pilastras, se abría una gran puerta, muy alta sobre el nivel del suelo; y más arriba una ventana con los postigos cerrados, que daba a un balcón cercado por una balaustrada de hierro. Una ancha escalera de veintisiete escalones, tallada por algún artífice desconocido en la misma piedra negra, conducía al umbral. Aquella era la única entrada a la torre; pero muchas troneras de antepecho profundo se abrían en los muros casi verticales, y espiaban, como ojos diminutos, desde lo alto de las escarpadas paredes.

Al pie de la escalera Gandalf y el rey se apearon de las cabalgaduras.

-Yo subiré -dijo Gandalf -. Ya he estado otras veces en Orthanc y conozco los peligros que corro.

-Y yo subiré contigo - dijo el rey -. Soy viejo y ya no temo a ningún peligro. Quiero hablar con el enemigo que tanto mal me ha hecho. Eomer me acompañará y cuidará de que mis viejos pies no vacilen.

-Como quieras -dijo Gandalf-. Aragorn irá conmigo. Que los otros nos esperen al pie de la escalinata. Oirán y verán lo suficiente, si hay algo que ver y oír.

-¡No! -protestó Gimli-. Legolas y yo queremos ver las cosas más de cerca. Somos aquí los únicos representantes de nuestras razas. También nosotros subiremos.

-¡Venid entonces! -dijo Gandalf, y al decir esto empezó a subir, con Théoden al lado.

Los Caballeros de Rohan permanecieron inquietos en sus cabalgaduras, a ambos lados de la escalinata, observando con miradas sombrías la gran torre, temerosos de lo que pudiera acontecerle a Théoden. Merry y Pippin se sentaron en el último escalón, sintiéndose a la vez poco importantes y poco seguros.

-¡Media milla de fango de aquí hasta la puerta! -murmuró Pippin-. ¡Si pudiera escurrirme otra vez hasta el cuarto de los guardias sin que nadie me viera! ¿Para qué habremos venido? Nadie nos necesita.

Gandalf se detuvo ante la puerta de Orthanc y golpeó en ella con su vara. Retumbó con un sonido cavernoso.

-¡Saruman, Saruman! -gritó con una voz potente, imperiosa-. ¡Saruman, sal!

Durante un rato no hubo ninguna respuesta. Al cabo, se abrieron los postigos de la ventana que estaba sobre la puerta, pero nadie se asomó al vano oscuro.

-¿Quién es? -dijo una voz-. ¿Qué deseas?

Théoden se sobresaltó.

-Conozco esa voz -dijo-, y maldigo el día en que la oí por primera vez.

-Ve en busca de Saruman, ya que te has convertido en su lacayo. ¡Gríma, Lengua de Serpiente! -dijo Gandalf-. ¡Y no nos hagas perder tiempo!

La ventana volvió a cerrarse. Esperaron. De improviso otra voz habló, suave y melodioso: el sonido mismo era ya un encantamiento. Quienes escuchaban, incautos, aquella voz, rara vez eran capaces de repetir las palabras que habían oído; y si lograban repetir las, quedaban atónitos, pues parecían de poco poder. Sólo recordaban, las más de las veces, que escuchar la voz era un verdadero deleite, que todo cuanto decía parecía sabio y razonable, y les despertaba, en instantánea simpatía, el deseo de parecer sabios también ellos. Si otro tomaba la palabra, parecía, por contraste, torpe y grosero; y si contradecía a la voz, los corazones de los que caían bajo el hechizo se encendían de cólera. Para algunos el sortilegio sólo persistía mientras la voz les hablaba a ellos y cuando se dirigía a algún otro, sonreían como si hubiesen descubierto los trucos de un prestidigitador mientras los demás seguían mirando boquiabiertos. A muchos, el mero sonido bastaba para cautivarlos; y en quienes sucumbían a la voz, el hechizo persistía aún en la distancia, y seguían oyéndola incesantemente, dulce y susurrante y a la vez persuasiva. Pero nadie, sin un esfuerzo de la voluntad y la inteligencia podía permanecer indiferente, resistirse a las súplicas y las órdenes de aquella voz.

-¿Y bien? -preguntó ahora con dulzura-. ¿Por qué habéis venido a turbar mi reposo? ¿No me concederéis paz ni de noche ni de día?

El tono era el de un corazón bondadoso, dolorido por injurias inmerecidas.

Todos alzaron los ojos, asombrados, pues Saruman había aparecido sin hacer ningún ruido; y entonces vieron allí, asomada al balcón, la figura de un anciano que los miraba: estaba envuelto en una amplia capa de un color que nadie hubiera podido describir, pues cambiaba según donde se posaran los ojos y con cada movimiento del viejo. Aquel rostro alargado, de frente alta, y ojos oscuros, profundos, insondables, los contemplaba ahora con expresión grave y benévola, a la vez que un poco fatigada. Los cabellos eran blancos, lo mismo que la barba, pero algunas hebras negras se veían aún alrededor de las orejas y los labios.

-Parecido y a la vez diferente -murmuró Gimli.

-Veamos -dijo la dulce voz-. A dos de vosotros os conozco, por lo menos de nombre. A Gandalf lo conozco demasiado bien para abrigar alguna esperanza de que haya venido aquí en busca de ayuda o consejo. Pero a ti, Théoden, Señor de la Marca de Rohan, a ti te reconozco por las insignias de tu nobleza, pero más aún por la bella apostura que distingue a los miembros de la casa de Eorl. ¡Oh digno hijo de Thengel el Tres Veces Famoso! ¿Por qué no has venido antes, en calidad de amigo? ¡Cuánto he deseado verte, oh rey, el más poderoso de las tierras occidentales! Y más aún en estos últimos años, para salvarte de los consejos imprudentes y perniciosos que te asediaban. ¿Será ya demasiado tarde? No obstante las injurias de que he sido víctima y de las que los hombres de Rohan han sido ¡ay! en parte responsables, aún quisiera salvarte de la ruina que caerá inexorable sobre ti si no abandonas la senda que has tomado. Ahora en verdad sólo yo puedo ayudarte.

Théoden abrió la boca como si fuera a hablar, pero no dijo nada. Miró primero a Saruman, quien lo observaba desde el balcón con ojos profundos y solemnes, y luego a Gandalf, a su lado; parecía indeciso. Gandalf no se inmutó; inmóvil y silencioso como si fuera de piedra, parecía aguardar pacientemente una llamada que no llegaba aún.

En el primer momento los caballeros se agitaron y aprobaron con un murmullo las palabras de Saruman; luego también ellos callaron, como bajo los

efectos de algún sortilegio. «Gandalf», pensaban, «nunca había exhortado a Théoden con palabras tan justas y tan hermosas». Rudas y viciadas por la soberbia les parecían ahora las prédicas de Gandalf. Y una sombra empezó a oscurecerles los corazones, el temor de un gran peligro: el final de la Marca hundida en el abismo de tinieblas al que Gandalf parecía arrastrarla, mientras Saruman entreabría la puerta de la salvación, por la que entraba ya un rayo de luz. Hubo un silencio tenso y prolongado.

Fue Gimli el enano quien lo rompió súbitamente.

-Las palabras de este mago no tienen pies ni cabeza -gruñó, a la vez que echaba mano al mango del hacha-. En la lengua de Orthanc ayuda es sinónimo de ruina y salvación significa asesinato, eso es claro como el agua. Pero nosotros no hemos venido aquí a mendigar favores.

-¡Paz! -dijo Saruman, y por un instante la voz fue menos suave y un resplandor fugaz le iluminó los ojos-. Aún no me he dirigido a ti, Gimli hijo de Glóin -dijo-. Lejos está tu casa y poco te conciernen los problemas de este país. No te has visto envuelto en ellos por tu propia voluntad, de modo que no voy a reprocharte ese discurso, un discurso muy valiente, no lo dudo. Pero te lo ruego, permíteme hablar primero con el Rey de Rohan, mi vecino y mi amigo en otros tiempos.

»¿Qué tienes que decir, Rey Théoden? ¿Quieres la paz conmigo y toda la ayuda que pueda brindarte mi sabiduría, adquirida a lo largo de muchos años? ¿Quieres que aunemos nuestros esfuerzos para luchar contra estos días infaustos y reparar nuestros daños con tanta buena voluntad que estas tierras puedan reverdecer más hermosas que nunca?

Théoden continuaba callado. Nadie podía saber si luchaba contra la cólera o la duda. Eomer habló.

-¡Escuchadme, Señor! -dijo-. He aquí el peligro sobre el que se nos ha advertido. ¿Habremos conquistado la victoria para terminar aquí, paralizados y estupefactos ante un viejo embustero que se ha untado de mieles la lengua viperina? Con esas mismas palabras les hablaría el lobo a los lebreles que lo han acorralado, si fuera capaz de expresarse. ¿Qué ayuda puede ofrecernos, en verdad? Todo cuanto desea es escapar de este trance difícil. ¿Vais a parlamentar con este farsante, experto en traiciones y asesinatos? ¡Recordad a Théodred en el Vado y la tumba de Háma en el Abismo de Helm!

-Si hemos de hablar de lenguas ponzoñosas ¿qué decir de la tuya, cachorro de serpiente? -dijo Saruman, y el relámpago de cólera fue ahora visible para todos-. ¡Pero seamos justos, Eomer hijo de Eomund -prosiguió, otra vez con voz dulce-. A cada cual sus méritos. Tú has descollado en las artes de la guerra y conquistaste altos honores. Mata a aquellos a quienes tu señor llama sus enemigos y conténtate con eso. No te inmiscuyas en lo que no entiendes. Tal vez, si un día llegas a ser rey, comprenderás que un monarca ha de elegir con cuidado a sus amigos. La amistad de Saruman y el poderío de Orthanc no pueden ser rechazados a la ligera en nombre de cualquier ofensa real o imaginaria. Habéis ganado una batalla pero no una guerra y esto gracias a una ayuda con la que no contaréis otra vez. Mañana podríais encontrar la Sombra del Bosque a vuestras puertas; es caprichosa e insensible, y no ama a los hombres.

»Pero dime, mi señor de Rohan, ¿he de ser tildado de asesino porque hombres valientes hayan caído en la batalla? Si me haces la guerra, inútilmente, pues yo no la deseo, es inevitable que haya muertos. Pero si por

ello han de llamarme asesino, entonces toda la casa de Eorl lleva el mismo estigma; pues han peleado en muchas guerras, atacando a quienes se atrevieron a desafiarlos. Sin embargo, más tarde hicieron la paz con algunos: una actitud sabia e inteligente. Te pregunto, rey Théoden: ¿quieres que haya entre nosotros paz y concordia? A nosotros nos toca decidirlo.

-Quiero que haya paz -dijo por fin Théoden con la voz pastosa y hablando con un esfuerzo. Varios de los jinetes prorrumpieron en gritos de júbilo. Théoden levantó la mano-. Sí, quiero paz -dijo, ahora con voz clara-, y la tendremos cuando tú y todas tus obras hayan perecido y las obras de tu amo tenebroso a quien pensabas entregarnos. Eres un embustero, Saruman, y un corruptor de corazones. Me tiendes la mano y yo sólo veo un dedo de la garra de Mordor. ¡Cruel y frío! Aun cuando tu guerra contra mí fuese justa (y no lo era, porque así fueses diez veces más sabio no tendrías derecho a gobernarme a mí y a los míos para tu propio beneficio), aun así, ¿cómo justificas las antorchas del Folde Oeste y los niños que allí murieron? Y lapidaron el cuerpo de Háma ante las puertas de Cuernavilla, después de darle muerte. Cuando te vea en tu ventana colgado de una horca, convertido en pasto de tus propios cuervos, entonces haré la paz contigo y con Orthanc. He hablado en nombre de la Casa de Eorl. Soy tal vez un heredero menor de antepasados ilustres, pero no necesito lamerte la mano. Búscate otros a quienes embaucar. Aunque me temo que tu voz haya perdido su magia.

Los caballeros miraban a Théoden estupefactos, como si despertaran sobresaltados de un sueño. Aspera como el graznido de un cuervo viejo les sonaba la voz del rey después de la música de Saruman. Por un momento Saruman no pudo disimular la cólera que lo dominaba. Se inclinó sobre la barandilla como si fuese a golpear al rey con su bastón. Algunos creyeron ver de pronto una serpiente que se enroscaba para atacar.

-¡Horcas y cuervos! - siseó Saruman, y todos se estremecieron ante aquella horripilante transformación-. ¡Viejo chocho! ¿Qué es la casa de Eorl sino un cobertizo hediondo donde se embriagan unos cuantos bandidos, mientras la prole se arrastra por el suelo entre los perros? Durante demasiado tiempo se han salvado de la horca. Pero el nudo corredizo se aproxima, lento al principio, duro y estrecho al final. ¡Colgaos, si así lo queréis! -La voz volvió a cambiar, a medida que Saruman conseguía dominarse. - No sé por qué he tenido la paciencia de hablar contigo. Porque no te necesito, ni a ti ni a tu pandilla de cabalgadores, tan rápidos para huir como para avanzar, Théoden Señor de Caballos. Tiempo atrás te ofrecí una posición superior a tus méritos y a tu inteligencia. Te la he vuelto a ofrecer, para que aquellos a quienes llevas por mal camino puedan ver claramente el que tú elegiste. Tú me respondes con bravuconadas e insultos. Que así sea. ¡Vuélvete a tu choza!

»¡Pero tú, Gandalf! De ti al menos me conduelo, compadezco tu vergüenza. ¿Cómo puedes soportar semejante compañía? Porque tú eres orgulloso, Gandalf, y no sin razón, ya que tienes un espíritu noble y ojos capaces de ver lo profundo y lejano de las cosas. ¿Ni aun ahora querrás escuchar mis consejos?

Gandalf hizo un movimiento y alzó los ojos.

-¿Qué puedes decirme que no me hayas dicho en nuestro último encuentro? -preguntó-. ¿O tienes acaso cosas de que retractarte?

Saruman tardó un momento en responder.

-¿Retractarme dices? -murmuró, como perplejo-. ¿Retractarme? Intenté aconsejarte por tu propio bien, pero tú apenas escuchabas. Eres orgulloso y no te gustan los consejos, teniendo como tienes tu propia sabiduría. Pero en aquella ocasión te equivocaste, pienso, tergiversando mis propósitos.

»En mi deseo de persuadirte, temo haber perdido la paciencia; y lo lamento de veras. Porque no abrigaba hacia ti malos sentimientos; ni tampoco los tengo ahora, aunque hayas vuelto en compañía de gente violenta e ignorante: ¿Por qué habría de tenerlos? ¿Acaso no somos los dos miembros de una alta y antigua orden, la más excelsa de la Tierra Media? Nuestra amistad sería provechosa para ambos. Aún podríamos emprender juntos muchas cosas, curar los males que aquejan al mundo. ¡Lleguemos a un acuerdo entre nosotros y olvidemos para siempre a esta gente inferior! ¡Que ellos acaten nuestras decisiones! Por el bien común estoy dispuesto a renegar del pasado y a recibirte. ¿No quieres que deliberemos? ¿No quieres subir?

Tan grande fue el poder de la voz de Saruman en este último esfuerzo que ninguno de los que escuchaban permaneció impasible. Pero esta vez el sortilegio era de una naturaleza muy diferente. Estaban oyendo el tierno reproche de un rey bondadoso a un ministro equivocado aunque muy querido. Pero se sentían excluidos, como si escucharan detrás de una puerta palabras que no les estaban destinadas: niños malcriados o sirvientes estúpidos que oían a hurtadillas las conversaciones ininteligibles de los mayores, y se preguntaban inquietos de qué modo podrían afectarlos. Los dos interlocutores estaban hechos de una materia más noble: eran venerables y sabios. Una alianza entre ellos parecía inevitable. Gandalf subiría a la torre, a discutir en las altas estancias de Orthanc problemas profundos, incomprensibles para ellos. Las puertas se cerrarían y ellos quedarían fuera, esperando a que vinieran a imponerles una tarea o un castigo. Hasta en la mente de Théoden apareció el pensamiento, como la sombra de una duda: «Nos traicionará, nos abandonará... y nada ya podrá salvarnos.»

De pronto Gandalf se echó a reír. Las fantasías se disiparon como una nubecilla de humo.

-¡Saruman, Saruman! -dijo Gandalf sin dejar de reír-. Saruman, erraste tu oficio en la vida. Tenías que haber sido bufón de un rey y ganarte el pan, y también los magullones, imitando a sus consejeros. ¡Ah, pobre de mí! -Hizo una pausa y dejó de reír.- ¿Un entendimiento entre nosotros? Temo que nunca llegues a entenderme. Pero yo te entiendo a ti, Saruman, y demasiado bien. Conservo de tus argucias y de tus actos un recuerdo mucho más claro de lo que tú imaginas. La última vez que te visité eras el carcelero de Mordor y allí ibas a enviarme. No, el visitante que escapó por el techo, lo pensará dos veces antes de volver a entrar por la puerta. No, no creo que suba. Pero escucha, Saruman, ¡por última vez! ¿Por qué no bajas tú? Isengard ha demostrado ser menos fuerte que en tus deseos y tu imaginación. Lo mismo puede ocurrir con otras cosas en las que aún confías. ¿No te convendría alejarte de aquí por algún tiempo? ¿Dedicarte a algo distinto, quizá? ¡Piénsalo bien, Saruman! ¿No quieres bajar?

Una sombra pasó por el rostro de Saruman; en seguida se puso mortalmente pálido. Antes de que pudiese ocultarlo, todos vieron a través de la máscara la angustia de una mente confusa, a quien repugnaba la idea de quedarse, y temerosa a la vez de abandonar aquel refugio. Titubeó un



segundo apenas y todo el mundo contuvo el aliento. Luego Saruman habló, con una voz fría y estridente. El orgullo y el odio lo dominaban otra vez.

-¿Si quiero bajar? -dijo, burlón-. ¿Acaso un hombre inerme baja a hablar puertas afuera con los ladrones? Te oigo perfectamente bien desde aquí. No soy ningún tonto y no confío en ti, Gandalf. Los demonios salvajes del bosque no están aquí a la vista, en la escalera, pero sé dónde se ocultan, esperando órdenes.

-Los traidores siempre son desconfiados -respondió Gandalf con cansancio-. Pero no tienes que temer por tu pellejo. No deseo matarte, ni lastimarte, como bien lo sabrías, si en verdad me comprendieses. Y mis poderes te protegerían. Te doy una última oportunidad. Puedes irte de Orthanc, en libertad... si lo deseas.

-Esto me suena bien -dijo con ironía Saruman-. Muy típico de Gandalf el Gris; tan condescendiente, tan generoso. No dudo que te sentirías a tus anchas en Orthanc y que mi partida te convendría. Pero ¿por qué querría yo partir? ¿Y qué significa para ti «en libertad»? Habrá condiciones, supongo.

-Los motivos para partir puedes verlos desde tus ventanas -respondió Gandalf-. Otros te acudirán a la mente. Tus siervos han sido abatidos y se han dispersado; de tus vecinos has hecho enemigos; y has engañado a tu nuevo amo, O has intentado hacerlo. Cuando vuelva la mirada hacia aquí, será el ojo rojo de la ira. Pero cuando yo digo «en libertad» quiero decir «en libertad»: libre de ataduras, de cadenas u órdenes: libre de ir a donde quieras, aun a Mordor, Saruman, si es tu deseo. Pero antes dejarás en mis manos la Llave de Orthanc y tu bastón. Quedarán en prenda de tu conducta y te serán restituidos un día, si *lo* mereces.

El semblante de Saruman se puso lívido, crispado de rabia, y una luz roja le brilló en los ojos. Soltó una risa salvaje.

-¡Un día! gritó, y la voz se elevó hasta convertirse en un alarido ¡Un día! Sí, cuando también te apoderes de las Llaves de Barad-dûr, supongo, y las coronas de los siete reyes, y las varas de los Cinco Magos; cuando te hayas comprado un par de botas mucho más grande que las que ahora calzas. Un plan modesto. ¡No creo que necesites mi ayuda! Tengo otras cosas que hacer. No seas tonto. Si quieres pactar conmigo, mientras sea posible, vete y vuelve cuando hayas recobrado el sentido. ¡Y sácate de encima a esa chusma de forajidos que llevas a la rastra, prendida a los faldones! ¡Buen día! - Dio media vuelta y desapareció del balcón.

-¡Vuelve, Saruman! -dijo Gandalf con voz autoritaria. Ante el asombro de todos, Saruman dio otra vez media vuelta, y como arrastrado contra su voluntad, se acercó a la ventana y se apoyó en la barandilla de hierro, respirando agitadamente. Tenía la cara arrugada y contraída. La mano que aferraba la pesada vara negra parecía una garra.

-No te he dado permiso para que te vayas -dijo Gandalf con severidad-. No he terminado aún. No eres más que un bobo, Saruman, y sin embargo inspiras lástima. Estabas a tiempo todavía de apartarte de la locura y la maldad, y ayudar de algún modo. Pero elegiste quedarte aquí, royendo las hilachas de tus viejas intrigas. ¡Quédate pues! Mas te lo advierto, no te será fácil volver a salir. A menos que las manos tenebrosas del Este se extiendan hasta aquí para llevarte. ¡Saruman! -gritó, y la voz creció aún más en potencia y autoridad-. ¡Mírame! No soy Gandalf el Gris a quien tú traicionaste. Soy Gandalf el

Blanco que ha regresado de la muerte. Ahora tú no tienes color y yo te expulso de la orden y del Concilio.

Alzó la mano y habló lentamente, con voz clara y fría.

-Saruman, tu vara está rota. -Se oyó un crujido, y la vara se partió en dos en la mano de Saruman; la empuñadura cayó a los pies de Gandalf.- ¡Vete! -dijo Gandalf. Saruman retrocedió con un grito y huyó, arrastrándose como un reptil. En ese momento un objeto pesado y brillante cayó desde lo alto con estrépito. Rebotó contra la barandilla de hierro, en el mismo instante en que Saruman se alejaba de ella, y pasando muy cerca de la cabeza de Gandalf, golpeó contra el escalón en que estaba el mago. La barandilla vibró y se rompió con un estallido. El escalón crujió y se hizo añicos con un chisporroteo. Pero la bola permaneció intacta: rodó escaleras abajo, un globo de cristal, oscuro, aunque con un corazón incandescente. Mientras se alejaba saltando hacia un charco, Pippin corrió y la recogió.

-¡Canalla y asesino! -gritó Eomer.

Pero Gandalf permaneció impassible. -No, no fue Saruman quien la arrojó -dijo-; ni creo que lo haya ordenado. Partió de una ventana mucho más alta. Un tiro de despedida de maese Lengua de Serpiente, me imagino, pero le falló la puntería.

-Tal vez porque no pudo decidir a quién odiaba más, a ti o a Saruman -dijo Aragorn.

-Es posible -dijo Gandalf -. Magro consuelo encontrarán estos dos en mutua compañía: se roerán entre ellos con palabras. Pero el castigo es justo. Si Lengua de Serpiente sale alguna vez con vida de Orthanc, será una suerte inmerecida.

»¡Aquí, muchacho, yo llevaré eso! No te pedí que lo recogieras -gritó, volviéndose bruscamente y viendo a Pippin que subía la escalera con lentitud, como si transportase un gran peso. Bajó algunos peldaños, y yendo al encuentro del hobbit le sacó rápidamente de las manos la esfera oscura y la envolvió en los pliegues de la capa-. Yo me ocuparé -dijo-. No es un objeto que Saruman hubiera elegido para arrojar contra nosotros.

-Pero sin duda podría arrojar otras cosas -dijo Gimli-. Si la conversación ha terminado, ¡pongámonos al menos fuera del alcance de las piedras!

-Ha terminado -dijo Gandalf-. Partamos.

Volvieron la espalda a las puertas de Orthanc y bajaron la escalera. Los caballeros aclamaron al rey con alegría y saludaron a Gandalf. El sortilegio de Saruman se había roto: lo habían visto acudir a la llamada de Gandalf y escurrirse luego como un reptil.

-Bueno, esto es asunto concluido -dijo Gandalf-. Ahora he de encontrar a Bárbol y contarle lo que ha pasado.

-Se lo habrá imaginado, supongo -dijo Merry-. ¿Acaso podía haber terminado de alguna otra manera?

-No lo creo -dijo Gandalf-, aunque por un instante la balanza estuvo en equilibrio. Pero yo tenía mis razones para intentarlo, algunas misericordiosas, otras menos. En primer lugar, le demostré a Saruman que ya no tiene tanto poder en la voz. No puede ser al mismo tiempo tirano y consejero. Cuando la conspiración está madura, el secreto ya no es posible. Sin embargo él cayó en la trampa, e intentó embaucar a sus víctimas una por una, mientras las otras

escuchaban. Entonces le propuse una última alternativa y generosa, por cierto: renunciar tanto a Mordor como a sus planes personales y reparar los males que había causado ayudándonos en un momento de necesidad. Nadie conoce nuestras dificultades mejor que él. Hubiera podido prestarnos grandes servicios; pero eligió negarse y no renunciar al poder de Orthanc. No está dispuesto a servir, sólo quiere dar órdenes. Ahora vive aterrorizado por la sombra de Mordor y sin embargo sueña aún con capear la tempestad. ¡Pobre loco! Será devorado, si el poder del Este extiende los brazos hasta Isengard. Nosotros no podemos destruir a Orthanc desde afuera, pero Sauron... ¿quién sabe lo que es capaz de hacer?

-¿Y si Sauron no gana la guerra? ¿Qué le harás a Saruman? -preguntó Pippin.

-¿Yo? ¡Nada! -dijo Gandalf -. No le haré nada. No busco poder. ¿Qué será de él? No lo sé. Me entristece pensar que tantas cosas que alguna vez fueron buenas se pudran ahora en esa torre. Como quiera que sea a nosotros no nos ha ido del todo mal. ¡Extrañas son las vueltas del destino! A menudo el odio se vuelve contra sí mismo. Sospecho que aun cuando hubiésemos entrado en Orthanc, habríamos encontrado pocos tesoros más preciosos que este objeto que nos arrojó Lengua de Serpiente.

Un grito estridente, bruscamente interrumpido, partió de una ventana abierta en lo más alto de la torre.

-Parece que Saruman piensa como yo -dijo Gandalf-. ¡Dejémoslos!

Volvieron a las ruinas de la puerta. Habían atravesado apenas la arcada, cuando Bárbol y una docena de ents salieron de entre las sombras de las pilas de piedras, donde se habían ocultado. Aragorn, Gimli y Legolas los miraban perplejos.

-He aquí a tres de mis compañeros, Bárbol -dijo Gandalf -. Te he hablado de ellos, pero aún no los habías conocido. -Los nombró a todos.

El Viejo Ent los escudriñó largamente y los saludó uno por uno. El último a quien habló fue a Legolas.

-¿Así que has venido desde el Bosque Negro, mi buen elfo? ¡Era un gran bosque, tiempo atrás!

-Y todavía lo es -dijo Legolas-, pero nosotros, los que habitamos en él, nunca nos cansamos de ver árboles nuevos. Me sentiría más feliz si pudiera visitar el Bosque de Fangorn. Apenas llegué a cruzar el linde y desde entonces no sueño en otra cosa que en regresar.

Los ojos de Bárbol brillaron de placer.

-Espero que tu deseo pueda realizarse antes que las colinas envejezcan -dijo.

-Vendré, si la suerte me acompaña -dijo Legolas-. He hecho un pacto con mi amigo, que si todo anda bien, un día visitaremos Fangorn juntos... con tu permiso.

-Todo elfo que venga contigo será bien venido -dijo Bárbol.

-El amigo de quien hablo no es un elfo -dijo Legolas-; me refiero a Gimli hijo de Glóin, aquí presente -Gimli hizo una profunda reverencia y el hacha se le resbaló del cinturón y chocó contra el suelo.

-¡Hum, hm! ¡Ajá! -dijo Bárbol, observando a Gimli con una mirada sombría-. ¡Un enano y con un hacha con añadidura! ¡Hum! Tengo buena voluntad para con los elfos, pero pides demasiado. ¡Extraña amistad la vuestra!

-Puede parecer extraña -dijo Legolas-; pero mientras Gimli viva no vendré solo a Fangorn. El hacha no está destinada a los árboles sino a las cabezas de los orcos. Oh Fangorn, Señor del Bosque de Fangorn. Cuarenta y dos decapitó en la batalla.

-¡Ouuu! ¡Vaya! -dijo Bárbol-. Esto suena mejor. Bueno, bueno, las cosas seguirán el curso natural; es inútil querer apresurarlas. Pero ahora hemos de separarnos por algún tiempo. El día llega a su fin y Gandalf dice que partiréis antes de la caída de la noche y que el Señor de la Marca quiere volver en seguida a su casa.

-Sí, hemos de partir, y ahora mismo -dijo Gandalf -. Tendré que dejarte sin tus porteros me temo. Pero no los necesitarás.

-Tal vez -dijo Bárbol-. Pero los echaré de menos. Nos hicimos amigos en tan poco tiempo que quizá me estoy volviendo apresurado... como si retrocediera a la juventud, quizá. Pero lo cierto es que son las primeras cosas nuevas que he visto bajo el Sol o la Luna en muchos, muchísimos años. Y no los olvidaré. He puesto esos nombres en la Larga Lista. Los ents los recordarán.

Ents viejos como montañas, nacidos de la tierra,  
grandes caminadores y bebedores de agua;  
y hambrientos como cazadores, los niños Hobbits,  
el pueblo risueño, la Pequeña Gente.

»Mientras las hojas continúen renovándose, ellos serán nuestros amigos. ¡Buen viaje! Pero si en vuestro país encantador, en la Comarca, tenéis noticias que puedan interesarme ¡hacédmelo saber! Entendéis a qué me refiero: si oís hablar de las ent-mujeres, o si las veis en algún lugar. Venid vosotros mismos, si es posible.

-Lo haremos -exclamaron a coro Merry y Pippin, mientras se alejaban de prisa. Bárbol los siguió con la mirada y durante un rato guardó silencio moviendo pensativamente la cabeza. Luego se volvió a Gandalf.

-¿Así que Saruman no quiso marcharse? -dijo-. Me lo esperaba. Tiene el corazón tan podrido como el de un ucono negro. Sin embargo, si yo fuese derrotado y todos mis árboles fueran destruidos, tampoco yo me marcharía mientras tuviera un agujero oscuro donde ocultarme.

-No -dijo Gandalf-. Aunque tú no pensaste invadir con tus árboles el mundo entero y sofocar a todas las otras criaturas. Pero así son las cosas, Saruman se ha quedado para alimentar odios y tramar nuevas intrigas. La Llave de Orthanc la tiene él. Pero no podemos permitir que escape.

-¡Claro que no! De eso cuidaremos los ents -dijo Bárbol-. Saruman no pondrá el pie fuera de la roca, sin mi permiso. Los ents lo vigilarán.

-¡Excelente! -dijo Gandalf -. No esperaba menos. Ahora puedo partir y dedicarme a otros asuntos. Pero tienes que poner mucha atención. Las aguas han descendido. Temo que unos centinelas alrededor de la torre no sea suficiente. Sin duda hay túneles profundos excavados debajo de Orthanc y Saruman espera poder ir y venir sin ser visto, dentro de poco. Si vas a ocuparte de esta tarea, te ruego que hagas derramar las aguas otra vez; hasta que Isengard se convierta en un estanque perenne, o hasta que descubras las bocas de los túneles. Cuando todos los sitios subterráneos estén inundados y

hayas descubierto los desagües, entonces Saruman se verá obligado a permanecer en la torre y mirar por las ventanas.

-¡Déjalo por cuenta de los ents! -dijo Bárbol-. Exploraremos el valle palmo a palmo y miraremos bajo todas las piedras. Ya los árboles se disponen a volver, los árboles viejos, los árboles salvajes. El Bosque Vigilante, lo llamaremos. Ni una ardilla entrará aquí sin que yo lo sepa. ¡Déjalo por cuenta de los ents! Hasta que los años en que estuvo atormentándonos hayan pasado siete veces, no nos cansaremos de vigilarlo.

## EL PALANTIR

El sol se hundía detrás del largo brazo occidental de las montañas cuando Gandalf y sus compañeros, y el rey y los jinetes partieron de Isengard. Gandalf llevaba a Merry en la grupa del caballo y Aragorn llevaba a Pippin. Dos de los hombres del rey se adelantaron a galope tendido y pronto se perdieron de vista en el fondo del valle. Los otros continuaron a paso más lento.

Una solemne fila de ents, erguidos como estatuas ante la puerta, con los largos brazos levantados, asistía silenciosa a la partida. Cuando se hubieron alejado un trecho por el camino sinuoso, Merry y Pippin volvieron la cabeza. El sol brillaba aún en el cielo, pero las sombras se extendían ya sobre Isengard: unas ruinas grises que se hundían en las tinieblas. Ahora Bárbol estaba solo, como la cepa de un árbol distante: los hobbits recordaron el primer encuentro, allá lejos en la asoleada cornisa de los lindes de Fangorn.

Llegaron a la columna de la Mano Blanca. La columna seguía en Pie, pero la mano esculpida había sido derribada y yacía rota en mil pedazos. En el centro mismo del camino se veía el largo índice, blanco en el crepúsculo, y la uña roja se ennegrecía lentamente. ,

-¡Los ents no descuidan ningún detalle! -observó Gandalf.

Continuaron cabalgando y la noche se cerró en la hondonada.

-¿Piensas cabalgar toda la noche, Gandalf? –preguntó Merry al cabo de un rato-. No sé cómo te sentirás tú con esta chusma que llevas a la rastra prendida a los faldones, pero la chusma está cansada y le alegraría dejar de ir a la rastra y echarse a descansar.

-¿Así que oíste eso? -dijo Gandalf-. ¡No lo tomes a pecho! Alégrate que no te hayan dedicado palabras más lisonjeras. Nunca se había encontrado con un hobbit y no sabía cómo hablarte. No te sacaba los ojos de encima. Si esto puede de algún modo reconfortar tu amor propio, te diré que en este momento tú y Pippin le preocupáis más que cualquiera de nosotros. Quiénes sois; cómo vinisteis aquí; y por qué; qué sabéis; si fuisteis capturados y en ese caso cómo escapasteis cuando todos los orcos perecieron... éstos son los pequeños enigmas que ahora perturban esa gran mente. Un sarcasmo en boca de Saruman, Meriadoc, es un cumplido, y puedes sentirte honrado por ese interés.

-¡Gracias! -dijo Merry-. ¡Pero prefiero la honra de ir prendido a tus faldones, Gandalf! Ante todo, porque así es posible repetir una pregunta. ¿Piensas cabalgar toda la noche?

Gandalf se echó a reír.

-¡Un hobbit insaciable! Todos los magos tendrían que tener uno o dos hobbits a su cuidado, para que les enseñaran el significado de las palabras y los corrigieran. Te pido perdón. Pero hasta en estos detalles he pensado. Seguiremos viaje aún algunas horas, sin fatigarnos, hasta el otro lado del valle. Mañana tendremos que cabalgar más de prisa.

»Cuando llegamos, nuestra intención era volver directamente de Isengard a la morada del Rey en Edoras, a través de la llanura, una cabalgata de varios días. Pero hemos reflexionado y cambiado los planes. Hemos enviado

mensajeros al Abismo de Helm, a anunciar que el rey regresará mañana. De allí partirá con muchos hombres hacia el Sagrario, por los senderos que pasan entre las colinas. De ahora en adelante es preciso evitar que más de dos o tres hombres cabalguen juntos, tanto de día como de noche.

-Tú, como de costumbre, ¿no nos das nada o nos das doble ración! -dijo Merry-. ¡Y yo que no pensaba en otra cosa que en un lugar donde dormir esta noche! ¿Dónde está y qué es ese Abismo de Helm y todo lo demás? No sé absolutamente nada de este país.

-En ese caso harías bien en aprender algo, si deseas comprender lo que está sucediendo. Pero no en este momento, ni de mí: tengo muchas cosas urgentes en que pensar.

-Está bien, se lo preguntaré a Trancos, cuando acampemos: él es menos quisquilloso. Pero ¿por qué tanto misterio? Creía que habíamos ganado la batalla.

-Sí, hemos ganado, pero sólo la primera victoria, y ahora el peligro es mayor. Había algún vínculo entre Isengard y Mordor que aún no he podido desentrañar. Intercambiaban noticias, es evidente, pero no sé cómo. El ojo de Barad-dûr ha de estar escudriñando con impaciencia el Valle del Mago, creo; y las tierras de Rohan. Cuanto menos vea, mejor que mejor.

El camino proseguía lentamente, serpenteando por el valle. Ahora distante, ahora cercano, el Isen fluía por un lecho pedregoso. La noche descendía de las montañas. Las nieblas se habían desvanecido. Soplaban un viento helado. La luna, ya casi llena, iluminaba el cielo del este con un pálido y frío resplandor. A la derecha, las estribaciones de las montañas parecían lomas desnudas. Las vastas llanuras se abrían grises ante ellos.

Por fin hicieron un alto. Desviándose del camino principal, cabalgaron otra vez tierra adentro por las largas estribaciones herbosas. Luego de haber recorrido una o dos millas hacia el oeste llegaron a un valle. Se abrió hacia el mar, recostado sobre la pendiente del redondo Dol Baran, la última montaña de la cordillera septentrional, de verdes laderas y coronada de brezos. En las paredes del valle, erizadas de helechos del año anterior, apuntaban ya en un suelo levemente perfumado las enmarañadas frondas de la primavera. Allí, en los bajíos cubiertos de espesos zarzales, levantaron campamento, una o dos horas antes de la medianoche. Encendieron la hoguera en una concavidad junto a las raíces de un espino blanco, alto y frondoso como un árbol, encorvado por la edad, pero de miembros todavía vigorosos: las yemas despuntaban en todas las ramas.

Organizaron turnos de guardia, de dos centinelas. Los demás, luego de comer, se envolvieron en las capas, y cubriéndose con una manta se echaron a dormir. Los hobbits se acostaron juntos sobre un montón de helechos secos. Merry tenía sueño, pero Pippin parecía ahora curiosamente intranquilo. Daba vueltas y vueltas, y el camastro de helechos crujía y susurraba.

-¿Qué te pasa? -le preguntó Merry-. ¿Te has acostado sobre un hormiguero?

-No -dijo Pippin-. Pero estoy incómodo. Me pregunto cuánto hace que no duermo en una cama.

Merry bostezó.

-¡Cuéntalo con los dedos! -dijo-. Pero no habrás olvidado cuándo partimos de Lórien.

-Oh, ¡eso! -dijo Pippin-. Quiero decir una cama verdadera, en una alcoba.

-Bueno, entonces Rivendel -dijo Merry-. Pero esta noche yo podría dormir en cualquier lugar.

-Tuviste suerte, Merry -dijo Pippin en voz baja, al cabo de un silencio-. Tú cabalgaste con Gandalf.

-Bueno ¿y qué?

-¿Conseguiste sacarle alguna noticia, alguna información?

-Sí, bastante. Más que de costumbre. Pero tú las oíste todas, o la mayoría; estabas muy cerca y no hablábamos en secreto. Pero mañana podrás cabalgar con él, si crees que podrías sacarle alguna otra cosa... y si él te acepta.

-¿De veras? ¡Magnífico! Pero es poco comunicativo ¿no te parece? No ha cambiado nada.

-¡Oh, sí! -dijo Merry, despertándose un poco, y empezando a preguntarse qué preocupaba a sus compañeros. Ha crecido, o algo así. Es al mismo tiempo más amable y más inquietante, más alegre y más solemne, me parece. Ha cambiado. Pero aún no sabemos hasta qué punto. ¡Piensa en la última parte de la conversación con Saruman! Recuerda que Saruman fue en un tiempo el superior de Gandalf: jefe del Concilio, aunque no sé muy bien qué significa eso. Era Saruman el Blanco. Ahora Gandalf es el Blanco. Saruman acudió a la llamada y perdió la vara, y luego Gandalf lo despidió, ¡y él acató la orden!

-Bueno, si en algo ha cambiado, como dices, está más misterioso que nunca, eso es todo -replicó Pippin -. Esa... bola de vidrio, por ejemplo. Parecía contento de tenerla consigo. Algo sabe o sospecha. ¿Pero nos dijo qué? No, ni una palabra. Y sin embargo fui yo quien la recogió, e impedí que rodase hasta un charco. *Aquí, muchacho, yo la llevaré...* eso fue todo lo que dijo. Me gustaría saber qué es. Pesaba tanto. -La voz de Pippin se convirtió casi en un susurro, como si hablara consigo mismo.

-¡Ajá! -dijo Merry-. ¿Así que es eso lo que te tiene a mal traer? Vamos, Pippin, muchacho, no olvides el dicho de Gildor, aquel que Sam solía citar: *No te entremetas en asuntos de magos, que son gente astuta e irascible.*

-Pero si desde hace meses y meses no hacemos otra cosa que entrometernos en asuntos de magos -dijo Pippin-. Además del peligro, me gustaría tener alguna información. Me gustaría echarle una ojeada a esa bola.

¡Duérmete de una vez! -dijo Merry-. Ya te enterarás, tarde temprano. Mi querido Pippin, jamás un Tuk le ganó en curiosidad un Brandigamo; ¿pero te parece el momento oportuno?

-¡Está bien! ¿Pero qué hay de malo en que te cuente lo que a mí me gustaría: echarle una ojeada a esa piedra? Sé que no puedo hacerlo, con el viejo Gandalf sentado encima, como una gallina sobre un huevo. Pero no me ayuda mucho no oírte decir otra cosa que *no-puedes-así-que-duérmete-de-una-vez.*

-Bueno ¿qué más podría decirte? -dijo Merry-. Lo siento, Pippin, pero tendrás que esperar hasta la mañana. Yo seré tan curioso como tú después del desayuno y te ayudaré tanto como pueda a sonsacarle información a los magos. Pero ya no puedo mantenerme despierto. Si vuelvo a bostezar, se me abrirá la boca hasta las orejas. ¡Buenas noches!



Pippin no dijo nada más. Ahora estaba inmóvil, pero el sueño se negaba a acudir; y ni siquiera parecía asentarle la suave y acompasada respiración de Merry, que se había dormido pocos segundos después de haberle dado las buenas noches. El recuerdo del globo oscuro parecía más vivo en el silencio de alrededor. Pippin volvía a sentir el peso en las manos y volvía a ver los misteriosos abismos rojos que había escudriñado un instante. Se dio vuelta y trató de pensar en otra cosa.

Por último, no aguantó más. Se levantó y miró en torno. Hacía frío y se arrebujó en la capa. La luna brillaba en el valle, blanca y fría, y las sombras de los matorrales eran negras. Todo alrededor yacían formas dormidas. No vio a los dos centinelas: quizás habían subido a la loma, o estaban escondidos entre los helechos. Arrastrado por un impulso que no entendía, se acercó con sigilo al sitio donde descansaba Gandalf. Lo miró. El mago parecía dormir, pero los párpados no estaban del todo cerrados: los ojos centelleaban debajo de las largas pestañas. Pippin retrocedió rápidamente. Pero Gandalf no se movió; el hobbit avanzó otra vez, casi contra su voluntad, por detrás de la cabeza del mago. Gandalf estaba envuelto en una manta, con la capa extendida por encima; muy cerca, entre el flanco derecho y el brazo doblado, había un bulto, una cosa redonda envuelta en un lienzo oscuro; y al parecer la mano que la sujetaba acababa de deslizarse hasta el suelo.

Conteniendo el aliento, Pippin se aproximó paso a paso. Por último se arrodilló. Entonces lenta, furtivamente, levantó el bulto; pesaba menos de lo que suponía. «Quizá no era más que un paquete de trastos sin importancia», pensó curiosamente aliviado, pero no volvió a poner el bulto en su sitio. Permaneció un instante muy quieto con el bulto entre los brazos. De pronto se le ocurrió una idea. Se alejó de puntillas, buscó una piedra grande, y volvió junto a Gandalf.

Retiró con presteza el lienzo, envolvió la piedra y arrodillándose la puso al alcance de la mano de Gandalf. Entonces miró por fin el objeto que acababa de desenvolver. Era el mismo: una tersa esfera de cristal, ahora oscura y muerta, inmóvil y desnuda. La levantó, la cubrió presurosamente con su propia capa, y en el momento en que iba a retirarse, Gandalf se agitó en sueños, y murmuró algunas palabras en una lengua desconocida; extendió a tientas la mano y la apoyó sobre la piedra envuelta en el lienzo; luego suspiró y no volvió- a moverse.

«¡Pedazo de idiota!», se dijo Pippin entre dientes. «Te vas a meter en un problema espantoso. ¡Devuélvelo a su sitio, pronto!» Pero ahora le temblaban las rodillas y no se atrevía a acercarse al mago y remediar el entuerto. «Ya no podré acercarme sin despertar a Gandalf», pensó. «En todo caso será mejor que me tranquilice un poco. Así que mientras tanto bien puedo echarle una mirada. ¡Pero no aquí!» Se alejó un trecho sin hacer ruido y se detuvo en un montículo verde. La luna miraba desde el borde del valle.

Pippin se sentó con la esfera entre las rodillas levantadas y se inclinó sobre ella como un niño glotón sobre un plato de comida, en un rincón lejos de los demás. Abrió la capa y miró. Alrededor el aire parecía tenso, quieto. Al principio la esfera estaba oscura, negra como el azabache, y la luz de la luna centelleaba en la superficie lustrosa. De súbito una llama tenue se encendió y se agitó en el corazón de la esfera, atrayendo la mirada de Pippin, de tal modo

que no le era posible desviarla. Pronto todo el interior del globo pareció incandescente; ahora la esfera daba vueltas, o eran quizá las luces de dentro que giraban. De repente, las luces se apagaron. Pippin tuvo un sobresalto y aterrorizado trató de liberarse, pero siguió encorvado, con la esfera apretada entre las manos, inclinándose cada vez más. Y súbitamente el cuerpo se le puso rígido; los labios le temblaron un momento. Luego, con un grito desgarrador, cayó de espaldas y allí quedó tendido, inmóvil.

El grito había sido penetrante y los centinelas saltaron desde los terraplenes. Todo el campamento estuvo pronto de pie.

-¡Así que éste es el ladrón! -exclamó Gandalf. Rápidamente echó la capa sobre la esfera-. ¡Y tú, nada menos que tú, Pippin! ¡Qué cariz tan peligroso han tomado las cosas! -Se arrodilló junto al cuerpo de Pippin: el hobbit yacía boca arriba, rígido, los ojos clavados en el cielo.- ¡Cosa de brujos! ¿Qué daño habrá causado, a él mismo, y a todos nosotros? -El semblante del mago estaba tenso y demudado.

Tomó la mano de Pippin y se inclinó sobre él; escuchó un momento la respiración del hobbit, luego le puso las manos sobre la frente. El hobbit se estremeció. Los ojos se le cerraron. Lanzó un grito; y se sentó, mirando con profundo desconcierto las caras de alrededor, pálidas a la luz de la luna.

-¡No es para ti, Saruman! -gritó con una voz aguda y falta de tono, apartándose de Gandalf -. Mandaré a alguien para que me lo traiga en seguida. ¿Me entiendes? ¡Di eso solamente! -Luego trató de ponerse de pie y escapar, pero Gandalf lo retuvo con dulzura y firmeza.

-¡Peregrin Tuk! -dijo-. ¡Vuelve!

El hobbit dejó de debatirse y volvió a caer de espaldas, apretando la mano del mago.

-¡Gandalf! -gritó-. ¡Gandalf! ¡Perdóname!

-¿Que te perdone? -dijo el mago-. ¡Dime primero qué has hecho!

-Yo... te saqué el globo y lo miré -balbució Pippin-, y vi cosas horripilantes. Y quería escapar pero no podía. Y entonces vino él y me interrogó; y me miraba fijo; y... y no recuerdo nada más.

-Me basta con eso -dijo Gandalf severamente-. ¿Qué fue lo que viste y qué dijiste?

Pippin cerró los ojos estremeciéndose, pero no contestó. Todos observaban la escena en silencio, excepto Merry que miraba a otro lado. Pero la expresión de Gandalf era aún dura e inflexible.

-¡Habla! -dijo.

En voz baja y vacilante Pippin empezó a hablar otra vez y poco a poco las palabras se hicieron más firmes y claras.

-Vi un cielo oscuro y murallas altas -dijo-. Y estrellas diminutas. Todo parecía muy lejano y remoto, y sólido a la vez y nítido. Las estrellas aparecían y desaparecían... oscurecidas por el vuelo de criaturas aladas. Creo que eran muy grandes, en realidad; pero en el cristal yo las veía como murciélagos que revoloteaban alrededor de la torre. Me pareció que eran nueve. Una bajó directamente hacia mí y era más y más grande a medida que se acercaba. Tenía un horrible... no, no lo puedo decir.

»Traté de huir, porque pensé que saldría volando fuera del globo; pero cuando la sombra cubrió toda la esfera, desapareció. Entonces vino él. No hablaba con palabras. Pero me miraba y yo comprendía.

»¿De modo que has regresado? ¿Por qué no te presentaste a informar durante tanto tiempo?"

»No respondí. Él me preguntó: "¿Quién eres?" Tampoco esta vez respondí, pero me costaba mucho callar, y él me apremiaba, tanto que al fin dije: "Un hobbit."

»Entonces fue como si me viera de improviso y se rió de mí. Era cruel. Yo me sentía como si estuvieran acuchillándome. Traté de escapar, pero él me ordenó: " ¡Espera un momento! Pronto volveremos a encontrarnos. Dile a Saruman que este manjar no es para él. Mandaré a alguien para que me lo traiga en seguida. ¿Has entendido bien? ¡Dile eso solamente!" Entonces me miró con una alegría perversa. Me pareció que me estaba cayendo en pedazos. ¡No, no! No puedo decir nada más. No recuerdo nada más.

-¡Mírame! -le dijo Gandalf.

Pippin miró a Gandalf a los ojos. Por un momento el mago le sostuvo la mirada en silencio. Luego el rostro se le dulcificó y le mostró la sombra de una sonrisa. Puso la mano afectuosamente en la cabeza de Pippin.

-¡Está bien! -dijo-. ¡No digas *más!* No has sufrido ningún daño. No ocultas la mentira en tus ojos, como yo había temido. Pero él no habló contigo mucho tiempo. Eres un tonto, pero un tonto honesto, Peregrin Tuk. Otros más sabios hubieran salido mucho peor de un trance como éste. ¡Pero no lo olvides! Te has salvado, tú y todos tus amigos, ayudado por la buena suerte, como suele decirse. No podrás contar con ella una segunda vez. Si él te hubiese interrogado en ese mismo momento, estoy casi seguro de que le habrías dicho todo cuanto sabes, lo que hubiera significado la ruina de todos nosotros. Pero estaba demasiado impaciente. No sólo quería información- te quería *a tí*, cuanto antes, para poder disponer de ti en la Torre Oscura. ¡No tiembles! Si te da por entrometerte en asuntos de magos, tienes que estar preparado para eventualidades como ésta. ¡Bien! ¡Te perdono! ¡Tranquilízate! Las cosas hubieran podido tomar un sesgo aún mucho más terrible.

Levantó a Pippin con delicadeza y lo llevó a su camastro. Merry lo siguió y se sentó junto a él.

-¡Acuéstate y descansa, si puedes, Pippin! -dijo Gandalf-. Ten confianza en mí. Y si vuelves a sentir un cosquilleo en las palmas, ¡avísame! Esas cosas tienen cura. En todo caso, mi querido hobbit, ¡no se te ocurra volver a ponerme un trozo de piedra debajo del hombro! Ahora os dejaré solos a los dos un rato.

Y con esto Gandalf volvió a donde estaban los otros, junto a la piedra de Orthanc, todavía perturbados.

-El peligro llega por la noche cuando menos se lo espera -dijo-. ¡Nos hemos salvado por un pelo!

-¿Cómo está el hobbit Pippin? -preguntó Aragorn.

-Creo que dentro de poco todo habrá pasado -respondió Gandalf-. No lo retuvieron mucho tiempo y los hobbits tienen una capacidad de recuperación extraordinaria. El recuerdo, o al menos el horror de las visiones, habrá desaparecido muy pronto. Demasiado pronto, quizá. ¿Quieres tú, Aragorn, llevar la piedra de Orthanc y custodiarla? Es una carga peligrosa.

-Peligrosa es en verdad, mas no para todos -dijo Aragorn-. Hay alguien que puede reclamarla por derecho propio. Porque este es sin duda *el palantir* de Orthanc del tesoro de Elendil, traído aquí por los Reyes de Gondor. Se aproxima mi hora. La llevaré.

Gandalf miró a Aragorn y luego, ante el asombro de todos, levantó la piedra envuelta en la capa y con una reverencia la puso en las manos de Aragorn.

-¡Recíbela, señor! -dijo- en prenda de otras cosas que te serán restituidas. Pero si me permites aconsejarte en el uso de lo que es tuyo, ¡no la utilices... por el momento! ¡Ten cuidado!

-¿He sido alguna vez precipitado o imprudente, yo que he esperado y me he preparado durante tantos años? -dijo Aragorn.

-Nunca hasta ahora. No tropieces al final del camino -respondió Gandalf -. De todos modos, guárdala en secreto. ¡Tú y todos los aquí presentes! El hobbit Peregrin, sobre todo, ha de ignorar a qué manos ha sido confiada. El acceso maligno podría repetírsela. Porque ¡ay! la ha tenido en las manos y la ha mirado por dentro, cosa que jamás debió hacer. No tenía que haberla tocado en Isengard y yo no actué con rapidez suficiente. Pero todos mis pensamientos estaban puestos en Saruman y no sospeché la naturaleza de la piedra hasta que fue demasiado tarde. Pero ahora estoy seguro. No tengo ninguna duda.

-Sí, no cabe ninguna duda -dijo Aragorn-. Por fin hemos descubierto cómo se comunicaban Isengard y Mordor. Muchos misterios quedan aclarados.

-¡Extraños poderes tienen nuestros enemigos y extrañas debilidades! -dijo Théoden-. Pero, como dice un antiguo proverbio: *El daño del mal recae a menudo sobre el propio mal*

-Ha ocurrido muchas veces -dijo Gandalf -. En todo caso esta vez hemos sido extraordinariamente afortunados. Es posible que este hobbit me haya salvado de cometer un error irreparable. Me preguntaba si no tendría que estudiar yo mismo la esfera y averiguar para qué la utilizaban. De haberlo hecho, le habría revelado a él mi presencia. No estoy preparado para una prueba semejante y no sé si lo estaré alguna vez. Pero aun cuando encontrase en mí la fuerza de voluntad necesaria para apartarme a tiempo, sería desastroso que él me viera, por el momento... hasta que llegue la hora en que el secreto ya no sirva de nada.

-Creo que esa hora ha llegado -dijo Aragorn.

-No, todavía no -dijo Gandalf -. Queda aún un breve período de incertidumbre que hemos de aprovechar. El enemigo pensaba obviamente que la piedra seguía estando en Orthanc ¿por qué habría de pensar otra cosa? Y que era allí donde el hobbit estaba prisionero y que Saruman lo obligaba a mirar la esfera para torturarlo. La mente tenebrosa ha de estar ocupada ahora con la voz y la cara del hobbit y la perspectiva de tenerlo pronto con él. Quizá tarde algún tiempo en darse cuenta del error. Y nosotros aprovecharemos este respiro. Hemos actuado con excesiva calma. Ahora nos daremos prisa. Y las cercanías de Isengard no son lugar propicio para que nos demoremos aquí. Yo partiré inmediatamente con Peregrin Tuk. Será mejor para él que estar tendido en la oscuridad mientras los otros duermen.

-Yo me quedaré aquí con Eomer y diez de los caballeros -dijo el rey-. Saldremos al amanecer. Los demás escoltarán a Aragorn y podrán partir cuando lo crean conveniente.

-Como quieras - dijo Gandalf -. ¡Pero procura llegar lo más pronto posible al refugio de las montañas, al Abismo de Helm!

En ese momento una sombra cruzó bajo el cielo ocultando de pronto la luz de la luna. Varios de los caballeros gritaron y levantando los brazos se cubrieron la cabeza y se encogieron como para protegerse de un golpe que venía de lo alto: un pánico ciego y un frío mortal cayó sobre ellos. Temerosos, alzaron los ojos. Una enorme figura alada pasaba por delante de la luna como una nube oscura. La figura dio media vuelta y fue hacia el norte, más rauda que cualquier viento de la Tierra Media. Las estrellas se apagaban a su paso. Casi en seguida desapareció.

Todos estaban ahora de pie, como petrificados. Gandalf miraba el cielo, los puños crispados, los brazos tiesos a lo largo del cuerpo.

-¡Nazgûl! -exclamó-. El mensajero de Mordor. La tormenta se avecina. ¡Los Nazgûl han cruzado el río! ¡Partid, partid! ¡No aguardéis hasta el alba! ¡Que los más veloces no esperen a los más lentos! ¡Partid!

Echó a correr, llamando a Sombragris. Aragorn lo siguió. Gandalf se acercó a Pippin y lo tomó en sus brazos.

-Esta vez cabalgarás conmigo -dijo-. Sombragris te mostrará cuanto es capaz de hacer. -Volvió entonces al sitio en que había dormido. Sombragris ya lo esperaba allí. Colgándose del hombro el pequeño saco que era todo su equipaje, el mago saltó a la grupa de Sombragris. Aragorn levantó a Pippin y lo depositó en brazos de Gandalf, envuelto en una manta.

-¡Adiós! ¡Seguidme pronto! -gritó Gandalf-. En marcha, Sombragris.

El gran corcel sacudió la cabeza. La cola flotó sacudiéndose a la luz de la luna. En seguida dio un salto hacia adelante, golpeando el suelo, y desapareció en las montañas como un viento del norte.

-¡Qué noche tan hermosa y apacible! -le dijo Merry a Aragorn-. Algunos tienen una suerte prodigiosa. No quería dormir y quería cabalgar con Gandalf... ¡y ahí lo tienes! En vez de convertirlo en estatua de piedra y condenarlo a quedarse aquí, como escarmiento.

-Si en vez de Pippin hubieras sido tú el primero en recoger la piedra de Orthanc, ¿qué habría sucedido? -dijo Aragorn-. Quizás hubieras hecho cosas peores. ¿Quién puede saberlo? Pero ahora te ha tocado a ti en suerte cabalgar conmigo, me temo. Y partiremos en seguida. Apróntate y trae todo cuanto Pippin pueda haber dejado. ¡Date prisa!

Sombragris volaba a través de las llanuras; no necesitaba que lo azuzaran o lo guiaran. En menos de una hora habían llegado a los Vados del Isen y los habían cruzado. El túmulo de los Caballeros, el cerco de lanzas frías, se alzaba gris detrás de ellos.

Pippin ya estaba recobrándose. Ahora sentía calor, pero el viento que le acariciaba el rostro era refrescante y vivo; y cabalgaba con Gandalf. El horror de la piedra y de la sombra inmundada que había empañado la luna se iba borrando poco a poco, como cosas que quedaran atrás entre las nieblas de las montañas o como imágenes fugitivas de un sueño. Respiró hondo.

-No sabía que montabas en pelo, Gandalf - dijo- ¡No usas silla ni bridas!  
-Sólo a Sombragris lo monto a la usanza élfica -dijo Gandalf-. Sombragris rechaza los arneses y avíos: y en verdad, no es uno quien monta a Sombragris; es Sombragris quien acepta llevarlo a uno... o no. Y si él te acepta, ya es suficiente. Es él entonces quien cuida de que permanezcas en la grupa, a menos que se te antoje saltar por los aires.

-¿Vamos muy rápido? -preguntó Pippin-. Rapidísimo, de acuerdo con el viento, pero con un galope muy regular. Y casi no toca el suelo de tan ligero.

-Ahora corre como el más raudo de los corceles -respondió Gandalf -; pero esto no es muy rápido para él. El terreno se eleva un poco en esta región, más accidentada que del otro lado del río. ¡Pero mira cómo se acercan ya las Montañas Blancas a la luz de las estrellas! Allá lejos se alzan como lanzas negras los picos del Thrihyrne. Dentro de poco habremos llegado a la encrucijada y al Valle del Bajo, donde hace dos noches se libró la batalla.

Pippin permaneció silencioso durante un rato. Oyó que Gandalf canturreaba entre dientes y musitaba fragmentos de poemas en diferentes lenguas, mientras las millas huían a espaldas de los jinetes. Por último el mago entonó una canción cuyas palabras fueron inteligibles para el hobbit: algunos versos le llegaron claros a los oídos a través del rugido del viento:

*Altos navíos y altos reyes  
tres veces tres.  
¿Qué trajeron de las tierras sumergidas  
sobre las olas del mar?  
Siete estrellas y siete piedras  
y un árbol blanco,*

-¿Qué estás diciendo, Gandalf? -preguntó Pippin.

-Estaba recordando simplemente algunas de las antiguas canciones -le respondió el mago-. Los hobbits las habrán olvidado supongo, aun las pocas que conocían.

-No, nada de eso -dijo Pippin-. Y además tenemos muchas canciones propias, que sólo se refieren a nosotros, y que quizá no te interesen. Pero ésta no la había escuchado nunca. ¿De qué habla...? ¿Qué son esas siete estrellas y esas siete piedras?

-Habla de los Palantiri de los Reyes de la Antigüedad -dijo Gandalf.

-¿Y qué son?

-El nombre significa *lo que mira a lo lejos*. La piedra de Orthanc era una de ellas.

-¿Entonces no fue fabricada -Pippin titubeó-, fabricada... por el enemigo?

-No -dijo Gandalf -. Ni por Saruman. Ni las artes de Saruman ni las de Sauron hubieran podido crear algo semejante. Los palantiri provienen de Eldamar, de más allá del Oesternesse. Los hicieron los Noldor; quizá fue el propio Fëanor el artífice que los forjó, en días tan remotos que el tiempo no puede medirse en años. Pero nada hay que Sauron no pueda utilizar para el mal. -¡Triste destino el de Saruman! Esa fue la causa de su perdición, ahora lo comprendo. Los artilugios creados por un arte superior al que nosotros poseemos son siempre peligrosos. Sin embargo, ha de cargar con la culpa. ¡Insensato! Lo guardó en secreto, para su propio beneficio y jamás dijo una sola palabra a ninguno de los miembros del Concilio. Ni siquiera sospechaba

que uno de los palantiri se había salvado de la destrucción de Gondor. Fuera del Concilio ya nadie recordaba entre los elfos y los hombres que alguna vez existieron esas maravillas, excepto en un antiguo poema que las gentes del país de Aragorn recitan aún.

-¿Para qué los utilizaban los hombres de antaño? -inquirió Pippin, feliz y estupefacto; estaba obteniendo tantas respuestas y se preguntaba cuánto duraría eso.

-Para ver a la distancia y para hablar en el pensamiento unos con otros -dijo Gandalf -. Así fue como custodiaron y mantuvieron unido el reino de Gondor durante tanto tiempo. Pusieron piedras en Minas Anor, y en Minas Ithil, y en Orthanc en el círculo de Isengard. La piedra maestra y más poderosa fue colocada debajo de la Cúpula de las Estrellas de Osgiliath antes que fuera destruida. Las otras estaban muy lejos. Dónde, pocos lo saben hoy pues ningún poema lo dice. Pero en la Casa de Elrond se cuenta que estaban en Annúminas y en Amon Sol, y que la piedra de Elendil se encontraba en las Colinas de la Torre que miran hacia Mithlond en el Golfo de Lune, donde están anclados los navíos grises.

»Los palantiri se comunicaban entre ellos, pero desde Osgiliath podían vigilarlos a todos a la vez. Al parecer, como la roca de Orthanc ha resistido los embates del tiempo, el palantir de esa torre también ha sobrevivido. Pero sin los otros sólo alcanzaba a ver pequeñas imágenes de cosas lejanas y días remotos. Muy útil, sin duda, para Saruman; es evidente, sin embargo, que él no estaba satisfecho. Miró más y más lejos hasta que al fin posó la mirada en Barad-dûr. ¡Entonces lo atraparon! ¿Quién puede saber dónde estarán ahora todas las otras piedras, rotas, o enterradas, o sumergidas en qué mares profundos? Pero una al menos Sauron la descubrió y la adaptó a sus designios. Sospecho que era la Piedra de Ithil, pues hace mucho tiempo Sauron se apoderó de Minas Ithil y la transformó en un sitio nefasto. Hoy es Minas Morgul.

»Es fácil imaginar con cuánta rapidez fue atrapado y fascinado el ojo andariego de Saruman; lo sencillo que ha sido desde entonces persuadirlo de lejos y amenazarle cuando la persuasión no era suficiente. El que mordía fue mordido, el halcón dominado por el águila, la araña aprisionada en una tela de acero. Quién sabe desde cuándo era obligado a acudir a la esfera para ser interrogado y recibir instrucciones; y la piedra de Orthanc tiene la mirada tan fija en Barad-dûr que hoy sólo alguien con una voluntad de hierro podría mirar en su interior sin que Barad-dûr le atrajera rápidamente los ojos y los pensamientos. ¿No he sentido yo mismo esa atracción? Aún ahora querría poner a prueba mi fuerza de voluntad, librarme de Sauron y mirar a donde yo quisiera... más allá de los anchos mares de agua y de tiempo hacia Tirion la Bella, y ver cómo trabajaban la mano y la mente inimaginables de Fëanor, ¡cuando el Arbol Blanco y el Arbol de Oro florecían aún! -Gandalf suspiró y calló.

-Ojalá lo hubiera sabido antes -dijo Pippin-. No tenía idea de lo que estaba haciendo.

-Oh, sí que la tenías -dijo Gandalf-. Sabías que estabas actuando mal y estúpidamente; y te lo decías a ti mismo, pero no te escuchaste. No te lo dije antes porque sólo ahora, meditando en todo lo que pasó, he terminado por comprenderlo, mientras cabalgábamos juntos. Pero aunque te hubiese hablado antes, tu tentación no habría sido menor, ni te habría sido más fácil

resistirla. ¡Al contrario! No, una mano quemada es el mejor maestro. Luego cualquier advertencia sobre el fuego llega derecho al corazón.

-Es cierto -dijo Pippin-. Si ahora tuviese delante de mí las siete piedras, cerraría los ojos y me metería las manos en los bolsillos.

-¡Bien! -dijo Gandalf-. Eso era lo que esperaba.

-Pero me gustaría saber... -empezó a decir Pippin.

-¡Misericordia! -exclamó Gandalf-. Si para curar tu curiosidad hay que darte información, me pasaré el resto de mis días respondiendo a tus preguntas. ¿Qué más quieres saber?

-Los nombres de todas las estrellas y de todos los seres vivientes, y la historia toda de la Tierra Media, y de la Bóveda del Cielo y de los Mares que Separan -rió Pippin-. ¡Por supuesto! ¿Qué menos? Pero por esta noche no tengo prisa. En este momento pensaba en la Sombra Negra. Oí que gritabas: «mensajero de Mordor». ¿Qué era? ¿Qué podía hacer en Isengard?

-Era un Jinete Negro alado, un Nazgûl -respondió Gandalf-. Y hubiera podido llevarte a la Torre Oscura.

-Pero no venía por mí ¿verdad que no? -dijo Pippin con voz trémula-. Quiero decir, no sabía que yo...

-Claro que no -dijo Gandalf -. Hay doscientas leguas o más a vuelo de pájaro desde Barad-dûr a Orthanc y hasta un Nazgûl necesitaría varias horas para recorrer esa distancia. Pero sin duda Saruman escudriñó la piedra luego de la huida de los Orcos y reveló así muchos pensamientos que quería mantener en secreto. Un mensajero fue enviado entonces con la misión de averiguar en qué anda Saruman. Y luego de lo sucedido esta noche, vendrá otro, y muy pronto, no lo dudo. De esta manera Saruman quedará encerrado en el callejón sin salida en que él mismo se ha metido. Sin un solo prisionero que enviar, sin una piedra que le permita ver, y sin la posibilidad de satisfacer las exigencias del amo. Sauron supondrá que pretende retener al prisionero y que rehusa utilizar la piedra. De nada servirá que Saruman le diga la verdad al mensajero. Pues aunque Isengard ha sido destruida, Saruman sigue aún en Orthanc, sano y salvo. Y de todas maneras aparecerá como un rebelde. Y sin embargo, si rechazó nuestra ayuda fue para evitar eso mismo.

»Cómo se las arreglará para salir de este trance, no puedo imaginarlo. Creo que todavía, mientras siga en Orthanc, tiene poder para resistir a los Nueve jinetes. Tal vez lo intente. Quizá trate de capturar al Nazgûl, o al menos matar a la criatura en que cabalga por el cielo.

»Pero cuál será el desenlace y si para bien o para mal, no sabría decirlo. Es posible que los pensamientos del enemigo lleguen confusos o tergiversados a causa de la cólera de él contra Saruman. Quizá Sauron se entere de que yo estuve allá en Orthanc al pie de la escalinata con los hobbits prendidos a los faldones. Y que un heredero de Elendil, vivo, estaba también allí, a mi lado. Si Lengua de Serpiente no se dejó engañar por la armadura de Rohan, se acordará sin duda de Aragorn y del título que reivindicaba. Eso es lo que más temo. Así pues, no hemos huido para alejarnos de un peligro sino para correr en busca de otro mucho mayor. Cada paso de Sombragris te acerca más y más al País de las Sombras, Peregrin Tuk.

Pippin no respondió, pero se arrebujó en la capa, como sacudido por un escalofrío. La tierra gris corría veloz a sus pies.

-¡Mira! -dijo Gandalf -. Los valles del Folde Oeste se abren ante nosotros. Aquí volveremos a tomar el camino del este. Aquella sombra oscura que se ve



a lo lejos es la embocadura del Valle del Bajo. De ese lado quedan Aglarond y las Cavernas Centelleantes. No me preguntes a mí por esos sitios. Pregúntale a Gimli, si volvéis a encontrarlos, y por primera vez tendrás una respuesta que te parecerá muy larga. No verás las Cavernas, no al menos en este viaje. Pronto las habremos dejado muy atrás.

-¡Creía que pensabas detenerte en el Abismo de Helm! -dijo Pippin-. ¿A dónde vas ahora?

-A Minas Tirith, antes de que la cerquen los mares de la guerra. -¡Oh! ¿Y a qué distancia queda?

-Leguas y leguas -respondió Gandalf -. Tres veces más lejos que la morada del Rey Théoden, que queda a más de cien millas de aquí, hacia el este: cien millas a vuelo del mensajero de Mordor. Pero el camino de Sombragris es más largo. ¿Quién será más veloz?

»Ahora, seguiremos cabalgando hasta el alba y aún nos quedan algunas horas. Entonces hasta Sombragris tendrá que descansar, en alguna hondonada entre las colinas: en Edoras, espero. ¡Duerme, si Puedes! Quizá veas las primeras luces del alba sobre los techos de oro de la Casa de Eorl. Y dos días después verás la sombra purpurina del Monte Mindolluin y los muros de la torre de Denethor, blancos en la mañana.

»De prisa, Sombragris. Corre, corazón intrépido, como nunca has corrido hasta ahora. Hemos llegado a las tierras de tu niñez y aquí conoces todas las piedras. ¡De prisa! ¡Tu ligereza es nuestra esperanza!

Sombragris sacudió la cabeza y relinchó, como si una trompeta lo llamara a la batalla. En seguida se lanzó hacia adelante. Los cascos relampaguearon contra el suelo; la noche se precipitó sobre él.

Mientras se iba durmiendo lentamente, Pippin tuvo una impresión extraña: él y Gandalf, inmóviles como piedras, montaban la estatua de un caballo al galope, en tanto el mundo huía debajo con un rugido de viento.